

MARIÁTEGUI: POLÍTICA REVOLUCIONARIA CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA SOCIALISTA

TOMO V

IDEOLOGÍA Y POLÍTICA Y OTROS ESCRITOS





MARIÁTEGUI: POLÍTICA REVOLUCIONARIA CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA SOCIALISTA

IDEOLOGÍA Y POLÍTICA Y OTROS ESCRITOS

TOMO V



© José Carlos Mariátegui

© 1.^a Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2017 (digital)

© 1.^a Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2010

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, El Silencio

piso 21, Caracas - Venezuela.

Teléfonos: 0212-7688300 / 0212-7688399

Correos electrónicos:

elperroylaranacomunicaciones@yahoo.es

atencionalescritor@yahoo.es

Páginas web:

www.elperroylarana.gob.ve

www.ministeriodelacultura.gob.ve

Redes sociales:

Facebook: Editorial perro rana

Twitter: @perroyralibro

Diseño de portada y diagramación:

Yeibert Vivas

Edición al cuidado de:

Héctor Carrasquero

Francisco Romero

Yeibert Vivas

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2017001430

ISBN 978-980-14-3794-9



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**



MARIÁTEGUI: POLÍTICA REVOLUCIONARIA CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA SOCIALISTA

**IDEOLOGÍA Y POLÍTICA
Y OTROS ESCRITOS**

TOMO V

BIBLIOTECA MARIÁTEGUI: POLÍTICA REVOLUCIONARIA

El renovado debate sobre la independencia y emancipación de los países de Nuestramérica a propósito del inicio de la Era Bicentenaria, a partir del cual constatamos que hace doscientos años lo que se conquistó fue una independencia política que inauguró —al mismo tiempo— la dominación colonial interna de una oligarquía blanca criolla, frente a la gran mayoría mestiza, africana e indígena, configura un contexto único e irrepetible para presentar la obra de José Carlos Mariátegui, conocido como el “Amauta” peruano. Sus reflexiones sobre las implicaciones de hacer la Revolución Socialista en una sociedad como la peruana de principios del siglo XX nos dejó inestimables lecciones sobre la interpretación marxista de la realidad —como la del Perú de su época o la de nuestra Venezuela bolivariana— contextualizándolas además en la realidad más general del sistema mundial en la época de transición del capitalismo clásico-competitivo al capitalismo monopólico-corporativo.

Su análisis del “problema de la raza” y la cuestión indígena, su preocupación por la renovación universitaria, su lucha contra el fascismo que es también la nuestra, su propuesta del “Socialismo indoamericano” y su convicción de que ese socialismo no podía ni debía ser en nuestras tierras “calco ni copia”, sino “creación heroica”, hacen que consideremos la obra del Amauta una referencia ineludible para los actuales movimientos sociales, obreros, campesinos, estudiantiles y feministas; para las organizaciones político-revolucionarias, para sus bases y sus dirigentes que, con constancia y consecuencia, luchan en Venezuela y en otros países de la Patria Grande por la construcción de un socialismo original, particular y único, pero internacionalista.

Por todo eso, la Fundación Editorial el Perro y la Rana, consciente de su papel central en *la artillería del pensamiento*, presenta esta novedosa edición con el claro propósito de orientar la acción política, promoviendo el debate y despertando y fortaleciendo el pensamiento crítico-reflexivo a partir de la atenta lectura de las obras de José Carlos Mariátegui. La presente biblioteca, titulada ***Mariátegui: Política Revolucionaria. Contribución a la crítica socialista***, presenta los textos decisivos del revolucionario peruano y universal, la cual consta de cinco tomos que contienen los títulos más representativos de la obra mariateguiana, como lo son *La escena contemporánea, 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, *Defensa del marxismo e Ideología y política*. Esta Biblioteca se enorgullece también en presentar una selección de prologistas de nuestra Patria Grande.

Las publicaciones que han servido como base para la presente edición y a las cuales brindamos todo nuestro reconocimiento son: *Colección Obras Completas* de José Carlos Mariátegui en 20 volúmenes; *Correspondencia de José Carlos Mariátegui* en 2 tomos; *Escritos Juveniles* (la Edad de Piedra) de José Carlos Mariátegui en 8 tomos; *Mariátegui Total* en 2 tomos, antologías todas de la Empresa Editora Amauta S.A., Lima-Perú; *Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú* de Ricardo Martínez de la Torre; así como la edición del 24 de mayo de 1930 de la revista *Repertorio Americano* de Costa Rica.

Sírvase pues el heroico pueblo venezolano y de la Patria Grande, de recibir en esta edición, única en su concepción, la garantía de la “creación heroica” plasmada en la obra del gran Amauta nuestramericano.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, EL “AMAUTA”

José Carlos Mariátegui (Moquegua, 1894; Lima, 1930), primer marxista peruano y uno de los primeros en América Latina, nos ha dejado una herencia profusa e imprescindible en el camino de liberación de nuestros pueblos. Periodista desde muy joven, ensayista, activista y dirigente político, Mariátegui levantó la polémica y la producción ideológica en torno a la realidad histórica de la sociedad peruana y latinoamericana, así como sobre la problemática revolucionaria, la escena mundial, la economía, el arte, la literatura y el sentido de la lucha y la existencia humana de su tiempo.

Organizador de los trabajadores, los campesinos, intelectuales e incluso referente de los estudiantes peruanos; fundador del primer partido de la clase obrera en el Perú, de la primera central sindical y coautor del programa de lucha unitario para guiar a las masas empobrecidas hacia su emancipación. Se podría considerar que Mariátegui no sólo abre una nueva era en la interpretación socialista original sobre nuestra realidad, sino que su aporte constituye, junto con el de muchos otros, el nuevo período heroico y hereje de la tradición marxista, iniciado con la Revolución Rusa de Octubre y las luchas revolucionarias del siglo XX.

Amauta quiere decir en lengua quechua, “guía”, “orientador”, “maestro”. Mariátegui fue conocido así por el pueblo organizado de su época y los tiempos siguientes porque, más que un caudillo, era el traductor de los anhelos de grandes mayorías, su líder natural, su referente e inspirador.

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

Este tomo contiene los escritos incluidos en el volumen 13 (*Ideología y política*) de las *Obras completas* de José Carlos Mariátegui publicadas por la Empresa Editora Amauta S.A., al cual se han añadido, con el fin de complementar esta colección de escritos acerca de la política de clase del amauta peruano, algunos textos.

Al capítulo sexto, titulado “Encuestas”, se le anexa “Una encuesta a José Carlos Mariátegui” (del volumen 4, *La novela y la vida*).

Además de los siete capítulos que presenta el libro desde la edición de 1994, se han añadido cuatro más: el octavo, denominado “El problema de lo nacional”, cuyos textos son tomados del volumen 11, *Peruanicemos al Perú*, de las mencionadas *Obras completas*, y son: “Pasadismo y futurismo”, “Lo nacional y lo exótico”, “Heterodoxia de la tradición” y “La tradición nacional”.

Al noveno capítulo se le ha nombrado “Sobre las universidades populares”, y antologa dos textos extraídos del libro *Mariátegui total*, publicado por la Empresa Editora Amauta S. A; los cuales son: “Las universidades populares” y “En el sexto aniversario de la Universidad Popular: Palabras de Mariátegui”.

El décimo capítulo es una muestra del pensamiento del Mariátegui ya socialista pero aún no marxista, se titula “Hacia un camino propio (La iniciación de la política revolucionaria)”, con siete textos extraídos del volumen 3 de los *Escritos juveniles* publicados por la Empresa Editora Amauta S.A.

Por último, el undécimo capítulo, denominado “Cartas y documentos”, recoge cuatro textos fundamentales para entender el proyecto revolucionario mariateguiano: “Carta al grupo de México”, “Acta de Constitución del PSP”, “Carta colectiva del grupo de Lima” y “Tesis de afiliación a la Tercera Internacional”, extraídas del Tomo II de *Apuntes para una interpretación marxista de la historia social del Perú*, de Ricardo Martínez de la Torre y de la *Correspondencia de José Carlos Mariátegui* de Empresa Editora Amauta S.A.

Se han respetado las notas de la edición original, y las añadidas en esta edición son señaladas como “N. de los E.” Se hace un reconocimiento a la viuda y los hijos de José Carlos Mariátegui por emprender la publicación de sus obras (*Obras completas* en 20 volúmenes, *Escritos juveniles* en 8 volúmenes, *Mariátegui total* en 2 volúmenes, etc.), sin la cual este trabajo habría sido imposible. Agradecemos al Partido Comunista del Perú - Patria Roja, en cuyo portal www.patriaroja.org.pe se encuentran en versión digital parte de las denominadas *Obras completas*, las cuales nos fueron de gran utilidad en la realización de esta edición.

Manifestamos una gratitud especial a la Comisión de Formación Política del Movimiento José María Arguedas (MOVJMA) del Perú, dirigida por el compañero Martín Guerra, así como al compañero Gabriel Cabrera, por la propuesta del concepto de la antología, selección y parte de las notas especiales de este tomo, así como por la transcripción de los textos parcialmente inéditos; y a la Universidad Socialista del Perú José Carlos Mariátegui (USP-JCM) por su fraterna guía a través del historial mariateguiano.

LOS EDITORES

PRÓLOGO

CONFESIÓN DE PARTE, A MANERA DE PRÓLOGO

Mirar desde el espacio social e histórico de las masas populares latinoamericanas, fundamenta una filosofía y un conocimiento que necesariamente piensa la historia y el devenir humano.

Un lugar epistemológico que lleva a evaluar críticamente las corrientes ideológicas del Norte (...) El pensar desde América Latina requiere de un instrumental teórico-conceptual que recupere las resistencias culturales, las manifestaciones políticas de masas, las gestas, la literatura, el ensayo, las formas de conocimiento y las mentalidades populares; los testimonios, las microhistorias, las fiestas, los pequeños o grandes gestos de dignidad, los saberes que están en las orillas de la ciencia.

ALCIRA ARGUMEDO

Cuando hablamos de José Carlos Mariátegui hablamos de una trayectoria consecuente, vigente para la actualidad y el futuro de nuestra región.

Se nos ofrece aquí, a través de esta oportuna iniciativa, una nueva y excelente posibilidad de difundir su amplia y destacada experiencia social, política, ideológica, humana y militante para la construcción de alternativas políticas en el Perú, en América Latina y el Caribe. Tenemos aquí, además, la oportunidad de estrechar las manos —uniendo los países de la patria inmensa— para difundir una obra revolucionaria. Quisiéramos hacerlo presentando primero una panorámica de la

concepción política e ideológica del gran revolucionario, para luego, a través de un breve recorrido por los pasajes biográficos más resaltantes, resaltar algunos de los motivos más polémicos presentes en esta nueva edición de “Ideología y política y otros escritos”.

Ideología y política: teoría y práctica en José Carlos Mariátegui

La palabra “revolución” queda grande. Nos queda grande cuando pretendemos asirla y utilizarla en los labios, en el correo electrónico, o en el pedazo de papel, incluso en la profusa plaza. Pero se nos hace tan bonita, tan digerible —no por frugal, sino por cabal— cuando proviene de Mariátegui; que seguimos revelándola, lo mejor que podemos, a todos los rincones de la patria, la patria inmensa.

Para un marxista “convicto y confeso” como Mariátegui la patria es el mundo y dentro de éste, en especial, la tierra que lo vio nacer, la América y el Perú. Por eso para quienes en “Indoamérica” su figura representa la de un hermano mayor, su presencia es constante y omnipresente —tanto como la acción humana puede serlo—, e incluso hoy nos negamos a hablar de él en pasado. Nuestro Amauta no es pieza histórica de escaparate museológico, ni edulcorado académico incoloro, como tampoco bien con el cual traficar y pretender sustentar descabelladas empresas y concuerdas, frustradas aspiraciones u oportunas conversiones. No hay Mariátegui para todos los gustos. Hay uno solo, el cual con sus errores y aciertos sigue siendo ejemplo revolucionario, crítico y polémico agonista¹ de la historia.

*

Pero, entonces, formulamos la pregunta de Aníbal Quijano, ¿por qué, mientras todos los demás difusores y fundadores del marxismo

1 Mariátegui ha definido ya a Marx, a Sorel (con su interpretación muy particular de éste) y a Lenin como agonistas del socialismo. Nosotros seguimos su ejemplo y lo usamos como atributo para calificar su propio caso. Porque, a la manera de Unamuno y en palabras del amauta, “agonía no es preludio de la muerte (...) Agonía quiere decir lucha. Agoniza el que vive luchando; luchando contra la vida misma. Y contra la muerte”. El mismo Amauta lo reconoce y resalta una y otra vez, como quien se convence, íntimamente de su destino: “Soy un alma agónica como diría Unamuno. (Agonía, como Unamuno, con tanta razón lo remarca, no es muerte sino lucha. Agoniza el que combate).”

latinoamericano pueden ser estudiados principalmente por razones históricas, Mariátegui sigue vigente? Porque al decir de Antonio Melis y el mismo Quijano, Mariátegui es el que más profunda y certeramente logró apropiarse de aquello que confiere un valor auténticamente científico —es decir revolucionario— al marxismo.

Nuestro Amauta entiende el marxismo porque se alejó de éste —es decir del camino establecido para llegar y continuarlo, de las emboscadas tan frecuentes de los lugares comunes— para volver a él, diáfana y firmemente: “el hombre llega para partir de nuevo”². Mariátegui elevó el sentido común de todas las fuerzas de una generación a categoría científica, a síntesis revolucionaria con diagnóstico, programa y espíritu propio. El problema de la tierra y el modo de producción que lo supone; las naciones que habitan el Perú y el inconcluso proceso de forja de la nación; las posibilidades que nos permiten las variedades productivas y culturales del país, así como el racismo y la discriminación; la falta de ordenamiento territorial integral y propio; la correcta relación entre vanguardia y base, tradición y modernidad; el rol de la inteligencia, así como la del proletariado, sus debilidades, su juventud y vicios de dirección; el combate irreductible contra el populismo y el nacionalismo fariseo, y a pesar de ello, la prédica de la política del frente único... forman parte cardinal de los problemas y motivos que abordó y siguen siendo vigentes aún hoy en día. Es decir, tópicos que aún no hemos podido superar. Mariátegui no es un tópico superado, el gran Amauta sigue vigente³.

*

Pero Mariátegui murió. Hoy su monumento más famoso desluce sucio y abandonado a escasos metros de la que fuera su última casa en

² Mariátegui, José Carlos. *La lucha final* (20 de marzo de 1925). En: *El Alma Matinal y otras estaciones del hombre de hoy*. Empresa Editora Amauta S.A. Lima – Perú, 1972.

³ Mariátegui gustaba mucho en utilizar la frase “un tópico superado” para —como recuerda el doctor Hugo Pesce— desde el ángulo revolucionario calificar la polémica con el Apra y su reclamada acción revolucionaria. Ello se puede evidenciar en su caudalosa correspondencia y en un famoso artículo suyo de enero de 1930 denominado *Sobre un Tópico Superado*, que se puede encontrar en este tomo.

Lima⁴. Su apuesta por forjar “un Perú nuevo en el mundo nuevo”⁵, un socialismo que no “sea en América calco y copia”⁶, cien años después aún no se ha realizado. En los colegios y escuelas se menciona su nombre y algunas fechas biográficas, a la espera de que los chicos las graben y repitan. En algunas facultades de educación superior apenas se le presenta benévolamente como elemento de la colección de nuestra cultura general. En los círculos académicos es muy conveniente afirmar que es un escritor destacado, pero superado⁷. Incluso en las más altas esferas del mundo sindical se le corea como el fundador de la C.G.T.P., pero ello no llega a tener mayor significado que el nominal.

¿Por qué seguir recordándolo? ¿Por qué seguir estudiándolo entonces?

Porque sigue siendo necesario. Porque los pobres siguen siendo más. Porque seguimos desunidos. Porque su presencia sigue siendo atacada y/o tergiversada por la derecha, y ello es la mejor prueba de su validez.

*

¿Cuál es el sentido de recuperar el pensamiento de Mariátegui hoy?

Es necesario analizar este autor de manera integral, teniendo en cuenta que no fue sólo un ser humano notable, un trabajador humilde, un periodista, un poeta, un intelectual; también fue un político brillante, un teórico, un estudioso profundo de la realidad pero vista y vivida, no sólo desde los libros o desde el ángulo estadístico o académico.

4 Mientras a solo cien metros, en la misma vía, se levanta lustrosa la efigie esculpida de su antítesis política y moral, Víctor Raúl Haya de la Torre el fundador del Apra.

5 Mariátegui, José Carlos. *Réplica a Luis Alberto Sánchez*, Publicado en *Mundial*, Lima 11 de marzo de 1927 y en *Amauta*, N° 7, págs. 38-39 (Boletín “El Proceso del Gamonalismo”). Lima, marzo de 1927.

6 Mariátegui, José Carlos. *Aniversario y Balance*. Editorial de *Amauta*, N° 17, año II, Lima, septiembre de 1928.

7 Coincidimos con Antonio Melis cuando afirma que actualmente está de moda por nuestros académicos intelectuales “sentenciar que la obra de tal o cual autor está “superada”, sobre todo por los que nunca la leyeron y encuentran en esta actitud un buen pretexto para seguir ignorándola”. Pero la actitud parricida no solo es una práctica en boga a efectos de los formalismos académicos (negar para figurar, “polemizar” para llamar la atención); sino que, en el caso de autores como Mariátegui, pasa también por un tema de oportunismo político. Es aceptable y conveniente criticar irónicamente y ácidamente las envolturas de la época que nos toca vivir, pero no su contenido, si de lo que se trata es coronar una carrera.

Desde la vida, desde la experiencia, desde la práctica, contactó, conoció, fue asimilando la ideología marxista, se alumbró con ella en el arduo camino de la lucha, la enriqueció y aportó a su desarrollo creativo.

Desentrañar e interpretar correctamente la realidad objetiva, la justa correlación de fuerzas, las fuerzas motrices, transitando los caminos propios del proceso, hacen a la necesidad imprescindible de la más estrecha unidad entre la teoría y la práctica, proceso dialéctico que enriquece a ambas, y las proyecta.

Mariátegui cuestionó la mirada dogmática de la realidad para transformarla. Con la luz de la teoría marxista —a la que concebía como una guía para la investigación y la acción— rechazó el calco y la copia, para abonar procesos de cambio que exigen crecientes iniciativas a partir de la realidad concreta, cambiante y dinámica, con sus diferencias en cada momento histórico, político, en cada país del continente y del mundo.

La nueva publicación de los trabajos de Mariátegui apunta a esos objetivos bien claros y definidos y remarcan la necesidad actual de impulsar su difusión, su conocimiento y profundización, su asimilación para la formación militante.

*

Hablar de un libro sobre política e ideología, y en específico sobre los puntos de vista de Mariátegui sobre “la Revolución Socialista en el Perú y la crítica del desenvolvimiento político y social del país⁸”, se haría ya no solo difícil sino imposible si no tomamos en cuenta las principales preocupaciones políticas e ideológicas de Mariátegui en lo esencial de su obra, y cómo éstas siguen siendo vigentes y polémicas. Sin duda pretender situar el pensamiento y la actitud política de Mariátegui es mucho atrevimiento. Pero es la única forma que encontramos adecuada para comenzar (léase convencernos) a estudiar a fondo las raíces teóricas y las expresiones políticas de Mariátegui. Comencemos.

*

⁸ Nota preparada por el propio Mariátegui y presentada por la delegación peruana al Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latinoamericana de Montevideo (mayo de 1929) y a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana de Buenos Aires (junio de 1929). Inserta en la presente edición.

¿Qué clase de revolucionario, de marxista es José Carlos Mariátegui La Chira? Para intentar responder esa pregunta no debemos olvidar que Mariátegui es un mestizo, que lleva apellido paterno vasco y materno de los pueblos originarios del norte peruano. Criado en el seno de una familia provinciana que migra del interior a la capital. De extracción humilde que adversa contra males de salud muy grandes desde niño. Es un peruano al que le está negada la posibilidad de asistir a la escuela. Un obrero de imprenta a partir de los 14 años, cuando entra como alcanza rejones (portapliegos) a un diario limeño, a través del cual se liga al mundo intelectual como periodista de temprana edad.

Sin duda todos estos aspectos contribuyen a la originalidad del pensamiento y obra del Amauta. No se trata de un intelectual académico de clase media (es famoso su carácter “anti-universitario”). No es un tipo al que le han contado cómo es la realidad, la vive como actor del drama mismo. Se acerca a ella en el papel de obrero y luego —también siendo trabajador asalariado— como periodista. Jorge Basadre reconocería en esto último, y no en la Universidad, su hogar espiritual⁹. Desde su trinchera de divulgador de información —no de *mediatizador* de ésta— se apropió, al decir de Rodolfo Castro, “críticamente de su exacerbada y convulsionada realidad social y política”¹⁰. Tomó partido por los suyos, por los intereses de la clase de la cual provenía, casi sin proponérselo, de una manera intuitiva¹¹, casi lúdica y bohemia. Descubriendo de manera

9 Sobre la estadía de Mariátegui en el periodismo se puede revisar, además de la *Introducción* de J. Basadre a la edición en inglés de *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana, La acción escrita. José Carlos Mariátegui periodista* de Genaro Carnero Checa y de Juan Gargurevich, *La razón del joven Mariátegui*.

10 R. Castro rescata con mucho énfasis la precoz acción periodística de Mariátegui en su formación política, dado que -como también lo reconoce A. Quijano- le permite tomar “contacto con los acontecimientos y cosas del país”. Castro Orellana, Rodolfo. *Los usos de la noción de Ideología (6º Parte): el pensamiento de José Carlos Mariátegui*. Revista Ciencia Política. Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, Departamento de Ciencias Políticas. Mayo de 2009. Año 2. No. 2. <http://www.ues.edu.sv/descargas/numero%20uno/RCP6.pdf> y QUIJANO, A. *Reencuentro y Debate. Una introducción a Mariátegui. Prólogo a Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Edición venezolana, Biblioteca Ayacucho.

11 A. Quijano dirá que en esta inicial etapa carecía de puntos de vista sistemáticos para enjuiciar aquella convulsionada realidad. *Ibid.*

“natural” un método propio. Un estilo en germen, en roca amorfa, sin pulir, sin filo.

Esta inicial ausencia de camino trazado *per se*, de recetario aplicativo sin más, de distanciamiento de cualquier cuerpo teórico —pero no de falta de conciencia—, significaron en la evolución de Mariátegui una oportunidad única para desarrollar sus ideas, su plan de vida. Llegar a una resolución revolucionaria de ésta, no de manera aparente, ya sea por oportunismo o por imposición (ambos vicios muy comunes dentro de la historia de la izquierda mundial), sino por convicción, por el desarrollo de su nivel de conciencia en contraste permanente con la realidad que le tocó vivir. Mariátegui no se adviene al camino revolucionario por fe ciega, como antídoto que permita desvanecer el temor frente a la incertidumbre de vivir revolucionariamente (es decir en la incertidumbre). No para mitigar el riesgo que conlleva aceptar la cita, la “Invitación a la Vida Heroica”¹²; sino a pesar de aquél. Llega porque ha entendido de qué se trata (y eso lejos de ser un ejercicio de académico, es uno de sentido común) y porque ha comprendido cuál es su destino.

Bien se podría decir, entonces, que estamos ante un “revolucionario original” y “un marxista heterodoxo”.

*

Mariátegui no es un revolucionario “original”. No lo es en el sentido que la social democracia y los intelectuales influenciados por el eurocomunismo se encargaron de difundir. Una originalidad impuesta y fabricada. Se pretende que ésta sea una característica en la actividad política de Mariátegui, buscada a toda costa por éste y tan poderosa que devore el propio contenido de su obra. Hasta el punto de no importar si era comunista o no, si se ubicaba o no en el torrente del desarrollo de los aportes de Marx y Lenin. Para los eternizadores de lo “original” lo que importa de Mariátegui es que justifique la necesidad de “repensar”. Y de “re-repensar” la política cuantas veces sea necesario.

Podríamos decir incluso, a contrapelo de la mayoría de estudios, que Mariátegui en sus expresiones políticas no opta por lo “original”, por

12 Mariátegui, José Carlos. *Carta a Samuel Glusberg (7 de noviembre de 1928)*. En: *Correspondencia. Tomo II*. Empresa Editora Amauta S. A. Lima – Perú, 1984.

“repensar”, “reinventar”. Se juega por la tradición. Una tradición original. “Porque —como refiere él mismo— la tradición es, contra lo que desean los tradicionalistas, viva y móvil. La crean los que la niegan para renovarla y enriquecerla. La matan los que la quieren muerta y fija, prolongación de un pasado en un presente sin fuerza, para incorporar en ella su espíritu y para meter en ella su sangre”¹³.

Sin embargo, es necesario diferenciar algo que puede resultar paródico. Mariátegui puede ser, sin duda, un revolucionario *“original”* si —atendiendo al proceso de formación de sus tesis— observamos que fue una voz singular dentro del movimiento político revolucionario y en específico comunista de su época —y en gran medida aún hoy lo es—. Es válido valorarlo de esa manera solo y en tanto se analiza el contenido altamente radical e innovador de sus tesis, contrastándolo con el coro de voces que representaban las posiciones mayoritarias en el seno del movimiento comunista internacional de entonces.

En ese sentido, es elocuente la carta del 6 de marzo de 1930 a Samuel Glusberg, en donde, coordinando preparativos para su futuro —y nunca realizado— viaje a la ciudad donde se asentaba el núcleo duro de la III Internacional Comunista en América Latina, Buenos Aires, y la presentación su libro *Defensa del marxismo* en esa ciudad, reseña, respecto a las repercusiones políticas de éste, que “por tocar debates muy actuales, y libros y tesis como los de De Man, Eastman, Emmanuel Berl, Benda, etc. *con cierta originalidad doctrinal*, me parece destinado a lograr alguna resonancia”. (El énfasis en nuestro).

Mariátegui era consciente de la originalidad de sus tesis. Pero el sentido que daba a esa originalidad no era de una vocación a “sentirse diferente”, o a no reconocer ninguna influencia doctrinal; sino a las repercusiones políticas que significaban estos puntos de vistas en el contexto en que le toca anunciarlas. Uno dominado por visiones esquemáticas, de un lado, y claudicantes, del otro.

En una posterior carta del 11 de marzo de 1930 al mismo Glusberg continúa analizando las repercusiones políticas que traerá su libro en el

13 Mariátegui, J. C. *Heterodoxia de la tradición*. En: *Invitación a la vida heroica. José Carlos Mariátegui. Textos esenciales*, en este tomo.

ambiente intelectual y político de la izquierda bonaerense influenciado, en gran medida, por los representantes de la III Internacional Comunista: “mi Defensa del Marxismo, (...) contribuirá a hacerme conocer en Buenos Aires, con un trabajo que estimo exento de todo pedantismo doctrinal y de toda preocupación de ortodoxia”. Para Mariátegui no era necesario reclamar su originalidad, ni su ortodoxia, éstas no tienen sentido por sí solas, alejadas del contexto en que surgen: ortodoxia marxista frente al reformismo claudicante en que había devenido la II Internacional Comunista de corte socialdemócrata y originalidad doctrinal frente al reduccionismo que se filtraba en la III Internacional Comunista a la muerte de Lenin.

De esta práctica sirve de muestra la dedicación al estudio del tema racial en un continente tan diverso como el nuestro desde la perspectiva de la lucha de clases. Esta atención dedicada resulta pionera¹⁴.

Es extraña también al repertorio revolucionario clásico la valoración que Mariátegui ensaya sobre lo “religioso”. Ésta adopta un sentido distinto al de la complacencia o al de la crítica convencional¹⁵. Para Mariátegui el *“sentimiento religioso”* como elemento movilizador y catalizador es fundamental en la historia¹⁶. En la encuesta concedida a Ángela

14 La tesis sobre *El problema de las razas en la América Latina* preparada por Mariátegui y discutida en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana realizada en Buenos Aires en junio de 1929, tuvo como introducción la disertación del doctor Hugo Pesce, en las siguientes palabras: “Compañeros: Es la primera vez que un Congreso Internacional de los Partidos Comunistas dedica su atención en forma tan amplia y específica al problema racial en la América Latina”.

15 Mariátegui rechaza tanto la institucionalización de la religión como un método de control social utilizado por las clases dominantes, como también la burda reducción de lo religioso como oscurantismo (propia del anarquismo y el radicalismo liberal con los cuales ya había ajustado cuentas). Asimismo, es altamente demostrativo la singularidad de su visión del rol de la religión en aquella ocasión cuando un grupo “ultrista” de estudiantes, activistas e intelectuales dirigidos por Víctor Raúl Haya de la Torre solicitan a Mariátegui se sume a las acciones de boicot en contra de a ceremonia popular de Consagración del Perú al Sagrado Corazón de Jesús. Mariátegui se negó a ello, dejando ver que el enemigo no puede ser el sentimiento religioso de la población que acudía masivamente a estos eventos.

16 Resulta muy enriquecedor el análisis del factor religioso en el Tawantinsuyo que desarrolla en los *Siete ensayos...* Diferencia la religión como institución administrativa y aparato ideológico dominante del Estado Inca, del sentimiento religioso del pueblo andino, más terrenal, natural y flexible. Más relacionado

Ramos en julio de 1926 autodefine su actitud como “religiosa y política”. Para él la revolución, en su expresión más palmaria y multitudinaria¹⁷, necesita no solo razón sino sobre todo fe, sentimiento religioso.

Esta valoración más objetiva de lo religioso puede resultar muy original, pero incluso en sentido estricto no es más que llevar hasta las últimas consecuencias lo que Marx ya había advertido en una cita descontextualizada y manoseada hasta la saciedad: “La angustia religiosa es al mismo tiempo la expresión del dolor real y la protesta contra él. La religión es el suspiro de la criatura oprimida, el corazón de un mundo descorazonado, tal como lo es el espíritu de una situación sin espíritu. Es el opio del pueblo”¹⁸ En esta cita Marx ya advierte la naturaleza dual de la religión, que encontrándose en la mayoría de los casos ejecutando tareas opresoras, puede también colaborar con la liberación del ser humano.

Mariátegui continúa esta línea de pensamiento, la desarrolla, la complementa¹⁹, no la inventa. No es “original” en el sentido de inventar la quinta esencia —y no creo que le importara serlo, como les importa a nuestros teóricos “originales”—, pero hace aportes relevantes al plantear la importancia del mito en los procesos revolucionarios como agente dinamizador. Allí un ejemplo de su real y objetiva originalidad.

*

con la representación mítica y ordenadora de conocimientos ancestrales en el manejo de la naturaleza y la producción. Esta última concepción permanece después de la invasión y es sinónimo de resistencia, la otra desaparece.

17 Es frecuente encontrar en Mariátegui sentencias respecto a lo improductivo que pueden ser los filósofos y otros personajes de la academia al momento de encontrar esta fe revolucionaria, esa será tarea de las multitudes.

18 Cuando se utiliza esta cita se suele omitir la frase completa y solo se menciona la última frase, la cual aparece en el libro de Marx, *Acerca de la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*.

19 Michael Löwy señala que si bien es cierto Marx y Engels reconocen el carácter dual de la religión, para ellos el hecho religioso ya había agotado su filo subversivo. Ello fue verdad en el contexto de la Europa de Marx y Engels, hasta que irrumpen en el escenario propuestas revolucionarias desde la propia Iglesia. Por ejemplo la llamada Teología de la Liberación, cuyo fundador no en vano fue otro peruano que conoció la obra del Amauta: el padre Gustavo Gutiérrez. Löwy, Michael. *Marxismo y religión: ¿opio del pueblo?*
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/marxis/P2C3Lowy.pdf>

Otro lugar común en el estudio de Mariátegui es aquel donde se lo etiqueta como “*marxista heterodoxo*” o inclusive donde se menciona sus afinidades más particulares y pedestres (su juvenil afición a los caballos, por ejemplo) omitiéndose mencionar su filiación marxista y sobre todo marxista-leninista. En otros casos se hace un uso abusivo de las citas que linda con el positivismo más pueril, presentando como gran aporte el no haber descubierto texto alguno donde Mariátegui diga: “*soy marxista-leninista*” (¿acaso era necesario?). Cuando el propio método recogido y desarrollado por Mariátegui nos enseña no limitarnos a la exégesis de lo expreso²⁰. Sin embargo, si de cuestión de definiciones se trata las evidencias en la propia obra escrita son contundentes:

Remito a mis acusadores a mis propios escritos públicos o privados, de ninguno de los cuales resulta que yo, *marxista convicto y confeso*, —y como tal, lejano de utopismos en la teoría y en la práctica— me entreteenga en confabulaciones absurdas, como aquella que la policía pretende haber sorprendido.²¹ (El énfasis es nuestro).

Asimismo, la Declaración doctrinal encargada a Mariátegui como parte del esquema de Programa del Partido Socialista Peruano en octubre de 1928 señala en su apartado 4º:

El capitalismo se encuentra en su estadio imperialista. Es el capitalismo de los monopolios, del capital financiero, de las guerras imperialistas por el acaparamiento de los mercados y de las fuentes de materias brutas. *La praxis del socialismo marxista en este período es la del marxismo-leninismo. El marxismo-leninismo es el método revolucionario de la etapa del imperialismo y de los monopolios. El Partido Socialista del Perú lo adopta como su método de lucha.* (El énfasis es nuestro).

20 Mariátegui nos da claras muestras de su método al referírselo a Ángela Ramos en entrevista ya citada: “El dato no es sino dato. Yo no me fío demasiado del dato. Lo empleo como material. Me esfuerzo por llegar a la interpretación”.

21 Parte de la carta escrita por Mariátegui desde su prisión en el Hospital Militar de San Bartolomé al diario *La Prensa*, en que señalaba la falsedad de la acusación del “complot” comunista de junio de 1927 que ocasionó la clausura de la revista *Amauta*.

De igual modo, la Tesis de afiliación a la Tercera Internacional del Comité Central del Partido Socialista dirigido por Mariátegui, documento del 4 de marzo de 1930, indica la apelación a la ortodoxia marxista:

La ideología que adoptamos es la del *marxismo militante* y revolucionario, doctrina que aceptamos en todos sus aspectos: filosófico, político y económico-social. *Los métodos que propugnamos son los del socialismo revolucionario ortodoxo.* (El énfasis es nuestro).

¿Se puede afirmar que estamos frente a un marxista heterodoxo entonces? Pues depende de qué es lo que se intenta afirmar con eso. José Aricó²² –uno de los intelectuales que más estudió a Mariátegui— al sintetizar la peculiaridad de su pensamiento lo define como “marxismo heterodoxo latinoamericano”. Ello en razón a su vocación esencialmente revolucionaria de “mantener constante una concepción del marxismo que enfatizaba su capacidad de recrearse en el proceso mismo”, lo que equivale a decir —parafraseando al mismo amauta— *ni calco ni copia, creación heroica*. Eso resultaba —y resulta, extrapolándolo a la actualidad— “completamente extraño al estilo del teórico y del político dogmático”, al “materialismo vulgar”, “positivista y mecanicista” que campeaba en muchos marxistas de ese entonces. En ese sentido Mariátegui para Aricó y sus continuadores terminaría siendo un “marxista heterodoxo”.

De acuerdo a Aricó, Mariátegui plasmó sus tesis en “tensión” con las referentes clásicos del marxismo ortodoxo²³. En esta tensión habría tenido un peso relevante “los vasos comunicantes” con lo más adelantado de la cultura de su época, incluso lo más adelantado del “pensamiento idealista de su época” (Bergson, Croce, Gobetti, Nietzsche, Unamuno, James, etc.).

-
- 22 El argentino José Aricó otorga a Mariátegui el sitio más elevado dentro de los formuladores de lo que denomina marxismo latinoamericano. La introducción y recopilación por él hecha del libro *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano* es un referente obligado. Las citas que a continuación se hacen de Aricó provienen de este texto.
- 23 Ello en razón a su búsqueda de experiencias más próximas a la peruana, que le resultaran más útiles en su interpretación de la realidad. En esta búsqueda su conocimiento de la “cuestión meridional” italiana será fundamental al momento de plantear el proceso peruano como el de una “nación en formación”.

Ello evidencia un método no sectario al valerse de lo mejor de la inteligencia humana de su momento. En ese sentido, Mariátegui sería heterodoxo, también, por las fuentes novedosas que utilizó, principalmente entre ellas las italianas: el historicismo y la visión peculiar del risorgimento²⁴.

La preocupación de una “internacional de la inteligencia”, la capacidad de albergar no solo en discursos sino en los hechos a lo mejor de la vanguardia literaria, artística y científica²⁵, demuestran no solo un interés por revalorar el aporte de la cultura a la empresa política, también evidencian otro de los aportes del pensamiento de Mariátegui: el estilo del “*frente único*” en el quehacer político.

Así, en cierta medida coincidimos con lo producido por Aricó respecto a la interpretación del pensamiento y obra de Mariátegui²⁶, pero ello no nos conduce a las mismas conclusiones. La necesidad de renovar constantemente el marxismo, la utilización de fuentes no marxistas —pero de gran valor científico— en el conocimiento, la importancia del manejo de lo mejor de los adelantos teóricos en el mundo, el uso del método y principio de la unidad entre los que luchan frente a un enemigo común, etc., son muestra, justamente, de lo que Aricó parece no ver: el desarrollo más fiel de la ortodoxia marxista. Tradición “viva y móvil”. Método cabalmente científico y por ello revolucionario en la acepción más marxista del término.

Eso es Mariátegui, un heterodoxo de la tradición. Un ortodoxo original. Un ortodoxo marxista que se podía dar el lujo de increpar la ortodoxia de sus compañeros que se desgañitaban jurando lealtad al marxismo y que lejos de desarrollarlo, lo empobrecían²⁷.

24 Se puede notar en este proceso un aprendizaje similar al transitado por Antonio Gramsci.

25 De ello era ejemplo la revista *Amauta*, no solo como espacio de difusión y de desarollo teórico, sino como espacio orgánico, como cuerpo en el que podrían encontrar su lugar lo mejor de la inteligencia de una época.

26 Sobre todo hasta finales de la década de los 70 cuando prefiere centrar sus aportes al concepto de “democracia”, “pacto social”, “el tránsito a la vida democrática”. Conversión que corona con su repatriación, luego del exilio en México, y participación en el antipopular gobierno social demócrata de Raúl Alfonsín.

27 “Los 7 *Ensayos* no son sino la aplicación de un método marxista para los ortodoxos del marxismo insuficientemente rígido en cuanto reconoce singular importancia al aporte soreliano, pero que en concepto del autor corresponde al

Otra estigmatización, más reciente, aunque de “buena fe”, es la alusión de Rodolfo Castro a la formación autodidacta de Mariátegui, la profesión de periodista y al “*carácter crítico y problemático*”²⁸ de su marxismo como las causas que explicarían su liberación de las ataduras de “tipo escolástico” de la III Internacional Comunista y las “insuficiencias de las variantes positivistas” de la II Internacional Comunista. Concordamos en la idea de que en el cuerpo de la obra de Mariátegui se observa una actitud crítica ante los intentos de imposición de un programa político sin comprender las especificidades de cada realidad nacional, así como una apuesta por desbordar los estrechos márgenes mecanicistas con los que algunos sectores pretendían (y pretenden) equiparar el método marxista. No obstante, la actitud de Mariátegui frente a estos hechos no fue la de criticar desde afuera, presentándose como un tercero imparcial y objetivo que pontifica desde el escritorio. Su opción es otra, la del debate sin ambages y el de la resolución política firme. Dista pues de ser una de “*carácter problemático*”, en el sentido de especulación tortuosa. No olvidemos que Mariátegui resuelve adherirse orgánicamente a la III Internacional (marzo de 1930), lo que no quita que reserve apreciaciones críticas (y que las reciba también con ocasión de la participación de la delegación peruana en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana realizada en Buenos Aires en junio de 1929).

Nuestro Amauta, qué duda cabe ya, no era un marxista disimulado. Era un revolucionario comunista, marxista-leninista y estaba orgulloso de serlo. ¿Por qué los empecinamientos en obviar o renegar de ello en muchas publicaciones, prólogos y presentaciones de sus obras?²⁹

verdadero moderno marxismo, que no puede dejar de basarse en ninguno de las grandes adquisiciones del 900 en filosofía, psicología, etc”. Nota preparada por el propio Mariátegui y presentada por la delegación peruana para el debate en el seno del Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latinoamericana de Montevideo (mayo de 1929) y de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana de Buenos Aires (junio de 1929). Inserta en la presente edición.

28 Castro Orellana, Rodolfo. Ob. Cit.

29 Un ejemplo de ello se puede observar en la presentación del entonces Presidente del Congreso del Perú, Antero Flores Araoz, a la nueva edición de *Invitación a la vida heroica*. Flores Galindo, Alberto y Portocarrero, Ricardo. *Invitación*

Mariátegui reafirmó la idea del marxismo como ciencia que basaba su método en el materialismo dialéctico e histórico que trasciende los límites de un país o un continente por su carácter universal y como fuente creativa para impulsar los cambios.

Siempre combatió la idea sectaria de ubicar y tratar de aplicar la teoría marxista como *dogma* en vez de utilizarla como guía para la acción. En el mismo sentido, combatió las ideas de aquellos que la acusaban de “extranjerizante” o “europeizante”.

Defendió claramente sus ideas, sus concepciones revolucionarias, con firmeza, coraje y amplitud. En su época tuvo que enfrentar provocaciones, agresiones y cárceles por parte de los enemigos abiertos de la derecha. También incomprendiciones basadas muchas veces en actitudes sectarias y oportunistas de la pseudoizquierda. Nunca lograron acallarlo ni hacerlo ceder en sus convicciones políticas e ideológicas. No pocos trataron de ubicarlo como un enemigo del socialismo marxista y del internacionalismo. Se intentó también ocultar sus aportes creativos. Una de las polémicas giró en torno de la Primera Conferencia de Partidos Comunistas de América Latina realizada en Buenos Aires en 1929 donde, entre otros temas, se discutió lo referente a los pueblos originarios, al movimiento frentista y al partido. En este caso se ocultó y desvirtuó el papel positivo que la delegación del Partido Socialista del Perú —enviada por Mariátegui— jugó en Buenos Aires. Hecho histórico, públicamente reconocido, tanto por los organizadores de la conferencia como por la propia delegación peruana.

Como se ha señalado ya, en la *Tesis de afiliación a la Tercera Internacional* se expresa: “el Comité Central del Partido se adhiere a la Tercera Internacional. La ideología que adoptamos es la del marxismo militante y revolucionario, doctrina que aceptamos en todos sus aspectos: filosófico, político y económico-social”.

No debería quedar mayor duda. Mariátegui es un revolucionario marxista-leninista que se adhiere a la III Internacional Comunista y que mantiene una visión propia del proceso peruano. El amauta ideológica

a la vida heroica. Textos esenciales de José Carlos Mariátegui. Congreso del Perú, Lima, 2005.

y políticamente está construyendo su propio camino; y lo hace en medio de un arduo debate internacional dentro de las fuerzas comunistas, el cual empezaba a gestarse en América Latina. Es en ese momento histórico cuando lo sorprende la muerte. Es por ello también —y lo decimos con todo el respeto que nos merece uno de los más grandes comunistas— un marxista en formación, en tránsito dinámico, en actitud vibrante. No está acabada, está en potencia toda su fuerza. Es en ese estadio cuando nos lega tamaña responsabilidad: la construcción de la patria socialista, sin calco ni copia.

Ideología y política: un breve recorrido por la vida de un luchador

El marco histórico en que Mariátegui nació, vivió y luchó fue una época compleja y difícil.

En América Latina y el Caribe comenzaban a difundirse las ideas del socialismo, cuando en las últimas décadas del siglo XIX empiezan a tomar auge las experiencias políticas y las diversas formas de lucha y de organización de los trabajadores y del pueblo. Era el período de la primera Revolución Rusa, derrotada en 1905, y posteriormente el del triunfo de la Revolución Socialista en la Rusia de 1917.

Luego adviene la etapa imperialista del capitalismo, de la concentración monopólica y la agudización de las contradicciones entre potencias imperiales, en el inicio y desarrollo de la denominada “Primera Guerra Mundial” motorizada por la disputa para el reparto de los mercados y la profundización del inhumano dominio colonial. Son sus consecuencias, la dependencia y sus secuelas de militarización y represión, de hambre y miseria, de discriminación y genocidio contra los pueblos originarios; en particular en nuestro continente y los demás países oprimidos. Esta situación se profundizó con la crisis económica de 1929.

Como hombre de su época, también acompañó el auge de las luchas populares, obreras, campesinas, de los pueblos originarios y del crecimiento de una intelectualidad progresista, la difusión de las ideas del socialismo marxista y del anarquismo, de la organización y combate de múltiples asociaciones, sindicatos, partidos políticos.

Fue en ese período en que Mariátegui se adhiere al socialismo y funda la revista *Nuestra Época* y junto a otros intelectuales y a un sector de militantes del movimiento obrero constituyen el Comité de Propaganda y Organización Socialista, espacio importante de debates políticos e ideológicos que dieron nacimiento al periódico *La Razón*, contribuyendo a la difusión de ideas de izquierda entre los trabajadores, motor de solidaridad con sus luchas.

Es importante remarcar el papel jugado por este periódico en apoyo activo a la Reforma Universitaria que desde Córdoba (Argentina) avanzaba con sus características propias en otros países del continente, muy especialmente en el Perú.

Luego del golpe de Estado dado por Augusto B. Leguía, que lo mantiene en el gobierno desde el 4 de julio de 1919 hasta el 12 de octubre de 1924, Mariátegui —junto con otros militantes revolucionarios— es exiliado a Europa. Esa etapa marca un momento nuevo en su vida. Allí, junto con el aprendizaje de varios idiomas, avanza y profundiza su formación política e ideológica. Participa activamente en importantes debates y en experiencias de diversos partidos socialistas, de movimientos solidarios, de estudios y seminarios; se entrevista con importantes personalidades de la política, la cultura y la intelectualidad. En Europa, dijo Mariátegui, “aprendí a conocer y comprender más a América Latina y al Perú”.

Hasta el regreso de Europa dura lo que denomina la “Edad de Piedra” en relación con la evolución de su pensamiento, ideología y experiencia revolucionaria.

Los años que van de 1923 a 1930 son de un enorme valor en el avance y desarrollo de las ideas del socialismo marxista-leninista, de importantes estudios y experiencias para la aplicación a la realidad peruana, con proyección al plano latinoamericano y caribeño. Quisiéramos destacar muy brevemente algunos de los puntos más polémicos en la obra de Mariátegui en ese período de su vida y que aparecen en la presente selección.

*

En el análisis del tema indígena en América Latina y específicamente en el Perú, Mariátegui analiza por primera vez el tema desde una

perspectiva económica y social, de manera sistemática, lo que le permite llegar a conclusiones y plantear propuestas de solución.

Ausulta la historia resaltando el cambio de sistema económico que la invasión española supuso. La población aborigen se dedicaba básicamente a la agricultura, pero al llegar los españoles ello varió, pasando la minería a ser la principal actividad, con la peculiaridad de estar sustentada en base a la mano de obra de los pueblos originarios —particularmente andinos— en condiciones de explotación casi esclavista. Este sistema estaba administrado desde el omnímodo poder central, mercantilista y proto-capitalista, de la metrópoli española y su burocracia virreinal; sin embargo, aquél necesitaba del concurso de los poderes locales, los cuales se encargaban de mantener la explotación en todos los rincones del amplio territorio, comportándose como pequeños señores feudales.

Quienes más necesitaban una liberación eran las masas indígenas, a pesar de lo cual, la revolución independentista no fue dirigida por aquéllas. La promovieron y usufructuaron los criollos y mestizos de la costa, aprovechando el apoyo de la población indígena. Por lo que, luego del triunfo, rotas las cadenas que impedían el desarrollo de las fuerzas capitalistas, aquéllos mantuvieron los privilegios feudales de la aristocracia latifundista sobre la tierra. La revolución independentista no transformó las bases sociales del régimen.

Mariátegui llega incluso a culpar más a la República que al Virreinato respecto a la situación del indio. La República era ya un régimen peruano y liberal, pero que no significó una solución. Al contrario, el latifundio modernizó el método de despojo del indio a través del usufructo de la tierra, que ha sido siempre la vida de aquél, y con ello su disolución material y moral.

Esta perspectiva nueva del problema representa la “modernización” del proyecto de país, del discurso manejado por las élites. Este discurso moderno es inaugurado por Manuel González Prada —el cual es considerado por Mariátegui como un maestro de su generación—. Éste, sobre el mismo tema, exclama:

Existe una alianza ofensiva y defensiva, un cambio de servicios entre los dominadores de la capital y la provincia: si el gamonal de la sierra sirve de agente político al señorón de Lima, el señorón de Lima defiende al gamonal de la sierra cuando abusa bárbaramente del indio.³⁰

Añadiendo respecto a los nuevos juegos de poderes y la doble moral de herencia colonial:

La República sigue las tradiciones del Virreinato (...) Las autoridades que desde Lima imparten órdenes conminatorias a los departamentos, saben que no serán obedecidas; los prefectos que reciben conminaciones de la Capital saben también que ningún mal les resulta de no cumplirlas(...) Nuestra forma de gobierno se reduce a una gran mentira(...) Si en la costa se divisa un vislumbre de garantías bajo un remedio de república, en el interior se palpa la violación de todo derecho bajo un verdadero régimen feudal.³¹

González Prada advierte, aunque aún de manera más emotiva que sistemática, la continuidad del problema, e incluso intuye su raíz y alcanza a atisbar su solución. Fustiga las iniciativas indiófilas de corte filantrópico, así como aquellas que plantean el centro del problema en la educación: "Nada cambia más pronto ni más radicalmente la psicología del hombre que la propiedad (...) Al que diga: *la escuela*, respóndasele: *la escuela y el pan* (...) La cuestión del indio, más que pedagógica, es económica, es social."³²

Mariátegui, en este sentido, continúa la labor de González Prada. Profundiza y sistematiza el análisis, desarraigando toda solución de corte humanitaria y plantea el problema en su real dimensión. Aporta creativamente al "problema del indio", entendido como un problema no racial sino social y económico.

30 González Prada, Manuel. *Nuestros Indios*. En *Horas de Lucha*. Editorial Universo, 1972.

31 Ibid.

32 Ibid.

El socialismo nos ha enseñado a plantear el problema indígena en nuevos términos. Hemos dejado de considerarlo abstractamente como problema étnico o moral para reconocerlo concretamente como problema social, económico y político.³³

También nos enseña que:

La doctrina socialista es la única que puede dar sentido moderno, constructivo, a la causa indígena que, situada en un verdadero terreno social y económico, y elevada al plano de una política creadora y realista, cuenta para la realización de esta empresa con la ayuda y la disciplina de una clase que hoy hace su aparición en nuestro proceso histórico: el proletariado.³⁴

Mariátegui concebía el proyecto de lucha por la conquista del poder y la construcción de una nueva sociedad socialista como parte integrante e inseparable del proceso de cambios revolucionarios en el continente y en el mundo; veía el proyecto y los cambios como fruto de las luchas de los pueblos, entendiendo la existencia de diversos sujetos sociales: los trabajadores, los campesinos, los pueblos originarios, los estudiantes, los intelectuales.

En ese sentido, la solución del indio tiene que ser una solución social. Sus realizadores deben ser los propios indios en base a una organización propia, como muchedumbre no serán capaces de llevar a cabo su rol histórico.

Esta solución pasa por el problema de la tierra, es decir por una reforma en la posesión de ésta y la superación de los rezagos del latifundio y la servidumbre³⁵. Una reforma agraria la cual permita que la

33 Mariátegui, José Carlos, Prólogo a "Tempestad en los Andes" de Luis E. Valcárcel, 1927; También en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 1928.

34 Mariátegui, José Carlos, "Presentación a *El Amauta Atusparia*", 1930. *Ideología y Política*.

35 El doctor Hugo Pesce en el prólogo a la primera edición de *Ideología y Política* (reproducido en este tomo) identifica los principales aportes de Mariátegui sobre el tema del indio de la siguiente manera: "el señalamiento de la importancia de los hábitos colectivos de las masas indígenas que facilitan la implantación del

forja de una nueva nación cuente, como componente fundamental, a los pueblos originarios andinos —y habría que decir amazónicos y de otras culturas asentadas y marginadas en el país— como sujetos libres. Estas culturas con sus formas colectivas y conocimientos ancestrales, deberían servir de inspiración para la futura nación peruana. Mariátegui afirma que esta tarea solo podrá ser desarrollada por el socialismo³⁶.

*

Un segundo tema polémico es el debate Haya-Mariátegui. En él se sintetiza a finales de la segunda década del siglo XX el choque inevitable de dos concepciones de ver el mundo y el Perú: la del proletariado consciente, pero embrionario, y la de la pequeña burguesía que retóricamente aspiraba a cambios más o menos profundos en el orden de cosas y que en los hechos buscaba una mejor inserción a aquél. Dos perspectivas que, al decir de César Germaná se iban desarrollando, que tenían al frente la penetración del capitalismo imperialista, y, en el debate, forman parte de uno de los capítulos más importantes de la lucha de clases en el Perú³⁷.

cooperativismo como exigencia técnica de una reforma agraria eficaz y como garantía del desarrollo socialista del agro (...) la insistente indicación de que la propia lucha contra las estructuras feudales el agro peruano es parte integrante del proceso de emancipación del país respecto al capital foráneo y, a la vez, condiciona su éxito”.

36 Ello implicaría además —ampliando a Mariátegui— la superación del menorprecio ancestral hacia estas culturas. La derrota de la lacerante y permanente presencia del racismo, larvado en lo más profundo de nuestra conciencia, a tal grado que se manifiesta casi espontáneamente entre unos y otros hasta ahora. Discriminación, tradición caudillista, rémora para construir el Perú de todas las sangres, una cabal reforma agraria sigue siendo necesaria. Nota aparte que merece ser resaltada es observar como el desarrollo de las tesis de Mariátegui en este tema representa un árbol que no solo encuentra sus raíces en los aportes de González Prada, sino sus brotes en los aportes teóricos y prácticos de personajes como Luis de la Puente Uceda, y su propuesta de reforma agraria, Alberto Flores Galindo, con sus originales estudios sobre la discriminación racial en el Perú y José María Arguedas con su apuesta por la forja de una nación nueva pero asentada en nuestras tradiciones comunales diversas, un socialismo “mágico”.

37 El posibilismo es una opción política enemiga del radicalismo revolucionario. Prefiere la negociación, la conciliación y el compromiso con los adversarios políticos de clase. Los posibilistas son los moderados, los socialdemócratas, los apristas, los revisionistas y los reformistas. El posibilismo “es una concepción ajena a los intereses del pueblo, de la patria y de la integración latinoamericana y caribeña”. Señala también que esta concepción “ha penetrado en espacios de nuestra sociedad, muy particularmente en los últimos años, y forma parte de la

Las posiciones centrales del debate son las siguientes: Haya de la Torre postula el *carácter capitalista de la revolución*, en tanto estadio necesario para pasar del feudalismo al socialismo, etapa obligatoria para desarrollar las tareas burguesas y superar el atraso semifeudal. Es decir, planteaba un capitalismo desde el Estado. Mariátegui, en cambio, el *carácter socialista* de aquélla, dado que el salto de una etapa a otra solo lo puede asegurar una revolución con una dirección socialista. Las tareas democráticas burguesas serán hechas por el socialismo. Para Haya de la Torre la dirección de la revolución debe recaer en la pequeña burguesía —más preparada por sus conocimientos—, con el apoyo de las demás clases sociales. Para Mariátegui la dirección debe ser conquistada por el proletariado consciente, en alianza con el campesinado —el rol de los pueblos originarios es fundamental— y la pequeña burguesía desclasada. Para Haya de la Torre, en los hechos, no hay mayor diferencia entre un frente pluriclasista y el partido que dé dirección al proceso, cuya composición también puede ser pluriclasista. Haya de la Torre plantea un “partido-frente”. Mariátegui propugna la labor articulada pero diferenciada de un partido clasista y de un frente único de clases, los objetivos de éste serán la consecución de las tareas democráticas y nacionales de la revolución.

Mariátegui, en la polémica con Víctor Raúl Haya de la Torre y el APRA que concluye en su ruptura, combatió las visiones oportunistas, posibilistas³⁸ y economicistas, de base conciliadora con las que Haya de la Torre transformó el frente antiimperialista en un partido pluriclasista y caudillista.

Mariátegui había adherido a la Alianza Popular Revolucionaria Americana —la APRA— fundada por Haya en México en 1924, como un espacio de frente único pluriclasista cuya tarea fundamental era la lucha contra el imperialismo norteamericano y la unión de Indoamérica. La polémica detonó cuando en enero de 1928 Haya de la Torre, desde fuera del país e inconsultamente, proclama, en el llamado “Plan México”, la

inconsciencia conformista”. (Héctor Santarén. “Acerca del posibilismo”, 22 de diciembre de 2009).

38 Mariátegui, José Carlos. *Correspondencia (1915-1930)* Introducción, compilación y notas de Antonio Melis. Primera Edición.- Lima: Ed. Amauta, 1984. Volumen 2.

transformación del APRA en partido —Partido Nacionalista Libertador del Perú—, lanzando también la tarea de levantar su candidatura presidencial.

En la carta a la Célula Aprista de México en abril de 1928³⁹, Mariátegui se ve en la obligación de contestar:

La cuestión: el “Apra: alianza o partido”, que Uds. declaran sumariamente resuelta y que en verdad no debiera existir siquiera, puesto que el Apra se titula alianza y se subtitula frente único, pasa a segundo término desde el instante en que aparece en escena el Partido Nacionalista Peruano, que Uds. han decidido fundar en México, sin el consenso de los elementos de vanguardia que trabajan en Lima y provincias.

Además, en la misma misiva, advierte meridianamente la tendencia nociva de “...cimentar un movimiento —cuya mayor fuerza era hasta ahora su verdad— en el *bluff* y la mentira.” Es decir nos previene del aventurerismo de la pequeña burguesía, tan frecuente en la historia de la izquierda latinoamericana. Y lo hace en tono enérgico: “Me opongo a que un movimiento (...) aborte miserablemente en una vulgarísima agitación electoral”; como dramático: “Defiendo todas mis razones vitales al defender mis razones intelectuales. No me avengo a una decepción. La que he sufrido —agrega con una honestidad brutal respecto a su estado de salud—, me está enfermando y angustiando terriblemente. No quiero ser patético, pero no puedo callarles que les escribo con fiebre, con angustia, con desesperación”.

Haya de la Torre contesta ofensivamente en mayo del mismo año, sin tocar los puntos de fondo de la polémica, pretendiendo llevarla a términos personales. Mariátegui contesta en junio de 1928. Si analizamos políticamente la Carta Colectiva del Grupo de Lima —presente en esta edición—, ésta se trata de una definición orgánica, un deslinde de responsabilidades y un llamado a la disciplina orgánica. Además, de algo muy relevante: la anunciaciόn de la formaciόn de “un grupo o un

39 Mariátegui, José Carlos. *Correspondencia (1915-1930)* / Introducción, compilación y notas de Antonio Melis. Primera Edición. Lima: Ed. Amauta, 1984. Volumen 2.

Partido Socialista". En términos teóricos se trata de un esclarecimiento teórico inapelable: "La pequeña burguesía en el Perú es retardataria, no será antiimperialista, no será nacionalista, está conforme con el rol que el imperialismo le ha asignado".

Mariátegui frente al intento de militarizar el Apra, califica a éste de caudillista; frente al oportunismo de utilizar el *bluff*, a través de la lucha electoral, como escusa para una insurrección sin arraigo popular, lo caracteriza como práctica demagógica e irresponsable⁴⁰.

Deja en claro la posibilidad de, a pesar de todo, mantener una colaboración con elementos liberales o revolucionarios de la pequeña burguesía. Aceptando incluso la posibilidad de que existan otros tipos de partidos (de tendencia pequeñoburguesa) en el Apra, dado que es un frente. Pero, deja en claro que esa iniciativa, por un lado, no es un asunto donde los revolucionarios proletarios deban invertir sus esfuerzos; y por otro, debería seguir los canales orgánicos, no hacerlo desde el extranjero sin respetar las instancias establecidas.

Sin embargo, las opciones ya estaban decantadas y por más esfuerzos de Mariátegui en evitar que el proceso de acumulación de fuerzas, que tanto había costado, aborte antes de tiempo, la desviación "aprista" se concretó orgánicamente con la fundación del Apra como partido a los pocos meses de la muerte de Mariátegui en 1930.

La correspondencia de Mariátegui y de Haya de la Torre en este período es abundante sobre este tema —más de 40 misivas—. Sin embargo Mariátegui y sus compañeros no ofrecen un claro deslinde, público y de manera expresa sino hasta la presentación pública de las tesis *Antecedentes y desarrollo de la acción clasista*⁴¹, en mayo de 1929 y —sobre todo—

40 Haya de la Torre en distintas cartas a Ravines y otros, acepta que su candidatura a la presidencia se trataría de una táctica para encubrir un proceso insurreccional, que luego él mismo abandona luego de traicionar a un militar desterrado en Centro América (Iparraguirre), el mismo que habría sido capturado y sometido a tortura, confesando los planes y agregando además que el dinero para financiar el proyecto provendría de los confusos vínculos que Haya aún mantenía con algunos representantes de la III Internacional Comunista como Lossowsky.

41 Documento presentado al Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latino Americana de Montevideo.

*Punto de vista antiimperialista*⁴² en junio de 1929; ello luego de la decisión de autodisolución de la Célula Aprista de París y poco antes del Segundo Congreso Mundial de la Liga contra el Imperialismo, el cual reconoce a la Liga Antiimperialista como la única organización revolucionaria de frente único en América Latina, en desmedro del Apra.

Si bien es cierto, el editorial “Aniversario y balance” del número 17 de *Amauta*, publicado en septiembre de 1928, ensaya, entre otras cosas y entre líneas, una contestación a los principales equívocos doctrinarios del “aprismo” y prepara el terreno de la respuesta orgánica a la arremetida de Haya de la Torre, con la aparición de un futuro partido socialista; ésta no es suficiente a decir de los propios condiscípulos de Mariátegui que le solicitaban una respuesta más enérgica⁴³ contra la vasta campaña confusionista de Haya de la Torre.

Finalmente la publicación del artículo “Sobre un tópico superado” en enero y luego en febrero de 1930 es la respuesta a Haya de la Torre más demoledora y que no deja ninguna posibilidad de entendimiento, a pesar de los esfuerzos de Mariátegui.

Qué significado político tuvo este intervalo de silencio en el ambiente público por parte de Mariátegui frente a la labor divisionista que con todas las fuerzas de las que disponía, llevaba a cabo Haya de la Torre. Inundando con acusaciones e información falsas la correspondencia, ganando algunos adeptos que buscaban una posición intermedia ante el debate. Mariátegui, si bien no paró jamás la labor revolucionaria —al contrario la intensificó, sobre todo en el trabajo con la clase obrera y la producción teórica—, no volvió a hacer público el deslinde, en términos tajantes, con el Apra y Haya, desde la Carta Colectiva del Grupo de Lima de junio de 1928, hasta más de un año después.

42 Primera Conferencia Comunista Latinoamericana en Buenos Aires.

43 Entre ellos Eudocio Ravines, quien sin embargo mantenía permanente y amigable correspondencia con Haya de la Torre durante todo el período; así como Esteban Pavletich, quien planteaba los deslindes más exigentes frente a una aparente inhibición de Mariátegui. Ambos extremos en el variopinto equipo de Mariátegui, Ravines hombre de confianza de la III Internacional Comunista, luego traidor a los postulados de la Revolución bolchevique, y Pavletich con posiciones muchas veces cercanas al ultrismo y al aventurerismo.

Dejando de lado toda preocupación por lo que hay de bajo y ruin en los alegatos de Haya de la Torre, abandonando el terreno de lo personal, al cual el líder aprista pretendía desviar la atención —lo cual además no hace más que demostrar la consonancia entre el método político y la concepción que se tiene—; lo que queda es analizar más que a los personajes, a las masas.

Consideramos que Mariátegui atraviesa por un interregno desde la Carta del Grupo de Lima, hasta sus informes en los congresos de Montevideo y Buenos Aires, y propiamente hasta los artículos *Sobre un tópico superado*. Si bien recibe información confusa que pudo en algún momento haberlo hecho confiar en demasiá en Haya de la Torre —como él mismo reconoce en carta a Moisés Arroyo—: la falsa candidatura, la supuesta insurrección, la renuncia de Haya de la Torre y el abandono del objetivo de crear un partido propio aprovechando el Apra. Creemos, como se puede evidenciar entre líneas en muchas de sus comunicaciones, que él estaba al tanto de todas estas maniobras.

Mariátegui mantiene mucha cautela porque no se puede dar el lujo de ignorar la influencia de Haya de la Torre sobre la incipiente vanguardia revolucionaria del Perú, principalmente de origen pequeño-burgués. Mariátegui se da cuenta que mientras no se tenga mayor arraigo con las masas proletarias —lo cual aún está en un proceso embrionario y que tardará muchos años en cuajar— las masas, las bases son lo que se tiene, lo que existe. La vanguardia es la base. Si arrincona a Haya de la Torre lo obliga a que se acelere la representación orgánica de la pequeña burguesía, que por lo demás tarde o temprano se iba a consolidar. Pero Mariátegui no quiere que eso pase hasta que no estén sólidas las bases de su proyecto de partido proletario. De lo contrario la dirección pequeño-burguesa aportará confusionismo, más aún con un personaje tan peligroso como Haya de la Torre. Por ello, Mariátegui, si bien es irreductible en los aspectos doctrinarios en el debate, evita no caer en la provocación personal de Haya de la Torre, asimismo lo critica pero tiende puentes en varias ocasiones intentando no una reconciliación sino evitar que el proceso de radicalización de la pequeña burguesía fermentante antes de tiempo.

Ante la realidad de los hechos, Mariátegui, como él mismo reconoce tiene que acelerar el proceso de construcción del partido, obligado por la actitud de Haya de la Torre. La misma que no sólo se puede explicar por apetitos personales, más allá de que los hubiera en grotescas proporciones.

Por ello, mención aparte merece el rol que jugó la política de la Internacional Comunista a través de sus emisarios. La misma a la que Mariátegui adhirió. Consideramos que la implementación de los estertores de la política de clase contra clase, no comprendía cabalmente las particularidades de cada proceso. Ésta terminó dando el fermento necesario, el pretexto —que por supuesto no lo exime de culpa en lo más mínimo— a Haya de la Torre, para que con un discurso chauvinista consiguiera la implementación con cierto arraigo social de su proyecto.

El socialismo peruano se forja en confrontación contra las posturas socialdemócratas y nacionalistas de Haya de la Torre, como en afirmación de un camino propio frente a las directivas de la III Internacional. Es la tradición socialista revolucionaria de Mariátegui. Una historia en agonía. Como la propia vida de nuestro Amauta.

*

Otro tema relevante es la atención que Mariátegui le brinda a la vanguardia intelectual, sobre todo en los últimos años de su vida, en donde la cara aspiración de una “internacional del pensamiento”, de una acumulación de fuerzas intelectuales a escala continental, cobra vida en una de sus más atrevidas empresas.

En efecto un papel fundamental en esta etapa lo jugó la revista *Amauta*, cuyo primer ejemplar apareció en Lima en septiembre de 1926. En su editorial Mariátegui la define así:

El objeto de esta revista es el de plantear, esclarecer y conocer los problemas peruanos desde puntos de vista doctrinarios y científicos. Pero consideraremos siempre a Perú dentro del panorama del mundo. Estudiaremos todos los grandes movimientos de renovación políticos, filosóficos, artísticos, literarios, científicos. Todo lo humano es nuestro. Esta Revista vinculará a los hombres nuevos del Perú, primero con los de

otros pueblos de América, en seguida con los otros pueblos del mundo. (Mariátegui, "Presentación de *Amauta*", 1926. *Ideología y Política*).

Mariátegui, en palabras de Melis⁴⁴, se preocupaba de "auscultar los latidos de la inteligencia" de su generación. Demostrando una capacidad para relacionarse, reconocer y ser reconocido por lo mejor de la inteligencia mundial, sin caer en lo estrecho de los sectarismos⁴⁵. Es importante esa capacidad de interrelacionarse con un vasto ejército de intelectuales de las más variadas procedencias políticas y profesionales, "esta actitud se orienta en la perspectiva de los tiempos largos", y —como continúa diciendo Melis— no se trataría de una mera actitud "liberal y tolerante", se trata de una visión sistematizada donde la cultura como eje liberador y movilizador tiene un rol importante, escapando de la visión "utilitarista dominante" del arte.

Con Mariátegui, una pléyade de intelectuales de América Latina logra conjugararse, los de avanzada articulándose y produciendo orgánicamente y los "compañeros de ruta" vinculándose a los procesos sociales que reclaman sus esfuerzos. "Es como —de acuerdo a Melis— si el contacto con Mariátegui lograra extraer de sus correspondientes lo mejor, lo más auténtico y esencial de su personalidad".

*

Mención aparte merece destacar la ineludible vocación integracionista de América, así como convicción antiimperialista. Mariátegui plantea en "Aniversario y balance", de la revista *Amauta*, en el número 17 de septiembre de 1928:

La misma palabra revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla

44 Melis, Antonio. Introducción, compilación y notas. En: *Correspondencia (1915-1930)*. Primera Edición. Lima: Ed. *Amauta*, 1984. 2 Vols.

45 En *Amauta* y en la obra de Mariátegui en general (artículos y correspondencia) se aprecia un inigualable ejército: Unamuno, Eguren, Einsten, Borges, Barbusse, Vallejo, Freud, Marx, Sabogal, Girondo, Pavletich, Marinetti, Abril, Sandino, Portal, Breton, Lenin, Valcárcel, Croce, Sánchez, Chaplin, Trotsky, Churata, Mistral, GorKy, Ibarbourou, Malanca, Valdelomar, del Mazo, Rolland, Rivera, Siqueiros, Oquendo de Amat, Palacios, entre otros.

rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituirle su sentido estricto y cabal. La revolución latinoamericana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase, de la revolución mundial. Será simple y puramente, la revolución socialista. A esta palabra, agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: "antiimperialista", "agrarista", "nacionalista-revolucionaria". El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos. (Mariátegui, "Aniversario y balance", 1928. *Ideología y Política*).).

Gran importancia adquieren hoy las ideas de Mariátegui expresadas en *Punto de vista antiimperialista* donde junto a la valoración de la creciente conciencia antiimperial, marcaba la diferencia entre esos movimientos en auge y los objetivos del movimiento revolucionario.

Como parte de la lucha antiimperialista, Mariátegui en su concepción reflejada en numerosas notas, le ha dado mucha importancia a la solidaridad internacional y latinoamericana, solidaridad con las luchas de cada pueblo por sus derechos y los cambios profundos y revolucionarios, en repudio a la represión, en una actitud y una visión de América Latina unida y liberada, pero consciente de que el problema del poder en cada país se resuelve en el proceso de luchas en su interior; en este camino tenemos como asignatura pendiente la lucha por la imprescindible unidad de los revolucionarios y de los sectores de izquierda en cada país de América Latina.

Su incorporación política activa a las Universidades Populares "Manuel González Prada" posibilita desarrollar una amplia labor de difusión y de formación sobre la base de las experiencias realizadas y el estudio del desarrollo de las nuevas tendencias políticas europeas, muy especialmente la relación internacional de estos procesos junto con la necesaria solidaridad de los pueblos del Perú, América Latina y el mundo. Esa tradición de llevar las universidades al pueblo organizado, creándolas si es necesario, es un ejemplo legado por la generación de Mariátegui. La experiencia de educación obrera en la Universidad

Popular “Manuel González Prada” y su repercusión social y política en la historia merecerían un estudio posterior mucho más atento⁴⁶.

*

Han transcurrido 80 años desde que José Carlos Mariátegui aportara sus últimos trabajos teóricos, políticos e ideológicos en la construcción de organizaciones obreras, campesinas, de pueblos originarios, de intelectuales y de estudiantes universitarios. Lo que estudió, elaboró y llevó a la práctica revolucionaria, trascendió por lejos aquellos años de las décadas de los 20 y de los 30 en el siglo pasado.

Este trabajo dio sus frutos y miles de nuevos combatientes, trabajadores, intelectuales, profesionales, pueblos originarios, estudiantes, tomaron sus banderas a través de los años y de múltiples experiencias de luchas, de estudio, de formación.

Su pensamiento mantiene la potencia original porque, más allá de las duras derrotas sufridas por nuestros pueblos, revisar sus conceptos teóricos fortalece la acción transformadora en un sentido de justicia e igualdad.

En los últimos años, luego de la resistencia a la implementación del modelo neoliberal, han surgido procesos disruptivos que permiten pensar en otro marco político. El creciente protagonismo de organizaciones populares, el ascenso al gobierno de movimientos sociales y de los pueblos originarios, y la presencia de algunos gobiernos progresistas que son fruto de una creciente participación activa de los trabajadores y los pueblos contra el modelo hegemónico; la lucha contra el ALCA (Acuerdo de Libre Comercio para las Américas) y las ideas de integración demostraron que cada país debe construir su propio camino y sus propias experiencias de acuerdo con las particularidades locales, que no caben “los calcos ni las copias”. Pero este proceso se desarrolla en medio de grandes contradicciones, porque para seguir avanzando imprescin-

46 No solo por su repercusión en la constitución del movimiento obrero peruano y la vanguardia de éste, sino por las secuelas y experiencias parecidas en Brasil con el Movimiento Sin Tierra, en Argentina con la Universidad de las Madres de Plaza de Mayo, en Venezuela con la Universidad Bolivariana, en Perú con la Universidad Socialista del Perú José Carlos Mariátegui, la Universidad Socialista de Iquitos Miguelina Acosta, entre otras.

diblemente se necesita recorrer el rumbo de la unidad teniendo como horizonte la construcción del socialismo.

En este marco histórico y político, ¿cuánto hay de lo señalado por Mariátegui para lograr los cambios estructurales en la etapa actual?

*

Quisiéramos señalar para terminar la importancia del estilo unitario de Mariátegui, que no sólo sirve como método de manejo político —si se quiere de maniobra en el sentido más elemental, aquel de que: la unidad, normalmente, hace la fuerza— sino que en el apostolado de Mariátegui el “*frente único*” vuelve a ser principio revolucionario, regresa a su raíz “solidaria”. Condición sin la cual no se puede hablar con seriedad de revolución.

Esa raíz “solidaria”, esa vuelta a la “moral revolucionaria”⁴⁷, al factor de la “voluntad humana” es lo que nos enseña Mariátegui⁴⁸. Lo que recordamos en los momentos más difíciles y en los más bonitos.

*

La presente edición de *Ideología y política* contiene trabajos de enorme trascendencia para los luchadores y revolucionarios que sin duda aportarán en el nuevo momento en que viven y luchan nuestros pueblos. El pensamiento de Mariátegui, más allá del tiempo transcurrido, está vivo y nos alumbría el camino. Las actuales generaciones de revolucionarios del continente tenemos aún pendiente impulsar un mayor

⁴⁷ Al respecto, es pertinente recordar lo mejor de la enseñanza revolucionaria cubana, donde se reconoce "...la importancia del factor subjetivo en la historia, en un sentido progresista; — como también — la dramática realidad de nuestros días, nos demuestra que él mismo influye también de manera negativa en la dolorosa experiencia histórica (...) La clave está, pues, en que triunfe el sentido común, la inteligencia, la cultura (...) Se trata, pues, de acabar de entender que un proceso revolucionario tiene que tomar en cuenta los factores objetivos y económicos, pero ha de considerar también los temas culturales y morales enlazados con éstos. El error de fondo de la interpretación marxista de la historia en el siglo XX , después de Lenin, estuvo, precisamente, en desdeniar este elemento clave en la práctica política". Mariátegui es una clara excepción y por ello uno de los mejores continuadores de Lenin. HART DÁVALOS, Armando. "Introducción". En *Manifiesto. Tres textos clásicos para cambiar el mundo. Che Guevara, Rosa Luxemburgo y Carlos Marx*. Ocean Sur, 2006.

⁴⁸ Es grato percibirse que estos elementos se nos hacen muy conocidos cuando pasamos revista a los aportes de otros revolucionarios latinoamericanos como el Che Guevara, Fonseca, Santucho, Luis Carlos Prestes, etc.

reconocimiento a los hombres y mujeres que en las últimas décadas del siglo XIX y en las primeras del siglo XX, en distintos países de la Patria Grande, así como en diferentes ámbitos y sectores políticos y sociales, lucharon por difundir el socialismo marxista en nuestras tierras, para cuestionar lo establecido, y construir teórica y prácticamente alternativas para la transformación revolucionaria. Entre aquellos precursores consecuentes, ocupa un lugar muy destacado José Carlos Mariátegui, el Amauta Peruano. ¡NUESTRO AMAUTA!

DIEGO MOTTA⁴⁹ - HÉCTOR R. SANTARÉN⁵⁰

-
- 49 Peruano. Miembro de la Comisión Política del Movimiento José María Arguedas, del cual es fundador. Secretario de Prensa y Difusión del Gremio de Escritores del Perú y director del Área Educativa de la Universidad Socialista del Perú José Carlos Mariátegui.
- 50 Argentino. Dirigente político de larga trayectoria. Actualmente es secretario de Relaciones Internacionales del Movimiento Libres del Sur, impulsor del Movimiento Proyecto Sur de la República de Argentina. Sus artículos políticos están publicados en Internet.

PRÓLOGO A LA 1^a EDICIÓN DE *Ideología y política*

En el proceso de formación de las ideologías peruanas, los siete años de la vida de José Carlos Mariátegui que van de 1923 a 1930 representan el advenimiento de la idea socialista en el Perú.

Ideología y Política extracta sus principales escritos acerca de este campo, pertenecientes a ese lapso.

El pensamiento socialista de Mariátegui, lejos de ser “calco y copia” de lo europeo, busca afanosamente —por un lado— desentrañar la raíz peruana a través de los estudios que integran los 7 ensayos; y por otra parte —como lo indican los temas incluidos en el presente tomo— va en procura de las fuerzas a las que corresponde históricamente realizar el socialismo en el Perú.

Es así que ahonda el análisis del panorama de nuestras clases sociales, dirigiéndose en primer lugar al proletariado, cuyas taras anarco-sindicalistas denuncia y estimula a superar, y al que orienta hacia una doctrina clasista y hacia la práctica del frente único sindical. Desde “El 1º de Mayo y el Frente Único” (1924), el “Mensaje al Congreso Obrero”, “Antecedentes y desarrollo de la acción clasista”, hasta el “Manifiesto de la Confederación General de Trabajadores del Perú”, de 1929 (documento en cuya redacción tuvo participación preponderante), es todo un itinerario que, superando las nobles invectivas de González Prada, acomete el análisis marxista de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción para volcarlo en precisas normas de acción sindical.

El proceso que parte de la realidad concreta para elaborar la teoría de los fenómenos sociales peruanos y traducir luego sus postulados en el derrotero de la práctica –ejemplo singular de dialéctica creadora– es la fuerza motriz que lo conduce a concebir y dirigir el surgimiento de la CGTP como órgano obrero de la lucha de clases y al mismo tiempo lo lleva a forjar el Partido Socialista Peruano como instrumento del proletariado y del campesinado para su emancipación.

Superando la estrechez de un movimiento sindical adversa a la definición política, a pesar de haber librado batallas de gran contenido político, y dejando rezagados a los tradicionales partidos caudillistas, declamatorios y sin doctrina, Mariátegui concibe la CGTP y el Partido Socialista como la vanguardia de la lucha antifeudal y de la lucha antiimperialista, motores de la revolución democrático-burguesa en los países como el nuestro, dependientes.

“Punto de vista antiimperialista” (1929) se caracteriza por la consideración amplia de las fuerzas que concurren históricamente a la liberación nacional, condicionada por la acción de las masas, y al mismo tiempo diferencia con vigor el papel de una vanguardia obrera y campesina que encarna fielmente la línea del movimiento, respecto a la actuación vacilante de una burguesía atenta principalmente a disputar la hegemonía del movimiento mismo y a mantener sus propios privilegios.

“El Problema de las razas en la América Latina” (1929) es un documento que marca la ruptura con el indigenismo lírico por reconocer la preeminencia de las reivindicaciones agrarias y colocar en adecuado plano los aspectos raciales.

Dos particularidades cobran especial relieve en el enfoque de Mariátegui:

La primera es el señalamiento de la importancia de los hábitos colectivos de las masas indígenas que facilitan la implantación del cooperativismo como exigencia técnica de una reforma agraria eficaz y como garantía del desarrollo socialista del agro.

La segunda es la insistente indicación de que en la propia lucha contra las estructuras feudales, el agro peruano es parte integrante del proceso de emancipación del país respecto al capital foráneo y, a la vez, condiciona su éxito.

Fácil nos resulta entender que, estructurados así –a través de todos los temas mencionados– una doctrina y un derrotero práctico del proceso revolucionario en el Perú, la polémica de Mariátegui y su grupo con los propiciadores del APRA⁵¹ debía conducir a una divergencia definitiva por las razones y por el camino que los documentos publicados en este tomo dejan señalados. Lo sucedido con el APRA justifica un comentario especial.

Cuando la Junta de Gobierno presidida por Samanez Ocampo se enfrentaba con la beligerancia de las masas obreras y campesinas organizadas por socialistas y comunistas, acertó en su papel representativo de la feudalidad, de la burguesía reaccionaria, del militarismo y del clero, con desatar las masacres de Talara y de Tixi, apresar y confinar a los dirigentes comunistas, poner fuera de la ley a su partido, destruir las organizaciones sindicales y, por fin, entregar esas masas a la libre acción de los líderes apristas, prestos a la fácil cosecha.

Es en estas circunstancias, habitualmente olvidadas u ocultadas, que los ex estudiantes apristas vueltos del destierro portando su concepción pequeño burguesa, después de heredar masas radicalizadas políticamente inmaduras, las regimentaron en un partido con rótulos de izquierda y las educaron con consignas, divisionistas agravados por el virus caudillista, con los resultados conocidos.

Hoy día, a cuatro decenios de la muerte de Mariátegui, la revolución democrático-burguesa y el ascenso revolucionario que contiene en su

51 APRA, siglas de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, originalmente frente continental de carácter antiimperialista conformado por agrupaciones políticas de diversos derroteros ideológicos de la izquierda latinoamericana, fundada en 1924. Uno de sus principales fundadores, el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, convierte en 1926, de manera inconsulta, el frente en partido en el Perú, el cual se llamó primero Partido Nacionalista Libertario y luego Partido Aprista Peruano. De esta manera inicia su polémica con los postulados de Mariátegui, quien al considerar que se había distorsionado la naturaleza del frente y que el nuevo partido se alejaba de las tesis socialistas, rompe definitivamente con el APRA y se aboca a la tarea de construir el socialismo en el Perú. El Partido Aprista, luego conocido simplemente como el APRA, originalmente un partido de carácter antiimperialista y antioligárquico, evoluciona progresivamente a posiciones más moderadas o de centro y se afilia a la corriente socialdemócrata internacional (Internacional Socialista). Sin embargo, muchos consideran que en las últimas décadas el aprismo ha asumido en la práctica una posición francamente de derecha, adoptando el ideario económico neoliberal. (N. de los E.).

seno han seguido su avance, ofreciendo aspectos positivos y negativos que conviene apuntar a nivel tanto de la burguesía como de las masas trabajadoras.

En el seno de la burguesía peruana el proceso de diferenciación ha tenido expresiones visibles según lo evidencian múltiples cuestiones fundamentales que es suficiente mencionar: feudalidad en el agro, caída de los precios de plomo y zinc, doscientas millas de mar territorial, engaño perpetuo de La Brea y Pariñas prolongado con los abusos cometidos por sus sucesivos usufructuarios, política financiera expliadora, caída del nivel de vida del pueblo, atentados contra el vivir democrático; aspectos todos que con frecuencia se articulan en una sola coyuntura. Frente a ella, un sector de la burguesía peruana va adquiriendo conciencia de su papel histórico: clama por la reforma agraria y denuncia la política expliadora de la oligarquía criolla y del agresivo capital foráneo íntimamente asociados. La burguesía entreguista toma el camino opuesto; reclutando además, a capas burguesas vacilantes, arrastrando inclusive a la traición a núcleos corrompibles y oportunistas.

Las masas campesinas han entrado a la lucha por la reconquista de la tierra a través de exitosas acciones regionales de gran envergadura y la mantienen con la reiteración ininterrumpida de episodios menores. En su abrumadora mayoría, estas masas continúan privadas del derecho de elegir y ser elegido. Las ciudades han llegado a ser circundadas por cinturones de miseria. En los centros de trabajo los conflictos laborales han evidenciado con frecuencia una intensificación de la conciencia clasista, que ha permitido una creciente clarificación en el orden gremial y ganancias en la esfera de los derechos sociales. El estudiantado universitario ha sumido con preponderancia manifiesta ideologías revolucionarias, y la intelectualidad ha definido y mantiene posiciones de avanzada. Por último, en las justas electorales parciales de 1967, el partido de Mariátegui con otros sectores de izquierda han aparecido en conjunto ya con el volumen de una tercera fuerza. Ahora bien, en este proceso ¿qué intereses ha servido el APRA? ¿los del pueblo o siquiera las de la burguesía nacionalista? La bandera antiimperialista y los lemas de justicia social han sido trocados durante decenios por afanes indeclinables de acomodo, por alianzas electorales reaccionarias y por

contubernios externos que la mayoría del pueblo peruano ha condenado y repudia. Vale, por lo tanto, recordar lo que Mariátegui había visto y previsto al afirmar que, desde el ángulo revolucionario, el APRA era “un tópico superado”.

Los escritos de José Carlos Mariátegui reunidos en el presente tomo rebasan el mero valor documentario, por ser expresión de una trayectoria vigente.

La influencia de la obra de Mariátegui desde sus días hasta los nuestros, ha preparado y sigue guiando la gradual incorporación de los peruanos progresistas a la corriente del socialismo marxista que hoy ha ganado a una tercera parte de la humanidad. Este libro, en particular, marca la definición histórica del sector de avanzada de los trabajadores y de los intelectuales: vale decir, preanuncia un Perú nuevo.

HUGO PESCE

Enero de 1969

DEL AUTOR⁵²

Sobre los problemas nacionales puede consultarse, para apreciar la labor de Mariátegui, además de su libro *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, los artículos no comprendidos en este libro publicados en la revista *Mundial* de 1925 a 1929, en la sección “Peruanicemos al Perú” o bajo el rubro “Motivos polémicos”; la polémica con Luis Alberto Sánchez (*Mundial* y *Amauta* N° 7); la tesis sobre el problema indígena (N° 25 de *Amauta*) y otras notas publicadas en la sección “El Proceso del Gamonalismo” de la misma revista; el artículo “Sobre el problema indígena” transscrito en el N° 1 de *Labor*, escrito para la agencia Tass de Nueva York y traducido y publicado por la famosa revista *The Nation*, de Estados Unidos⁵³, que incorporó con esta transcripción a Mariátegui en el número de sus colaboradores.

Prepara actualmente un libro sobre política e ideología peruana, que será la exposición de sus puntos de vista sobre la Revolución Socialista en el Perú y la crítica del desenvolvimiento político y social del país, y bajo este aspecto la continuación de la obra cuyos primeros jalones son los *7 ensayos...*, en los que algunos han querido buscar una teorización

52 Nota preparada por el propio Mariátegui y presentada por la delegación peruana al Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latinoamericana de Montevideo (mayo de 1929) y a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana de Buenos Aires (junio de 1929). (N. de los E.).

53 Incluido en *7 ensayos*, a partir de la tercera edición, en el capítulo “El Problema del Indio”. Biblioteca Amauta, Lima, abril de 1952. (N. de los E.)

política, algo que absolutamente no se proponían, como se comprueba desde el prólogo o advertencia al lector. Los 7 ensayos... no son sino la aplicación de un método marxista para los ortodoxos del marxismo insuficientemente rígido, en cuanto reconoce singular importancia al aporte soreliano, pero que en concepto del autor corresponde al verdadero moderno marxismo, que no puede dejar de basarse en ninguna de las grandes adquisiciones del 900 en filosofía, psicología, etc.

El trato de Mariátegui con los tópicos nacionales no es, como algunos creen, posterior a su regreso de Europa. Es evidente que en Europa se ocupó particularmente en estudios de política, economía, sociología, filosofía, etc. De su viaje data su asimilación al marxismo. Pero no hay que olvidar que a los catorce o quince años empezó a trabajar en el periodismo y que, por consiguiente, a partir de esa edad tuvo contacto con los acontecimientos y cosas del país, aunque carecía para enjuiciarlos de puntos de vista sistemáticos. Durante varios años, trabajó como redactor parlamentario de *La Prensa* primero, y de *El Tiempo* después, en época en que la vida parlamentaria interesaba mucho más al público y en que el cargo de redactor parlamentario era más estimado. Y *La Razón*, diario fundado por Mariátegui en colaboración con Falcón, en 1919, hizo la campaña por la reforma universitaria, puso ampliamente sus columnas a disposición del grupo que la animó y dirigió, apoyó el movimiento obrero de 1919, en la forma en que se consigna en el folleto de Martínez de la Torre *El movimiento obrero en 1919*; y efectuó una importante agitación de los empleados, hasta que desapareció por haber roto el contrato de impresión en virtud del cual se imprimía en los talleres de *La Tradición*, la empresa tipográfica de ese nombre, por orden del Arzobispo de Lima, a quien movieron a este paso consideraciones políticas de obsecuencia alleguísimo.

La orientación socialista de Mariátegui tiene su punto de arranque en la publicación a mediados de 1918 de la revista *Nuestra Época*, influida por la *España* de Araquistain, que murió al segundo número a consecuencia de un artículo antiarmamentista de Mariátegui que los oficiales de la guarnición de Lima estimaron ofensivo para el ejército, por lo que realizaron una manifestación violenta en la imprenta de *El Tiempo* contra su autor. Este hecho produjo una crisis en las relaciones de

Mariátegui con la dirección de *El Tiempo*, en cuyos talleres se imprimía *Nuestra Época*, y aun con la redacción de la revista, cuyos miembros no apreciaron igualmente el incidente”⁵⁴.

54 Ricardo Martínez de la Torre, al transcribir estas notas agrega lo siguiente: “Los originales a que se refiere Mariátegui y que serían la exposición de sus puntos de vista sobre la Revolución Socialista en el Perú, fueron remitidos periódicamente a César Falcón, en Madrid, quien había quedado en editarlos”. Muerto Mariátegui, Martínez de la Torre escribió a Falcón para que le informara del estado del libro que se le había encomendado. Falcón jamás dio cuenta de estos originales, declarando a su llegada a Lima, que no los había recibido. Esto es muy extraño. El envío se fue haciendo por partes durante más de un año. Hay que lamentar que este trabajo de Mariátegui haya desaparecido” (Ricardo Martínez de la Torre, *Apuntes para una interpretación marxista de la historia social del Perú*, Tomo II, Capítulo Octavo, “Cómo organizamos el partido”, págs. 402 a 404. Empresa Editora Peruana, S.A. Lima. 1948).

TESIS IDEOLÓGICAS

NOTA DE LA PRIMERA EDICIÓN

“El problema de las razas en la América Latina” comprende dos partes claramente diferenciables: la primera, “I. Planteamiento de la cuestión” (págs. 63 a 83 de esta edición), escrita totalmente por José Carlos Mariátegui; y la segunda, desde la introducción a “II. Importancia del problema racial” hasta el fin de la tesis (págs. 83 a 90), en cuya redacción, sobre el esquema básico de Mariátegui, el doctor Hugo Pesce aporta la mayor parte del texto.

La tesis, en conjunto, fue presentada y discutida en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana realizada en Buenos Aires en junio de 1929, y reproducida en el libro *El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana* (págs. 263 a 291), editado por la revista *La Correspondencia Sudamericana* de Buenos Aires, publicación oficial del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista. Esta presentación en conjunto de la tesis reproduce sólo un texto de la primera parte (“I. Planteamiento de la cuestión”), interpola en la segunda (“II. Importancia del problema racial”), los dos tercios restantes, ensamblados a las secciones escritas por Hugo Pesce quien, a su vez, incorporó algunos párrafos de trabajos afines llevados por delegados de otros países a la Conferencia. Para mantener la unidad de conjunto de la segunda parte, conservamos en la recopilación esta forma de presentación, que repite parte de la primera en el contexto refundido por Hugo Pesce (con excepción del cap. “V. Situación económico-social de la población

indígena del Perú”, que reproduce textualmente la sección respectiva de la primera parte, como se señala en el lugar correspondiente y que por lo tanto se omite).

La primera parte de la tesis, que se refiere casi exclusivamente al problema indígena peruano, fue llevada en su integridad al Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latinoamericana efectuado en Montevideo en mayo de 1929, y reproducida en el libro *Bajo la bandera de la CSLA* (Imprenta La Linotipo, Montevideo; 1929, págs. 117 a 159) con el título “El problema indígena”. Esta misma primera parte apareció reproducida en *Amauta*, N° 25 (julio-agosto de 1929) con el título “El problema indígena” en la sección “Panorama móvil”. De esta última fuente hemos tomado la primera parte (“I. Planteamiento de la cuestión”), considerando que es la única que alcanzó a revisar el autor. La segunda parte (desde “II. Importancia del problema racial”), de la mencionada versión de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana. Ricardo Martínez de la Torre, en su importante revisión documentaria contenida en los 4 tomos de *Apuntes para la interpretación marxista de historia social del Perú* (Empresa Editora Peruana, Lima, 1947-1919), reproduce la tesis completa en el Capítulo Octavo del Tomo II (“Cómo organizamos el partido”, págs. 434 a 466); y la primera parte en “La Confederación General de Trabajadores del Perú”, (Tomo III, págs. 16 a 29).

La tesis sobre “El problema de las razas en la América Latina” fue discutida en la sesión del 8 de junio. El doctor Hugo Pesce, a nombre del grupo socialista peruano y representante personal de José Carlos Mariátegui, abrió la reunión con las siguientes palabras:

Compañeros: Es la primera vez que un Congreso Internacional de los Partidos Comunistas dedica su atención en forma tan amplia y específica al problema racial en la América Latina.

La tarea de nuestro Congreso, por lo que a este punto se refiere, consiste en estudiar objetivamente la realidad y enfocar según los métodos marxistas, los problemas que ella encierra, para poder llegar a su solución revolucionaria a través de una táctica clara y eficiente, establecida por este caso particular de acuerdo con la línea general de la Internacional Comunista.

Los elementos que nos permiten conocer la realidad en todos los aspectos de la cuestión racial, son principalmente de orden histórico y de orden estadístico. Ambos han sido insuficientemente estudiados y dolosamente adulterados por la crítica burguesa de todas las épocas y por la criminal despreocupación de los gobiernos capitalistas.

Sólo en estos últimos años asistimos a la aparición de estudios diligentes e imparciales destinados a revelarnos en su auténtico aspecto los elementos que constituyen entre nosotros el problema racial. Recién han comenzado a aparecer los trabajos serios de crítica marxista que realizan un estudio concienzudo de la realidad de estos países, analizan su proceso económico, político, histórico, étnico, prescindiendo de los moldes escolásticos y académicos y plantean los problemas actuales en relación con el hecho fundamental, la lucha de clases. Pero esta labor recién se ha iniciado y se refiere tan sólo a algunos países. Para la mayoría de los países de la América Latina, los compañeros delegados de los respectivos partidos se han encontrado con material insuficiente o falsificado: así se explica cómo los aportes informativos a esta Conferencia hayan evidenciado necesariamente un contenido escaso y, en algunos casos, un carácter confuso en la orientación con respecto al problema de las razas.

Este informe, destinado a proporcionar material y orientación para la discusión en el Congreso, ha sido elaborado utilizando los aportes de los compañeros de todas las delegaciones; creo que, por lo tanto, reflejará en distinta medida, las adquisiciones y las deficiencias señaladas, proporcionalmente al grado de su entidad en cada país de la América Latina.

EL PROBLEMA DE LAS RAZAS EN LA AMÉRICA LATINA

I. Planteamiento de la cuestión

El problema de las razas sirve en la América Latina, en la especulación intelectual burguesa, entre otras cosas, para encubrir o ignorar los verdaderos problemas del continente. La crítica marxista tiene la obligación impostergable de plantearlo en sus términos reales, desprendiéndolo de toda tergiversación casuista o pedante. Económica, social y políticamente, el problema de las razas, como el de la tierra, es, en su base, el de la liquidación de la feudalidad.

Las razas indígenas se encuentran en la América Latina en un estado clamoroso de atraso y de ignorancia, por la servidumbre que pesa sobre ellas, desde la conquista española. El interés de la clase explotadora, —española primero, criolla después—, ha tendido invariablemente, bajo diversos disfraces, a explicar la condición de las razas indígenas con el argumento de su inferioridad o primitivismo. Con esto, esa clase no ha hecho otra cosa que reproducir, en esta cuestión nacional interna, las razones de la raza blanca en la cuestión del tratamiento y tutela de los pueblos coloniales.

El sociólogo Vilfredo Pareto, que reduce la raza a sólo uno de los varios factores que determinan las formas del desenvolvimiento de una sociedad, ha enjuiciado la hipocresía de la idea de la raza en la política imperialista y esclavizadora de los pueblos blancos en los siguientes términos:

La teoría de Aristóteles sobre la esclavitud natural es también la de los pueblos civiles modernos para justificar sus conquistas y su dominio sobre pueblos y llamados por ellos de *raza inferior*. Y como Aristóteles decía que existen hombres naturalmente esclavos y otros patrones, que es conveniente que aquellos sirvan y éstos manden, lo que es además justo y provechoso para todos; parecidamente los pueblos modernos, que se gratifican ellos mismos con el epíteto de *civilizados*, dicen existir pueblos que deben naturalmente dominar, y son ellos, y otros pueblos que no menos naturalmente deben obedecer y son aquellos que quieren explotar; siendo justo, conveniente y a todos provechoso que aquellos manden, éstos sirvan. De esto resulta que un inglés, un alemán, un francés, un belga, un italiano, si lucha y muere por la patria es un héroe; pero un africano si osa defender su patria contra esas naciones, es un vil rebelde y un traidor. Y los europeos cumplen el sacrosanto deber de destruir a los africanos, como por ejemplo en el Congo, para enseñarles a ser *civilizados*. No falta luego quien beatamente admira esta obra “de paz, de progreso, de civilidad”. Es necesario agregar que, con hipocresía verdaderamente admirable, los buenos pueblos civiles pretenden hacer el bien de los pueblos a ellos sujetos, cuando los oprimen y aun los destruyen; y tanto amor les dedican que los quieren “libres” por la fuerza. Así los ingleses liberaron a los indios de la “tiranía” de los *raià*, los alemanes liberaron a los africanos de la “tiranía” de los reyes negros, los franceses liberaron a los habitantes de Madagascar y, para hacerlos más libres, mataron a muchos reduciendo a los otros a un estado que sólo en el nombre no es de esclavitud; así los italianos liberaron a los árabes de la opresión de los turcos. Todo esto es dicho seriamente y hay hasta quien lo cree. El gato atrapa al ratón y se lo come, pero no dice que hace esto por el bien del ratón, no proclama el dogma de la igualdad de todos los animales y no alza hipócritamente los ojos al cielo para adorar al “Padre común” (*Trattato di Sociologia Generale*, Vol. II).

La explotación de los indígenas en la América Latina trata también de justificarse con el pretexto de que sirve a la redención cultural y moral de las razas oprimidas.

La colonización de la América Latina por la raza blanca no ha tenido, en tanto, como es fácil probarlo, sino efectos retardatarios y deprimentes en la vida de las razas indígenas. La evolución natural de éstas ha sido interrumpida por la opresión envilecedora del blanco y del mestizo. Pueblos como el quechua y el azteca, que habían llegado a un grado avanzado de organización social, retrogradaron, bajo el régimen colonial, a la condición de dispersas tribus agrícolas. Lo que en las comunidades indígenas del Perú subsiste de elementos de civilización es, sobre todo, lo que sobrevive de la antigua organización autóctona. En el agro feudalizado, la civilización blanca no ha creado focos de vida urbana, no ha significado siempre siquiera industrialización y maquinismo: en el latifundio serrano, con excepción de ciertas estancias ganaderas, el dominio del blanco no representa, ni aún tecnológicamente, ningún progreso respecto de la cultura aborigen.

Llamamos problema indígena a la explotación feudal de los nativos en la gran propiedad agraria. El indio, en el 90 por ciento de los casos, no es un proletario sino un siervo. El capitalismo, como sistema económico y político, se manifiesta incapaz, en la América Latina, de edificación de una economía emancipada de las taras feudales. El prejuicio de la inferioridad de la raza indígena, le consiente una explotación máxima de los trabajos de esta raza; y no está dispuesto a renunciar a esta ventaja, de la que tantos provechos obtiene. En la agricultura, el establecimiento del salariado, la adopción de la máquina, no borran el carácter feudal, de la gran propiedad. Perfeccionan, simplemente, el sistema de explotación de la tierra y de las masas campesinas. Buena parte de nuestros burgueses y "gamonales" sostiene calurosamente la tesis de la inferioridad del indio: el problema indígena es, a su juicio, un problema étnico cuya solución depende del cruzamiento de la raza indígena con razas superiores extranjeras. La subsistencia de una economía de bases feudales se presenta, empero, en inconciliable oposición con un movimiento inmigratorio suficiente para producir esa transformación por el cruzamiento. Los salarios que se pagan en las haciendas de la costa y de la sierra (cuando en estas últimas se adopta el salario) descartan la posibilidad de emplear inmigrantes europeos en la agricultura. Los inmigrantes campesinos no se avendrían jamás a trabajar en las

condiciones de los indios; sólo se les podría atraer haciéndolos pequeños propietarios. El indio no ha podido ser nunca reemplazado en las faenas agrícolas de las haciendas costeñas sino con el esclavo negro o el *coolie chino*⁵⁵. Los planes de colonización con inmigrantes europeos tienen, por ahora, como campo exclusivo, la región boscosa del Oriente, conocida con el nombre de Montaña. La tesis de que el problema indígena es un problema étnico no merece siquiera ser discutida; pero conviene anotar hasta qué punto la solución que propone está en desacuerdo con los intereses y las posibilidades de la burguesía y del gamonalismo, en cuyo seno encuentra sus adherentes.

Para el imperialismo yanqui o inglés, el valor económico de estas tierras sería mucho menor si con sus riquezas naturales no poseyesen una población indígena atrasada y miserable a la que, con el concurso de las burguesías nacionales, es posible explotar extremadamente. La historia de la industria azucarera peruana, actualmente en crisis, demuestra que sus utilidades han reposado, ante todo, en la baratura de la mano de obra, esto es en la miseria de los braceros. Técnicamente, esta industria no ha estado en ninguna época en condiciones de concurrir con la de otros países en el mercado mundial. La distancia de los mercados de consumo, gravaba con elevados fletes su exportación. Pero todas estas desventajas eran compensadas largamente por la baratura de la mano de obra. El trabajo de esclavizadas masas campesinas, albergadas en repugnantes "rancherías", privadas de toda libertad y derecho, sometidas a una jornada abrumadora, colocaba a los azucareros peruanos en condiciones de competir con los que, en otros países, cultivaban mejor sus tierras o estaban protegidos por una tarifa proteccionista o más ventajosamente situados desde el punto de vista geográfico. El capitalismo extranjero se sirve de la clase feudal para explotar en su provecho estas masas campesinas. Mas a veces, la incapacidad de estos latifundistas (herederos de los prejuicios, soberbia y arbitrariedad medioevas) para llenar la función de jefes de empresa capitalista es tal, que aquel se ve obligado a tomar en

55 Los *coolies* eran braceros chinos introducidos desde mediados del s. XIX, cuyas condiciones de trabajo eran similares a la esclavitud. (Ver el comentario de Mariátegui el ensayo "Proceso de la literatura", en la parte "XVII. Las corrientes de hoy. El indigenismo" del Tomo II de la presente edición (N. de los E.).

sus propias manos la administración de latifundios y centrales. Esto es lo que ocurre, particularmente, en la industria azucarera, monopolizada casi completamente en el valle de Chicama por una empresa inglesa y una empresa alemana.

La raza tiene, ante todo, esta importancia en la cuestión del imperialismo. Pero tiene también otro rol, que impide asimilar el problema de la lucha por la independencia nacional en los países de la América con fuerte porcentaje de población indígena, al mismo problema en el Asia o el África. Los elementos feudales o burgueses en nuestros países, sienten por los indios, como por los negros y mulatos, el mismo desprecio que los imperialistas blancos. El sentimiento racial actúa en esta clase dominante en un sentido absolutamente favorable a la penetración imperialista. Entre el señor o el burgués criollo y sus peones de color, no hay nada de común. La solidaridad de clase, se suma a la solidaridad de raza o de prejuicio, para hacer de las burguesías nacionales instrumentos dóciles del imperialismo yanqui o británico. Y este sentimiento se extiende a gran parte de las clases medias, que imitan a la aristocracia y a la burguesía en el desdén por la plebe de color, aunque su propio mestizaje sea demasiado evidente.

La raza negra, importada a la América Latina por los colonizadores para aumentar su poder sobre la raza indígena americana, llenó pasivamente su función colonialista. Explotada ella misma duramente, reforzó la opresión de la raza indígena por los conquistadores españoles. Un mayor grado de mezcla, de familiaridad y de convivencia con éstos en las ciudades coloniales, la convirtió en auxiliar del dominio blanco, pese a cualquier ráfaga de humor turbulento o levantino. El negro o mulato, en sus servicios de artesano o doméstico, compuso la plebe de que dispuso siempre más o menos incondicionalmente la casta feudal. La industria, la fábrica, el sindicato, redimen al negro de esta domesticidad. Borrando entre los proletarios la frontera de la raza, la conciencia de clase eleva moral, históricamente, al negro. El sindicato significa la ruptura definitiva de los hábitos serviles que mantienen, en cambio, en él la condición de artesano o criado.

El indio por sus facultades de asimilación al progreso, a la técnica de la producción moderna, no es absolutamente inferior al mestizo. Por

el contrario, es, generalmente, superior. La idea de su inferioridad racial está demasiado desacreditada para que merezca, en este tiempo, los honores de una refutación. El prejuicio del blanco, que ha sido también el del criollo respecto a la inferioridad del indio, no reposa en ningún hecho digno de ser tomado en cuánta en el estudio científico de la cuestión. La cocamanía y el alcoholismo de la raza indígena, muy exagerados por sus comentadores, no son otra cosa que consecuencias, resultados de la opresión blanca. El gamonalismo fomenta y explota estos vicios, que bajo cierto aspecto se alimentan de los impulsos de la lucha contra el dolor, particularmente vivos y operantes en un pueblo subyugado. El indio en la antigüedad no bebió nunca sino "chicha", bebida fermentada de maíz, mientras que desde que el blanco implantó en el continente el cultivo de la caña, bebe alcohol. La producción del alcohol de caña es uno de los más "saneados" y seguros negocios del latifundismo, en cuyas manos se encuentra también la producción de coca en los valles cálidos de la montaña.

Hace tiempo que la experiencia japonesa demostró la facilidad con que pueblos de raza y tradición distintas de las europeas, se apropián de la ciencia occidental y se adaptan al uso de su técnica de producción. En las minas y en las fábricas de la Sierra del Perú, el indio campesino confirma esta experiencia.

Y ya la sociología marxista ha hecho justicia sumaria a las ideas racistas, producto todas del espíritu imperialista. Bukharin escribe en *La théorie du matérialisme historique*:

La teoría de las razas es ante todo contraria a los hechos. Se considera a la raza negra como una raza "inferior", incapaz de desarrollarse por su naturaleza misma. Sin embargo, está probado que los antiguos representantes de esta raza negra, los kushitas, habían creado una civilización muy alta en las Indias (antes que los hindúes) y en Egipto. La raza amarilla, que no goza tampoco de un gran favor, ha creado en la persona de los chinos una cultura que era infinitamente más elevada que las de sus contemporáneos blancos; los blancos no eran entonces sino unos niños en comparación con los chinos. Sabemos muy bien ahora todo lo que los griegos antiguos tomaron a los asirio-babilonios

y a los egipcios. Estos hechos bastan para probar que las explicaciones sacadas del argumento de las razas no sirven para nada. Sin embargo, se nos puede decir: Quizás tenéis razón; pero, ¿podéis afirmar que un negro medio iguale por sus cualidades a un europeo medio? No se puede responder a esta cuestión con una salida como la de ciertos profesores liberales: todos los hombres son iguales; según Kant la personalidad humana constituye un fin en sí misma; Jesucristo enseñaba que no había ni helenos ni judíos, etc. (ver, por ejemplo, en Khvestov: "es muy probable que la verdad esté de lado de los defensores de la igualdad de los hombres" ... *La théorie du processus historique*). Pues, tender a la igualdad de los hombres, no quiere decir reconocer la igualdad de sus cualidades, y, de otra parte, se tiende siempre hacia lo que existe todavía, porque otra cosa sería forzar una puerta abierta. Nosotros no tratamos por el momento de saber hacia qué se debe tender. Lo que nos interesa es saber si existe una diferencia entre el nivel de cultura de los blancos y de los negros en general. Ciertamente, esta diferencia existe. Actualmente los "blancos" son superiores a los otros. ¿Pero, qué prueba esto? Prueba que actualmente las razas han cambiado de lugar. Y esto contradice la teoría de las razas. En efecto, esta teoría reduce todo a las cualidades de las razas, a su "naturaleza eterna". Si fuera así esta "naturaleza" se habría hecho sentir en todos los períodos de la Historia. ¿Qué se puede deducir de aquí? Que la "naturaleza" misma cambia constantemente, en relación con las condiciones de existencia de una raza dada. Estas condiciones están determinadas por las relaciones entre la sociedad y la naturaleza, es decir por el estado de las fuerzas productivas. Por tanto, la teoría de las razas no explica absolutamente las condiciones de la evolución social. Aparece aquí claramente que hay que comenzar su análisis por el estudio del movimiento de las fuerzas productivas (*La theorie du matérialisme historique*, p. 129 a 130).

Del prejuicio de la inferioridad de la raza indígena empieza a pasarse al extremo opuesto: el que la creación de una nueva cultura americana será esencialmente obra de las fuerzas raciales autóctonas. Suscribir esta tesis es caer en el más ingenuo y absurdo misticismo. Al racismo de los que desprecian al indio, porque creen en la superioridad absoluta

y permanente de la raza blanca, sería insensato y peligroso oponer el racismo de los que superestiman al indio, con fe mesiánica en su misión como raza en el renacimiento americano.

Las posibilidades de que el indio se eleve material e intelectualmente dependen del cambio de las condiciones económico-sociales. No están determinadas por la raza sino por la economía y la política. La raza, por sí sola, no ha despertado ni despertaría al entendimiento de una idea emancipadora. Sobre todo, no adquiriría nunca el poder de imponerla y realizarla. Lo que asegura su emancipación es el dinamismo de una economía y una cultura que portan en su entraña el germen del socialismo. La raza india no fue vencida, en la guerra de la conquista, por una raza superior étnica o cualitativamente; pero sí fue vencida por su técnica que estaba muy por encima de la técnica de los aborígenes. La pólvora, el hierro, la caballería, no eran ventajas raciales, eran ventajas técnicas. Los españoles arribaron a estas lejanas comarcas porque disponían de medios de navegación que les consentían atravesar los océanos. La navegación y el comercio les permitieron más tarde la explotación de algunos recursos naturales de sus colonias. El feudalismo español se superpuso al agrarismo indígena respetando en parte sus formas comunitarias; pero esta misma adaptación creaba un orden extático, un sistema económico cuyos factores de estagnación eran la mejor garantía de la servidumbre indígena. La industria capitalista rompe este equilibrio, interrumpe este estancamiento, creando nuevas fuerzas productoras y nuevas relaciones de producción. El proletariado crece gradualmente a expensas del artesanado y la servidumbre. La evolución económica y social de la nación entra en una era de actividad y contradicciones que, en el plano ideológico, causa la aparición y desarrollo del pensamiento socialista.

En todo esto, la influencia del factor raza se acusa evidentemente insignificante al lado de la influencia del factor economía, -producción, técnica, ciencia, etc.-. Sin los elementos materiales que crea la industria moderna, o si se quiere, el capitalismo, ¿habría posibilidad de que se esbozase el plan, la intención siquiera de un Estado socialista, basado en las reivindicaciones, en la emancipación de las masas indígenas? El dinamismo de esta economía, de este régimen, que torna inestables

todas las relaciones, y que con las clases opone las ideologías, es sin duda lo que hace factible la resurrección indígena, hecho decidido por el juego de fuerzas económicas, políticas, culturales, ideológicas, no de fuerzas raciales. El mayor cargo contra la clase dominante de la república es el que cabe formularle por no haber sabido acelerar, con una inteligencia más liberal, más burguesa, más capitalista de su misión, el proceso de transformación de la economía colonial en economía capitalista. La feudalidad opone a la emancipación, al despertar indígena su estagnación y su inercia; el capitalismo, con sus conflictos, con sus instrumentos mismos de explotación, empuja a las masas por la vía de sus reivindicaciones, la conmina a una lucha en la que se capacitan material y mentalmente para presidir un orden nuevo.

El problema de las razas no es común a todos los países de la América Latina ni presenta en todos los que lo sufren las mismas proporciones y caracteres. En algunos países latinoamericanos tiene una localización regional y no influye apreciablemente en el proceso social y económico. Pero en países como el Perú y Bolivia, y algo menos el Ecuador, donde la mayor parte de la población es indígena, la reivindicación del indio es la reivindicación popular y social dominante.

En estos países, el factor raza se complica con el factor clase en forma que una política revolucionaria no puede dejar de tener en cuenta. El indio quechua o aymara ve su opresor en el "misti", en el blanco. Y en el mestizo, únicamente la conciencia de clase, es capaz de destruir el hábito del desprecio, de la repugnancia por el indio. No es raro encontrar en los propios elementos de la ciudad que se proclaman revolucionarios, el prejuicio de la inferioridad del indio, y la resistencia a reconocer este prejuicio como una simple herencia o contagio mental del ambiente.

La barrera del idioma se interpone entre las masas campesinas indias y los núcleos obreros revolucionarios de raza blanca o mestiza.

Pero, a través de propagandistas indios, la doctrina socialista, por la naturaleza de sus reivindicaciones, arraigará prontamente en las masas indígenas. Lo que hasta ahora ha faltado es la preparación sistemática de estos propagandistas. El indio alfabeto, al que la ciudad corrompe, se convierte regularmente en un auxiliar de los explotadores de su raza. Pero en la ciudad, en el ambiente obrero revolucionario, el indio empieza

ya a asimilar la idea revolucionaria, a apropiarse de ella, a entender su valor como instrumento de emancipación de esta raza, oprimida por la misma clase que explota en la fábrica al obrero, en el que descubre un hermano de clase.

El realismo de una política socialista segura y precisa en la apreciación y utilización de los hechos sobre los cuales le toca actuar en estos países puede y debe convertir el factor raza en factor revolucionario. El Estado actual en estos países reposa en la alianza de la clase feudal terrateniente y la burguesía mercantil. Abatida la feudalidad latifundista, el capitalismo urbano carecerá de fuerzas para resistir a la creciente obrera. Lo representa una burguesía mediocre, débil, formada en el privilegio, sin espíritu combativo y organizado que pierde cada día más su ascendiente sobre la fluctuante capa intelectual.

La crítica socialista ha iniciado en el Perú el nuevo planteamiento del problema indígena, con la denuncia y el repudio inexorables de todas las tendencias burguesas o filantrópicas a considerarlo como problema administrativo, jurídico, moral, religioso o educativo (*7 ensayos de interpretación de la realidad peruana: "El problema indígena"*, por J. C. Mariátegui). Las conclusiones sobre los términos económicos y políticos en que se plantea en el Perú, y por analogía en otros países latinoamericanos de numerosa población indígena, esta cuestión y la lucha proletaria por resolverla, son las siguientes en nuestra opinión:

1. Situación económico-social de la población indígena del Perú

No existe un censo reciente que permita saber exactamente la proporción actual de la población indígena. Se acepta generalmente la afirmación de que la raza indígena compone las cuatro quintas partes de una población total calculada en un mínimo de 5.000.000. Esta apreciación no tiene en cuenta estrictamente la raza, sino más bien la condición económico-social de las masas que constituyen dichas cuatro quintas partes. Existen provincias donde el tipo indígena acusa un extenso mestizaje. Pero en estos sectores la sangre blanca ha sido completamente asimilada por el medio indígena y la vida de los "cholos" producidos por este mestizaje no difiere de la vida de los indios propiamente dichos.

No menos del 90 por ciento de la población indígena así considerada, trabaja en la agricultura. El desarrollo de la industria minera ha traído como consecuencia, en los últimos tiempos, un empleo creciente de la mano de obra indígena en la minería. Pero una parte de los obreros mineros continúan siendo agricultores. Son indios de "comunidades" que pasan la mayor parte del año en las minas; pero que en la época de las labores agrícolas retoman a sus pequeñas parcelas, insuficientes para su subsistencia.

En la agricultura subsiste hasta hoy un régimen de trabajo feudal o semifeudal. En las haciendas de la sierra, el salariado, cuando existe, se presenta tan incipiente y deformado que apenas si altera los rasgos del régimen feudal. Ordinariamente los indios no obtienen por su trabajo sino una mezquina parte de los frutos (v. en *7 ensayos de la realidad peruana*, en el capítulo sobre el "Problema de la tierra", los diferentes sistemas de trabajo empleados en la sierra). El suelo es trabajado en casi todas las tierras de latifundio en forma primitiva; y no obstante que los latifundistas se reservan siempre las mejores, sus rendimientos, en muchos casos, son inferiores a los de las tierras "comunitarias". En algunas regiones las "comunidades" indígenas conservan una parte de las tierras; pero en proporción exigua para sus necesidades, de modo que sus miembros estén obligados a trabajar para los latifundistas. Los propietarios de los latifundios, dueños de enormes extensiones de tierras, en gran parte incultivadas, no han tenido en muchos casos interés en despojar a las "comunidades" de sus propiedades tradicionales, en razón de que la comunidad anexa a la hacienda le ha permitido a ésta contar con mano de obra segura y "propia". El valor de un latifundio no se calcula sólo por su extensión territorial, sino por su población indígena propia. Cuando una hacienda no cuenta con esta población, el propietario, de acuerdo con las autoridades, apela al reclutamiento forzoso de peones a quienes se remunera miserablemente. Los indios de ambos sexos, sin exceptuar a los niños, están obligados a la prestación de servicios gratuitos a los propietarios y a sus familias, lo mismo que a las autoridades. Hombres, mujeres y niños se turnan en el servicio de los gamonales y autoridades, no sólo en las casas-hacienda, sino en los pueblos o ciudades en que residen éstos. La prestación de servicios

gratuitos ha sido varias veces prohibida legalmente; pero en la práctica subsiste hasta hoy a causa de que ninguna ley puede contrariar la mecánica de un orden feudal, si la estructura de éste se mantiene intacta. La Ley de Conscripción Vial ha venido a acentuar en estos últimos tiempos la fisonomía feudal de la sierra. Esta ley obliga a todos los individuos a trabajar semestralmente seis días en la apertura o conservación de caminos o a "redimirse" mediante el pago de los salarios conforme al tipo fijado de cada región. Los indios son, en muchos casos, obligados a trabajar a gran distancia de su residencia; lo que los obliga a sacrificar mayor número de días. Son objeto de innumerables expoliaciones por parte de las autoridades, con el pretexto del servicio vial, que tiene para las masas indígenas el carácter de las antiguas mitas coloniales.

En la minería rige el salariado. En las minas de Junín y de La Libertad, donde tienen su asiento las dos grandes empresas mineras que explotan el cobre, la Cerro de Pasco Copper Corporation y la Northern, respectivamente, los trabajadores ganan salarios de S/. 2,50 a S/. 3,00. Estos salarios son, sin duda, elevados respecto a los inverosímilmente ínfimos (veinte o treinta centavos) que se acostumbran en las haciendas de la sierra. Pero las empresas se aprovechan en todas las formas de la atrasada condición de los indígenas. La legislación social vigente es casi nula en las minas, donde no se observan las leyes de accidentes de trabajo y jornadas de ocho horas, ni se reconoce a los obreros el derecho de asociación. Todo obrero acusado de intento de organización de los trabajadores, aunque sólo sea con fines culturales o mutuales, es inmediatamente despedido por la empresa. Las empresas para el trabajo de las galerías, emplean generalmente a "contratistas", quienes con el objeto de efectuar las labores al menor costo actúan como un instrumento de explotación de los braceros. Los "contratistas", sin embargo, viven ordinariamente en condición estrecha, abrumados por las obligaciones de sus adelantos que hacen de ellos deudores permanentes de las empresas. Cuando se produce un accidente de trabajo, las empresas burlan, por medio de sus abogados, abusando de la miseria e ignorancia de los indígenas, los derechos de éstos, indemnizándolos arbitraria y miseramente. La catástrofe de Morococha, que costó la vida de algunas docenas de obreros, ha venido últimamente a denunciar la inseguridad en que trabajan los

mineros. Por el mal estado de algunas galerías y por la ejecución de trabajos que tocaban casi al fondo de una laguna, se produjo un hundimiento que dejó sepultados a muchos trabajadores. El número oficial de las víctimas es 27; pero hay fundada noticia de que el número es mayor. Las denuncias de algunos periódicos, influyeron esta vez para que la Compañía se mostrase más respetuosa de la ley de lo que acostumbra, en cuanto a las indemnizaciones a los deudos de las víctimas. Últimamente, con el objeto de evitar mayor descontento, la Cerro de Pasco Copper Corporation, ha concedido a sus empleados y obreros un aumento del 10 por ciento, mientras dure la actual cotización del cobre. En provincias apartadas como Cotabambas, la situación de los mineros es mucho más atrasada y penosa. Los "gamonales" de la región se encargan del reclutamiento forzoso de los indios, y los salarios son miserables.

La industria ha penetrado muy escasamente en la sierra. Está representada principalmente por las fábricas de tejidos del Cuzco, donde la producción de excelentes calidades de lana es el mayor factor de su desarrollo. El personal de estas fábricas es indígena, salvo la dirección y los jefes. El indio se ha asimilado perfectamente al maquinismo. Es un operario atento y sobrio, que el capitalista explota diestramente. El ambiente feudal de la agricultura se prolonga a estas fábricas, donde cierto patriarcalismo que usa a los protegidos y ahijados del amo como instrumentos de sujeción de sus compañeros, se opone a la formación de conciencia clasista.

En los últimos años, al estímulo de los precios de las lanas peruanas en los mercados extranjeros, se ha iniciado un proceso de industrialización de las haciendas agropecuarias del sur. Varios hacendados han introducido una técnica moderna, importando reproductores extranjeros, que han mejorado el volumen y la calidad de la producción, sacudiéndose del yugo de los comerciantes intermediarios, estableciendo anexamente en sus estancias molinos y otras pequeñas plantas industriales. Por lo demás, en la sierra, no hay más plantas y cultivos industriales, que los destinados a la producción de azúcar, chancaca y aguardiente para el consumo regional.

Para la explotación de las haciendas de la costa, donde la población es insuficiente, se recurre a la mano de obra indígena serrana en considerable escala. Por medio de "enganchadores" las grandes haciendas

azucareras y algodoneras se proveen de los braceros necesarios para sus labores agrícolas. Estos braceros ganan jornales, aunque ínfimos siempre, muy superiores a los que se acostumbran en la Sierra feudal. Pero, en cambio, sufren las consecuencias de un trabajo extenuante, en un clima cálido, de una alimentación insuficiente en relación con este trabajo y del paludismo endémico en los valles de la costa. El peón serrano difícilmente escapa al paludismo, que lo obliga a regresar a su región, muchas veces tuberculoso e incurable. Aunque la agricultura, en esas haciendas está industrializada (se trabaja la tierra con métodos y máquinas modernas y se benefician los productos en "ingenios" o centrales bien equipados), su ambiente no es el del capitalismo y el salariado en la industria urbana. El hacendado conserva su espíritu y práctica feudales en el tratamiento de sus trabajadores. No les reconoce los derechos que la legislación del trabajo establece. En la hacienda no hay más ley que la del propietario. No se tolera ni sombra de asociación obrera. Los empleados niegan la entrada a los individuos de quienes, por algún motivo, desconfía el propietario o el administrador. Durante el coloniaje, estas haciendas fueron trabajadas con negros esclavos. Abolida la esclavitud, se trajo coolies chinos. Y el hacendado clásico no ha perdido sus hábitos de negrero o de señor feudal.

En la montaña o floresta, la agricultura es todavía muy incipiente. Se emplea los mismos sistemas de "enganche" de braceros de la Sierra; y en cierta medida se usa los servicios de las tribus salvajes familiarizadas con los blancos. Pero la montaña tiene, en cuanto a régimen de trabajo, una tradición mucho más sombría. En la explotación del caucho, cuando este producto tenía alto precio, se aplicaron los más bárbaros y criminales procedimientos esclavistas. Los crímenes del Putumayo, sensacionalmente denunciados por la prensa extranjera, constituyen la página más negra de la historia de los "caucheros". Se alega que mucho se exageró y fantaseó en el extranjero alrededor de estos crímenes, y aunque medió en el origen del escándalo una tentativa de chantaje, pero la verdad está perfectamente documentada por las investigaciones y testimonios de funcionarios de la justicia peruana como el juez Valcárcel y el fiscal Paredes que comprobaron los métodos esclavistas y sanguinarios de los capataces de la casa Arana. Y no hace tres años; un funcionario

ejemplar, el doctor Chuquihuanca Ayulo, gran defensor de la raza indígena –indígena él mismo– fue exonerado de sus funciones de fiscal del departamento de Madre de Dios a consecuencia de su denuncia de los métodos esclavistas de la más poderosa empresa de esa región.

Esta sumaria descripción de las condiciones económico-sociales de la población indígena del Perú, establece que al lado de un reducido número de asalariados mineros y un salariado agrícola aún incipiente, un régimen de servidumbre; y que en las lejanas regiones de la montaña, se somete, en frecuentes casos, a los aborígenes a un sistema esclavista.

2. La lucha indígena contra el gamonalismo

Cuando se habla de la actitud del indio ante sus explotadores, se suscribe generalmente la impresión de que, envilecido, deprimido, el indio es incapaz de toda lucha, de toda resistencia. La larga historia de insurrecciones y asonadas indígenas y de las masacres y represiones consiguientes, basta por sí sola para desmentir esta impresión. En la mayoría de los casos, las sublevaciones de indios han tenido como origen una violencia que los ha forzado incidentalmente a la revuelta contra una autoridad o un hacendado; pero en otros casos no ha tenido este carácter de motín local. La rebelión ha seguido a una agitación menos incidental y se ha propagado a una región más o menos extensa. Para reprimirla, ha habido que apelar a fuerzas considerables y a verdaderas matanzas. Miles de indios rebeldes han sembrado el pavor en los “gamonales” de una o más provincias. Una de las sublevaciones que, en los últimos tiempos, asumió proporciones extraordinarias, fue la acaudillada por el mayor de ejército Teodomiro Gutiérrez, serrano mestizo, de fuerte porcentaje de sangre indígena, que se hacía llamar Rumimaqui y se presentaba como el redentor de su raza. El mayor Gutiérrez había sido enviado por el gobierno de Billinghurst al departamento de Puno, donde el gamonalismo extremaba sus exacciones, para efectuar una investigación respecto a las denuncias indígenas e informar al Gobierno. Gutiérrez entró entonces en íntimo contacto con los indios. Derrocado el gobierno de Billinghurst pensó que toda perspectiva de reivindicaciones legales había desaparecido y se lanzó a la revuelta. Lo seguían varios millares de indios, pero, como siempre, desarmados e indefensos ante las

tropas, condenados a la dispersión o a la muerte. A esta sublevación han seguido las de La Mar y Huancané en 1923 y otras menores, sangrientamente reprimidas todas.

En 1921 se reunió, con auspicio gubernamental, un congreso indígena al que concurrieron delegaciones de varios grupos de comunidades. El objeto de estos congresos era formular las reivindicaciones de la raza indígena. Los delegados pronunciaban, en quechua, enérgicas acusaciones contra los "gamonales", las autoridades, los curas. Se constituyó un Comité Pro Derecho Indígena Tahuantinsuyo. Se realizó un congreso por año hasta 1924, en que el Gobierno persiguió a los elementos revolucionarios indígenas, intimidó a las delegaciones y desvirtuó el espíritu y objeto de la asamblea. El congreso de 1923, en el que se votaron conclusiones inquietantes para el gamonalismo como las que pedían la separación de la Iglesia y el Estado y la derogación de la Ley de Conscripción Vial, había revelado el peligro de estas conferencias, en las que dos grupos de comunidades indígenas de diversas regiones entraban en contacto y coordinaban su acción. Ese mismo año se había constituido la Federación Obrera Regional Indígena que pretendía aplicar a la organización de los indios los principios y métodos del anarco-sindicalismo y que estaba, por tanto, destinada a no pasar de un ensayo; pero que representaba de todos modos un franco orientamiento revolucionario de la vanguardia indígena. Desterrados dos de los líderes indios de este movimiento, intimidados otros, la Federación Obrera Regional Indígena quedó pronto reducida a sólo un nombre. Y en 1927 el Gobierno declaró disuelto el propio Comité Pro Derecho Indígena Tahuantinsuyo, con el pretexto de que sus dirigentes eran unos meros explotadores de la raza cuya defensa se atribuían. Este comité no había tenido nunca más importancia que la anexa a su participación en los congresos indígenas y estaba compuesto por elementos que carecían de valor ideológico y personal, y que en no pocas ocasiones habían hecho protestas de adhesión a la política gubernamental, considerándola pro indigenista; pero para algunos "gamonales" era todavía un instrumento de agitación, un residuo de los congresos indígenas. El Gobierno, por otra parte, orientaba su política en el sentido de asociar a las declaraciones pro indigenistas, a las promesas de reparto de tierras, etc., una acción resuelta

contra toda agitación de los indios por grupos revolucionarios o susceptibles de influencia revolucionaria.

La penetración de ideas socialistas, la expresión de reivindicaciones revolucionarias, entre los indígenas, han continuado a pesar de esas vicisitudes. En 1927 se constituyó en el Cuzco un grupo de acción pro indígena llamado Grupo Resurgimiento. Lo componían algunos intelectuales y artistas, junto con algunos obreros cuzqueños. Este grupo publicó un manifiesto que denunciaba los crímenes del gamonalismo (véase *Amauta* N° 6). A poco de su constitución uno de sus principales dirigentes, el doctor Luis E. Valcárcel, fue apresado en Arequipa. Su prisión no duró sino algunos días; pero, en tanto, el Grupo Resurgimiento era definitivamente disuelto por las autoridades del Cuzco.

3. Conclusiones sobre el problema indígena y las tareas que impone

El problema indígena se identifica con el problema de la tierra. La ignorancia, el atraso y la miseria de los indígenas no son, repetimos, sino la consecuencia de su servidumbre. El latifundio feudal mantiene la explotación y la dominación absolutas de las masas indígenas por la clase propietaria. La lucha de los indios contra los "gamonales" ha estribado invariablemente en la defensa de sus tierras contra la absorción y el despojo. Existe, por tanto, una instintiva y profunda reivindicación indígena: la reivindicación de la tierra. Dar un carácter organizado, sistemático, definido, a esta reivindicación es la tarea que tenemos el deber de realizar activamente.

Las "comunidades" que han demostrado bajo la opresión más dura condiciones de resistencia y persistencia realmente asombrosas, representan en el Perú un factor natural de socialización de la tierra. El indio tiene arraigados hábitos de cooperación. Aun cuando de la propiedad comunitaria se pasa a la apropiación individual y no sólo en la sierra sino también en la costa, donde un mayor mestizaje actúa contra las costumbres indígenas, la cooperación se mantiene; las labores pesadas se hacen en común. La "comunidad" puede transformarse en cooperativa, con mínimo esfuerzo. La adjudicación a las "comunidades" de las tierras de los latifundios, es en la sierra la solución que reclama el problema agrario.

En la costa, donde la propiedad es igualmente omnipotente, pero donde la propiedad comunitaria ha desaparecido, se tiende inevitablemente a la individualización de la propiedad del suelo. Los "yanaconas"⁵⁶, especie de aparceros duramente explotados, deben ser ayudados en sus luchas contra los propietarios. La reivindicación natural de estos "yanaconas" es la del suelo que trabajan. En las haciendas explotadas directamente por sus propietarios por medio de peonadas, reclutadas en parte en la sierra, y a las que en esta parte falta vínculo con el suelo, los términos de la lucha son distintos. Las reivindicaciones por las que hay que trabajar son: libertad de organización, supresión del "enganche", aumento de los salarios, jornada de ocho horas, cumplimiento de las leyes de protección del trabajo. Sólo cuando el peón de hacienda haya conquistado estas cosas, estará en la vía de su emancipación definitiva.

Es muy difícil que la propaganda sindical penetre en las haciendas. Cada hacienda es, en la costa, como en la sierra, un feudo. Ninguna asociación que no acepte el patronato y tutela de los propietarios y de la administración, es tolerada; y en este caso sólo se encuentran las asociaciones de deporte o recreo. Pero con el aumento del tráfico automovilístico se abre poco a poco una brecha en las barreras que cerraban antes la hacienda a toda propaganda. De ahí la importancia que la organización y movilización activa de los obreros del transporte tiene en el desarrollo del movimiento clasista en el Perú.

56 "Yanacona", viene del quechua, "gente de servicio". Si bien este término se usaba originalmente en la civilización incaica para designar una categoría social específica, se adopta en la Colonia y en la República con un significado diferente, para referirse a los campesinos, mayormente en la región andina, que no tenían tierras propias y que por ende se veían en la necesidad de arrendar tierras ajenas bajo relaciones serviles de producción. El "yanaconazgo" es el régimen laboral basado en la utilización de yanaconas, sobre todo en las grandes haciendas. El "enganche" es también un régimen laboral que consistía en contratar mano de obra agrícola traída de la sierra a las haciendas semicapitalistas costeñas. Con contratos leoninos se aseguraba la permanencia de dicha mano de obra de manera más o menos larga en dichas haciendas. De ambas maneras los propietarios de la tierra enfrentaban la escasez de mano de obra que la estructura semifeudal ocasionaba en el campo. (Para ambos términos, "yanacona", "yanaconazgo" y "enganche" ver el Tomo II de esta biblioteca: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, especialmente en el ensayo "El problema de la tierra", cap. "El régimen de trabajo. Servidumbre y salariado").

Cuando las peonadas de las haciendas sepan que cuentan con la solidaridad fraternal de los sindicatos y comprendan el valor de éstos, fácilmente se despertará en ellas la voluntad de lucha que hoy les falta y de que han dado pruebas más de una vez. Los núcleos de adherentes al trabajo sindical que se constituyan gradualmente en las haciendas, tendrán la función de explicar a las masas sus derechos, de defender sus intereses, de representarlos de hecho en cualquier reclamación y de aprovechar la primera oportunidad de dar forma a su organización, dentro de lo que las circunstancias consientan.

Para la progresiva educación ideológica de las masas indígenas, la vanguardia obrera dispone de aquellos elementos militantes de raza india que, en las minas o los centros urbanos, particularmente en los últimos, entran en contacto con el movimiento sindical y político. Se asimilan sus principios y se capacitan para jugar un rol en la emancipación de su raza. Es frecuente que obreros procedentes del medio indígena, regresen temporal o definitivamente a éste. El idioma les permite cumplir eficazmente una misión de instructores de sus hermanos de raza y de clase. Los indios campesinos no entenderán de veras sino a individuos de su seno que les hablen su propio idioma. Del blanco, del mestizo, desconfiarán siempre; y el blanco y el mestizo a su vez, muy difícilmente se impondrán el arduo trabajo de llegar al medio indígena y de llevar a él la propaganda clasista.

Los métodos de autoeducación, la lectura regular de los órganos del movimiento sindical y revolucionario de América Latina, de sus opúsculos, etc., la correspondencia con los compañeros de los centros urbanos, serán los medios de que estos elementos llenen con éxito su misión educadora.

La coordinación de las comunidades de indígenas por regiones, el socorro de los que sufren persecuciones de la justicia o la policía (los "gamonales" procesan por delitos comunes a los indígenas que les resisten o a quienes quieren despojar), la defensa de la propiedad comunitaria, la organización de pequeñas bibliotecas y centros de estudios, son actividades en las que los adherentes indígenas a nuestro movimiento deben tener siempre actuación principal y dirigente, con el doble objeto de dar a la orientación y educación clasista de los indígenas

directivas serias y de evitar la influencia de elementos desorientadores (anarquistas, demagogos, reformistas, etc.).

En el Perú, la organización y educación del proletariado minero es con la del proletariado agrícola una de las cuestiones que inmediatamente se plantean. Los centros mineros, el principal de los cuales (La Oroya) está en vías de convertirse en la más importante central de beneficio en Sudamérica, constituyen puntos donde ventajosamente puede operar la propaganda clasista. Aparte de representar en sí mismos importantes concentraciones proletarias con las condiciones anexas al salariado, acercan a los braceros indígenas a obreros industriales, a trabajadores procedentes de las ciudades, que llevan a esos centros su espíritu y principios clasistas. Los indígenas de las minas, en buena parte continúan siendo campesinos, de modo que el adherente que se gane entre ellos es un elemento ganado también en la clase campesina.

La labor, en todos sus aspectos, será difícil; pero su progreso dependerá fundamentalmente de la capacidad de los elementos que la realicen y de su apreciación precisa y concreta de las condiciones objetivas de la cuestión indígena. El problema no es racial, sino social y económico; pero la raza tiene su rol en él y en los medios de afrontarlo. Por ejemplo, en cuanto sólo militantes salidos del medio indígena pueden, por la mentalidad y el idioma, conseguir un ascendiente eficaz e inmediato sobre sus compañeros.

Una conciencia revolucionaria indígena tardará quizás en formarse; pero una vez que el indio haya hecho suya la idea socialista, le servirá con una disciplina, una tenacidad y una fuerza, en la que pocos proletarios de otros medios podrán aventajarlo.

Elrealismo de una política revolucionaria, segura y precisa, en la apreciación y utilización de los hechos sobre los cuales toca actuar en estos países, en que la población indígena o negra tiene proporciones y rol importantes, puede y debe convertir el factor raza en un factor revolucionario. Es imprescindible dar al movimiento del proletariado indígena o negro, agrícola e industrial, un carácter neto de lucha de clases. "Hay que dar a las poblaciones indígenas o negras esclavizadas -dijo un compañero del Brasil- la certidumbre de que solamente un gobierno de obreros y campesinos de todas las razas que habitan el territorio, los

emancipará verdaderamente, ya que éste solamente podrá extinguir el régimen de los latifundios y el régimen industrial capitalista y librarlos definitivamente de la opresión imperialista".

II. Importancia del problema racial

El problema de las razas no es común a todos los países de América Latina, ni presenta en todos los que lo sufren, las mismas proporciones y caracteres.

Mientras en algunos países tiene reducida importancia o una localización regional que hace que no influya apreciablemente en el proceso social-económico, en otros países el problema racial se plantea en forma terminante.

Veamos la distribución geográfica y las principales características de los tres grandes grupos raciales de América Latina.

1. Indios incásicos y aztecas

Los indios "incásicos" ocupan, casi sin solución de continuidad, formando conglomerados bastante compactos, un vasto territorio que se extiende en varios estados.

Estos indios, en su mayoría "serranos", ocupan principalmente regiones andinas en la "sierra" o en las grandes mesetas, extendiéndose en la sierra del Perú, del Ecuador, del norte de Chile, en Bolivia, en algunos territorios del norte de la Argentina.

La economía de estos indios está prevalentemente ligada a la tierra que ellos cultivan desde tiempos inmemoriales.

Viven en un clima frío y son prolíficos: las destrucciones intensas de la época colonial y el extenso mestizaje que había mermado enormemente su número, no han podido impedir que se volviera a producir un considerable aumento de la población, que sigue hoy día a pesar de la explotación a que están sometidas.

Hablan idiomas propios, ricos y matizados, afines entre ellos, siendo los principales el quechua y el aymara.

Su civilización tuvo épocas de esplendor notables. Hoy día conserva residuos importantes de aptitudes pictóricas, plásticas y musicales.

Estos indios, principalmente en el Perú y Bolivia donde constituyen del 60 al 70 por ciento de la población, en Ecuador y en Chile, donde también forman masas importantes, están en la base de la producción y de la explotación capitalista y dan lugar, por lo tanto, a un problema de fundamental importancia.

En Perú, Ecuador y Chile y parte de Bolivia, donde están ligados a la agricultura y ganadería, sus reivindicaciones son principalmente de carácter agrario.

En Bolivia y algunas regiones de la sierra del Perú, donde son principalmente explotados en las minas, tienen derecho a la conquista de las reivindicaciones proletarias.

En todos los países de este grupo, el factor raza se complica con el factor clase, en forma que una política revolucionaria no puede dejar de tener en cuenta. El indio quechua y aymara, ve su opresor en el "misti", en el blanco. Y en el mestizo, únicamente la conciencia de clase es capaz de destruir el hábito del desprecio, de la repugnancia por el indio. No es raro encontrar entre los propios elementos de la ciudad que se proclaman revolucionarios, el prejuicio de la inferioridad del indio y la resistencia a reconocer este prejuicio como una simple herencia o contagio mental del ambiente.

La barrera del idioma se interpone entre las masas campesinas indias y los núcleos obreros revolucionarios de raza blanca o mestiza. El soldado es, generalmente, indio y una parte de la confianza que tiene la clase explotadora en el ejército, como sostén en la lucha social, nace de que sabe al soldado indio más o menos insensible al llamado de la solidaridad de clase, cuando se le emplea contra las muchedumbres mestizas y urbanas.

Pero, a través de propagandistas indios, la doctrina socialista, por la naturaleza de sus reivindicaciones, arraigará prontamente en las masas indígenas.

Un escritor pseudo pacifista burgués, Luis Guilaine, que considera al estrato indio en la América Latina como las masas de las que nacerá el impulso que podrá derrocar al imperialismo yanqui, agrega: "La propaganda bolchevista, presente en todas partes, los ha más o menos alcanzado y ellos les son accesibles por una propensión atávica, ya que

el principio comunista principalmente ha sido la base de la organización social del Imperio de los incas" (*L'Amérique Latine et l'imperialisme américain*, pág. 206, Paris, 1928). La miopía intelectual que caracteriza a los nacionalistas franceses, cuando tratan de imponer su propio imperialismo al norteamericano parece disiparse, basta permitirles divisar un hecho tan evidente, ¿sería posible que nosotros dejáramos de reconocer el rol que los factores raciales indios han de representar en la próxima etapa revolucionaria de América Latina?

Lo que hasta ahora ha faltado es la preparación sistemática de propagandistas indios. El indio alfabeto, al que la ciudad corrompe, se convierte regularmente en un auxiliar de los explotadores de su raza. Pero en la ciudad, en el ambiente obrero revolucionario, el indio empieza ya a asimilar la idea revolucionaria, a apropiarse de ella, a entender su valor como instrumento de emancipación de esta raza oprimida por la misma clase que explota en la fábrica al obrero, en el que descubre un hermano de clase.

Los indios del grupo azteca ocupan gran parte de México y de Guatemala, donde constituyen gran mayoría de la población. Su evolución histórica y su alta civilización son bastante conocidas. Su economía y sus características, así como su importancia social y su rol actual, son análogos a las de los indios "incásicos". Su importancia en un sentido "puramente racial" es negada por el delegado de México, quien afirma "no existir un problema del indio en México (salvo en el Estado de Yucatán), sino existir la lucha de clases".

2. Indígenas (selvícolas)

Estos indígenas, que reciben frecuentemente el nombre de "salvajes", son étnicamente muy diferentes de los que anteceden.

Están distribuidos casi exclusivamente en las regiones forestales y fluviales del continente, de clima cálido, particularmente en algunos estados de Centroamérica, en Colombia (chibchas) y Venezuela (muyscas). En las Guayanas, en la región amazónica del Perú llamada "Montaña" (campa), en el Brasil y Paraguay (guaraní), en Argentina y Uruguay (charrúas).

Su diseminación, por pequeños grupos, en las inmensas regiones selvosas, y en su nomadismo ligado a las necesidades de la caza y de la pesca, desconociendo casi la agricultura, son caracteres netamente opuestos a los de los indios incásicos.

Su civilización antigua no alcanzó probablemente, sino un nivel muy bajo. Sus idiomas y dialectos numerosos, en general pobres, en términos abstractos, su tendencia a la destrucción numérica de la raza, también son caracteres opuestos a los de los indios incásicos.

Su identidad con respecto a la población es, en general, de reducida importancia; sus contactos con la "civilización" y su rol en la estructura económica de cada país muy escaso cuando no inexistente. Donde la colonización ibérica no los ha destruido directamente, la raza en estado puro ha sufrido reducciones decisivas por obra del mestizaje intenso, como especialmente sucedió en Colombia, donde se cuenta el 2 por ciento de indígenas puros y el 89 por ciento de mestizos; como sucedió en el Brasil, donde los indígenas "selvícolas" constituyen poco más del 1 por ciento al lado de un 60 por ciento de "mamelucos" o mestizos.

En el Brasil, los términos actuales del problema indio y su importancia han sido evaluados y expuestos, por el delegado de ese país, en los siguientes términos:

En el Brasil, el indio no soportó la esclavitud a la que los colonizadores quisieron someterlo y no se adaptó a las labores agrícolas. Hubiera vivido siempre de la caza y de la pesca. Sus nociones de agricultura eran reducidísimas. Le era imposible fijarse en un solo punto de la tierra de un día a otro, desde que el nomadismo fuera hasta entonces el rasgo predominante de su carácter. Los jefes de las *bandeiras* comprendieron esto y pasaron a atacar de preferencia, en el siglo XVII, las "reducciones" de los jesuítas, las que se componían de indios mansos, aclimatados hasta cierto punto a los trabajos de la minería y de la agricultura bajo el influjo de métodos diferentes como la sugestión religiosa. Pero las luchas eran encarnizadas por demás y la travesía de los *sertões* con los indios reclutados a la faena resultaba dificilísima y penosa, lo que acarreaba casi siempre el desperdicio de la mayor parte de la carga humana arrastrada por los *bandeirantes*. Los que llegaban

vivos al litoral, caían en poco tiempo bajo el peso de los arduos trabajos a que los sometían. Los que escapaban de las garras del conquistador, se internaban en las florestas lejanas.

No hay cálculos exactos, o siquiera aproximados, dignos de fe, sobre la población indígena del Brasil, sobre la época del descubrimiento. Se puede afirmar, mientras, sin temor a errar, que por lo menos dos tercios de la población ha desaparecido hasta llegar a nuestros días, ya sea por el cruzamiento con los blancos, ya sea por la mortandad que hacían entre nativos los colonizadores, en su afán de conquistar esclavos y abrir caminos para las minas del interior. Según una apreciación optimista del general Cándido Rondón, Jefe del Servicio de Protección a los Indios, existen actualmente en el país cerca de 500.000 selvícolas (indios). Éstos viven en tribus poco numerosas, enteramente segregados de la civilización del litoral y penetran cada vez más en la floresta, a medida que los latifundistas van extendiendo sus dominios hasta las tierras ocupadas por aquéllas.

Hay una institución oficial que protege teóricamente a los indígenas. Pero es en vano que se trate de encontrar en la repartición central algún informe sobre trabajos prácticos realizados por dicho instituto. Éste no ha publicado, hasta hoy, un solo informe concreto sobre sus actividades. En el Brasil, los pocos millares de indios que conservan sus costumbres y tradiciones, viven aislados del proletariado urbano, siendo imposible su contacto en nuestros días con la vanguardia proletaria y su consecuente incorporación al movimiento revolucionario de las masas proletarias.

Creo que para muchos de los países de América Latina que incluyen escasos grupos de indios "selvícolas", el problema presenta, aproximadamente, el mismo aspecto que en el Brasil.

Para otros países, en los que los indígenas "selvícolas" constituyen un porcentaje más elevado dentro de la población, y, sobre todo, están incluidos en el proceso de la economía nacional, generalmente agrícola, como en Paraguay, en las Guayanas y otros, el problema presenta los mismos aspectos que ofrecen los indios aztecas o los incásicos en México,

en el Perú, y en los otros países o regiones del mismo grupo, aspectos ya apuntados en su entidad y rasgos especiales.

3. Los negros

Además de las dos razas indígenas, se encuentra en proporciones notables en la América Latina, la raza negra.

Los países donde predomina son: Cuba, grupo antillano y Brasil.

Mientras la mayoría de los indios está ligada a la agricultura, los negros en general se encuentran trabajando preferentemente en las industrias. En cualquier caso, están en la base de la producción y de la explotación.

El negro, importado por los colonizadores, no tiene arraigo a la tierra como el indio, casi no posee tradiciones propias, le falta idioma propio, hablando el castellano o el portugués o el francés o el inglés.

En Cuba, los negros constituyen un porcentaje sumamente elevado de la población, así como en muchos de los países antillanos, están con frecuencia distribuidos en todas las clases sociales, e integran también, aunque en número escaso, las clases explotadoras; esto se observa más acentuadamente en Haití y Santo Domingo, cuyas burguesías son casi exclusivamente negras, especialmente en el primer país.

En el Brasil, el negro puro es relativamente escaso, pero los negromulatos, que constituyen un 30 por ciento de la población, son numerosos en todo el litoral y se encuentran especialmente concentrados en algunas regiones, como en Pará. Los mulatos "claros" también son muy numerosos. He aquí lo que refiere al respecto el compañero delegado del Brasil:

Gran parte de la población del litoral brasileño, está compuesta por mulatos; el tipo del negro puro, es hoy, muy raro. El cruzamiento se hace cada día más intensamente, produciendo tipos cada vez más claros desde que no vienen al país, desde cerca de medio siglo, inmigrantes negros.

El preconcepto contra el negro asume reducidas proporciones. En el seno del proletariado, éste no existe. En la burguesía, en ciertas capas de la pequeña burguesía, este mal se deja percibir. Se traduce en el

hecho de que, en esas esferas, se ve con simpatía la influencia del indio en las costumbres del país, y con cierta mala voluntad, la influencia del negro. Tal actitud no proviene, entre tanto, de un verdadero odio de razas, como en los Estados Unidos, sino del hecho de que, en el extranjero, muchas veces se refieren al país llamándolo con una evidente intención peyorativa, "país de negros". Esto viene a excitar la vanidad patriótica del pequeño burgués, que protesta, esforzándose en demostrar lo contrario. Pero es común ver a ese mismo pequeño burgués, en fiestas nacionales, exaltando el valor de sus ascendientes africanos.

Se debe anotar aún, que hay innumerables negros y mulatos ocupando cargos de relieve en el seno de la burguesía nacional.

Se deduce de allí que no se podrá hablar en rigor, en el Brasil, de preconceptos de razas. Es claro que el partido debe combatirlo en cualquier circunstancia siempre que él aparezca. Pero es necesaria una acción permanente y sistemática por cuanto muy raramente se manifiesta.

La situación de los negros en el Brasil, no es de naturaleza tal como para exigir que nuestro partido organice campañas reivindicatorias para los negros, con palabras de orden especiales.

En general, para los países en que influyen grandes masas de negros, su situación es un factor social y económico importante. En su rol de explotados, nunca están aislados, sino que se encuentran al lado de los explotados de otros colores. Para todos se plantean las reivindicaciones propias de su clase.

4. Conclusiones

En la América Latina, que encierra más de 100 millones de habitantes, la mayoría de la población está constituida por indígenas y negros. Pero hay más: ¿cuál es la categoría social y económica de éstos? Los indígenas y negros están en su gran mayoría, incluidos en la clase de obreros y campesinos explotados, y forman la casi totalidad de la misma.

Esta última circunstancia sería suficiente para poner en plena luz toda la importancia de las razas en la América latina, como factor revolucionario. Pero hay otras particularidades que se imponen frente a nuestra consideración.

Las razas aludidas se encuentran presentes en todos los Estados y constituyen una inmensa capa que con su doble carácter común, racial y de explotados, está extendida en toda América Latina, sin tener en cuenta las fronteras artificiales mantenidas por las burguesías nacionales y los imperialistas.

Los negros, que son afines entre sí por la raza; los indios, que son afines entre sí por la raza, la cultura y el idioma, el apego a la tierra común; los indios y negros que son en común, y por igual, objeto de la explotación más intensa, constituyen por estas múltiples razones, masas inmensas que, unidas a los proletarios y campesinos explotados, mestizos y blancos, tendrán por necesidad que insurgir revolucionariamente contra sus exigüas burguesías nacionales y el imperialismo monstruosamente parasitario, para arrollarlos, cimentando la conciencia de clase, y establecer en la América Latina el gobierno de obreros y campesinos.

III. Política colonial burguesa e imperialista frente a las razas

Para el imperialismo yanqui e inglés, el valor económico de estas tierras sería mucho menor si con sus riquezas naturales, no poseyesen una población indígena atrasada y miserable, a la que con el concurso de las burguesías nacionales, es posible explotar extremadamente. La historia de la industria azucarera peruana, actualmente en crisis, demuestra que sus utilidades han reposado, ante todo, en la baratura de la mano de obra, esto es, en la miseria de los braceros. Técnicamente esta industria no ha estado en época alguna en condiciones de competir con los otros países en el mercado mundial. La distancia de los mercados de consumo gravaba con elevados fletes su exportación. Pero todas estas desventajas eran compensadas largamente por la baratura de la mano de obra. El trabajo de esclavizadas masas campesinas, albergadas en repugnantes "rancherías", privadas de toda libertad y derecho, sometidas a una jornada abrumadora, colocaba a los azucareros peruanos en condiciones de competir con los que, en otros países, cultivaban mejor sus tierras o estaban protegidos por una tarifa proteccionista o más ventajosamente situados desde el punto de vista geográfico. El capitalismo extranjero se

sirve de la clase feudal para explotar en su provecho estas masas campesinas; mas, a veces, la incapacidad de estos latifundistas herederos de los prejuicios, soberbia y arbitrariedad medievales, para llenar la función de jefes de empresas capitalistas, es tal, que aquél se ve obligado a tomar en sus propias manos la administración de latifundios y centrales. Esto es lo que ocurre, particularmente en la industria azucarera, monopolizada casi completamente en el valle Chicama por una empresa inglesa y una empresa alemana.

Partiendo del concepto de la "inferioridad" de la raza, para llevar a cabo una explotación intensa, los poderes coloniales han buscado una serie de pretextos jurídicos y religiosos para legitimar su actitud.

Demasiado conocida es la tesis del Papa Alejandro VI, quien, como representante de Dios en la tierra, dividía entre los reyes católicos de España y Portugal, el poderío de la América Latina, con la condición de que se erigieran en tutores de la raza indígena. Estos indígenas, en su calidad de "idólatras", no podían gozar de los mismos derechos que los leales súbditos de las majestades católicas. Por otro lado, no era posible sancionar "de derecho" la fórmula anticristiana de la esclavitud. Surgió entonces la fórmula hipócrita del tutelaje con una de sus expresiones económicas, entre las más representativas, que fue la "encomienda". Los españoles más aptos fueron elegidos "encomenderos" de distintos territorios que comprendían numerosa población india. Su misión era doble. En el orden espiritual, debían convertir de todos modos los indios a la fe católica; los medios de persuasión le eran facilitados cada vez que fueran necesarios, por los doctrineros. En el orden temporal, la tarea era más sencilla todavía; cada "encomienda" debía proporcionar a la corona un tributo correspondiente, sin perjuicio de que el encomendero sacara también para sí la cantidad que creyera conveniente. Más adelante veremos las características específicas de las "encomiendas" y el proceso por el que constituyeron un método legal de explotación de las tierras de los indígenas, echando los fundamentos de la propiedad colonial y semi-feudal que subsiste hasta la actualidad.

Es necesario subrayar aquí, en este mismo proceso, un factor importante de sometimiento de las poblaciones aborígenes al poderío económico y político de los invasores. La raza invasora que apareció protegida

por armadura casi invulnerable, montada de manera maravillosa sobre animales desconocidos, los caballos, combatiendo con armas que arrojaban fuego; esta raza que derribó, en pocas decenas de años, y luego sometió rápidamente, un inmenso imperio como el incaico o numerosas tribus como la de los indios selvícolas brasileños, uruguayos, paraguayos, tenía lógicamente un gran ascendiente para imponer sus dioses y su culto sobre las ruinas de los templos incaicos, sobre los vencidos mitos de la religión del sol y del fetichismo antropomórfico de los demás indios.

No descuidaron los invasores el desprestigio que las armas habían dado a la cruz y rápidamente procedieron a encadenar las conciencias, al mismo tiempo que esclavizaban los cuerpos. Esto facilitaba enormemente el sometimiento económico, objeto primordial de los súbditos católicos. En este proceso es interesante apuntar los resultados obtenidos por los invasores. Donde el dominio ciego y brutal no lograba sino diezmar a los aborígenes en forma alarmante para la producción, bajaba el rendimiento de ésta, hasta el punto de requerir la importación de la raza africana, especialmente para el trabajo de las minas, raza que, por otra parte, resultó no apta para esa labor. Donde la penetración llevada a cabo en forma más sagaz y fomentada por la decidida protección de la Corona, miraba en adueñarse de las conciencias, las congregaciones religiosas lograron establecer plantaciones florecientes hasta en el corazón de las selvas, donde, si el indio no dejaba de ser explotado igualmente en beneficio de los invasores, la producción se elevaba y acrecentaba cada vez más el monto de los beneficios. El ejemplo histórico de las colonias jesuítas en el Brasil, Paraguay, así como de las colonias que otras congregaciones religiosas establecieron en las selvas del Perú, es bastante demostrativo a este respecto. Hoy día, el influjo religioso no deja de ser un factor importante de sometimiento de los indios a las "autoridades" civiles y religiosas con la diferencia de que la torpeza de éstas, habiéndola hoy día elevado al campo del robo descarado, de las puniciones corporales, de los comercios más vergonzosos, ha logrado dar inicio a un sentimiento de repulsión para el cura, además que para el juez, sentimiento que se hace cada día más evidente y que ha estallado más de una vez en revueltas sangrientas.

Un gran sector de los curas, aliados a las burguesías nacionales, sigue empleando sus armas, basado en el fanatismo religioso que varios siglos de propaganda han logrado hacer arraigar en los espíritus sencillos de los indios. Sólo una conciencia de clase, sólo el "mito" revolucionario con su profunda raigambre económica, y no una infecunda propaganda anticlerical, lograrán substituir los mitos artificiales impuestos por la "civilización" de los invasores y mantenidos por las clases burguesas, herederas de su poder.

El imperialismo inicia a su vez, en la América Latina, una tentativa para dar también en este sentido una base sólida y más amplia a su poderío nefasto. Las misiones metodistas y anglicanas, los centros deportivos moralizadores de la YMCA, han logrado penetrar hasta en las sierras del Perú y de Bolivia, pero con éxito absolutamente despreciable y sin posibilidad de extender su acción. Un enemigo encarnizado que esa penetración encuentra, es el mismo cura de aldea, quien ve de manera peligrosa mermar su influencia espiritual y los consecuentes réditos pecuniarios. Hubo casos en que el cura aldeano logró obtener el apoyo de las autoridades civiles y desterrar definitivamente a la misión protestante "anticatólica".

Otros factores ligados al carácter social de los explotados han sido empleados por el colonaje y continuados por un gran sector de la burguesía y el imperialismo. El desprecio para el indio y el negro ha sido inoculado por el blanco, con todos los medios, al mestizo. No es infrecuente notar esta misma actitud en mestizos cuyo origen indio es demasiado evidente y cuyo porcentaje de sangre blanca se hace difícil reconocer. Este desprecio que se ha tratado de fomentar dentro de la misma clase trabajadora, crece considerablemente a medida que el mestizo ocupa grados más elevados respecto a las últimas capas del proletariado explotado, sin que por eso disminuya la honda barrera que los separa del patrón blanco.

Con iguales fines, la feudalidad y la burguesía han alimentado entre los negros un sentimiento de honda animadversión para los indios, facilitado, como ya hemos dicho, por el rol que pasó a llenar el negro en los países de escasa población india; de artesano, de doméstico, de vigilante,

siempre al lado de los patrones, gozando de cierta familiaridad que le confería el “derecho” a despreciar todo lo que su patrón despreciaba.

Otra ocasión que los explotadores nunca han despreciado, es la de crear rivalidades entre grupos de una misma raza. El imperialismo americano nos da un durísimo ejemplo de esta táctica, en la rivalidad que logró crear entre los negros residentes en Cuba y los que allí vienen periódicamente de Haití y de Jamaica para trabajar, impelidos por las duras condiciones de su país de procedencia.

Tampoco algunos sectores intelectuales identificados con la burguesía, han dejado de buscar más armas para denigrar a los indios hasta negando veracidad a los caracteres más salientes de su proceso histórico.

No faltando quien se dedicara a escribir trabajos pseudohistóricos, para tratar de demostrar que no se puede hablar de estructuras comunitarias entre los indios incaicos. Esta gente, desde luego, desmentida en forma probativa por la gran mayoría de análogos sectores burgueses, pretendía cerrar los ojos a la existencia de millares de comunidades en Perú, Bolivia, Chile, en las que siguen viviendo millones de indios, después del derrumbamiento del orden público, dentro del que estaban encuadradas, después de tres siglos de colonaje, después de un siglo de expliación feudal burguesa y eclesiástica. La tarea de pulverizar estas tesis absurdas, llenada en gran parte por la misma crítica burguesa, será tomada a su cargo por la naciente crítica marxista de este problema, de cuyos estudios históricos ya tenemos luminosos signos en la América Latina.

Más adelante detallaré los principales caracteres que tuvo y tiene el colectivismo primitivo en los indios incásicos.

Mas es mi deber señalar aquí, que una de las tareas más urgentes de nuestros partidos, es la de la revisión inmediata de todos los datos históricos actuales acumulados por la crítica feudal y burguesa, elaborados en su provecho por los departamentos de estadística de los estados capitalistas, y ofrecidos a nuestra consideración en toda su deformación impidiendo considerar exactamente los valores que encierran las razas aborígenes primitivas.

Sólo el conocimiento de la realidad concreta, adquirido a través de la labor y de la elaboración de todos los partidos comunistas, puede darnos

una base sólida para sentar condiciones sobre lo existente, permitiendo trazar las directivas de acuerdo con lo real. Nuestra investigación de carácter histórico es útil, pero más que todo debemos controlar el estado actual y sentimental, sondear la orientación de su pensamiento colectivo, evaluar sus fuerzas de expansión y de resistencia; todo esto, lo sabemos, está condicionado por los antecedentes históricos, por un lado, pero, principalmente, por sus condiciones económicas actuales. Estas son las que debemos conocer en todos sus detalles. La vida del indio, las condiciones de su explotación, las posibilidades de lucha por su parte, los medios más prácticos para la penetración entre ellos de la vanguardia del proletariado, la forma más apta en que ellos puedan constituir su organización; he aquí los puntos fundamentales, cuyo conocimiento debemos perseguir para llenar acertadamente el cometido histórico que cada Partido debe desenvolver.

La lucha de clases, realidad primordial que reconocen nuestros partidos, reviste indudablemente características especiales cuando la inmensa mayoría de los explotados está constituida por una raza, y los explotadores pertenecen casi exclusivamente a otra.

He tratado de demostrar algunos de los problemas esencialmente raciales que el capitalismo y el imperialismo agudizan, algunas de las debilidades, también, debido al atraso cultural de las razas, que el capitalismo explota en su exclusivo beneficio.

Cuando sobre los hombros de una clase productora, pesa la más dura opresión económica, se agrega aún el desprecio y el odio de que es víctima como raza, no falta más que una comprensión sencilla y clara de la situación, para que esta masa se levante como un solo hombre y arroje todas las formas de explotación.

IV. Desarrollo económico-político indígena desde la época incaica hasta la actualidad

Las comunidades

Antes de examinar cuál es el estado económico social de las poblaciones indígenas y en qué forma existe la institución más caracterizada de su civilización, las “comunidades”, creo útil trazar un breve bosquejo

de su formación y de su desarrollo histórico y tratar de investigar las causas de su subsistencia y persistencia dentro y contra estructuras económicas sociales antagónicas.

Anteriormente a la vasta organización del Imperio incaico, existió entre las poblaciones aborígenes que ocupaban el inmenso territorio, un régimen de comunismo agrario.

Desde que las tribus primitivas pasaron del nomadismo a la residencia fija, en la tierra, dando origen a la agricultura, se constituyó un régimen de propiedad y usufructo colectivos de la tierra, organizado por grupos que constituyeron las primeras “comunidades”, estableciéndose la costumbre del reparto de la tierra según las necesidades de la labranza.

El Imperio incaico de los quechuas, al formarse y extenderse progresivamente, ya sea por intermedio de la guerra, ya sea por anexiones pacíficas, encontró en todas partes este orden económico existente. Sólo necesidades administrativas y políticas, tendientes a reforzar el poder del control central en el vasto imperio, impulsaron al gobierno de los Incas a organizar en forma especial ese régimen comunista que funcionaba desde un tiempo muy lejano en todo el territorio del imperio.

El poder económico y político del Estado, en el Imperio incaico, residía en el Inca, pues su régimen de gobierno era centralista. Todas las riquezas, como las minas, las tierras, el ganado, le pertenecían. La propiedad privada era desconocida. Las tierras se dividían en tres partes: una al Sol, una al Inca y una al Pueblo. Todas las tierras eran cultivadas por el Pueblo. De preferencia se atendía a las tierras del Sol. Luego las de los ancianos, viudas, huérfanos y de los soldados que se hallaban en servicio activo. Después las del Pueblo, que cultivaba sus propias tierras y tenía la obligación de ayudar al vecino.

Tras esto se cultivaban las tierras del inca. Así como fue repartida la tierra, se repartió toda clase de riquezas, minas, ganados, etc. Es de advertir que el estado incaico no conocía el dinero. Una disposición muy sabia determinaba que todo déficit en las contribuciones del Inca se pudiese cubrir con lo que encerraba el granero del Sol. La economía del Gobierno producía sobrantes. Éstos se destinaban a los almacenes, que en la época de escasez, eran proporcionados a los individuos sumidos en la miseria por sus enfermedades o por sus desgracias. Así se establece

que gran parte de las rentas del Inca, volvían después, por uno u otro concepto, a las manos del pueblo. Las tierras eran repartidas en lotes que se entregaban anualmente: por cada miembro de familia de ambos sexos se agregaba una porción igual. Nadie podía enajenar las tierras ni aumentar sus posesiones. Cuando alguien moría, la tierra volvía al Inca. Estos repartos se hacían todos los años, a fin de tener siempre presente, a la vista del pueblo, que aquellas tierras pertenecían únicamente al Inca, el cual podía entregarlas al pueblo en la forma indicada.

Hay quien sostiene que anteriormente al Imperio, en algunas regiones, se iba manifestando en las reparticiones periódicas, una insistencia a persistir en la atribución del mismo lote de terreno a la misma familia, tendencia cuya propagación fue impedida por la autoridad teocrática del inca, pero que logró desaparecer durante el Imperio, dando lugar hasta a la división del lote a la muerte del padre, entre los hijos, sin que esto significara propiedad individual (puesto que falta el derecho de testar libremente y la facultad de enajenar), pero sí, propiedad familiar, germen de la propiedad individual: a esto, según historiadores ecuatorianos, ya hubieron llegado algunos indios de ese territorio, en la época de la conquista.

Asimismo, se quiere acentuar por parte de algunos escritores el carácter de la naciente feudalidad, paralelo a la tendencia hacia la propiedad individual que hubiera tenido el poder de los jefes militares, curacas o reyezuelos, caciques, etc., que no formaban parte de la comunidad, poseían la tierra en propiedad familiar y sólo la autoridad del Inca refrenaba su desarrollo hacia la propiedad individual.

También se quiso ver en "la guerra de sucesión entre Huáscar y Atahualpa, el anuncio de grandes querellas y conflictos: la lucha u oposición de la monarquía con la nobleza".

Todas estas observaciones, algunas de las cuales, las referentes al feudalismo, fueron aplicadas también a México, tenderían a trazar un cuadro de la evolución histórica indoamericana, muy análogo al que corresponde al mismo período de la historia europea y asiática. Por otro lado, también afirmarían que la evolución natural del colectivismo indígena, hubiera conducido, a través de dos grandes fenómenos paralelos –transformación de la propiedad colectiva en familiar e individual,

formación del feudalismo- a instituciones análogas a los burgos y municipios, de no haber sido por la influencia del Imperio teocrático que impidió ese libre desenvolvimiento, a diferencia de análogos poderes en Europa. La conquista había precipitado y acelerado la cristalización del feudo, pasado al español, y de la propiedad privada indígena residual dentro de la comunidad o dentro de la familia en formas coexistentes.

Evidentemente, es sugestiva toda esta serie de hipótesis; hay hechos que parecen confirmarlas. Pero ¿cómo podemos extender a todas las colectividades incásicas estas conclusiones? ¿Cómo podemos explicar, dentro del violento proceso de la conquista, de la formación de "reducciones", de los cambios vastos y profundos realizados por las "composiciones", la persistencia, de las comunidades? ¿Cuál momento más propicio tuvieron éstas, después, para evolucionar en el sentido indicado, que los decretos de las nuevas repúblicas, tendientes todos, directamente a la formación de la propiedad privada? Verdaderamente, no creo que se pueda afirmar que el carácter del colectivismo primitivo ha sido el de evolucionar a la propiedad privada, cuando las comunidades, que han seguido siendo atacadas y fragmentadas por todas partes, por un siglo más de explotación burguesa republicana, subsisten en un número tan grande y asoman su cuerpo vigoroso y siempre joven a los albores de una nueva etapa colectivista.

Mas volvamos a seguir el desarrollo de las comunidades que formaban el *substratum* de la colectividad incaica a fines del siglo XV.

La llegada de los españoles

Rompe la armonía política y económica del Imperio. El régimen colonial que se estableció luego, desorganizó y aniquiló la economía agraria incaica, siendo reemplazada por una economía de mayores rendimientos. Bajo una aristocracia indígena, los nativos componían una nación de 10 millones de hombres, con un Estado eficiente y orgánico, cuya acción arribaba a todos los ámbitos de su soberanía. Bajo el régimen colonial, los nativos se redujeron a una dispersa y anárquica masa de 1 millón de hombres caídos en la servidumbre y el feudalismo. La ambición de los conquistadores y sobre todo de la Corona por el metal precioso, envió al mortífero trabajo de las minas, grandes masas

habituadas a las labores de la agricultura, tan rápidamente que en tres siglos se redujeron a la décima parte.

Las comunidades indígenas, durante este período, sufrieron una modificación, dejando el gobierno, que antes residía en el Inca, confiado a personeros integrantes de cada “ayllu”⁵⁷. Las “Leyes de Indias” amparaban a la propiedad indígena y reconocían su organización comunitaria. A pesar de esto, se establecieron las encomiendas, las mitas⁵⁸, el pongueaje⁵⁹. Los encomenderos que recibieron tierras, indios, etc., con la obligación de instruirlos, se convirtieron con el tiempo en grandes propietarios semifeudales.

El advenimiento de la República no transforma substancialmente la economía del país. Se produce un simple cambio de clases: al gobierno cortesano de la nobleza española, sucedió el gobierno de los terratenientes, encomenderos y profesionales criollos. La aristocracia mestiza empuña el poder, sin ningún concepto económico, sin ninguna visión política. Para los cuatro millones de indios, el movimiento de emancipación de la metrópoli pasa desapercibido. Su estado de servidumbre persiste desde la conquista hasta nuestros días, no obstante las leyes dictadas para “protegerlos” y que no podían ser aplicadas mientras la estructura económica de supervivencia feudo-terrateniente persista en nuestro mecanismo social.

La nueva clase gobernante, ávida y sedienta de riquezas, se dedica a agrandar sus latifundios a costa de las tierras pertenecientes a la comunidad indígena, hasta llegar a hacerlas desaparecer en algunos departamentos. Habiéndoseles arrebatado la tierra que poseían en común todas las familias integrantes del ayllu, éstas han sido obligadas, a buscar

57 Agrupación comunitaria y familiar, núcleo social de la cultura incaica. Su subsistencia era basada en el trabajo colectivo para la satisfacción de las necesidades de la comunidad. Su jefe era el curaca, encargado de la distribución de las tierras, la organización del trabajo colectivo y la justicia. (N. de los E.)

58 En el período prehispánico era el servicio que prestaban los miembros de cada comunidad o ayllu, en la construcción de obras públicas como: caminos, puentes, templos, fortalezas, acueductos, etc. Desde el Virreinato del Perú, la mita fue continuada por los invasores como una forma de explotación de la población indígena por parte de los encomenderos y la clase española en general. (N. de los E.)

59 Relación de servidumbre gratuita e incluso hereditaria a la que se somete al indígena como “pago” por una deuda, impagable dadas las condiciones ventajosas para el latifundista. (N. de los E.)

trabajo, dedicándose al yanaconazgo (parceleros) y a peones de los latifundistas que violentamente los despojaron.

Del ayllu antiguo no queda sino uno que otro rasgo fisonómico, étnico, costumbres, prácticas religiosas y sociales, que con algunas pequeñas variaciones, se les encuentra en un sinnúmero de comunidades que anteriormente constituyeron el pequeño reino o "curacazgo". Pero si de esta organización, que entre nosotros ha sido la institución política intermedia entre el ayllu y el Imperio, han desaparecido todos sus elementos coactivos y de solidaridad, el ayllu o comunidad, en cambio, en algunas zonas poco desarrolladas, ha conservado su natural idiosincrasia, su carácter de institución casi familiar, en cuyo seno continuaron subsistiendo después de la Conquista los principales factores constitutivos.

Las comunidades reposan sobre la base de la propiedad en común de las tierras en que viven y cultivan y conservan, por pactos y por lazos de consanguinidad que unen entre sí a las diversas familias que forman el ayllu. Las tierras de cultivos y pastos pertenecientes a la comunidad, forman el patrimonio de dicha colectividad. En ella viven, de su cultivo se mantienen, y los continuos cuidados que sus miembros ponen, a fin de que no les sean arrebatadas por los poderosos vecinos u otras comunidades, les sirven de suficiente incentivo para estar siempre organizados, constituyendo un solo cuerpo. Por hoy, las tierras comunales pertenecen a todo el ayllu, o sea, al conjunto de familias que forman la comunidad. Unas están repartidas y otras continúan en calidad de bien raíz común, cuya administración se efectúa por los agentes de la comunidad. Cada familia posee un trozo de tierra que cultiva, pero que no puede enajenar porque no le pertenece: es de la comunidad.

Por lo general, hay dos clases de tierras, unas que se cultivan en común para algún "santo" o comunidad y las que cultiva cada familia por separado.

Pero no sólo en la existencia de las comunidades se revela el espíritu colectivista del indígena. La costumbre secular de la "minka" subsiste en los territorios del Perú, de Bolivia, del Ecuador y Chile; el trabajo que un parcelero, aunque no sea comunero, no puede realizar por falta de ayudantes, por enfermedad u otro motivo análogo, es realizado merced a la cooperación y auxilio de los parceleros confinantes, quienes a su

vez reciben parte del producto de la cosecha, cuando su cantidad lo consiente, u otro auxilio manual en una próxima época.

Este espíritu de cooperación que existe fuera de las comunidades, se manifiesta en formas especiales en Bolivia donde se establecen mutuos acuerdos entre indígenas pequeños propietarios pobres; para labrar en común el total de las tierras y repartir en común el producto. Otra forma de cooperación que también se observa en Bolivia es la que se realiza entre un indio pequeño propietario en los alrededores de la ciudad, sin nada más que su tierra, y otro indio que vive en la ciudad, en calidad de pequeño artesano o asalariado relativamente bien remunerado; este último no dispone de tiempo, pero puede en una u otra forma conseguir las semillas y los instrumentos de labranza que faltan; el primero aporta la tierra y su labor personal; en la época de la cosecha se reparte el producto según la proporción establecida de antemano.

Estas y otras formas de cooperación extra comunitaria junto con la existencia de numerosas comunidades, (en el Perú cerca de 1.500 comunidades con 30 millones de hectáreas, cultivadas aproximadamente por 1.500.000 comuneros; en Bolivia un número aproximadamente igual de comunidades, con menos comuneros, siendo arrancados muchos de ellos a la tierra para las minas), comunidades que en algunas regiones dan un rédito agrícola superior a la de los latifundios, atestiguan la vitalidad del colectivismo incaico primitivo, capaz mañana de multiplicar sus fuerzas, aplicadas a latifundios industrializados y con los medios de cultivo necesarios.

El VI Congreso de la IC ha señalado una vez más la posibilidad, para pueblos de economía rudimentaria, de iniciar directamente una organización económica colectiva, sin sufrir la larga evolución por la que han pasado otros pueblos. Nosotros creemos que entre las poblaciones "atrasadas", ninguna como la población indígena incásica, reúne las condiciones tan favorables para que el comunismo agrario primitivo, subsistente en estructuras concretas y en un hondo espíritu colectivista, se transforme, bajo la hegemonía de la clase proletaria, en una de las bases más sólidas de la sociedad colectivista preconizada por el comunismo marxista.

V. Situación económico-social de la población indígena del Perú⁶⁰

VI. Situación económico-social de la población indígena de los demás países

Para las poblaciones indígenas de tipo “incásico” o “azteca”, que viven en grandes masas en los Estados que he señalado y que forman parte integrante y básica de la economía de las respectivas naciones que las influyen, el rol económico y la condición social en todos sus aspectos son análogos a los que ya hemos visto existir en el Perú.

Caben, sin embargo, algunas observaciones particulares sobre cada país, requiriéndolo diferencias específicas propias de ellos.

En Bolivia, cuyo porcentaje de población indígena es sensiblemente igual al del Perú, el indígena sufre, no sólo la misma explotación, sino también el mismo desprecio de parte del blanco y del mestizo (casi no existen negros en Bolivia –el 0.2 por ciento– para solidarizarse en esto con el blanco). Esto provoca, como en el Perú, el mismo sentimiento por parte del indígena hacia todo lo que no sea de su raza y la desconfianza para el blanco, más fuerte aun si se le nota algún carácter “oficial”, relacionado con el poder gubernamental o administrativo. Pero en Bolivia es importante señalar un carácter fundamental, de orden económico, que señala una diferencia respecto al Perú. Mientras en el Perú, el número de los indios mineros no alcanza al 2 por ciento sobre el total de los indígenas, en Bolivia, es mucho más elevado, constituyendo ellos un fuerte proletariado indio, que no sólo llegará a sentir más fuertemente su conciencia de clase, sino que permitirá en la actualidad llevar a cabo una propaganda mucho más eficiente que en medio de los demás indios agrícolas.

En Chile, a este respecto también existen condiciones más favorables que en el Perú. En Ecuador, la masa indígena es esencialmente agrícola. Asimismo en las provincias del norte de la Argentina.

60 Este capítulo aparece íntegramente en: 1. Situación económico-social de la población indígena del Perú (págs. 72 a 77 de la presente edición).

En México, contrariamente a los países arriba mencionados, no existe animadversión hacia el indio. El porcentaje de indios puros es tan fuerte y sobre todo el mestizaje tan extenso que las características raciales indias son características nacionales. Hubo presidentes de la República, generales y estadistas de pura cepa indígena, y el indio no encuentra las resistencias espirituales o burdas que pesan sobre él, de otras naciones.

En Guatemala y en algunos otros Estados centroamericanos, el problema racial se aproxima, por las mismas razones, más a las condiciones de México, que al de las naciones del grupo incásico. En esos Estados, como en México, no existe el problema indígena en el sentido "racial" de la palabra.

Examinemos ahora las condiciones económicas sociales de las poblaciones indígenas de tipo, "selvícola". Una vez más, subrayo que el hecho de que el sector "civilizado" de América Latina no tenga amplios conocimientos al respecto, no justifica de ninguna manera nuestra despreocupación hacia esas poblaciones; al contrario, plantea el deber de estudiar suficientemente sus condiciones para poder formular con algún acierto, las constataciones objetivas que nos permitan formular una táctica adecuada.

He señalado a grandes rasgos las regiones que habitan y los caracteres específicos que las diferencian profundamente, en la actualidad, de los grupos incásicos o azteca.

Es interesante apuntar un hecho. Estas razas, en algunos casos importantes, son las que más han contribuido a la formación étnica de las naciones que se han formado en su territorio, habiendo dado lugar a un mestizaje intensísimo con los invasores, reduciéndose a grupos sumamente escasos y al mismo tiempo segregados del litoral y de su economía y cultura. Esto se observa de la manera más manifiesta en Colombia, donde representa menos de un 2 por ciento a un 86 por ciento aproximadamente de mestizos; en Brasil, donde alcanzan poco más de 1 por ciento frente a un 66 por ciento de "mamelucos" (sin comprender a los mulatos). Toda esta cooperación biológica les ha valido la absorción casi completa de su raza y la reducción de los núcleos "puros" al estado de "salvajes".

En otras naciones, sus contactos con los invasores han sido breves y violentos. Los indios selvícolas, en su mayoría, se han retirado al interior y no han contribuido sino con cantidades ínfimas al mestizaje, como sucedió en Ecuador, en el Perú, en el Uruguay y en otros Estados.

En ambos casos, el resultado para los grupos “puros” ha sido auténtico. En economía y cultura han quedado aislados, limitados a un territorio cada vez menor y cada día más reducido, por obra de los invasores o de los mismos mestizos, desde la conquista, con ritmo incesante, hasta nuestros días.

La economía de estos indios, en la mayoría de los casos nómadas, está circunscrita a la caza y a la pesca. Pero hay grupos de indios, los que han podido encontrar terrenos aptos para labranza, que están dedicados a la agricultura y sienten duramente la falta de tierra, especialmente cuando en nuestros días se les sigue arrebatando terrenos en las zonas limítrofes con la “civilización” litoral.

Es lógico afirmar que sus reivindicaciones naturales consisten en exigir la devolución de toda la tierra que puedan cultivar.

Otras tribus de indios, en la cuenca fluvial del Amazonas, han sido alcanzadas por la garra famélica de los explotadores blancos o mestizos y esclavizados para los trabajos de recolección de la madera o extracción del “caucho”. He referido, hablando de la región de la Montaña del Perú, los abusos ignominiosos allí cometidos, que llegaron a trascender los límites de los bosques y tuvieron resonancia mundial, sin lograr producir el castigo de los culpables, sino, al contrario, la punición de los defensores del indio.

Estos casos, en una u otra forma, subsisten en el Perú, en Colombia, en el Brasil, en las Guayanas y llegará el día en que el proletariado ayude a estos indios a redimirse definitivamente del régimen esclavista.

VII. Situación económico-política de la población negra

Al hablar de la importancia de la raza negra en el continente, he señalado su distribución geográfica y sus características principales.

El rol económico del negro está en general prevalentemente ligado a la industria y dentro de ésta, principalmente a la industria de la elaboración de los productos agrícolas. En Cuba, la cantidad de los negros asalariados agrícolas, no difiere mucho a la de los asalariados industriales.

El negro, en América Latina, no sufre el mismo desprecio que en Estados Unidos, donde siempre hay resistencia de parte de las otras razas para establecer contacto con él, lo que no se traduce en disposiciones o costumbres de aislamiento limitadoras, bajo este concepto, de su libertad. Tampoco

encuentra arraigo el prejuicio de inferioridad o incapacidad para ciertas ocupaciones, ya que la constatación de todos los días demuestra que el negro puede llenar muy bien todas las funciones sociales toda vez que no se le impide prepararse para ellas. En el Brasil, el preconcepto para el negro casi no existe, debido a que su porcentaje de mulatos llega a cerca del 40 por ciento.

De la constatación de su rol económico y de sus condiciones sociales, se desprende el hecho de que en la América Latina, en general, el problema negro no asume un acentuado aspecto racial.

Su rol económico de productor, al lado del trabajador mestizo y blanco, lo hace asimilarse a él en la explotación que sufre y en la lucha que libra para su emancipación de la opresión capitalista.

VIII. Situación económica y social de los mestizos y mulatos

Aunque los mestizos y mulatos no constituyen una raza propiamente dicha, creo que integran el problema étnico, por las diferencias raciales que los separan de los negros, indios y blancos.

El mestizaje, en un sentido amplio de la palabra, reviste aspectos diferentes en cada país.

Hay países como Colombia, donde se ha realizado entre dos razas, la blanca y la indígena, produciendo la casi desaparición de esta última y dando lugar a la formación de un mestizaje intenso y extenso (cerca del 85 por ciento de la población).

En otros países como Brasil, también hubo un mestizaje intenso de los invasores con los aborígenes que condujo a la casi desaparición de la raza indígena "pura", pero en él intervino además un tercer factor, la raza negra importada. Es sumamente difícil en el Brasil dividir a los mestizos en tres categorías como se ha pretendido: indios-blancos, negros-blancos, indios-negros. Lo cierto es que estos tipos se han fundido repetidamente, dando lugar a una gama de tipos raciales que va desde el negro puro, a través del mulato y del mameluco, hasta el blanco.

Sin embargo, el negro y el blanco puro se encuentran en acentuada minoría frente a la población de mulatos y a la de los mamelecos que la aventaja algo en el número, entre los cuales es posible establecer una diferencia manifiesta.

En el Perú, el mestizaje entre dos razas abarca también una escala de individuos bastante rica en tipos mestizos. En Chile, Argentina, Uruguay, el mestizaje es mucho menos acentuado.

La población mestiza y mulata en la América Latina se encuentra repartida en todas las capas sociales, dejando siempre, sin embargo, a la raza blanca el predominio dentro de la clase explotadora.

Después del indio y del negro, ocupa un puesto bastante importante dentro de la clase proletaria. No tiene absolutamente reivindicaciones sociales propias, salvo el libertarse del desprecio que el blanco hace pesar sobre él. Sus reivindicaciones económicas se confunden con las de la clase a que pertenece.

En las naciones donde constituyen la casi totalidad de la población, su existencia como proletariado y campesinado numeroso les depara un rol importante en la lucha revolucionaria.

IX. Carácter de la lucha sostenida por los indígenas y los negros

La lucha que los indígenas desde los días de la Conquista han sostenido contra los invasores, ha tenido varias fases ligadas a sus condiciones económicas, a los sistemas de explotación y a la fuerza política de los poderes opresores. Ha tenido sus épocas de remisión y sus períodos de intensificación violenta.

Los indios mexicanos, mayas, toltecas, yaquis, etc., siempre se han distinguido por su espíritu de combatividad y han constituido elementos de inseguridad para todos los gobiernos que los oprimían o prescindían de ellos. Todos conocen el rol importantísimo que jugaron en la Revolución mexicana, logrando, con su triunfo, obtener, aunque en forma limitada, algunas tierras y la satisfacción de algunas reivindicaciones peculiares de ellos. Hoy día mismo, sin gozar de las posibilidades de expansión que les competen, con importantes aspiraciones insatisfechas, constituyen un factor revolucionario considerable.

En el Perú, los indios, según una estadística de 1920, han realizado el 98 por ciento de sus levantamientos por motivos ligados a la tierra.

Pasaré a detallar el movimiento indio contra el “gamonalismo” o feudalismo en el Perú, lo que podrá dar una idea bastante aproximada de la lucha que ellos sostienen en Bolivia, Ecuador y otros países.

Cuando se habla de la actitud del indio frente a sus explotadores se suscribe generalmente la impresión de que, envilecido, deprimido, el indio es incapaz de toda lucha, de toda resistencia. La larga historia de insurrecciones y asonadas indígenas y de las masacres y represiones consiguientes, basta, por sí sola, para desmentir esta impresión. En la mayoría de los casos, las sublevaciones de indios han tenido como origen una violencia que los ha impulsado incidentalmente a la revuelta contra una autoridad o un hacendado; pero, en otros casos, han tenido un carácter de motín local. La rebelión ha seguido a una agitación menos incidental y se ha propagado a una región más o menos extensa. Para reprimirla, ha habido que apelar a fuerzas considerables y a verdaderas matanzas. Miles de indios rebeldes han sembrado el pavor en los gamonales de una o más provincias. Una de las sublevaciones que en los últimos tiempos asumió proporciones extraordinarias, fue la acaudillada por el mayor del ejército Teodomiro Gutiérrez, serrano mestizo, de fuerte porcentaje de sangre indígena, que se hacía llamar Rumimaqui y se presentaba como un redentor de su raza. El mayor Gutiérrez había sido enviado por el gobierno de Billinghurst al departamento de Puno donde el gamonalismo extremaba sus exacciones, para efectuar una investigación respecto a las denuncias indígenas e informar al Gobierno. Gutiérrez entró entonces en íntimo contacto con los indios. Derrocado el gobierno de Billinghurst, pensó que toda perspectiva de reivindicaciones legales había desaparecido y se lanzó a la revuelta. Lo seguían varios millares de indios, pero, como siempre, desarmados e indefensos ante las tropas, condenados a la dispersión o a la muerte. A esta sublevación han seguido las de La Mar y Huancané en 1923 y otras menores, sangrientamente reprimidas todas.

En 1921, se reunió, con el auspicio gubernamental, un congreso indígena al que concurrieron delegaciones de varios grupos de comunidades. El objeto de este congreso era formular las reivindicaciones de la raza indígena. Los delegados pronunciaban en quechua enérgicas acusaciones contra los gamonales, las autoridades, los curas. Se constituyó un

Comité Pro Derecho Indígena Tahuantinsuyo. Se realizó un congreso por año hasta 1924, en que el Gobierno persiguió a los elementos revolucionarios indígenas, intimidó a las delegaciones y desvirtuó el espíritu y objeto de la asamblea. El Congreso de 1923, en que se votaron conclusiones inquietantes para el gamonalismo como las que pedía la separación de la Iglesia y el Estado, y la derogación de la ley de conscripción vial, había revelado el peligro de estas conferencias, en las que los grupos de comunidades indígenas de diversas regiones entraban en contacto y coordinaban su acción. Ese mismo año se había constituido la Confederación Regional Indígena que pretendía aplicar a la organización de los indios los principios y métodos del anarcosindicalismo y que estaba condenada, por tanto, a no pasar de un ensayo, pero que presentaba de todos modos una franca orientación revolucionaria de la vanguardia indígena. Desterrados dos de los líderes indios de este movimiento, intimidados otros, la Federación Obrera Indígena quedó pronto reducida a sólo un nombre. Y en 1927, el Gobierno declaró disuelto el propio Comité Pro Derecho Indígena Tahuantinsuyo, con el pretexto de que sus dirigentes, eran unos meros explotadores de la raza cuya defensa se atribuían. Este Comité no había tenido nunca más importancia que la anexa a su participación en los Congresos indígenas y estaba compuesto por elementos que carecían de valor ideológico y personal y que en no pocas ocasiones había hecho protestas de adhesión a la política gubernamental, considerándola pro indigenista, pero para algunos gamonales, era todavía un instrumento de agitación, un residuo de los congresos indígenas. El Gobierno, por otra parte, orientaba su política en el sentido de asociar a las declaraciones pro indígenas, a las promesas de reparto de tierras, etc., una acción resuelta contra toda agitación de los indios por grupos revolucionarios o susceptibles de influencia revolucionaria.

La penetración de ideales socialistas, la expresión de reivindicaciones revolucionarias entre los indígenas, han continuado a pesar de esas vicisitudes.

En 1927 se constituyó en el Cuzco un grupo de acción pro indígena llamado Grupo Resurgimiento. Lo componían algunos intelectuales y artistas, junto con algunos obreros cuzqueños. Este grupo publicó un manifiesto que denunciaba los crímenes del gamonalismo. A poco

de su constitución, uno de sus principales dirigentes, el doctor Luis E. Valcárcel, fue apresado en Arequipa. Su prisión no duró sino algunos días; pero, en tanto, el Grupo Resurgimiento era definitivamente disuelto por las autoridades de Cuzco.

Las luchas llevadas a cabo por los negros en la América Latina; nunca han tenido ni podrán tener un carácter de lucha nacional. Raramente dentro de sus reivindicaciones ha habido algunas de carácter puramente racial.

Sus luchas, en el Brasil, en Cuba, en las Antillas, han sido llevadas a cabo para suprimir las puniciones corporales, para elevar sus condiciones de vida, para mejorar su jornal. En los últimos tiempos han luchado también para defender sus derechos de organización.

En las regiones del Brasil en las que el fordismo ha abandonado su careta filantrópica, para revelar, una vez más, en forma distinta su carácter de feroz explotación, los proletarios negros luchan junto con los demás proletarios para defenderse contra la opresión brutal que nivela bajo su yugo esclavista a los trabajadores de distinto color.

En todos los países los negros tienen que luchar por sus reivindicaciones de carácter proletario más fuertemente que contra los prejuicios y los abusos de que son víctimas como negros.

Es ese el carácter que se destaca cada día con más precisión en la lucha llevada a cabo por los trabajadores negros contra la opresión capitalista e imperialista.

X. Conclusiones y tareas fundamentales

El informe que antecede ha tratado de señalar a grandes rasgos los aspectos generales que presenta el "problema de las razas" en la América Latina, la importancia que las razas tienen en la demografía y en la producción y sus principales características raciales, las condiciones económicas y sociales en que se encuentran las poblaciones de raza indígena o negra, y esbozado su desarrollo histórico y económico y sus relaciones con el imperialismo; los mestizos o mulatos, el nivel político que dichas razas han alcanzado en el carácter de las luchas que sostuvieron; así como las reivindicaciones que han perseguido en el curso de las mismas.

Con todos estos elementos, aunque apuntados en forma sucinta e incompleta es posible tratar de encarar las soluciones que el problema de las razas requiere, y establecer, en consecuencia, las tareas que incumben a los partidos comunistas de la América Latina.

Este problema presenta un aspecto social innegable, en cuanto la gran mayoría de la clase productora está integrada por indios o negros; por otro lado, este carácter está muy desvirtuado, por lo que se refiere a la raza negra. Ésta ha perdido contacto con su civilización tradicional y su idioma propios; adoptando íntegramente la civilización y el idioma del explotador; esta raza tampoco tiene arraigo histórico profundo en la tierra en que vive, por haber sido importada de África. Por lo que se refiere a la raza india, el carácter social conserva en mayor medida su fisonomía, por la tradición ligada a la tierra, la sobrevivencia de parte importante de la estructura y de su civilización, la conservación del idioma y muchas costumbres y tradiciones, aunque no de la religión.

El aspecto puramente racial del problema, por lo que a ambas razas se refiere, se encuentra también fuertemente disminuido por la proporción del mestizaje y por la presencia de estas mismas capas mestizas y hasta de elementos blancos, en unión con los elementos indios y negros, dentro de la clase proletaria, dentro de la clase de los campesinos pobres, dentro de las clases que se encuentran en la base de la producción y son mayormente explotadas.

He señalado todos los casos en que el indio y el negro, que pasan a llenar una función mas privilegiada en la producción, pierden completamente el contacto con su raza, tendiendo cada vez más, a llenar una función explotadora; he señalado todos los casos en que el indio, sin elevar su nivel económico, sólo por el hecho de haber abandonado forzadamente su terruño (por haber sido expulsado de sus tierras o por el servicio militar) y haber entrado en contacto con la civilización blanca, queda desconectado para siempre de su propia raza, pugna por borrar todos los rasgos que a ella lo ligan, y tiende a confundirse con el blanco o mestizo; primero en los hábitos y costumbres, y más tarde, si le es posible, en la explotación de sus hermanos de raza.

Todos los factores señalados, si no quitan por entero el carácter "racial" al problema de la situación de la mayoría de los negros o indios

oprimidos, nos demuestran que actualmente el aspecto principal de la cuestión, es "económico y social" y tiende a serlo cada día más, dentro de la clase básicamente explotada de elementos de todas las razas. Las luchas desarrolladas por los indios y negros confirman este punto de vista.

Habiendo llegado a este punto las constataciones, se plantea con toda claridad el carácter fundamentalmente económico y social del problema de las razas en la América Latina y el deber que todos los partidos comunistas tienen de impedir las desviaciones interesadas que las burguesías pretenden imprimir a la solución de este problema, orientándolo en un sentido exclusivamente racial, asimismo como tienen el deber de acentuar el carácter económico-social de las luchas de las masas indígenas o negras explotadas, destruyendo los prejuicios raciales, dando a estas mismas masas una clara conciencia de clase, orientándolas a sus reivindicaciones concretas y revolucionarias, alejándolas de soluciones utópicas y evidenciando su identidad con los proletarios mestizos y blancos, como elementos de una misma clase productora y explotada.

Queda así clarificado, una vez más, el pensamiento revolucionario frente a las campañas por la pretendida política actual de los indios y negros.

La IC combatió, por lo que a la raza negra se refiere, estas campañas que tendían a la formación del "sionismo negro" en la América Latina.

Del mismo modo, la constitución de la raza india en un Estado autónomo, no conduciría en el momento actual a la dictadura del proletariado indio ni mucho menos a la formación de un Estado indio sin clase, como alguien ha pretendido afirmar, sino a la constitución de un Estado indio burgués con todas las contradicciones internas y externas de los Estados burgueses.

Sólo el movimiento revolucionario clasista de las masas indígenas explotadas podrá permitirles dar un sentido real a la liberación de su raza, de la explotación, favoreciendo las posibilidades de su autodeterminación política.

El problema indígena, en la mayoría de los casos, se identifica con el problema de la tierra. La ignorancia, el atraso y la miseria de los indígenas, no son sino la consecuencia de su servidumbre. El latifundio feudal mantiene la explotación y la dominación absoluta de las masas indígenas por la clase propietaria. La lucha de los indios contra los gamonales, ha estribado invariablemente en la defensa de sus tierras contra la absorción

y el despojo. Existe, por tanto, una intuitiva y profunda reivindicación indígena: la reivindicación de la tierra. Dar un carácter organizado, sistemático, definido, a esta reivindicación, es la tarea en la que la propaganda política y el movimiento sindical tienen el deber de cooperar activamente.

Las "comunidades", que han demostrado bajo la opresión más dura condiciones de resistencia y persistencia realmente asombrosas, representan un factor natural de socialización de la tierra. El indio tiene arraigados hábitos de cooperación. Aun cuando de la propiedad comunitaria se pasa a la propiedad individual, y no sólo en la sierra sino también en la costa, donde un mayor mestizaje actúa contra las costumbres indígenas, la cooperación se mantiene, las labores pesadas se hacen en común. La "comunidad" puede transformarse en cooperativa, con mínimo esfuerzo. La adjudicación a las "comunidades" de la tierra de los latifundios, es, en la sierra, la solución que reclama el problema agrícola. En la costa, donde la gran propiedad es también omnipotente, pero donde la propiedad comunitaria ha desaparecido, se tiende inevitablemente a la individualización de la propiedad del suelo. Los "yanaconas", especie de aparceros duramente explotados, deben ser ayudados en su lucha contra los propietarios. La reivindicación natural de estos "yanaconas" es la del suelo que trabajan. En las haciendas explotadas directamente por sus propietarios, por medio de peonadas, reclutadas en parte en la sierra, y a las que en esta parte falta vínculo con la tierra, los términos de la lucha son distintos. Las reivindicaciones por las que hay que trabajar son: libertad de organización, supresión de "enganche", aumento de salarios, jornada de ocho horas, cumplimiento de las leyes de protección del trabajo. Sólo cuando el peón de hacienda haya conquistado esas cosas, estará en la vía de su emancipación definitiva.

Es muy difícil que la propaganda sindical o política penetre en las haciendas. Cada hacienda es en la costa un feudo. Ninguna asociación, que no acepte el patronato y la tutela de los propietarios y la administración, es tolerada, y en este caso, sólo se encuentran las asociaciones de deporte o recreo. Pero con el aumento del tráfico automovilístico se abre poco a poco una brecha en las barreras que cerraban antes las haciendas a toda propaganda. De ahí la importancia que la organización y movilización activa de los obreros del transporte tiene en el desarrollo de la movilización clasista.

Cuando las peonadas de las haciendas sepan que cuentan con la solidaridad fraternal de los sindicatos y comprendan el valor de éstos, fácilmente despertará en ellas la voluntad de lucha que hoy les falta. Los núcleos de adherentes al trabajo sindical que se constituyen gradualmente en las haciendas, tendrán la función de explicar en cualquiera reclamación y de aprovechar la primera oportunidad de dar forma a su organización, dentro de lo que las circunstancias consientan.

Para la progresiva educación ideológica de las masas indígenas, la vanguardia obrera dispone de aquellos elementos militantes de la raza india que en las minas o en los centros urbanos, particularmente en los últimos, entran en contacto con el movimiento sindical, se asimilan a sus principios y se capacitan para jugar un rol en la emancipación de su raza. Es frecuente que obreros procedentes del medio indígena, regresen temporal o definitivamente a éste. El idioma les permite cumplir eficazmente una misión de instructores de sus hermanos de raza y de clase. Los indios campesinos no entenderán de veras sino a individuos de su seno, que les hablen en su propio idioma. Del blanco, del mestizo, desconfiarán siempre; y el blanco y el mestizo, a su vez, muy difícilmente se impondrán el difícil trabajo de llegar al medio indígena y de llevar a él la propaganda clasista.

Los métodos de autoeducación, la lectura regular de los órganos del movimiento sindical y revolucionario de América Latina, de sus opúsculos, etc., la correspondencia con los compañeros militantes, serán los medios de que estos elementos llenen con éxito su misión educadora.

La coordinación de las comunidades indígenas por regiones, el socorro de los que sufren persecuciones de la justicia o policía (los gamonales procesan por delitos comunes a los indígenas que se resisten o a quienes quieren despojar), la defensa de la propiedad comunitaria, la organización de pequeñas bibliotecas y centros de estudios, son actividades en las que los adherentes indígenas al movimiento sindical, deben tener siempre actuación principal y dirigente, con el doble objeto de dar a la orientación y educación clasistas de los indígenas, directivas serias y de evitar la influencia de elementos desorientadores (anarquistas, etc.).

En el Perú, en Bolivia, la organización y educación del proletariado minero es una de las cuestiones que inmediatamente se plantean. Los centros mineros constituyen puntos donde ventajosamente puede dejar

sentir su ascendiente la propaganda sindical. Aparte de representar en sí mismos importantes concentraciones proletarias, con las condiciones anejas al salariado, acercan los braceros indígenas a los obreros industriales, a trabajadores procedentes de las ciudades, que llevan en esos centros, su espíritu y principios clasistas. Los indígenas de las minas, en buena parte, continúan siendo campesinos; de modo que el adherente que se gane entre ellos, es un elemento ganado de la clase campesina.

La publicación de periódicos para los campesinos indígenas y de periódicos para los mineros, es una de las necesidades de la propaganda sindical en ambos sectores. Aunque la raza indígena es analfabeta en su gran mayoría, estos periódicos, a través de los indígenas alfabetos, ejercitarían una influencia creciente sobre el proletariado de las minas y del campo.

La labor, en todos sus aspectos, será difícil, pero su progreso dependerá fundamentalmente de la capacidad de los elementos que la realicen y de su apreciación precisa y concreta de las condiciones objetivas de la cuestión indígena. El problema no es racial, sino social y económico; pero la raza tiene su rol en él y en los medios de afrontarlo. Por ejemplo, en cuanto sólo militantes salidos del medio indígena pueden, por la mentalidad y el idioma, conseguir un ascendiente eficaz e inmediato sobre sus compañeros.

Una conciencia revolucionaria indígena tardará quizás en formarse, pero una vez que el indio haya hecho suya la idea socialista, la servirá con una disciplina, una tenacidad y una fuerza, en la que pocos proletarios de otros medios podrán aventajarlo.

Del mismo modo puede afirmarse que a medida que el proletariado negro adquiera conciencia de clase, a través de la lucha sostenida para conseguir sus reivindicaciones naturales de clase explotada, realizándolas con la acción revolucionaria en unión del proletariado de otras razas, en esa misma medida los trabajadores negros se habrán librado efectivamente de los factores que los oprimen como razas "inferiores".

Encarado en esta forma el problema y planteada así su solución, creo que las razas en la América Latina tendrán un rol sumamente importante en el movimiento revolucionario que, encabezado por el proletariado, llegará a constituir en toda la América Latina, el gobierno obrero y campesino, cooperando con el proletariado ruso en la obra de emancipación del proletariado de la opresión burguesa mundial.

En base de estas conclusiones, creo que se pueden y deben plantear en la siguiente forma o en otra análoga elaborada por el Congreso las reivindicaciones de los trabajadores indios o negros explotados:

I. Lucha por la tierra para los que la trabajan, expropiada sin indemnización

- a. Latifundios de tipo primitivo: fragmentación y ocupación por parte de las comunidades colindantes y por los peones agrícolas que las cultivan, posiblemente organizados en forma comunitaria o colectiva.
- b. Latifundios de tipo industrializado: ocupación por parte de los obreros agrícolas que los trabajan, organizados en forma colectiva.
- c. Los parceleros propietarios que cultivan su tierra, quedarán en posesión de las mismas.

II. Formación de organismos específicos:

Sindicatos, ligas campesinas, bloques obreros y campesinos, ligazón de estos mismos por encima de los prejuicios raciales, con las organizaciones urbanas.

Lucha del proletariado y del campesinado indígena o negro, para las mismas reivindicaciones que constituyen el objetivo de sus hermanos de clase pertenecientes a otras razas.

Armamento de obreros y campesinos para conquistar y defender sus reivindicaciones.

III. Derogación de leyes onerosas para el indio o el negro: sistemas feudales esclavistas, conscripción vial, reclutamiento militar, etc.

Únicamente la lucha de los indios, proletarios y campesinos, en estrecha alianza con el proletariado mestizo y blanco contra el régimen feudal y capitalista, pueden permitir el libre desenvolvimiento de las características raciales indias (y especialmente de las instituciones de tendencias colectivistas) y podrá crear la ligazón entre los indios de diferentes países, por encima de las fronteras actuales que dividen antiguas entidades raciales, conduciéndolas a la autonomía política de su raza.

PUNTO DE VISTA ANTIIMPERIALISTA⁶¹

1º- ¿Hasta qué punto puede asimilarse la situación de las repúblicas latinoamericanas a la de los países semicoloniales? La condición económica de estas repúblicas, es, sin duda, semicolonial, y a medida que crezca su capitalismo y, en consecuencia, la penetración imperialista tiene que acentuarse este carácter de su economía. Pero las burguesías nacionales, que ven en la cooperación con el imperialismo la mejor fuente de provechos, se sienten lo bastante dueñas del poder político para no preocuparse seriamente de la soberanía nacional. Estas burguesías, en Sudamérica, que no conoce todavía, salvo Panamá, la ocupación militar yanqui, no tienen ninguna predisposición a admitir la necesidad de luchar por la segunda independencia, como suponía ingenuamente la propaganda aprista. El Estado, o mejor, la clase dominante no echa de menos un grado más amplio y cierto de autonomía nacional. La revolución de la Independencia está relativamente demasiado próxima, sus mitos y símbolos demasiado vivos, en la conciencia de la burguesía y la pequeña burguesía. La ilusión de la soberanía nacional se conserva en

61 Tesis presentada a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana (Buenos Aires, junio de 1929). Se ha reproducido de *El movimiento revolucionario latinoamericano* (editado por *La Correspondencia Sudamericana*). La misma versión aparece en el Tomo II de la obra de Martínez de la Torre (págs. 414 a 418). Fue leída por Julio Portocarrero en circunstancias en que se debatía "La lucha antiimperialista y los problemas de táctica de los Partidos Comunistas de América Latina". Al término de su lectura, el delegado peruano señaló: "Compañeros: Así escribe el compañero José Carlos Mariátegui cuando formula su tesis sobre antiimperialismo, analizando antes el estado económico y social del Perú...".

sus principales efectos. Pretender que en esta capa social prenda un sentimiento de nacionalismo revolucionario, parecido al que en condiciones distintas representa un factor de la lucha antiimperialista en los países semicoloniales avasallados por el imperialismo en los últimos decenios en Asia, sería un grave error.

Ya en nuestra discusión con los dirigentes del aprismo, reprobando su tendencia a proponer a la América Latina un Kuo Min Tang, como modo de evitar la imitación europeísta y acomodar la acción revolucionaria a una apreciación exacta de nuestra propia realidad, sosteníamos hace más de un año la siguiente tesis:

La colaboración con la burguesía, y aun de muchos elementos feudales, en la lucha antiimperialista china, se explica por razones de raza, de civilización nacional que entre nosotros no existen. El chino noble o burgués se siente entrañablemente chino. Al desprecio del blanco por su cultura estratificada y decrepita, corresponde con el desprecio y el orgullo de su tradición milenaria. El antiimperialismo en la China puede, por tanto, descansar en el sentimiento y en el factor nacionalista. En Indoamérica las circunstancias no son las mismas. La aristocracia y la burguesía criollas no se sienten solidarizadas con el pueblo por el lazo de una historia y de una cultura comunes. En el Perú, el aristócrata y el burgués blancos, desprecian lo popular, lo nacional. Se sienten, ante todo, blancos. El pequeño burgués mestizo imita este ejemplo. La burguesía limeña fraterniza con los capitalistas yanquis, y aún con sus simples empleados, en el *Country Club*, en el *Tennis* y en las calles. El yanqui desposa sin inconveniente de raza ni de religión a la señorita criolla, y ésta no siente escrupulo de nacionalidad ni de cultura en preferir el matrimonio con un individuo de la raza invasora. Tampoco tiene este escrupulo la muchacha de la clase media. La huachafita⁶² que puede atrapar un

62 *Huachafo, huachafa, huachafita*, término muy usado en el Perú para designar a una persona o comportamiento que cae en el ridículo al querer mostrar una apariencia de finura o refinamiento, evidenciando que no lo tiene. Este comportamiento además es típico de ciertos sectores o individuos de los estratos populares, que pretenden con su apariencia mostrarse como de la élite. En general, también se considera huachafa toda actitud grandilocuente y a la vez vacía, superficial, vana. (N. de los E.).

yanqui empleado de Grace o de la Foundation lo hace con la satisfacción de quien siente elevarse su condición social. El factor nacionalista, por estas razones objetivas que a ninguno de ustedes escapa seguramente, no es decisivo ni fundamental en la lucha antiimperialista en nuestro medio. Sólo en los países como la Argentina, donde existe una burguesía numerosa y rica, orgullosa del grado de riqueza y poder en su patria, y donde la personalidad nacional tiene por estas razones contornos más claros y netos que en estos países retardados, el antiimperialismo puede (tal vez) penetrar fácilmente en los elementos burgueses: pero por razones de expansión y crecimiento capitalistas y no por razones de justicia social y doctrina socialista como es nuestro caso⁶³.

La traición de la burguesía china, la quiebra del Kuo Min Tang, no eran todavía conocidas en toda su magnitud. Un conocimiento capitalista, y no por razones de justicia social y doctrinaria, demostró cuan poco se podrá confiar, aún en países como la China, en el sentimiento nacionalista revolucionario de la burguesía.

Mientras la política imperialista logre *manéger* los sentimientos y formalidades de la soberanía nacional de estos Estados, mientras no se vea obligada a recurrir a la intervención armada y a la ocupación militar, contará absolutamente con la colaboración de las burguesías. Aunque enfeudados a la economía imperialista, estos países, o más bien sus burguesías; se consideraran tan dueños de sus destinos como Rumania, Bulgaria, Polonia y demás países “dependientes” de Europa.

Este factor de la psicología política no debe ser descuidado en la estimación precisa de las posibilidades de la acción antiimperialista en la América Latina. Su relegamiento, su olvido, ha sido una de las características de la teorización aprista.

2º- La divergencia fundamental entre los elementos que en el Perú aceptaron en principio el APRA –como un plan de frente único, nunca como partido y ni siquiera como organización en marcha efectiva– y los que fuera del Perú la definieron luego como un Kuo Min Tang

63 El texto completo de donde se extrae este fragmento, titulado “Carta colectiva del grupo de Lima”, está incluido en el último capítulo (“Cartas y documentos”) del presente tomo. (N. de los E.).

latinoamericano, consiste en que los primeros permanecen fieles a la concepción económico-social revolucionaria del antiimperialismo, mientras que los segundos explican así su posición: "Somos de izquierda (o socialistas) porque somos antiimperialistas". El antiimperialismo resulta así elevado a la categoría de un programa, de una actitud política, de un movimiento que se basta a sí mismo y que conduce espontáneamente, no sabemos en virtud de qué proceso, al socialismo, a la revolución social. Este concepto lleva a una desorbitada superestimación del movimiento antiimperialista, a la exageración del mito de la lucha por la "segunda independencia", al romanticismo de que estamos viviendo ya las jornadas de una nueva, emancipación. De aquí la tendencia a reemplazar las ligas antiimperialistas con un organismo político. Del APRA, concebida inicialmente como frente único, como alianza popular, como bloque de las clases oprimidas, se pasa al APRA definida como el Kuo Min Tang latinoamericano.

El antiimperialismo, para nosotros, no constituye ni puede constituir, por sí solo, un programa político, un movimiento de masas apto para la conquista del poder. El antiimperialismo, admitido que pudiese movilizar al lado de las masas obreras y campesinas, a la burguesía y pequeña burguesía nacionalistas (ya hemos negado terminantemente esta posibilidad) no anula el antagonismo entre las clases, no suprime su diferencia de intereses.

Ni la burguesía, ni la pequeña burguesía en el poder pueden hacer una política antiimperialista. Tenemos la experiencia de México, donde la pequeña burguesía ha acabado por pactar con el imperialismo yanqui. Un gobierno "nacionalista" puede usar, en sus relaciones con los Estados Unidos, un lenguaje distinto que el gobierno de Leguía en el Perú. Este gobierno es francamente, desenfadadamente panamericanista, monroísta; pero cualquier otro gobierno burgués haría, prácticamente, lo mismo que él, en materia de empréstitos y concesiones. Las inversiones del capital extranjero en el Perú crecen en estrecha y directa relación con el desarrollo económico del país, con la explotación de sus riquezas naturales, con la población de su territorio, con el aumento de las vías de comunicación. ¿Qué cosa puede oponer a la penetración capitalista la más demagógica pequeña burguesía? Nada, sino palabras. Nada, sino una temporal borra-chera nacionalista. El asalto del poder por el antiimperialismo, como movimiento demagógico populista, si fuese posible, no representaría nunca la

conquista del poder, por las masas proletarias, por el socialismo. La revolución socialista encontraría su más encarnizado y peligroso enemigo, —peligroso por su confusionismo, por la demagogia—, en la pequeña burguesía afirmada en el poder, ganado mediante sus voces de orden.

Sin prescindir del empleo de ningún elemento de agitación antiimperialista, ni de ningún medio de movilización de los sectores sociales que eventualmente pueden concurrir a esta lucha, nuestra misión es explicar y demostrar a las masas que sólo la revolución socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera.

3º-Estos hechos diferencian la situación de los países sudamericanos de la situación de los países centroamericanos, donde el imperialismo yanqui, recurriendo a la intervención armada sin ningún reparo, provoca una reacción patriótica que puede fácilmente ganar al antiimperialismo a una parte de la burguesía y la pequeña burguesía. La propaganda aprista, conducida personalmente por Haya de la Torre, no parece haber obtenido en ninguna otra parte de América mayores resultados. Sus prédicas confusionistas y mesiánicas, que aunque pretenden situarse en el plano de la lucha económica, apelan en realidad particularmente a los factores raciales y sentimentales, reúnen las condiciones, necesarias para impresionar a la pequeña burguesía intelectual. La formación de partidos de clase y poderosas organizaciones sindicales, con clara conciencia clasista, no se presenta destinada en esos países al mismo desenvolvimiento inmediato que en Sudamérica. En nuestros países el factor clasista es más decisivo, está más desarrollado. No hay razón para recurrir a vagas fórmulas populistas tras de las cuales no pueden dejar de prosperar tendencias reaccionarias. Actualmente el aprismo, como propaganda, está circunscrito a Centroamérica; en Sudamérica, a consecuencia de la desviación populista, caudillista, pequeño burguesa, que lo definía como el Kuo Min Tang latinoamericano, está en una etapa de liquidación total. Lo que resuelva, al respecto el próximo Congreso Antiimperialista de París, cuyo voto tiene que decidir la unificación de los organismos antiimperialistas y establecer la distinción entre las plataformas y agitaciones antiimperialistas y las tareas de la competencia de los partidos de clase y las organizaciones sindicales, pondrá término absolutamente a la cuestión.

4º- ¿Los intereses del capitalismo imperialista coinciden necesaria y fatalmente en nuestros países con los intereses feudales y semifeudales de la clase terrateniente? ¿La lucha contra la feudalidad se identifica forzosa y completamente con la lucha antiimperialista? Ciertamente, el capitalismo imperialista utiliza el poder de la clase feudal, en tanto que la considera la clase políticamente dominante. Pero, sus intereses económicos no son los mismos. La pequeña burguesía, sin exceptuar a la más demagógica, si atenúa en la práctica sus impulsos más marcadamente nacionalistas, puede llegar a la misma estrecha alianza con el capitalismo imperialista. El capital financiero se sentirá más seguro, si el poder está en manos de una clase social más numerosa, que, satisfaciendo ciertas reivindicaciones apremiosas y estorbando la orientación clasista de las masas, está en mejores condiciones que la vieja y odiada clase feudal de defender los intereses del capitalismo, de ser su custodio y su ujier. La creación de la pequeña propiedad, la expropiación de los latifundios, la liquidación de los privilegios feudales, no son contrarios a los intereses del imperialismo, de un modo inmediato. Por el contrario, en la medida en que los rezagos de feudalidad entraban el desenvolvimiento de una economía capitalista, ese movimiento de liquidación de la feudalidad, coincide con las exigencias del crecimiento capitalista, promovido por las inversiones y los técnicos del imperialismo; que desaparezcan los grandes latifundios, que en su lugar se constituya una economía agraria basada en lo que la demagogia burguesa llama la "democratización" de la propiedad del suelo, que las viejas aristocracias se vean desplazadas por una burguesía y una pequeña burguesía más poderosa e influyente –y por lo mismo más apta para garantizar la paz social–, nada de esto es contrario a los intereses del imperialismo. En el Perú el régimen leguista, aunque tímido en la práctica ante los intereses de los latifundistas y gamonales, que en gran parte le prestan su apoyo, no tiene ningún inconveniente en recurrir a la demagogia, en reclamar contra la feudalidad y sus privilegios, en tronar contra las antiguas oligarquías, en promover una distribución del suelo que hará de cada peón agrícola un pequeño propietario. De esta demagogia saca el leguismo, precisamente, sus mayores fuerzas. El leguismo no se atreve a tocar la gran propiedad. Pero el movimiento natural del desarrollo capitalista –obras

de irrigación, explotación de nuevas minas, etc.– va contra los intereses y privilegios de la feudalidad. Los latifundistas, a medida que crecen las áreas cultivables, que surgen nuevos focos de trabajo, pierden su principal fuerza: la disposición absoluta e incondicional de la mano de obra. En Lambayeque, donde se efectúan actualmente obras de regadío, la actividad capitalista de la comisión técnica que las dirige, y que preside un experto norteamericano, el ingeniero Sutton, ha entrado prontamente en conflicto con las conveniencias de los grandes terratenientes feudales. Estos grandes terratenientes son, principalmente, azucareros. La amenaza de que se les arrebate el monopolio de la tierra y el agua, y con él el medio de disponer a su antojo de la población de trabajadores saca de quicio a esta gente y la empuja a una actitud que el Gobierno, aunque muy vinculado a muchos de sus elementos, califica de subversiva o antigobiernista. Sutton tiene las características del hombre de empresa capitalista norteamericano. Su mentalidad, su trabajo, chocan al espíritu feudal de los latifundistas. Sutton ha establecido, por ejemplo, un sistema de distribución de las aguas, que reposa en el principio de que el dominio de ellas pertenece al Estado; los latifundistas consideraban el derecho sobre las aguas anexo a su derecho sobre la tierra. Según su tesis, las aguas eran suyas; eran y son propiedad absoluta de sus fundos.

5º- ¿Y la pequeña burguesía, cuyo rol en la lucha contra el imperialismo se superestima tanto, a como se dice, por razones de explotación económica, necesariamente opuesta a la penetración imperialista? La pequeña burguesía es, sin duda, la clase social más sensible al prestigio de los mitos nacionalistas. Pero el hecho económico que domina la cuestión, es el siguiente: en países de pauperismo español, donde la pequeña burguesía, por sus arraigados prejuicios de decencia, se resiste a la proletarización; donde ésta misma, por la miseria de los salarios no tiene fuerza económica para transformarla en parte en clase obrera; donde imperan la empleomanía, el recurso al pequeño puesto del Estado, la caza del sueldo y del puesto “decente”; el establecimiento de grandes empresas que, aunque explotan enormemente a sus empleados nacionales, representan siempre para esta clase un trabajo mejor remunerado, es recibido y considerado favorablemente por la gente de clase media. La empresa yanqui representa mejor sueldo, posibilidad de ascensión,

emancipación de la empleomanía del Estado, donde no hay porvenir sino para los especuladores. Este hecho actúa, con una fuerza decisiva, sobre la conciencia del pequeño burgués, en busca o en goce de un puesto. En estos países, de pauperismo español, repetimos, la situación de las clases medias no es la constatada en los países donde estas clases han pasado un período de libre concurrencia, de crecimiento capitalista propicio a la iniciativa y al éxito individuales, a la opresión de los grandes monopolios.

En conclusión, somos antiimperialistas porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico, llamado a sucederlo, porque en la lucha contra los imperialismos extranjeros cumplimos nuestros deberes de solidaridad con las masas revolucionarias de Europa.

Lima, 21 de mayo de 1929

ANTECEDENTES Y DESARROLLO DE LA ACCIÓN CLASISTA⁶⁴

Las primeras manifestaciones de propaganda ideológica revolucionaria son en el Perú las que suscita, a principios del siglo actual, el pensamiento radical de González Prada. Poco después de que González Prada se separa definitivamente de la política, fracasado el experimento del Partido Radical, aparecen los primeros grupos libertarios. Algunos obreros, que se interesan por estas ideas entran en contacto con González Prada, a quien su decepción de lucha política empuja a una posición anárquica. Se constituyen pequeñas agrupaciones libertarias que se limitan a iniciar la propaganda de sus ideas, sin proponerse por el momento ninguna otra acción. González Prada colabora, con pseudónimo o sin firma en eventuales hojas ácratas: *Los Parias*, *El Hambriento*. Algunos radicales y masones amigos de González Prada simpatizan con esta propaganda, sin comprometerse de frente en ella. Aparecen otras hojas efímeras: *Simiente Roja*, etc. La única que llega a adquirir permanencia es *La Protesta* que da su nombre al primer grupo anárquico de acción persistente.

La Federación de Panaderos “Estrella del Perú”, se presenta como el primer gremio en el cual influyen las ideas revolucionarias. Es en una actuación de los panaderos donde González Prada pronuncia, el 1º de mayo de 1905, su discurso sobre los intelectuales y el proletariado, reproducido en el N° 8 de *Labor*.

64 Documento presentado al Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latino Americana, Montevideo, mayo de 1939. Reproducido en *Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú*, de Ricardo Martínez de la Torre, Tomo II, págs. 404 a 409.

El movimiento billinghurista obtiene la adhesión de algunos elementos participantes en estas escaramuzas ideológicas; el más importante de ellos es un ex libertario, Carlos del Barzo, artesano que más tarde interviene en el intento de organización de un Partido Socialista y que figura alguna vez como candidato obrero a una diputación por Lima. El billinghurismo tuvo de su lado, asimismo, al líder de las huelgas portuarias de esa época, Fernando Vera; pero, al asimilárselo, hizo de él un "capitulero". Bajo el gobierno de Billinghurst, el mutualismo amarillo, al servicio de todos los gobiernos, se prestó a una actitud de cordialidad con los obreros chilenos. Una comisión de estas sociedades obreras, auspiciada por el Gobierno visitó Chile, donde se cambiaron entre representantes más o menos falsos de uno y otro proletariado palabras de reconciliación y amistad. El grupo anárquico del Perú que trabajaba entonces por dar vida a una Federación Regional Obrera Peruana, envió a Chile, desconociendo a la delegación oficial, visada por el billinghurismo, al obrero Otazú, que en el país del Sur fue recibido por trabajadores de la misma filiación. Se puede decir, pues, que las primeras manifestaciones de internacionalismo de los peruanos corresponde a este tiempo. Y hay que tener siempre en cuenta, en el primer caso, su carácter de manifestaciones conectadas con la política de la cancillería, en tratos con la de Chile para arreglar la cuestión de Tacna y Arica.

Derribado Billinghurst, contra el gobierno militar de Benavides, González Prada publica el semanario *La Lucha*; y Carlos del Barzo, *El Motín*; pero ambos periódicos representan sólo una protesta contra el régimen militar, una requisitoria contra sus abusos. Por la filiación ideológica de sus directores, cabe sin embargo relacionarlos con el movimiento social. Del Barzo sufre prisión y deportación; y González Prada un juicio de imprenta.

Bajo el gobierno de Pardo, los efectos de la guerra europea en la situación económica influyen en la agitación social y en el orientamiento ideológico. Un grupo sindicalista predomina sobre los ácratas en la labor entre las masas. Del Barzo dirige algunas huelgas de zapateros y organiza el sindicato de trabajadores de esta industria en la capital. La propaganda anarco-sindicalista penetra en la campiña de Huacho, produciendo una agitación sangrientamente reprimida por las autoridades de Pardo. La lucha por las 8 horas en 1918 consiente a los anarco-sindicalistas llevar su propaganda a las masas en forma intensa. El gremio textil, animador la lucha, adquiere

un rol influyente en la acción clasista. Son ya varios los estudiantes que han entrado en relación con los grupos obreros avanzados. Frente a la lucha por las 8 horas se produce una declaración oficial de la Federación de Estudiantes de simpatía con las reivindicaciones obreras. La masa de los estudiantes no tenía la menor idea del alcance de estas reivindicaciones y creía que el rol de los universitarios era el de orientar y dirigir a los obreros.

En este tiempo, se inicia en la redacción del diario opositor, *El Tiempo*, muy popular entonces, un esfuerzo por dar vida a un grupo de propaganda y concentración socialistas. La dirección del periódico, ligada a los grupos políticos de oposición, es extraña a este esfuerzo, que representa exclusivamente el orientamiento hacia el socialismo de algunos jóvenes escritores, ajenos a la política, que tienden a imprimir a las campañas del diario un carácter social. Estos escritores son César Falcón, José Carlos Mariátegui, Humberto del Águila y algún otro que, unidos a otros jóvenes intelectuales afines, publican a mediados de 1918 una revista de combate: *Nuestra Época*. Un artículo antiarmamentista de Mariátegui provoca una violenta protesta de los oficiales del ejército que en numeroso grupo, invaden la redacción de *El Tiempo*, donde trabaja el articulista, para agredirlo. *Nuestra Época* no trae un programa socialista; pero aparece como un esfuerzo ideológico y propagandístico en este sentido. A los dos números, cesa de publicarse, desaprobada por la empresa periodística a la que prestan sus servicios sus principales redactores; pero éstos prosiguen en sus gestiones por crear un Comité de Propaganda Socialista. Se une a ellos otro redactor de *El Tiempo*, Luis Ulloa procedente del antiguo Partido Radical, quien con motivo de sus campañas periodísticas contra los "hambreadores del pueblo" se relaciona con los sindicalistas. Se constituye el Comité con la adhesión de del Barzo y algunos obreros próximos a él y de los dos grupos de estudiantes, (ya profesionales algunos) que ha tomado parte hasta entonces en la agitación obrera. El grupo tiende a asimilarse todos los elementos capaces de reclamarse del socialismo sin exceptuar aquellos que provienen del radicalismo gonzález-pradista y se conservan fuera de los partidos políticos. Una parte de los elementos que lo componen, dirigida por Luis Ulloa, se propone la inmediata transformación del grupo en partido; la otra parte, en la que se cuentan precisamente los iniciadores de su fundación, sostienen que debe ser mantenido como

Comité de Propaganda y Organización Socialistas, mientras su presencia no tenga arraigo en las masas. El período no es propio para la organización socialista; algunos de los elementos del comité redactan un periódico: *Germinal*, que adhiere al movimiento leguista; Mariátegui, Falcón y sus compañeros se separan, finalmente, del grupo que acuerda su aparición como partido el 1º de mayo de 1919.

Al mismo tiempo que estas gestiones, algunos elementos procedentes del billinghurstismo y otros, por cuenta de un ex demócrata, presunto candidato a la Presidencia de la República, efectúan otras por crear un Partido Obrero. Propuesta al comité socialista la fusión de ambos grupos, la rechaza. El acto inaugural del partido es fijado para el 1º de mayo de 1918; pero reunida una asamblea popular, convocada por los promotores de este partido en un teatro de la capital, Gutarra, orador sindicalista, denuncia la trastienda política y eleccionaria de sus gestiones y saca a la multitud a la calle en son de demostración clasista.

La tentativa del partido socialista fracasa porque a la manifestación del 1º de mayo de 1919 sigue la gran huelga general del mismo mes. (Véase *El movimiento obrero en 1919* por Ricardo Martínez de la Torre) en la que los dirigentes de ese grupo evitan toda acción, abandonando a las masas y, tomando más bien, una actitud contraria a su acción revolucionaria. Ausente Luis Ulloa del país y muerto Carlos del Barzo, el comité del partido se disuelve sin dejar huella alguna de su actividad en la conciencia obrera.

El movimiento estudiantil de la reforma universitaria acerca, en la misma forma que en otros países latinoamericanos, la vanguardia estudiantil al proletariado. El Primer Congreso de Estudiantes del Cuzco, celebrado en 1919, acuerda la creación de las universidades populares; y en 1921 el grupo de vanguardia de este congreso, encabezado por Haya de la Torre, funda la Universidad Popular González Prada en Lima y Vitarte. El Congreso Obrero de Lima aprueba un voto de adhesión a la obra de cultura popular de estas universidades. Pero los obreros no confían mucho en la perseverancia de los estudiantes; y para no suscitar ningún recelo, las universidades populares se abstienen de todo trabajo de orientación ideológica del proletariado. De otro lado, la mayoría de los estudiantes de las UP carece de esta orientación; en lo tocante a la cuestión social va a aprender, más bien que a enseñar, al lado del proletariado. Un cambio se

inicia con la acción del 23 de mayo, dirigida y animada por la UP con el concurso de los obreros organizados. Mariátegui regresa en este tiempo de Europa con el propósito de trabajar por la organización de un partido de clase. Las UP que están en su apogeo, con motivo de las jornadas del 23 de mayo le ofrecen su tribuna y él la acepta. Desarrolla un curso de conferencias sobre la crisis mundial, en la que explica el carácter revolucionario de esta crisis. Los anarquistas se muestran hostiles a esta propaganda, sobre todo por la defensa de la Revolución rusa a que en parte se contrae; pero Mariátegui obtiene la solidaridad de la UP y de sus adherentes más entusiastas de las organizaciones obreras. Como órgano de la juventud libre, pero más exactamente de las U.P. comienza a publicarse en abril de 1923 *Claridad*. Su orientación es “clartista”⁶⁵; corresponde, sobre todo, al espíritu de la agitación estudiantil. Deportado Haya de la Torre, con ocasión del descubrimiento de una conspiración de los partidarios de don Germán Leguía y Martínez, que sirve de pretexto para castigar su acción del 23 de mayo acusándole falsamente de relación con políticos del viejo régimen, en los días en que se cajeaba el N° 4 de *Claridad*, Mariátegui asume su dirección. El N° 5 señala el principio de un franco orientamiento doctrinario en el que *Claridad* abandona el tono estudiantil. Desde ese número, *Claridad* aparece como órgano de la Federación Obrera Local. Perseguida por la policía, el proletariado organizado ha querido ampararla con su solidaridad formal. Mariátegui inicia la organización de una sociedad editora obrera para la publicación de la revista, y con vistas a la de un diario; pero en este tiempo se enferma gravemente y escapa a la muerte a costa de la amputación de la pierna derecha.

De fines de 1924 a principios de 1925 la represión de la vanguardia estudiantil se acentúa. Son deportados los más activos de los elementos de la UP y la Federación de Estudiantes: Herrera, Bustamante, Rabines, Hurwitz, Terreros, Lecaros, Seoane, Heysen, Cornejo, Pavletich, etc. También se deporta al secretario de la Federación Obrera Local Arcelles y a dos de los

65 El Grupo Clarté, que publicaba la revista homónima, fue fundado en Francia hacia 1919; cercano al movimiento surrealista, intentó organizar a los intelectuales alrededor de la III Internacional en solidaridad con su causa y orientación política (v. el artículo “El Grupo Suprarealista y *Clarté*”, en el capítulo “El artista y la época”, Tomo III de la presente edición) (N. de los E.).

dirigentes de la organización indígena. Las actividades de la UP son, sin embargo, mantenidas por un grupo animoso y perseverante. Empieza, en este período, a discutirse la fundación del APRA, a instancias de su iniciador Haya de la Torre, que desde Europa se dirige en este sentido a los elementos de vanguardia del Perú. Estos elementos aceptan, en principio, el APRA, que hasta por su título se presenta como una alianza o frente único.

En septiembre de 1926, como órgano de este movimiento, como tribuna de "definición ideológica", aparece *Amauta*. La Federación Obrera Local convoca a un segundo Congreso Obrero. Mariátegui, director de *Amauta*, en una carta a este congreso, que carece de un trabajo serio de preparación, advierte la inoportunidad de un debate de tendencias doctrinarias, proponiendo la organización de los trabajadores con un programa de "unidad proletaria", la constitución de una central nacional basada en el principio de "lucha de clases". Pero las tendencias llevan al Congreso sus puntos de vista, empeñándose una discusión desordenada sobre la doctrina clasista a la que debía adherir el proletariado organizado. Es este el instante que el ministro de Gobierno de entonces, interesado en aumentar su importancia política, amenazada por las rivalidades de círculos, con una actuación sensacional, escoge para una represión en gran estilo. En la noche del 5 de junio, se sorprende aparatosamente una reunión de la sociedad editora obrera *Claridad*, a la que se había citado como de ordinario por los periódicos. La misma noche se apresa en sus domicilios a los más conocidos y activos militantes de las organizaciones obreras y algunos intelectuales y universitarios. Una información oficial anuncia, en todos los diarios, la detención de todas estas personas en una reunión, presentada como clandestina. El ministro de Gobierno Manchego Muñoz afirma, sin empacho, que ha descubierto nada menos que un complot comunista. El órgano civilista *El Comercio*, reducido al silencio desde los primeros tiempos del gobierno leguiista, y conocido por sus vinculaciones con la plutocracia del antiguo régimen, aprueba editorialmente esta represión así como las medidas que le siguen: clausura de *Amauta*, cierre de los talleres de la Editorial Minerva donde se imprimía por cuenta particular de sus redactores-editores, detención de José Carlos Mariátegui a quien, dadas sus condiciones de salud, se aloja en el Hospital Militar de San Bartolomé. Cerca de 50 militantes fueron llevados a la

isla de San Lorenzo; muchos más sufrieron breve detención en los calabozos de la policía; otros, perseguidos, tuvieron que ocultarse. La policía notificó a los que quedaban en libertad que la Federación Obrera Local, la Federación Textil y otras organizaciones del mismo carácter, debían ser consideradas disueltas y que toda actividad sindicalista estaba severamente prohibida. No dejaron de manifestar su aplauso a estas medidas, igual que *El Comercio*, que no tuvo reparo en complacerse expresamente de la supresión de *Amauta*, los elementos mutualistas amarillos, incondicionalmente a órdenes de éste como de todos los gobiernos, así como un sedicente y flamante “Partido Laborista”, fundado por algunos empleados cesantes y arribistas, con la cooperación de unos pocos artesanos. Pero era tan desproporcionada respecto de los vaguísimos e individuales papeles que pretendía documentar la especie de “conspiración comunista para destruir el orden social”, que poco a poco, no obstante estar cerrados los periódicos a toda información imparcial, se desvaneció la impresión que en los primeros instantes produjera. Sólo encontró acogida en la prensa una breve carta dirigida por Mariátegui desde el Hospital Militar desminriendo rotunda y precisamente, en todas sus partes, la invención policial.

Dos profesores de la UP, Carlos M. Cox y Manuel Vásquez Díaz, fueron deportados al norte. En la misma dirección habían sido embarcados antes Magda Portal y Serafín Delmar. Y cuatro meses más tarde, cuando no quedaba en el público vestigio de recuerdo del complot, se puso en libertad a los presos de San Lorenzo. En diciembre de 1927, reapareció *Amauta*, que de otro modo habría reanudado su publicación en Buenos Aires.

La represión de junio entre otros efectos tiene el de promover una revisión de métodos y conceptos y una eliminación de los elementos débiles y desorientados, en el movimiento social. De un lado se acentúa en el Perú la tendencia a una organización, exenta de los residuos anarcosindicales, purgada de “bohemia subversiva”; de otro lado aparece clara la desviación aprista. Uno de los grupos de deportados peruanos, el de México, propugna la constitución de un Partido Nacionalista Libertador; Haya define al APRA como el Kuo Min Tang latinoamericano. Se produce una discusión en la que se afirma definitivamente la tendencia socialista doctrinaria adversa a toda fórmula de populismo demagógico

e inconcluyente y de caudillaje personalista. Los documentos adjuntos ilustran los términos y resultados de este debate, a partir del cual el movimiento izquierdista peruano entra en una etapa de definitiva orientación. *Amauta*, en su N° 17, el de su segundo aniversario, declara cumplido el proceso de "definición ideológica", afirmándose categóricamente, marxista. En noviembre de 1918, aparece *Labor* como periódico de extensión de la obra de *Amauta*, para convertirse gradualmente en órgano de la reorganización sindical.

ESCRITOS POLÍTICOS Y SINDICALES

EL 1º DE MAYO Y EL FRENTE ÚNICO⁶⁶

El 1º de Mayo es, en todo el mundo, un día de unidad del proletariado revolucionario, una fecha que reúne en un inmenso frente único internacional a todos los trabajadores organizados. En esta fecha resuenan, unánimemente obedecidas y acatadas, las palabras de Carlos Marx: “¡Proletarios de todos los países, úníos!”. En esta fecha caen espontáneamente todas las barreras que diferencian y separan en varios grupos y varias escuelas a la vanguardia proletaria.

El 1º de Mayo no pertenece a una internacional: es la fecha de todas las internacionales. Socialistas, comunistas y libertarios de todos los matices se confunden y se mezclan hoy en un solo ejército que marcha hacia la lucha final.

Esta fecha, en suma, es una afirmación y una constatación de que el frente único proletario es posible y es practicable y de que a su realización no se opone ningún interés, ninguna exigencia del presente.

A muchas meditaciones invita esta fecha internacional. Pero para los trabajadores peruanos la más actual, la más oportuna, es la que concierne a la necesidad y a la posibilidad del Frente Único. Últimamente se han producido algunos intentos seccionistas. Y urge entenderse, urge concretarse para impedir que estos intentos prosperen, evitando que socaven y que minen la naciente vanguardia proletaria del Perú.

66 Publicado en *El obrero textil*, Año 9, N° 59, Lima, 1º de mayo de 1924.

Mi actitud, desde mi incorporación en esta vanguardia, ha sido siempre la de un fautor convencido, la de un propagandista fervoroso del frente único. Recuerdo haberlo declarado en una de las conferencias iniciales de mi curso de historia de la crisis mundial. Respondiendo a los primeros gestos de resistencia y de aprensión de algunos antiguos y hieráticos libertarios, más preocupados de la rigidez del dogma que de la eficacia y la fecundidad de la acción, dije entonces desde la tribuna de la Universidad Popular: "Somos todavía pocos para dividirnos. No hagamos cuestión de etiquetas ni de títulos".

Posteriormente he repetido estas o análogas palabras. Y no me cansaré de reiterarlas. El movimiento clasista, entre nosotros, es aún muy incipiente, muy limitado, para que pensemos en fraccionarle y escindirle. Antes de que llegue la hora, inevitable acaso, de una división, nos corresponde realizar mucha obra común, mucha labor solidaria. Tenemos que emprender juntos muchas largas jornadas. Nos toca, por ejemplo, suscitar en la mayoría del proletariado peruano, conciencia de clase y sentimiento de clase. Esta faena pertenece por igual a socialistas y sindicalistas, a comunistas y libertarios. Todos tenemos el deber de sembrar gérmenes de renovación y de difundir ideas clasistas. Todos tenemos el deber de alejar al proletariado de las asambleas amarillas y de las falsas "instituciones representativas". Todos tenemos el deber de luchar contra los ataques y las represiones reaccionarias. Todos tenemos el deber de defender la tribuna, la prensa y la organización proletaria. Todos tenemos el deber de sostener las reivindicaciones de la esclavizada y oprimida raza indígena. En el cumplimiento de estos deberes históricos, de estos deberes elementales, se encontrarán y juntarán nuestros caminos, cualquiera que sea nuestra meta última.

El Frente Único no anula la personalidad, no anula la filiación de ninguno de los que lo componen. No significa la confusión ni la amalgama de todas las doctrinas en una doctrina única. Es una acción contingente, concreta, práctica. El programa del Frente Único considera exclusivamente la realidad inmediata, fuera de toda abstracción y de toda utopía. Preconizar el frente único no es, pues, preconizar el confusionismo ideológico. Dentro del Frente Único cada cual debe conservar su propia filiación y su propio ideario. Cada cual debe trabajar por su propio credo.

Pero todos deben sentirse unidos por la solidaridad de clase, vinculados por la lucha contra el adversario común, ligados por la misma voluntad revolucionaria, y la misma pasión renovadora. Formar un Frente Único es tener una actitud solidaria ante un problema concreto, ante una necesidad urgente. No es renunciar a la doctrina que cada uno sirve ni a la posición que cada uno ocupa en la vanguardia. La variedad de tendencias y la diversidad de matices ideológicos es inevitable en esa inmensa legión humana que se llama el proletariado. La existencia de tendencias y grupos definidos y precisos no es un mal; es por el contrario la señal de un período avanzado del proceso revolucionario. Lo que importa es que esos grupos y esas tendencias sepan entenderse ante la realidad concreta del día. Que no se esterilicen bizantinamente en exconfesiones y excomuniones recíprocas. Que no alejen a las masas de la revolución con el espectáculo de las querellas dogmáticas de sus predicadores. Que no empleen sus armas ni dilapiden su tiempo en herirse unos a otros, sino en combatir el orden social, sus instituciones, sus injusticias y sus crímenes.

Tratemos de sentir cordialmente el lazo histórico que nos une a todos los hombres de la vanguardia, a todos los autores de la renovación. Los ejemplos que a diario nos vienen de fuera son innumerables y magníficos. El más reciente y emocionante de estos ejemplos es el de Germaine Berthon. Germaine Berthon, anarquista, disparó certeramente su revólver contra un organizador y conductor del terror blanco para vengar el asesinato del socialista Jean Jaurés. Los espíritus nobles, elevados y sinceros de la revolución, perciben y respetan, así, por encima de toda barrera teórica, la solidaridad histórica de sus esfuerzos y de sus obras. Pertenece a los espíritus mezquinos; sin horizontes y sin alas, a las mentalidades dogmáticas que quieren petrificar e inmovilizar la vida en una fórmula rígida, el privilegio de la incomprendición y del egoísmo sectarios.

El Frente Único proletario, por fortuna, es entre nosotros una decisión y un anhelo evidente del proletariado. Las masas reclaman la unidad. Las masas quieren fe. Y, por eso, su alma rechaza la voz corrosiva, disolvente y pesimista de los que niegan y de los que dudan, y busca la voz optimista, cordial, juvenil y fecunda de los que afirman y de los que creen.

MENSAJE AL CONGRESO OBRERO⁶⁷

El Primer Congreso Obrero de Lima, realizó, dentro de sus medios, su objeto esencial, dando vida a la Federación Obrera Local, célula, núcleo y cimiento de la organización de la clase trabajadora del Perú. Su programa natural, modesto en apariencia, se reducía a este paso. El desarrollo, el trabajo de la Federación Obrera Local, durante estos cinco años, demuestran que en esa asamblea, los trabajadores de vanguardia de Lima, a través de inseguros tanteos, supieron encontrar, finalmente, su camino.

El Segundo Congreso llega a su tiempo. Ha tardado un poco; pero no sería justo reprochar esto a sus organizadores. Y sus fines son, lógicamente, nuevos y propios. Se trata ahora de dar un paso más y hay que saberlo dar con resolución y acierto.

La experiencia de cinco años de trabajo sindical en Lima debe ser revisada y utilizada. Proposiciones y debates que en 1922 habrían sido prematuros e inoportunos, pueden ser hoy abordados con los elementos precisos de juicio allegados en este período de lucha la discusión de las orientaciones, de la praxis, no es nata tan estéril como cuando reposa exclusivamente sobre abstracciones. La historia de los últimos años de crisis mundial, tan grávidos de reflexiones y enseñanzas para el proletariado, exige de sus conductores un criterio realista. Hay que despojarse radicalmente de viejos dogmatismos, de desacreditados prejuicios y de arcaicas supersticiones.

67 Publicado en *Amauta*, N° 5, Año II, enero de 1917 (págs. 35 y 36), con motivo del Segundo Congreso Obrero de Lima.

El marxismo, del cual todos hablan pero que muy pocos conocen y sobre todo, comprenden, es un método fundamentalmente dialéctico. Esto es, un método que se apoya íntegramente en la realidad, en los hechos. No es, como algunos erróneamente suponen, un cuerpo de principios de consecuencias rígidas, igual para todos los climas históricos y todas las latitudes sociales. Marx extrajo su método de la entraña misma de la historia. El marxismo, en cada país, en cada pueblo, opera y acciona sobre el ambiente; sobre el medio, sin descuidar ninguna de sus modalidades. Por eso, después de más de medio siglo de lucha, su fuerza se exhibe cada vez más acrecentada. Los comunistas rusos, los laboristas ingleses, los socialistas alemanes, etc., se reclaman igualmente de Marx. Este solo hecho vale contra todas las objeciones acerca de la validez del método marxista.

El sindicalismo revolucionario, cuyo máximo maestro es George Sorel⁶⁸, –menos conocido también por nuestros obreros que sus adjetivos y mediocres repetidores, parafraseadores y falsificadores–, no reniega absolutamente la tradición marxista. Por el contrario; la completa y la amplía. En su impulso, en su esencia, en su fermento, el sindicalismo revolucionario constituyó precisamente un renacimiento del espíritu revolucionario, esto es marxista, provocado por la degeneración reformista y parlamentaria de los partidos socialistas. (De los partidos socialistas, no del socialismo). George Sorel se sentía idénticamente lejano de los domesticados socialistas del parlamento que de los incandescentes anarquistas del motín y la violencia esporádicos.

La crisis revolucionaria abierta por la guerra ha modificado fundamentalmente los términos del debate ideológico. La oposición entre socialismo y sindicalismo no existe ya. El antiguo sindicalismo revolucionario, en el mismo país donde se pretendía más pura y fielmente

68 George Sorel (Francia 1847-1922). Filósofo y teórico del sindicalismo revolucionario. Su obra más importante es *Reflexiones sobre la violencia* (1906), donde plantea la necesidad de formar un sindicalismo obrero consciente y preparado para destruir a la sociedad burguesa y todas sus instituciones. Cercano al anarquismo y asociado al revisionismo, la influencia de Sorel en Mariátegui, y a través de éste la de Henri Bergson, son directas y notables. De Sorel, el Amauta toma la idea del mito social como base de la acción revolucionaria de las multitudes frente al escepticismo y nihilismo de los intelectuales. No en balde, Mariátegui considera que Sorel es “uno de los más altos representantes del pensamiento francés del siglo XX”. (N. de los E.).

soreliano –Francia–, ha envejecido y degenerado, no más ni menos que el antiguo socialismo parlamentario, contra el cual reaccionó e insurgió. Una parte de ese sindicalismo es ahora tan reformista y está tan aburguesado como el socialismo de derecha, con el cual tiernamente colabora. Nadie ignora que la crisis postbélica rompió a la CGT (Confederación General del Trabajo Francesa) en dos fracciones, de las cuales una trabaja al lado del Partido Socialista y otra marcha con el Partido Comunista. Viejos líderes sindicales, que hasta hace poco se llenaban la boca con los nombres de Pelioutier y Sorel, cooperan ahora con los más domesticados políticos reformistas del socialismo.

La nueva situación ha traído, pues, una nueva ruptura o mejor, una nueva escisión. El espíritu revolucionario no está ahora representado por quienes lo representaron antes de la guerra. Los términos del debate han cambiado totalmente. George Sorel, antes de morir, tuvo tiempo de saludar la Revolución rusa como la aurora de una edad nueva. Uno de sus últimos escritos es su *Defensa de Lenin*.

Repetir los lugares comunes del sindicalismo prebélico, frente a una situación esencialmente diversa, es obstinarse en una actitud superada. Es comportarse con absoluta prescindencia del acelerado y convulsivo proceso histórico de los últimos años. Sobre todo cuando los lugares comunes que se repiten no son los del verdadero sindicalismo soreliano, sino los de su mala traducción española o, más bien, catalana. (Si hay algo que aprender del sindicalismo anarquizante de Barcelona, es sin duda la lección de su fracaso).

El debate programático, entre nosotros, no tiene además por qué perderse en divagaciones teoréticas. La organización sindical no necesita de etiquetas sino de espíritu. Ya he dicho en *Amauta* que este es un país de rótulos. Y aquí quiero repetirlo. Extraviarse en estériles debates principistas, en un proletariado donde tan débil arraigo tienen todavía los principios, no serviría sino para desorganizar a los obreros cuando de lo que se trata es, justamente, de organizarlos.

El lema del Congreso debe ser la unidad proletaria.

Las discrepancias teóricas no impiden concertarse respecto de un programa de acción. El Frente Único de los Trabajadores, es nuestro objetivo. En el trabajo de constituirlo, los trabajadores de vanguardia

tienen el deber de dar el ejemplo. En la jornada de hoy, nada nos divide: todo nos une.

El sindicato no debe exigir de sus afiliados sino la aceptación del principio clasista. Dentro del sindicato caben así los socialistas reformistas como los sindicalistas, así los comunistas como los libertarios. El sindicato constituye, fundamental y exclusivamente, un órgano de clase, la praxis, la táctica, dependen de la corriente que predomine en su seno. Y no hay por qué desconfiar del instinto de las mayorías. La masa sigue siempre a los espíritus creadores, realistas; seguros, heroicos. Los mejores prevalecen cuando saben ser verdaderamente los mejores.

No hay pues, dificultad efectiva para entenderse acerca del programa de la organización obrera. Están de más todas las discusiones bizantinas sobre metas remotas. El proletariado de vanguardia tiene, bajo los ojos, cuestiones concretas: la organización nacional de la clase trabajadora, la solidaridad con las reivindicaciones de los indígenas, la defensa y fomento de las instituciones de cultura popular, la cooperación con los braceros y yanaconas de las haciendas, el desarrollo de la prensa obrera, etc., etc.

Éstas son las cuestiones que deben preocuparnos capitalmente. Los que provoquen escisiones y disidencias, en el nombre de principios abstractos, sin aportar nada al estudio y a la solución de estos problemas concretos, traicionan consciente o inconscientemente la causa proletaria.

Al Segundo Congreso Obrero le toca echar las bases de una confederación general del trabajo que reúna a todos los sindicatos y asociaciones obreras de la república que se adhieran a un programa clasista. El objeto del Primer Congreso fue la organización local; el del segundo debe ser, en lo posible, la organización nacional.

Hay que formar conciencia de clase. Los organizadores saben bien que en su mayor parte los obreros no tienen sino un espíritu de corporación o de gremio. Este espíritu debe ser ensanchado y educado hasta que se convierta en espíritu de clase. Lo primero que hay que superar y vencer es el espíritu anarcoide, individualista, egotista, que además de ser profundamente antisocial, no constituye sino la exasperación y la degeneración del viejo liberalismo burgués; lo segundo que hay que superar es el espíritu de corporación, de oficio, de categoría.

La conciencia de clase no se traduce en declamaciones huertas y estrepitosas. (Resulta sumamente cómico oír, por ejemplo, protestas de internacionalismo delirante y extremista a un hombre, atiborrado de revolucionarismo libresco, que no se ha liberado a veces en su conducta y en su visión prácticas, de sentimientos y móviles de campanario y de burgo).

La conciencia de clase se traduce en solidaridad con todas las reivindicaciones fundamentales de la clase trabajadora. Y se traduce, además, en disciplina. No hay solidaridad sin disciplina. Ninguna gran obra humana es posible sin la mancomunidad llevada hasta el sacrificio de los hombres que la intentan.

Antes de concluir estas líneas quiero deciros que es necesario dar al proletariado de vanguardia, al mismo tiempo que un sentido realista de la historia, una voluntad heroica de creación y de realización. No basta el deseo de mejoramiento, el apetito de bienestar. Las derrotas, los fracasos del proletariado europeo tienen su origen en el positivismo mediocre con que pávidas burocracias sindicales y blandos equipos parlamentarios cultivaron en las masas una mentalidad sanchopancesca y un espíritu poltrón. Un proletariado sin más ideal que la reducción de las horas de trabajo y el aumento de los centavos del salario, no será nunca capaz de una gran empresa histórica. Y así como hay que elevarse sobre un positivismo ventral y grosero, hay que elevarse también por encima de sentimientos e intereses negativos, destructores, nihilistas. El espíritu revolucionario es espíritu constructivo. Y el proletariado, lo mismo que la burguesía, tienen sus elementos disolventes, corrosivos, que inconscientemente trabajan por la disolución de su propia clase.

No discutiré en detalle el programa del Congreso. Estas líneas de saludo no son pauta sino una opinión. La opinión de un compañero intelectual que se esfuerza por cumplir, sin fáciles declamaciones demagógicas, con honrado sentido de su responsabilidad, disciplinadamente, su deber.

ADMONICIÓN DEL 1º DE MAYO⁶⁹

La conmemoración del 1º de Mayo, ha ido adquiriendo en el proceso de la lucha por el socialismo, un sentido cada vez más profundo y preciso. Hace ya mucho tiempo que no se reduce a la conmemoración de los mártires de Chicago. Ése fue su punto de partida. Desde 1888 en que el Congreso de París instituyó esta conmemoración, el proletariado mundial ha recorrido una parte considerable del camino que conduce a la realización de sus ideales de clase. En este tiempo se han sucedido en su historia muchas jornadas de luto y también muchas jornadas de gloria. La clase obrera ha entrado en su mayor edad. La crónica de su ascensión económica y política registra siempre grandes acontecimientos, que impiden al proletariado limitar la significación del 1º de Mayo a una sola efemérides. La experimentación, la actuación del socialismo ha empezado desde 1918. Quedan aún por ganar las más difíciles y largas batallas. Pero en la lucha, la clase obrera acrecienta incesantemente su capacidad para crear un nuevo orden: el orden socialista.

El 1º de Mayo afirma todos los años la solidaridad internacional de los trabajadores. Es la fecha internacional, universal por excelencia. En su celebración coinciden las avanzadas del proletariado de los cinco continentes. En este hecho reside su mayor significación revolucionaria. Lo sienten bien los nacionalismos reaccionarios cuando, como el fascismo en Italia, se empeñan en proscribir esta fecha del sentimiento de la clase

69 Publicado en *Labor*, N° 8, pág. 2, Lima, 1º de mayo de 1929.

trabajadora. Empeño inútil, porque nada dará un carácter más religioso y profundo a la conmemoración del 1º de Mayo en el espíritu de cada obrero, que la persecución y condenación reaccionarias. El fascismo está resucitando en Italia la edad heroica de las catacumbas. Este día transcurre hoy en Italia sin comicios, sin huelga, sin himnos revolucionarios, sin banderas rojas; pero en mil hogares escondidos se jura con más fervor y resolución que nunca, la fe en el socialismo.

Hay que desterrar del 1º de Mayo, todo lo que en mucho ha tenido, y tiene todavía, el rito mecánico de simple efemérides. La lucha por el socialismo no se nutre de evocaciones dolientes o coléricas ni de esperanzas exaltadas. Es, antes que nada, acción concreta, realidad presente. Trabajan por el advenimiento de una sociedad nueva los que todo el año, disciplinada, obstinadamente, combaten por el socialismo; no los que en ésta u otra fecha sienten un momentáneo impulso de motín o asonada.

Para nuestra vanguardia obrera, cada 1º de Mayo representaría muy poco si no señalara una etapa en su propia lucha por el socialismo. Año tras año, esta fecha plantea cuestiones concretas, actuales. ¿Cuáles han sido los resultados y la experiencia de la acción desarrollada? ¿Cuáles son las tareas del porvenir? El problema que hoy se presenta, en primer plano, es sin duda, un problema de organización. La vanguardia obrera tiene el deber de impulsar y dirigir la organización del proletariado peruano, misión que reclama un sentido de responsabilidad, al cual no es posible elevarse sino en la medida que se rompa con el individualismo anarcoide, con el utopismo explosivo e intermitente de los que antes, guiando a veces las masas, se imaginaban que se les conduce hacia un orden nuevo con la sola virtud de la negación y la protesta. Reivindiquemos íntegra, absolutamente, el derecho de asociación de los trabajadores, su libertad de organización legal, en las ciudades, las minas y las haciendas. Y asumamos la tarea de que la reclamación de este derecho, sea la afirmación de una capacidad. He aquí la obra por cumplir; he aquí la misión por absolver. Que el 1º de Mayo sirva esta vez para que, comprendiéndolo, afirmemos sin inútil declamación la voluntad y la aptitud de realizarlas.

EL CONGRESO SINDICAL LATINOAMERICANO DE MONTEVIDEO⁷⁰

En los días en que se imprime este número de *Amauta* se realiza en Montevideo el Congreso Sindical Latinoamericano, convocado para acordar las bases de la Confederación Sindical Latinoamericana. Acontecimiento sin precedente en la historia del proletariado de la América Latina, este Congreso inaugura una era de solidaridad y de coordinación efectivas en las relaciones de las organizaciones proletarias del continente. La comunidad de intereses y de problemas de las masas explotadas de la América Latina crea, por fin, una asociación internacional de sus sindicatos, inspirada en la voz de orden marxista: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”.

Las manifestaciones de internacionalismo obrero estaban reducidas, hasta este suceso, en la escala continental, a la farsa periódica de los congresos patrocinados por la Federación Americana del Trabajo: panamericanismo laborista que no representaba otra cosa que los intereses del imperialismo yanqui y en el que no participaban las organizaciones de espíritu revolucionario.

Adelantándose a las maniobras de la internacional amarilla de Amsterdam y del Bureau Internacional del Trabajo de Ginebra para constituir, con el concurso de las organizaciones reformistas, la COPA, las

70 Publicado en *Amauta*, N° 23, Pág. 91, mayo de 1929, en la sección “Movimiento sindical” de “Panorama móvil”.

vanguardias proletarias de la América Latina se han dado cita en Montevideo para, después de discutir atentamente las cuestiones sindicales de estos países, dar vida a la Confederación Sindical Latinoamericana.

Las principales organizaciones obreras de la América Latina están representadas en el Congreso de Montevideo. Ocupa entre ellas el primer lugar la nueva central de México, (Confederación Sindical Unitaria), en la que, a raíz de la disgregación de la CROM, se han agrupado sindicatos que reúnen a más de 100.000 obreros y más de 300.000 campesinos. Colombia, Brasil, Cuba, Ecuador, Venezuela, Uruguay, Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay, y el Perú, toman parte en la conferencia con delegaciones que representan efectivamente a las masas trabajadoras. Cerca de 800.000 obreros organizados de la América Latina han enviado sus personeros a este Congreso, cuyas deliberaciones están destinadas a tener una gran influencia en el orientamiento clasista del proletariado latinoamericano.

MANIFIESTO A LOS TRABAJADORES DE LA REPÚBLICA LANZADO POR EL COMITÉ PRO 1º DE MAYO⁷¹

El 1º de Mayo ha sido, es y será, más que el motivo de recordación de la masacre de Chicago, el día en que el proletariado de todo el universo efectúa el balance de sus actividades y el recuento de sus acciones, para después de una crítica sincera, marcar el camino a seguir en el nuevo año a comenzar.

El proletariado del Perú, también tiene esta obligación, y por eso después de estudiar una a una sus luchas, después de estudiar día a día sus movimientos, podemos declarar que el balance arroja un enorme déficit. ¿Y en qué nos fundamos para decir esto? En las acciones de los sindicatos, en las acciones de las federaciones; dentro del año hemos tenido una serie de movimientos mal planteados y peor conducidos. En la totalidad de los sindicatos y federaciones ha habido un marcado retroceso, hemos visto cómo en la mayoría de estos sindicatos y federaciones, los obreros han sido despojados por los patronos de sus más preciosas conquistas, hemos visto cómo los patronos con su insolencia inaudita han querido negar la organización, y en muchos casos lo han logrado, aunque momentáneamente, desoyendo y desconociendo toda comisión de reclamos, toda comisión de obreros que han querido poner coto a sus abusos cotidianos; hemos visto, en fin, cómo los trabajadores han tenido que “aguantar” resignadamente tanto abuso, tanta iniquidad patronal. ¿Pero por haber visto todas estas cosas podemos decir que el proletariado ha perdido su fe, que las masas

71 Publicado en *Labor*, N° 8, pág. 8, Lima, 1º de mayo de 1929.

han perdido su entusiasmo? No; el proletariado sigue siendo el mismo, las masas no se han despojado de su sed de justicia, no se han despojado de sus ansias reivindicatorias; lo que ha pasado, y pasa, es que no han tenido dirección, que no ha habido evolución dentro de su organización. Mientras la burguesía se ha armado de todos sus adelantos reaccionarios, el proletariado sigue actuando como ayer, con sus mismas organizaciones a la "antigua". Y de ahí sus fracasos, de ahí sus retrocesos. Pero esta situación no puede seguir así, es preciso que el proletariado reaccione, es preciso que reconstruya sus organismos, pero dentro de un criterio clasista; es preciso que el proletariado cree sus cuadros sindicales a base de la organización de empresa, a base de la organización por industria; no podemos seguir con organismos a base de oficios, la experiencia mundial precisamente nos demuestra que esta forma de organización ya ha llenado su rol dentro de la revolución social; hoy vivimos la era de la máquina, hoy que el capitalismo da su formidable ofensiva con sus sistemas de racionalización, el proletariado tiene que reconcentrarse, tiene que centralizarse, y esto tiene que hacerlo a base de los comités de empresa, de los comités de fábricas, y hoy más que nunca, porque ya vemos que dentro del horizonte proletario asoma la sombra siniestra del oportunismo, del reformismo burgués. Tanta es la despreocupación de las masas que ha habido patrón que ha querido aprovecharse de la situación creando cajas mutuales, y asociaciones para el fomento del mutualismo, forma ésta de colaboración que el proletariado no puede aceptar. Y no porque toda asistencia social tiene que tenerla el proletariado mediante la conquista del Seguro Social, mediante la creación de fondos destinados para la jubilación y cesantía y enfermedades; pero estos fondos no pueden ser creados con el jornal del obrero, que harto sabemos que es un jornal de hambre, estas conquistas tiene que efectuarlas el proletariado al igual que la jornada de ocho horas, es decir mediante una fuerte organización de clase. Y como esta conquista tiene el proletariado muchas que efectuar y aún más que defender las que ha conseguido. ¿Pero todas estas reivindicaciones y conquistas puede efectuarlas el obrero de la ciudad solo? Sería absurdo creerlo. El obrero de la ciudad tendrá que dar el ejemplo, organizándose. Pero no podrá sostener sus luchas solo. Y es preciso que ayudemos a organizarse a los campesinos, a esos miles de asalariados para los cuales no hay leyes de

accidentes de trabajo, ni jornada de ocho horas; tenemos que fomentar y ayudar la organización de los mineros, de los obreros de los yacimientos petroleros, quienes hasta ahora no disfrutan sino de una sola "libertad": la de morirse de hambre y miseria; tenemos que despertar de su letargo a los marinos mercantes, a los peones explotados. Tenemos, en fin, que unirnos con todo el proletariado de la República para emprender nuestras conquistas. De ahí que al hablar de organización nueva, tenemos que comprender que es a base de su centralización en una central única del proletariado, que se constituya nuestra Confederación Nacional. Pero aquí surge también otro problema. El proletariado tuvo su Federación Regional, su Federación Local, nuestra gloriosa Federación Obrera Local de Lima, organismos éstos que fracasaron debido en parte a la desidia de nosotros mismos, pero más que todo por haber sido construidos dentro de un criterio que no correspondía a nuestro medio, a nuestro modo de ser. Y fracasaron por estar moldeados dentro de un criterio anarco-sindical, que en su afán de mantenerse "puros" actuaban hasta cierto punto dentro de un marca de ilegalidad, cosa que aprovechó hábilmente la burguesía y el Estado para caer sobre ésta en la forma que todos conocemos; de ahí la necesidad de reaccionar contra esos imperativos, porque ya hemos visto sus fracasos; tenemos que reaccionar contra el sistema anarco-sindical, y situarnos dentro de nuestro medio y nuestras posibilidades de organización. ¿Y cómo reaccionar? En la forma que hemos apuntado, es decir, creando nuestra central y situándonos dentro del marco que señalan las leyes del Estado, para de esa manera actuar en el terreno de la legalidad y concretarnos a muestra organización con las garantías que tiene que disfrutar todo organismo oficialmente reconocido.

Para efectuar todos estos trabajos tenemos que contar con los medios de propaganda, y ninguno puede ser más efectivo ni más práctico que la prensa obrera. Debemos crearla, auspiciarla y estimularla; reaccionar contra el criterio que algunos compañeros tienen de hacer que sus sindicatos no tomen números (con la muletilla de "que debemos de crear conciencia por otros medios, no podemos aceptar periódico por que nos comprometemos"). Debemos reaccionar contra este criterio estrecho porque si algo nos hace daño es esta muletilla, y al esgrimirla, nos hacemos cómplices de la situación ayudando inconscientemente a

la burguesía y haciéndonos sospechosos de complicidad manifiesta con los patrones. Por esto debemos crear nuestra prensa; cada federación debe tener su órgano, cada sindicato su vocero. Es preciso que el proletariado, lo mismo que se acostumbra a comprar el periódico burgués, deba comprar, leer y difundir el periódico de su clase. Porque así como la burguesía tiene su prensa, el proletariado debe tener la suya, que es la única que podrá defender sus intereses, denunciar los abusos que con los trabajadores se comete y servirá como el mejor medio, por hoy, de hacer propaganda de organización.

El Comité Pro 1º de Mayo en este día plantea, pues, al proletariado la necesidad que tiene de asociarse, de organizarse férreamente por industrias, por empresa, no solamente en nuestro ambiente local, sino nacional. Las exigencias e imperativos de la hora presente demandan de cada trabajador, de cada marino, asalariado, minero y campesino, la obligación de luchar por su organización, por sus organismos de clase, creando su central (Confederación General de Trabajadores del Perú); reaccionando contra métodos antiguos, haciéndonos reconocer oficialmente, no para colaborar con nadie, sino para obtener mayor libertad de acción y contener el avance reaccionario de la burguesía, para defender nuestros salarios, para defender nuestras conquistas.

El Comité Pro 1º de Mayo cumple pues con lanzar esto al proletariado de la República y lo comina a luchar por sus conquistas más inmediatas, que son: libertad de reunión, libertad de organización, libertad de prensa obrera, libertad de imprenta proletaria. Son estas las conquistas más inmediatas que tiene que efectuar el proletariado de una manera general, aparte de sus defensas económicas.

HACIA LA CONFEDERACIÓN GENERAL DE TRABAJADORES DEL PERÚ⁷²

El manifiesto dirigido el 1º de mayo a los trabajadores de la República por el Comité Pro 1º de Mayo, constituido por siete importantes organizaciones obreras (Federación de Choferes, Federación Textil, Federación Ferroviaria, Federación Gráfica, Federación de Motoristas y Conductores, Unificación de Cerveceros de Backus y Johnston, Federación de Yanacones), planteando en términos concretos la cuestión de una central nacional, basada en el principio de la unidad proletaria, ha tenido enorme y eficaz resonancia en las masas obreras del país. Publicado por *Labor* y en hojas sueltas, circuló profusamente. Su llamamiento para la formación de la Confederación General de Trabajadores del Perú, fue discutido en la asamblea obrera celebrada en la Federación de Choferes el mismo 1º de mayo. Ahí quedó acordada la creación del comité provisional organizador de la Confederación, dándose mandato al Comité Pro

72 Publicado en *Amauta* N° 23, págs. 91-92, mayo de 1929: en la sección “Movimiento sindical” de “Panorama móvil”.

La lectura cuidadosa de los artículos sobre temas sindicales de J. C. M. compilados en este volumen, conduce, entre otras afirmaciones sustanciales, a la reiteración del autor de la urgencia de la organización del proletariado, a nivel nacional, en una central sindical: la Confederación General de Trabajadores del Perú. Correspondió a Mariátegui la creación de la CGTP, la preparación de su primer Manifiesto, y los primeros pasos efectivos de su acción clasista, como se puede comprobar con los documentos que siguen a esta primera nota. Sobre este particular puede revisarse el T. III (La Confederación General de Trabajadores del Perú) de *Apuntes para una interpretación marxista de la historia social del Perú* por Ricardo Martínez de la Torre.

1º de Mayo para invitar a los sindicatos a designar sus delegaciones. La primera reunión de estas delegaciones se realizó el 17 de mayo. En esta fecha, que desde ahora adquiere el carácter de fecha histórica para el proletariado peruano, se constituyó formalmente el comité provisional de la Confederación General de Trabajadores del Perú.

La cuestión que, por los hechos de todos conocidos no pudo resolver el Segundo Congreso Obrero, ha sido así abordada con espíritu realizador y programa certero por las organizaciones que suscriben el manifiesto del 1º de mayo, que abandonando la fraseología pseudorevolucionaria de los que hacían de esta fecha una simple conmemoración retórica conmina al proletariado de la República a luchar por estas conquistas inmediatas: libertad de organización, libertad de reunión, libertad de prensa obrera.

Amauta expresa su solidaridad fraterna a la vanguardia obrera del Perú en su esfuerzo, seguramente sostenido por las masas, de organizar, con un programa de unidad proletaria, la Central del Proletariado Peruano.

LA CENTRAL SINDICAL DEL PROLETARIADO PERUANO⁷³

El comité provisional de la Confederación General de Trabajadores del Perú ha iniciado sus labores. Hasta la fecha, todas las organizaciones obreras de efectivos importantes y existencia real participan en este trabajo de constitución de una central obrera peruana. Hablamos, se entiende, de las organizaciones de carácter sindical, las únicas además, que representan gremios y masas. Los “amarillos”, los mercenarios, servidores incondicionales de la burguesía, no entran ni entrarán jamás para nada en nuestros cálculos: no han representado nunca al proletariado industrial ni campesino, sino a fluctuantes agrupaciones de artesanos sin principios.

La formación del comité provisional de la CGTP, constituye el primer esfuerzo para establecer seriamente una central sindical unitaria que unifique y dirija todas las fuerzas proletarias del país. La Federación Obrera Regional Peruana, surgida de la agitación de mayo de 1919, no llegó a funcionar como organismo nacional, ni intentó la obra de propaganda y organización que presupone una verdadera central. Por esto, reconociendo los límites dentro de los cuales se desenvolvía en realidad la actividad de los sindicatos de la capital, se adoptó en el Primer Congreso Obrero el acuerdo de constituir la Federación Obrera Local. La lógica tarea del Segundo Congreso Obrero debió ser, en 1927, el debate y votación de las resoluciones destinadas a dar vida a una central nacional. La cuestión

73 Publicado en *Amauta*, N° 21, junio de 1929, págs. 89 y 90, en la sección “Movimiento sindical” de “Panorama móvil”.

figuraba en la orden del congreso y algo se avanzó en el sentido de considerarla y resolverla; pero el debate suscitado en torno de una cuestión erróneamente planteada –la orientación doctrinal– y la represión de junio, malograron, como es sabido, el éxito de este segundo congreso.

La necesidad de constituir una central se ha dejado sentir más marcadamente en los dos altos transcurridos desde entonces. El acuerdo que el desarrollo de la acción clasista exigía a principios de 1927 del Segundo Congreso Obrero de Lima, se impone hoy más perentoria y apremiantemente que nunca. El movimiento obrero sale de su etapa aparco-sindical, aleccionado por la experiencia de sus luchas y derrotas, para entrar en una etapa en que un sentido clasista de la organización obrera prevalece sobre el antiguo sentido corporativo, aun no del todo vencido, y que impedía al proletariado industrial de Lima y El Callao darse cuenta de que mientras no ligara sus reivindicaciones con las del proletariado de provincias –industrial, minero y campesino–, ayudando a éste a organizarse, sobre la base del principio clasista, la más ardua y trascendental tarea estaría íntegramente por abordar.

No faltan militantes aferrados a la idea de que la organización de sindicatos en la República debe preceder a la de una central nacional. Sin duda, todo militante debe trabajar, dentro de la industria a que pertenece, por aprovechar los elementos y oportunidades de agrupación sindical. Pero la central tiene, precisamente por objeto ayudar a los obreros, en todo lugar y en toda industria, a organizarse sindicalmente. Más fácil será avanzar en esta labor, a base de la solidaridad de los sindicatos existentes, que representan a masas considerables y conscientes, que sin un organismo ni un programa de concentración. Esta es una verdad evidente e incontestable. El funcionamiento de una central, basada en el principio de lucha de clases y de “unidad proletaria”, eliminando el peligro de los debates mal llamados ideológicos, que tanto han dividido hasta hoy a la vanguardia proletaria, sirve además para evitar desviaciones –momentáneas sin duda– como la que ha habido que deplorar últimamente en la directiva de la Federación de Choferes, al contemplar la cuestión del servicio vial con un criterio completamente corporativo, al renunciar a su tradición de lucha contra el “amarillismo” y el “lacayismo” del Centro Unión de Choferes, etc.

Por fortuna, la comprobación de la necesidad de que el proletariado peruano cuente con una central unitaria se abre paso cada día más en la conciencia de las masas. La actividad del comité de la CGTP corresponde no sólo a la determinación del núcleo que inició la concentración de la que emanó el Comité Pro 1º de Mayo y su manifiesto a la clase trabajadora, sino a una necesidad objetiva, a una exigencia evidente de la acción clasista.

Ha comenzado a recibir el comité provisional de la CGTP adhesiones de los grupos obreros de provincias. A medida que se conozcan en toda la República los objetivos de la central en organización, tiene que acentuarse esta corriente de solidaridad de las masas trabajadoras del país con la fuerte vanguardia agrupada en la Confederación.

Por cierto, sería prematuro pretender de esta central, que debe hacer frente a tareas urgentes de constitución, la atención inmediata y eficiente de los conflictos que se producen en fábricas o industrias. La Confederación General de Trabajadores del Perú necesita existir formal y orgánicamente para cumplir su función en todos sus aspectos.

LA CONFEDERACIÓN GENERAL DE TRABAJADORES DEL PERÚ⁷⁴

El comité provisional de la Confederación General de Trabajadores del Perú, ha continuado con éxito sus trabajos de organización. El Proyecto de Estatutos que publicamos en el N° 9 de *Labor* y cuyo estudio y discusión se recomienda a todas las organizaciones adherentes o por adherir, ha sido ya discutido y aprobado por el comité. Con el voto de las organizaciones adherentes, pasará a ser la carta fundamental de la CGTP.

Llamamos la atención sobre este proyecto, que expresa amplia y completamente los fines de la Confederación General de Trabajadores del Perú, a todas las organizaciones obreras o campesinas de la República; a las comunidades indígenas y a los grupos obreros que trabajan por dar vida en la industria, las minas, los transportes, etc., a sus órganos sindicales. Que todos, sin excepción ni reservas, se pongan en comunicación con esta central, la primera que sobre base tan sólida y precisa, y con un programa que comprende a toda la clase trabajadora de la República, surge en el Perú con el carácter de Central Unitaria Nacional. El lema de la Confederación es “la unidad proletaria”. Ninguna distinción ideológica puede ser motivo para que una asociación gremial, situada en el terreno clasista, rehúse su adhesión y su concurso a la nueva central, que responde a una necesidad evidente de la situación obrera.

Publicamos a continuación el texto de los estatutos.

74 Publicado en *Labor* N° 10, página 8. Lima, 10 de septiembre de 1929, en la sección “Vida sindical”.

Estatutos de la Confederación General de Trabajadores del Perú

De los fines

Art. 1.- La Confederación General de Trabajadores del Perú, es la central unitaria de las organizaciones sindicales del proletariado del Perú.

Art. 2.- La CGTP se propone:

a) Agrupar en el terreno económico a todos los asalariados del país, para la defensa de sus derechos, intereses y reivindicaciones.

b) Orientar y estimular el desarrollo del movimiento sindical mediante la propaganda oral y escrita, conduciendo a los desorganizados a inscribirse en sus respectivos sindicatos, y si éstos no existen crearlos.

c) Estrechar relaciones de solidaridad con el movimiento obrero latinoamericano, por medio de la Confederación Sindical Latinoamericana.

d) Desarrollar la conciencia de clase de los obreros.

e) Organizar conferencias y labores de educación proletaria, colaborar en la lucha contra el analfabetismo, auspiciar escuelas y cursos de enseñanza técnica, publicar periódicos, revistas, libros.

Constitución

Art. 3.- La CGTP está constituida:

a) Por los sindicatos obreros del país regularmente constituidos, y conforme el principio clasista obrero.

b) Por las Federaciones Obreras Locales y Regionales.

c) Por las Federaciones Obreras Nacionales de Industrias.

d) Por las Federaciones o Ligas Campesinas.

e) Por la Federación de Comunidades Indígenas.

Art. 4.- Toda organización adherente a la CGTP, estará representada en ella mediante una delegación en la proporción siguiente:

a) Hasta cien cotizantes con un delegado.

b) De cien a quinientos cotizantes con dos delegados.

c) De quinientos a mil cotizantes, con tres delegados.

d) De mil a dos mil cotizantes con cuatro delegados.

e) A partir de dos mil cotizantes un delegado más por mil o fracción.

Art.- 5.- La CGTP, está representada y administrada:

a) Por un Comité Confederado (cuerpo de delegados).

b) Por un Comité Ejecutivo, compuesto por un secretario general, un secretario del exterior, un secretario de propaganda, un secretario de asuntos campesinos, un secretario de asuntos indígenas, un secretario de actas, un tesorero, un contador.

Art. 6.- Las decisiones sobre la marcha de la Confederación, serán tomadas por la asamblea de delegados, que sesionarán una vez por mes.

Art. 7.- Podrán verificarse sesiones extraordinarias, cuando lo solicite por escrito una organización adherente, indicándose expresamente el objeto de la sesión, y asimismo cuando lo estime necesario el Comité Ejecutivo, o lo acuerde la asamblea de delegados.

Art. 8.- El Comité Ejecutivo sesionará ordinariamente una vez por semana y en caso de conflicto tantas como sea necesario.

Art. 9.- Para auxiliar el trabajo del Comité Ejecutivo, el Comité Confederado puede designar todas las comisiones que crea necesarias; las permanentes serán: de Propaganda, de Organización, de Estadística, de Cultura, de Solidaridad, de Prensa, Económica, Juvenil, Femenina, Campesina e Indígena. Cada comisión trabajará bajo la responsabilidad y dirección de un miembro del Comité Ejecutivo.

Art. 10.- Las organizaciones regionales o locales de la República, podrán delegar su representación en obreros militantes de la capital.

Fondos

Art. 11.- Los fondos de la CGTP estarán constituidos:

a) Por las cotizaciones ordinarias de las instituciones adherentes a razón de dos centavos mensuales por trabajador organizado.

b) Por las cotizaciones extraordinarias de las mismas.

c) Por las erogaciones de militantes, cajas mutuales, cooperativas, etc.

d) Por el producto de la venta de publicaciones confederales, y por todos los fondos arbitrados por la Comisión Económica.

Art. 12.- La cuota será pagada directamente por los trabajadores organizados en su respectiva organización. Para el efecto la CGTP distribuirá mensualmente la cantidad de estampillas que crea necesaria cada

organización, a la cual quedará adherida en el recibo de pago que otorga cada entidad.

Art. 13.- Las cotizaciones deben de venir acompañadas de la boleta de estadística en la que se detallará la cantidad de afiliados que cuente la organización, las cotizaciones habidas durante el mes respectivo, los desocupados, las bajas, y federados nuevos.

Art. 14.- Se exime del pago de cotización a aquellas organizaciones que por motivo de huelga hayan agotado sus recursos. En tal caso el libro de la CGTP, en el mes de referencia indicará con una H el estado de huelga.

De los Congresos

Art. 15.- La CGTP, celebrará un Congreso ordinario cada dos años y extraordinariamente cuando el CCN lo crea necesario, o lo soliciten la tercera parte de las organizaciones adherentes al corriente de sus pagos con la caja central. En caso extraordinario el CCN podrá adelantar o postergar la fecha del Congreso.

Art. 16.- La Orden del Día de los Congresos será definitivamente establecida por el CCN y comunicada a los sindicatos con tres meses de anticipación.

Art. 17.- El Comité Ejecutivo publicará al menos con ocho días de anticipación a la realización del Congreso, el informe general y económico de sus gestiones.

Art. 18.- Participarán en el Congreso, todas las organizaciones adherentes a la CGTP, y las invitadas a hacerse representar por acuerdo del Comité Ejecutivo.

Art. 19.- El reglamento especial del Congreso, determinará las condiciones de asistencia y funcionamiento.

Federaciones locales

Art. 20.- En toda localidad donde hayan constituidas tres organizaciones adheridas a la CGTP, estas deberán de constituir por sí propias o con el concurso del CCN la federación local correspondiente.

Art. 21.- Son funciones de las Federaciones Locales:

a) Desarrollar una propaganda sindical activa para agrupar en los sindicatos a todos los obreros de la localidad.

b) Unificar la acción de los obreros de la localidad para la defensa más eficaz de la dignidad e intereses de la clase proletaria.

c) Secundar en todas sus partes la obra de organización y solidaridad general que realiza la CGTP, en todo el país.

Art. 22.- La federación local independientemente de las cuotas que cada sindicato abona a la CGTP, podrá fijar conforme a sus propias necesidades y de acuerdo con el Comité Confederal Nacional, la cuota que estime necesaria para atender a su propia presupuesto.

Federaciones regionales

Art. 23.- En todos los departamentos donde haya hasta siete organizaciones federales o tres federaciones locales, deberán constituirse en Federación Regional, en idéntica forma y para llenar los mismos fines que las federaciones locales en el radio de la región.

Federaciones nacionales de industrias

Art. 24.- Los sindicatos de una determinada industria existente en las diversas localidades del país, deben de vincularse íntimamente creando en cada caso la respectiva Federación Nacional de Industria.

De las huelgas y la solidaridad

Art. 25.- Antes de decretar un movimiento huelguístico importante o que amenace tener serias derivaciones o comprometer a otros sindicatos, toda organización deberá de ponerlo en conocimiento del Comité Ejecutivo de la CGTP, comunicando los antecedentes y proceso del conflicto; decretado el movimiento podrán intervenir en el Comité de Huelga uno o más delegados en calidad de consejeros.

Art. 26.- Cuando una huelga sostenida por determinada organización haya provocado conflicto de solidaridad en otras entidades, estas deberán de intervenir en el Comité de Huelga de la primera, y en la orientación de la lucha en general.

Art. 27.- Todo pedido de solidaridad a los sindicatos de la CGTP, deberán de presentarse por intermedio de esta central. (Se exceptúa los casos de imposibilidad manifiesta y de carácter extraordinario).

Disciplina

Art. 28.- Todo sindicato debe de regirse por un reglamento interno que no esté en contradicción con los presentes reglamentos.

Art. 29.- Los sindicatos que sin causa justificada dejen de abonar tres meses consecutivos sus cuotas a la caja central de la CGTP serán privados del derecho de voto previa comunicación, del Comité Ejecutivo y pronunciamiento del CCN.

Art.- 30.- Todo delegado que falte a dos sesiones consecutivas sin causa justificada será requerido para una más puntual asistencia, y la tercera falta cesará en sus funciones comunicándose este hecho a su organización respectiva.

Art. 31.- Será expulsado del seno de la CGTP todo miembro que traicione un movimiento obrero.

Art.32.- Cualquier medida disciplinada tomada por los sindicatos debe de ser comunicada al Comité Ejecutivo, ante el cual pueden apelar él, o los interesados; en última instancia podrán apelar al Comité Confederal Nacional.

Referéndum

Art. 33.- El Comité Ejecutivo podrá someter a la deliberación de los sindicatos adherentes todos aquellos asuntos graves y extraordinarios que afecten los intereses generales de la organización.

Art. 34.- En todos los casos el Comité Ejecutivo, informará ampliamente de las causas que motivaron una resolución sobre las cuestiones que se someten a referéndum y comunicará inmediatamente el resultado.

Periódico

Art. 35.- La CGTP, tendrá su órgano central oficial, y su redacción estará a cargo de la comisión de prensa.

Label confederal

Art. 36.- Cada una y todas las organizaciones adherentes a la CGTP, deberá usar en todos sus documentos el Label Confederal de la Central, con las iniciales CGTP. Además y en cada caso debajo del título respectivo será colocada la leyenda (Adherida a la Confederación General de Trabajadores del Perú).

Disposiciones generales

Art. 37.- Toda iniciativa de reforma de la carta orgánica de la CGTP, deberá ser presentada, ante el Comité Ejecutivo con tres meses de anticipación al Congreso. El CCN remitirá a los sindicatos cualquier proyecto de modificación de la carta orgánica, dos meses antes del Congreso para su deliberación.

Art. 38.- La Confederación General de Trabajadores del Perú, es indisoluble mientras haya organizaciones que la sostengan.

MANIFIESTO DE LA CONFEDERACIÓN GENERAL DE TRABAJADORES DEL PERÚ A LA CLASE TRABAJADORA DEL PAÍS⁷⁵

La creación de la Central del Proletariado Peruano, cierra toda serie de intentos de la clase trabajadora por dar vida a una Federación Unitaria de los gremios obreros. En 1913, surge la Federación Marítima y Terrestre con sede en El Callao, y un subcomité en Lima, que después de librar diferentes luchas desaparece en el año de 1915. En 1918, con ocasión de la lucha por la jornada de las ocho horas, se creó el Comité Pro Ocho Horas, que llevó el movimiento hasta su culminación. Al año siguiente, se creó el Comité Pro Abaratamiento de las Subsistencias, naciendo de este Comité, la Federación Regional Peruana, que convocó el Primer Congreso Obrero en 1921. En 1922, esta Federación se transformó en Federación Obrera Local de Lima, organización que aunque por el nombre parecía destinada únicamente a los obreros de Lima, se preocupó de los problemas de los obreros de provincias, conociendo y planteando reclamaciones a favor de los obreros de Huacho, campesinos de Ica, cuando la masacre de Parcona, lo mismo que cuando las masacres

75 Reproducido de *Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú* de Ricardo Martínez de la Torre T. III (La Confederación General de Trabajadores del Perú), págs. 70 a 81. Este documento, en cuya inspiración y redacción participó principalmente J.C.M. fue preparado con el concurso del núcleo organizador de la CGTP, con Avelino Navarro entre los más activos. Está escrito en un lenguaje directo, con capacidad de comunicación a todos los niveles y de fácil acceso para las masas de trabajadores.

de indígenas de Huancané y La Mar. La herencia anarco-sindical que prevalecía en ella, restó eficacia a sus actividades, originándose serios conflictos por la supremacía “ideológica”, que culminaron en el Congreso Obrero Local de 1926. Este Congreso, pese a la desorientación de los congresales que emplearon tres semanas en discusiones sobre la “orientación ideológica”, aprobó una moción que trataba de la transformación de la local en Unión Sindical Peruana. Esta resolución que al hacerse efectiva hubiera producido un gran avance del movimiento sindical, no pudo llevarse a la práctica, tanto por el poco apoyo que le prestaron las organizaciones en disolución como por la represión del mes de junio, que terminó con el Congreso y Federación Local. Mientras, en Lima se trataba de dar vida a una Central Sindical, los obreros de provincias trabajaban en el mismo sentido, creándose en Ica la Federación de Campesinos, en Puno la Federación Regional del Sur, y en Trujillo, el Sindicato Regional del Trabajo. Pero es sólo el Comité Pro 1º de Mayo de este año, el que sienta las bases para la constitución de la Central del Proletariado Peruano. El manifiesto que lanzó (reproducido en *Labor* N° 8) en esta ocasión, fue un llamamiento al proletariado para la creación de su central. El nacimiento de nuestra central no es pues obra de la casualidad, sino de todo un proceso que ha seguido el proletariado peruano, en su esfuerzo de reivindicación. Las asambleas populares del día 30 de abril y 1º de mayo, efectuadas en el local de los compañeros choferes de Lima, aprobaron las conclusiones siguientes para la creación de nuestra central: 1.-Luchar por la creación de un Frente Único Sindical sin distinción de tendencias en una Central Única del Proletariado. 2.-Luchar por la creación y sostenimiento de la prensa proletaria. 3.-Luchar por la libertad de asociación, de reunión, de prensa, de tribuna. 4.-Defender y hacer respetar las leyes que se refieren al trabajador, hoy groseramente violadas por la reacción capitalista. Para aplicar estas conclusiones, las asambleas autorizaron con su voto unánime al Comité Pro 1º de Mayo a que siguiera los trabajos de organización con el nombre de Comité Pro Confederación General de Trabajadores del Perú. Este Comité ensanchó su radio de acción a El Callao, y el día 17 de mayo se efectuó la sesión en que quedó constituido el Comité Provisional de la Confederación General de Trabajadores del Perú, integrado por delegados de las

Federaciones de Choferes, Textil, Yanaconas, y Unificación de Obreros Cerveceros, por Lima; Federación de Obreros Ferroviarios de Chosica, Federación de Tripulantes del Cabotaje, Sociedad de Estibadores, y Sindicato de Trabajadores en Madera, por El Callao. Nacida así nuestra Confederación, y contando con la adhesión de la Sociedad Marítima Confederada, Unificación de Cerveceros Callao, Sociedad de Albañiles, Gremio de Fideleros y Molineros, Sociedad del Ferrocarril Inglés, Industriales del Mercado de El Callao, y Federación de Panaderos del Perú, más algunas del centro y norte, nos dirigimos a los obreros y campesinos del país para que, respondiendo al llamado histórico de vuestra clase, procedan a crear la organización sindical, tanto en la fábrica, empresa, minas, puertos, como en las haciendas, valles y comunidades.

Hasta el presente se ha hablado siempre de organización pero en un sentido general, sin que los trabajadores hayan podido darse cuenta del tipo de organización de clase que reclama la defensa de sus intereses. La Confederación General de Trabajadores del Perú, aborda este problema delineando a grandes rasgos la forma de organización, por la cual luchará incesantemente. La situación general del país, con su incipiente desarrollo industrial en las ciudades, carácter feudal del latifundismo en la costa y en la sierra, ha impedido hasta el presente el desenvolvimiento clasista del proletariado. El artesanado ha recurrido a sus sociedades mutuales, viendo en ellas el único tipo de asociación obrera. Pero hoy que se operan grandes concentraciones de masas proletarias en las minas, puertos, fábricas, ingenios, plantaciones, etc., este tipo de organización, que ha correspondido a la etapa del artesanado, decae dando paso al sistema sindical. ¿Cuáles son las ventajas de la organización sindical? La organización sindical en primer término tiene la ventaja de que permite la agrupación de todos los obreros que trabajan en una misma empresa, o industria, en un solo organismo sin distinción de raza, edad, sexo, o creencias, para la lucha por su mejoramiento económico, para la defensa de sus intereses de clase. En segundo lugar, destierra el burocratismo establecido por el sistema mutual, que entrega todo el maquinismo director en manos del presidente, que en muchos casos no es ni obrero. En tercer lugar adiestra al obrero a manejar sus intereses por sí mismo educando y desarrollando su espíritu de clase, desterrando

al intermediario que casi siempre resulta un político oportunista. Y en cuarto lugar, siendo una organización de defensa económica, resuelve todos los problemas económicos de los trabajadores, con la formación, bajo su supervigilancia, de cajas mutuales, cooperativas, etc., que no son más que secciones del sindicato, como lo es la sección de deportes obreros, de cultura, de solidaridad, artística, biblioteca, etc. Éstas son las ventajas fundamentales de la organización sindical (sin que sean todas). Por eso, la Confederación lanza esta palabra de orden, frente al problema de la organización: la constitución de sindicatos de trabajadores, de empresa, fábrica, minas, marítimos, agrícolas, e indígenas. La palabra sindicato no enuncia una fórmula cerrada. Bien sabemos que hay sitios donde no se puede establecer sindicatos, ya por falta de fábrica, empresas, etc., o porque el solo anuncio de la palabra sindicato, siembra la alarma por los prejuicios y rezagos del ambiente. En ese caso hay que establecer unificaciones de oficios varios, asociaciones, o sociedades, que respondan a un sentido de clase, es decir organizaciones creadas, sostenidas, y dirigidas por obreros, sin la intervención de políticos o patrones, ni aún a título de presidentes o socios honorarios. El obrero debe de bastarse en la representación y defensa de sus intereses sin necesidad de recurrir a compromisos que a la postre lo tienen que agobiar.

La organización sindical nace pues como una fuerza propia del proletariado que tiene que afrontar y resolver múltiples problemas de clase, entre los que se delinean los que tratamos enseguida.

Problemas del proletariado industrial. Racionalización

El avance del capital financiero no encuentra mejor cauce por donde prosperar, que la explotación incessante de la clase trabajadora. El sistema actual de la racionalización de la industria, nos demuestra cómo organiza la burguesía su sistema de explotación. Esta explotación la encontramos en las grandes compañías, (mencionaremos entre otras la Fred T. Ley y Compañía), las cuales para su mejor "desarrollo" hacen tabla rasa de los derechos que asisten a los trabajadores, con el sistema empleado de destajos y "contratistas". Estos intermediarios para sacar su jornal que peligra ante la competencia "profesional" reciben a

trabajadores, que se someten por un salario ínfimo a trabajar 9 y 10 horas diarias. El sistema implantado por la Frederik Snare Comp., y en las obras portuarias de El Callao, al pagar a los trabajadores a tanto la hora, (los peones ganan 25 centavos la hora sin distinción de domingos o días feriados), los obliga a trabajar 10 y 12 horas diarias para llevar a su hogar un jornal que les sirve para no morirse de hambre. El sistema, en fin, de las grandes compañías ferrocarrileras que pagan por kilometraje, de las empresas mineras con sus sistemas de contratas creando capataces, etc. de las fábricas textiles, de maderas, empresas eléctricas, etc.; con su sistema de piezas y destajos, son otros tantos métodos implantados por la racionalización de la industria. Los trabajadores, ante la carencia de trabajo unos, y ante la perspectiva de un centavo más otros, no reflexionará en el peligro de someterse a estos métodos y, cuando lo palpan, como se encuentran desorganizados no tienen quién los defienda y ampare. La sección del trabajo del Ministerio de Fomento, conoce ya un sinnúmero de reclamos de esta índole, reclamos que no pueden ser todos desde que los que reclaman son sólo los más "audaces". Ante este problema no cabe pues sino la organización de las masas explotadas en sólidos sindicatos. A la vez que constatamos el régimen de explotación en que se debate el obrero de la ciudad, tenemos que hacer constar la forma inhumana como es tratado y pagado el marino nacional, sin una reglamentación de salarios, sin medidas que lo defiendan de la voracidad del armador. El marino mercante nacional sufre una serie de privaciones y vejámenes: el trato soez de que hacen gala los capitanes y pilotos de buques, el salario irrisorio que perciben (fluctúa de 25 a 50 soles al mes), la falta de garantías de seguridad de algunos buques, hacen no ya odiosa sino imposible la vida a estos compañeros. Los marinos encontrarán amparo únicamente en su organización, en la organización nacional a base de los comités de buques y de puertos.

Problema de la juventud

Hasta el presente, el problema de la juventud obrera no ha sido planteado entre nosotros, aún más, muchos no le dan importancia, pero si nos detenemos a estudiarlo veremos de manera concluyente que no

puede quedar relegado y que la organización de la juventud nos dará una fuerza más activa para nuestras luchas. Consideremos a los jóvenes aprendices que trabajan en los talleres, fábricas, etc., y veremos cómo son explotados por el "patrón" desde el momento de su ingreso. Primariamente veremos en los talleres, que por carecer de las nociiones propias del "oficio" tienen que desempeñar comisiones domésticas y otras tantas, aun en casa del "patrón" que no tienen nada que hacer con el oficio que van a aprender. La jornada de labor para los aprendices en el mejor de los casos es de 10 horas, pero hay talleres donde trabajan hasta las 10 y 11 de la noche; es decir que se trabaja 14 horas diarias. El jornal inicial, si se prescinde de los que trabajan sin recibir nada, es de 80 centavos, o 1 sol, jornal, que no varía hasta que a juicio del patrón el aprendiz ya es oficial; su jornal entonces sube hasta dos soles, vale decir que cuando un joven llega a oficial puede reemplazar al operario y competir con él en la ejecución de los trabajos, en una proporción de 50 ó 60 por ciento. Generalmente los oficiales sirven de reemplazo para que los vean que ya saben trabajar y de esta manera los jefes de talleres disponen de un personal que reemplazando a los trabajadores calificados de "operarios" no lleguen a ganar sino el 40 ó 50 por ciento del salario de éstos. Si nos encontramos con estos cuadros en los talleres en que, por la forma de trabajo que realizan, se encuentran muchas veces a la vista del público, pensemos cómo pueden ser tratados los jóvenes en las "fábricas", pequeños boliches, en el campo, donde el arrendatario o dueños de huertas tienen a su servicio, por cada trabajador adulto, dos o tres "cholitos" que trabajan igual que los "cholos" grandes, pero que tienen la ventaja de comer menos y ganar menos también. En las minas, y empresas encontramos a los jóvenes tanto o peor explotados que en los talleres o huertas. Pero donde la explotación de la juventud llega al colmo, es indudablemente en la propia casa del burgués. Ahí lo encontramos desempeñando las funciones de mandadero, ama seca, cocinera, lavandera, en fin todas las funciones propias de los "sirvientes" trabajando desde las seis de la mañana hasta las diez u once de la noche, hora en que terminan sus labores para ir a dormir en su "cama" (que mejor la tiene el can en la casa del burgués). La forma de "reclutamiento" de estos "cholitos" nos demuestra también el espíritu medieval de nuestra

burguesía: un latifundista o gamonal manda desde sus “dominios” a criaturas arrancadas a sus padres so pretexto de que las mandan a leer y escribir a casa de sus familiares; compadres o amigos de la ciudad, donde los hallamos descalzos, semidesnudos, y con las consabidas “costuras” en la cabeza, señales todas del buen “trato” que les dan. El salario que gana esta masa juvenil son los zapatos y ropa vieja, del “niño” y cinco o diez centavos, como propina a la semana. Los trabajadores conscientes, vale decir sindicados, tienen que afrontar de lleno este problema, el problema de la juventud, que es el problema de todos los explotados. Su tratamiento, su enfocamiento dentro de las luchas reivindicacionistas, debe de ser una tarea asumida con toda la atención que merece, instituyendo dentro de cada sindicato la sección juvenil donde disfruten los jóvenes de los mismos derechos que los trabajadores adultos; integradas por los más jóvenes y más entusiastas compañeros, estas secciones serán las que tratarán y resolverán los problemas propios de la juventud obrera.

Problema de la mujer

Si las masas juveniles son tan cruelmente explotadas, las mujeres proletarias sufren igual o peor explotación. Hasta hace muy poco la mujer proletaria tenía circumscripta su labor a las actividades domésticas en el hogar. Con el avance del industrialismo entra a competir con el obrero en la fábrica, taller, empresa, etc., desterrando el prejuicio que la encerraba a hacer vida conventual. Si la mujer avanza en la vía de su emancipación en un terreno democrático-burgués, en cambio este hecho suministra al capitalista mano de obra barata a la par que un serio competidor al trabajador masculino. Así las vemos en las fábricas textiles, galleterías, lavanderías, fábricas de envases y cajas de cartón, jabones, etc., donde, desempeñando las mismas funciones que el obrero, desde el manejo de la máquina hasta la más mínima ocupación, gana siempre de 40 a 60 por ciento menos que el varón. Al mismo tiempo que la mujer se adiestra para desempeñar funciones en la industria, penetra también a las actividades de oficinas, casas comerciales, etc., compitiendo siempre con el hombre y con gran provecho de las empresas industriales que obtienen una baja apreciable de los salarios y aumento

inmediato de sus ganancias. En la agricultura y las minas encontramos a la mujer proletaria en franca competencia con el trabajador, y donde quiera que investiguemos encontramos a grandes masas de mujeres explotadas prestando sus servicios en toda clase de actividades. Toda la defensa de la mujer que trabaja está reducida a la Ley 2851, que por su reglamentación, deficiente por cierto, pese al espíritu del legislador, en la práctica no llena sus fines, y por lo tanto no impide la explotación de que es víctima la obrera. En el proceso de nuestras luchas sociales el proletariado ha tenido que plantear reivindicaciones precisas en su defensa; los sindicatos textiles, que son los que hasta hoy más se han preocupado de este problema, aunque deficientemente, en más de una ocasión han ido a la huelga con el objeto de hacer cumplir disposiciones que, estando enmarcadas en la ley, los gerentes se han negado a cumplir. Tenemos capitalistas, (como el "amigo" del obrero, señor Tizón y Bueno), que no han trepidado en considerar como "delito" el hecho que una trabajadora haya dado indicios de que iba a ser madre, "delito" que ha determinado su despedida violenta para eludir las disposiciones de la ley. En las gallerías la explotación de la mujer es inicua. Fe de esta aserción pueden darla los compañeros textiles y choferes de Lima, que en gesto solidario sostuvieron la reclamación planteada por el personal de la Compañía A. Field, en 1926. El gran incremento de las pequeñas lavanderías, cuyos propietarios nacionales, asiáticos o europeos, no vacilan en ajustar más el anillo opresor de sus obreras exige mayor atención y ayuda a estas compañeras. (En 1926 formaron en Lima, su Federación de Lavanderas, entidad que desapareció por la poca cooperación que le prestaran los compañeros, y el rezago de prejuicios de muchas compañeras). Las pequeñas industrias, fábricas de tapas de lata, envases, cajas de cartón, jabonerías, talleres de moda, productos químicos, (la misma Intendencia de Guerra, con su sistema de trabajo que da a coser las prendas de la tropa a domicilio, pagando precios irrisorios), etc., son centros de explotación despiadada de la mujer. En las haciendas, "despajando", "garroteando", "apañando algodón", etc., en las minas acarreando metales y demás faenas, la mujer es tratada poco menos que como bestia de carga. Todo este cúmulo de "calamidades" que pesa sobre la mujer explotada, no puede resolverse, sino es a base de la organización inmediata; de la

misma manera que los sindicatos tienen que construir sus cuadros juveniles, deben de crear sus secciones femeninas donde se educarán nuestras futuras militantes.

Problema del proletariado agrícola

Las condiciones de vida de las grandes masas de trabajadores agrícolas, exigen también una mejor atención. En su tratamiento empírico se le ha confundido con el problema campesino, cosa que precisa distinguir para no caer en el mismo error. ¿Quiénes forman el proletariado agrícola? Las grandes masas de trabajadores, que rinden sus esfuerzos, en haciendas, huertas, chácaras, plantaciones, etc., dependiendo de la autoridad del "patrón" ejercida por el ejército de caporales, mayordomos, apuntadores y administradores, percibiendo un jornal por día o "tarea", viviendo en míseras covachas, esos son los trabajadores agrícolas. Estos trabajadores que desde las 4 de la mañana tienen que levantarse para pasar "lista" que trabajan hasta que cae el sol en sus faenas de lamperos, gañanes, regadores, sembradores, cortadores de caña, etc., unos al jornal y otros a "tarea" percibiendo jornales desde 60 centavos las mujeres y jóvenes, hasta 2,20 los adultos, no han disfrutado hasta el presente, salvo muy raras excepciones, (hacienda Santa Clara, Naranjal, Puente Piedra), de organizaciones que velen por sus intereses de clase; de ahí que para el trabajador agrícola es lo mismo que si no existiera Leyes de Ocho Horas, de Accidentes del Trabajo, de la Mujer y El Niño, etc. Los asalariados agrícolas que trabajan en las haciendas, (verdaderos latifundios), explotados miserablemente, padeciendo (por falta de cumplimiento de las disposiciones sanitarias) de enfermedades como el paludismo, (que debe declararse como enfermedad profesional), percibiendo jornales de hambre, no podrán mitigar sus padecimientos, sino es por medio de su organización. No es posible en este manifiesto dar a conocer todas las arbitrariedades que padecen los trabajadores de nuestros valles y haciendas. Son tan agobiantes y tan penosas las condiciones de vida, que más de un periodista liberal, se ha hecho eco de ellas en las columnas de los periódicos de provincias, y en Lima en las informaciones de *El Mundo*.

Precisa pues la formación de los cuadros sindicales formados por trabajadores agrícolas, para dar vida a los Comités de Hacienda, a los Sindicatos de Trabajadores Agrícolas.

Problema campesino

El problema campesino guarda cierta similitud objetiva con el problema agrícola, en relación a las faenas que representa; a la vez se identifica con el problema indígena, por ser un problema de la tierra, por lo tanto su tratamiento requiere un cuidado especial. Existen en el país diferentes tipos de campesinos: el “colono” o “compañero”, que trabaja la tierra sólo para partir con el “patrón” sus productos o cosechas, el yanacón, que toma las tierras en arriendo (cuyo pago exige la mayoría de los hacendados en quintales de algodón) y el dueño de pequeñas parcelas de tierra, herencia de sus antepasados, etc. Son diversos tipos de campesinos, pero que tienen problemas comunes que resolver. En nuestro medio hay organizaciones de campesinos como la que existe en Ica, la Federación de Campesinos de Ica, y en Lima, la Federación General de Yanaconas; además a lo largo de la costa existen pequeñas sociedades de regantes. Pero la gran masa de campesinos se encuentra desorganizada, los problemas que tiene que resolver son múltiples, pero los más saltantes, los más inmediatos son: baja de arriendo de la tierra, libertad de sembrar la sementera que más les convenga, repartición equitativa del agua de regadío, atajo al despojo de tierra, hacer valer el derecho de pagar el arrendamiento en moneda nacional, etc.; para el enfocamiento y resolución de estos problemas precisa la organización campesina de la educación de las masas en su rol de clase, y su concentración en ligas campesinas, en comunidades campesinas, que tiendan a la creación de la Federación Nacional de Ligas Campesinas.

Problema indígena

Si el problema agrícola y campesino requiere una gran atención, el problema indígena no puede quedar a la zaga. Al ahondar en este aspecto veremos el enlazamiento que tiene con el problema agrícola,

campesino y minero, etc. De ahí que al tratar este asunto desde el punto de vista sindical, tiene que hacerse a base de la organización, de la educación clasista. El problema indígena está ligado al problema de la tierra, y en su solución no podrá avanzarse si no es a base de la organización de las masas indígenas. El indio en nuestras serranías trabaja de 6 a 7 meses al año, tiempo que por lo general dura la siembra y cosecha de sus productos. En los meses restantes, se dedica a trabajar, en los latifundios serranos y minas, unos, y otros en las haciendas de la costa, haciendo de inmediato trabajador agrícola. Esta forma de emigración temporal concurre a exigir que se le preste toda la atención necesaria desde el punto de vista sindical. Los sindicatos del proletariado agrícola y de los mineros, tendrán una carga pesada en las tareas impuestas por la afluencia temporal de estas masas indígenas, y su educación por el sindicato será tanto más pesada también cuanto menos sea su sentido de clase. Precisa, pues, una gran labor en las comunidades y ayllus, etc., donde deben de establecerse bibliotecas, comisiones de enseñanza que luchen contra el analfabetismo, (el analfabetismo se puede decir que es una lacra social de la raza indígena), secciones de deportes, etc. que estando a cargo de compañeros preparados, desarrollen una enseñanza activa que tienda a capacitarlos en su rol de clase, explicándoles su condición de explotados, sus derechos y los medios de reivindicarlos. De esta manera el indio será un militante del movimiento sindical, esto es, soldado que luche por la liberación social de su clase. El objetivo de las comunidades será pues, la capacitación de sus componentes, y la federación de todas las comunidades en un solo frente de defensa común.

Inmigración

La afluencia cada día mayor de trabajadores inmigrantes exige que tampoco se deje de lado este problema en la organización sindical. Las organizaciones sindicales no pueden estar imbuidas de falsos prejuicios nacionalistas porque estos prejuicios favorecen íntegramente al capitalismo, que siempre encontrará elementos dóciles entre los compañeros inmigrantes para enfrentarlos a los trabajadores "nativos" haciéndolos desempeñar labores de crumiros y romper huelgas. Puesto

que nos agrupamos bajo principios que nos dicen “¡trabajadores del mundo, uníos!” debemos proceder a dar cabida en nuestros sindicatos a todos los trabajadores, asiáticos, europeos, americanos, o africanos, que reconociendo su condición de explotados, ven en el sindicato su organismo de representación y defensa; precisa que los sindicatos destaqueen comisiones de militantes que, confundiéndose con los trabajadores “extranjeros”, estudien sus condiciones de vida y sus necesidades, para plantearlas en los sindicatos, los cuales defenderán con todo interés las reivindicaciones de estos compañeros, englobándolas en los pliegos de reclamos que presenten a las empresas. De esta manera conquistaremos a las masas de trabajadores inmigrantes, a la par que conseguiremos más de un militante consciente para nuestra organización.

Leyes sociales

El trabajador peruano hasta el presente no está aún amparado por leyes sociales eficaces. El decreto dado en 1919 sobre jornada de ocho horas, la Ley de Accidentes de Trabajo, y la Ley de Protección a la Mujer y el Niño, apenas si son conatos de esta legislación. El decreto de las ocho horas que fue arrancado por la fuerza solidaria del proletariado de la capital en 1919 hasta el presente, sólo ha sido cumplido en determinados sectores, en una que otra fábrica donde la fuerza de la organización de los trabajadores ha impedido su violación, pero después, comenzando por las pequeñas fabriquetas que existen en Lima, como las de envases, cajas de cartón, zapatos, jabones, lavanderías, talleres de moda, sucursales de panaderías, etc., y llegando a las más grandes empresas, todas hacen tabla rasa de sus disposiciones. Con el proceso de la racionalización de la industria, esta burla se hace más descarada. Las Empresas Eléctricas Asociadas, en sus trabajos han adoptado últimamente el sistema de contratas (que no emplean ellas solas pues como ya hemos visto lo emplean otras compañías) y a tal efecto han establecido una escala de precios sobre sus distintos trabajos que ha sido presentada a los obreros más calificado o más antiguos, con el dilema de su aceptación o despedida inmediata de las labores. El obrero que acepta esta tarifa de hecho se vuelve contratista, perdiendo su antigüedad, a la vez

que los pocos beneficios que la legislación le acuerda. El memorial últimamente presentado por los obreros ferroviarios, también demuestra palmariamente el no cumplimiento por las empresas ferrocarrileras de la jornada de ocho horas. La forma de pago de algunas fábricas y empresas (Sanguinetti y Dasso, Frederick Snare Comp.), a tanto la hora es otra forma de burla por parte del capital. Pero si esto constatamos en Lima y El Callao, pensemos ahora cómo se cumplirá la jornada de ocho horas en las haciendas, minas, y demás industrias y empresas establecidas en el territorio nacional. La Ley de Accidentes del Trabajo no es menos violada que la de las ocho horas. En las obras portuarias de El Callao, en los buques de la marina mercante nacional, en las haciendas, en las minas, en las empresas petroleras, en fin en todas las pequeñas fábricas que existen fuera de la capital, no sólo no se cumple sino que se persigue con encarnizamiento a todo aquel que trate de darla a conocer a los trabajadores. La revisión y perfeccionamiento de esta ley, es algo que interesa a toda la clase trabajadora. Una ley dada en una época en que las exigencias de la vida no eran las de hoy, es claro que no podía establecer en forma equitativa la escala de indemnización necesaria. Por ejemplo, de acuerdo con la ley el obrero recibe como indemnización en caso de accidente el 33 por ciento de su salario. Ahora, si consideramos la escala de salarios actuales, cuyo término medio podemos establecerlo en tres soles, veremos que el obrero recibe como indemnización, 99 centavos diarios, (el salario de los peones fluctúa desde 60 centavos en la sierra, 1,20 en las haciendas, hasta 2 y 2,50 en la capital, y de los obreros calificados de 3 a 6 soles diarios) cantidad que no puede satisfacer el presupuesto de un hogar, bastante elevado con el encarecimiento de las subsistencias. Además la ley establece como máximo de salario, para atenerse a ella, el de 100 soles mensuales, es decir, 4 soles diarios, de manera que en el mejor de los casos el obrero recibe de acuerdo con la ley 1,32, cantidad que es necesario remarcar hasta qué punto resulta insuficiente para el sostenimiento de un hogar. El obrero no cuenta hasta hoy con ninguna disposición que lo ampare, en caso de enfermedad, muerte (natural), vejez, despedida, etc. La dación de una Ley de Seguros Sociales, que contemple todos estos casos, estableciendo en la constitución de los fondos la contribución en partes iguales del capitalista y

el Estado, es algo que reclama y exige el obrero al hablar de las Leyes Sociales, la Ley de Protección a la Mujer y al Niño, tampoco se puede decir que satisface las necesidades de la mujer proletaria, ni menos que se respete en sus términos vigentes. Ya hemos visto cuando se trata de este problema, la forma cómo la mujer sufre y cómo es tratada en la fábrica, taller, empresas, campos, etc. El cumplimiento de ésta como de cualquier otra ley, no puede quedar subordinado a la acción individual de los obreros, precisa disposiciones terminantes, a la vez que la entrega del control a la organización obrera como única forma de hacer efectivos los derechos legales. Por lo demás la Confederación General de Trabajadores del Perú, no es la única que adopta este punto de vista sobre las leyes de nuestra legislación social; coincide con los que han sostenido campañas periodísticas, criticando y dando a conocer las deficiencias e incumplimiento de las mismas.

Conclusiones

Estudiados someramente los problemas fundamentales de nuestra organización, conviene referirse a la cuestión de la legalidad de la organización que preconizamos y promovemos. Las condiciones de explotación y régimen semiesclavista en las nueve décimas partes del Perú, hacen que los trabajadores al organizarse piensen en esta cuestión. Nuestra burguesía siempre ha visto en la organización obrera el "fantasma" que ha de poner coto a su régimen de explotación, y ha creado en torno a ella arbitrarias leyendas. El gobierno del Perú, como firmante del Tratado de Versalles, ha reconocido el derecho a la organización sindical de los trabajadores. Aun más, tiene establecido en el Ministerio de Fomento, una sección a cargo del reconocimiento de las instituciones. La Confederación General de Trabajadores del Perú sostiene el principio de que el sindicato para existir legal y jurídicamente, no necesita sino el acuerdo de sus asociados (pero esto no obsta para que pida su reconocimiento oficial a fin de ampararse en la legalidad). La Confederación reivindica para la organización obrera en todas las industrias y labores, el derecho a la existencia legal, y a la debida personería jurídica, para la representación y defensa de los intereses proletarios. Los problemas de la masa

trabajadora, por lo demás no pueden resolverse, ni siquiera conocerse si no es por medio de la organización de un organismo que exprese sus necesidades, que estudie las deficiencias de nuestro régimen social, que exponga y sostenga las reclamaciones de todos los trabajadores del Perú. El problema de la creación de la Central del Proletariado Peruano, a más de su justificación histórica, tiene el de la representación genuina de la clase explotada de nuestro país. Ella no nace por un capricho del azar, nace a través de la experiencia adquirida en las luchas pasadas y como una necesidad orgánica de la masa explotada del Perú. La representación del obrero nacional hasta el presente ha sido escamoteada por falsas agrupaciones "representativas" que, como la Confederación Unión Universal de Artesanos, y Asambleas de Sociedades Unidas, (formadas por sociedades de dudosa existencia unas, y otras carentes del espíritu de clase que anima a las organizaciones de masa, por lo mismo que sus actividades se concretan a las mutuales sin preocuparse de la defensa económica porque ese no es su rol) se han atribuido tal representación sin el consenso de los que ellas creen representar. La representación del obrero nacional corresponde a una central, formada de abajo para arriba, es decir, por organismos nacidos en las fábricas, talleres, ramas, empresas marítimas y terrestres, por los trabajadores agrícolas y campesinos, por las grandes masas de indios explotados. Una central que cuente con estos elementos, que albergue en su seno a los sindicatos obreros del país, será la única que tendrá derecho a hablar en nombre de los trabajadores del Perú. La Confederación General de Trabajadores del Perú cumpliendo con su función de tal, precisa las reivindicaciones inmediatas por las cuales luchará apoyada por las masas de proletarios, en defensa de sus intereses:

- a. Respeto y cumplimiento de la jornada de ocho horas, para el trabajador de la ciudad, el campo y las minas.
- b. Jornada de 40 horas semanales para las mujeres y menores de 18 años.
- c. Amplio derecho de organización obrera.
- d. Libertad de imprenta, de prensa, de reunión y de tribuna obrera.
- e. Prohibición del empleo gratuito del trabajo de los aprendices.

- f. Igual derecho al trabajo, igual tratamiento y salario para todos los obreros, adultos y jóvenes, sin distinción de nacionalidad, raza o color, en todas las industrias y empresas.
- g. La Confederación General de Trabajadores del Perú, expuestos el proceso de su creación, y las reivindicaciones por las cuales luchará, recomienda a todos los trabajadores, a los representantes de organizaciones obreras, que en el día se pongan en contacto con esta central comunicando sus direcciones, explicando sus problemas por resolver, a la vez que acordando su adhesión. Recomienda también la discusión y voto del Proyecto de Reglamento (publicado en *Labor* N° 9).

La dirección provisional de la Central es (calle de Cotabambas N° 389, Lima), Casilla de correo N° 2076, Lima.

¡VIVA LA ORGANIZACIÓN DE LOS TRABAJADORES DE LA
CIUDAD Y DEL CAMPO!

¡VIVA EL DERECHO DE ORGANIZACIÓN, DE TRIBUNA, DE
PRENSA, DE REUNIÓN!

¡VIVA LA UNIÓN EFECTIVA DE LOS TRABAJADORES DEL
PERÚ!

¡VIVA LA CONFEDERACIÓN GENERAL DE TRABAJADORES
DEL PERÚ!.

El Comité Ejecutivo

ESTATUTOS Y REGLAMENTOS DE LA OFICINA DE AUTOEDUCACIÓN OBRERA⁷⁶

Estatutos

1. La Oficina de Autoeducación Obrera es el organismo oficial de cultura proletaria de la Confederación General de Trabajadores del Perú.
2. La Oficina de Autoeducación Obrera estará constituida por compañeros idóneos en las materias de cuya enseñanza se encargan.
3. La Oficina de Autoeducación Obrera adopta como programa el formulado en la tesis sobre autoeducación obrera que publican el N° 8 de *Labor* y el N° 24 de *Amauta*.

Para la admisión de un nuevo miembro de la oficina, se observará la siguiente regla: presentación del candidato por tres miembros y voto favorable de dos tercios del total.

76 J. C. M., en su misión de organizar el movimiento sindical peruano con la creación de la CGTP, se impuso concomitantemente la tarea de informar y formar a los militantes obreros revolucionarios y a las masas campesinas. Así, al lado de *Labor*, periódico de información e ideas, -extensión de *Amauta*, revista de doctrina-, planeó la organización de la Oficina de Autoeducación Obrera, adaptando los criterios educativos de la Internacional Sindical Roja. Esa autoeducación consistía en la formación básica, con asesoramiento permanente de los alumnos, con fomento de la iniciativa y sin los riesgos del autodidactismo espontáneo y asistemático. La autoeducación se organizaba de acuerdo a un plan determinado, con centros consultivos, material educativo y dirección metodológica supervisada. (Ver *Amauta*, N° 24, junio 1929, págs. 85 a 88).

4. La Oficina de Autoeducación Obrera tiene su sede en Lima, y procurará establecer oficinas en provincias, bajo su dirección.

Reglamento

De la Secretaría General.

5. La representación y ejecución general de la Oficina de Autoeducación Obrera corresponde al secretario general.
6. Colaborará con el secretario general, un secretario de comunicaciones, que tendrá a su cargo el contralor de la correspondencia no administrativa, de conformidad con las instrucciones que reciba del secretario general.

De la administración

7. El movimiento administrativo de la Oficina de Autoeducación Obrera correrá a cargo de un secretario de administración, quien manejará también la correspondencia que le respecta.

De las clases. De los profesores

8. La Oficina de Autoeducación Obrera tendrá dos secciones, una de cursos elementales y otra de cursos superiores. La primera estará formada por los cursos siguientes: Historia del Perú, Geografía del Perú, Historia Universal, Geografía Universal, Castellano y Sindicalismo. La segunda estará formada por los cursos siguientes: Sociología, Historia de las Ideas Sociales, Economía, Biología y Sindicalismo.
9. Un profesor regentará cada curso.

De la Junta General

10. La reunión de profesores constituye la Junta General, a base de cuyas decisiones se regirá la Oficina de Autoeducación Obrera.
11. Siendo por disciplina inobjetables las órdenes impartidas por la Secretaría General éstas sólo serán revisables por la Junta General.
12. La Junta General votará medidas disciplinarias por mayoría, inclusive la separación de los profesores.

13. la Junta General de la Oficina de Autoeducación Obrera, hará la renovación anual de su Comité en la primera semana de mayo, pudiendo reemplazarlos en cualquier momento, si lo considera necesario.

Lima, junio de 1928

PRINCIPIOS PROGRAMÁTICOS DEL PARTIDO SOCIALISTA⁷⁷

El programa debe ser una declaración doctrinal que afirme:

1. El carácter internacional de la economía contemporánea, que no consiente a ningún país evadirse a las corrientes de transformación surgida de las actuales condiciones de producción.
2. El carácter internacional del movimiento revolucionario del proletariado. El Partido Socialista adapta su praxis a las circunstancias concretas del país; pero obedece a una amplia visión de clase y las mismas circunstancias nacionales están subordinadas al ritmo de la historia mundial. La Revolución de la Independencia hace más de un siglo fue un movimiento solidario de todos los pueblos subyugados por España; la revolución socialista es un movimiento mancomunado de todos los pueblos oprimidos por el capitalismo. Si la revolución liberal, nacionalista por sus principios, no pudo ser actuada sin una estrecha unión entre los países sudamericanos, fácil es comprender la ley histórica que, en una época de más acentuada interdependencia y vinculación de las naciones, impone que la revolución social, internacionalista en sus principios, se opere con una coordinación mucho más

77 Este esquema de un Programa del Partido Socialista Peruano fue encargado a José Carlos Mariátegui por el Comité organizador en octubre de 1928. Se reproduce de *Apuntes para una interpretación marxista de la historia social del Perú* de Ricardo Martínez de la Torre, Tomo II, págs. 398 a 402, Empresa Editora Peruana S.A., Lima, 1948.

disciplinada e intensa de los partidos proletarios. El manifiesto de Marx y Engels condensa el primer principio de la revolución proletaria en la frase histórica: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”.

3. El agudizamiento de las contradicciones de la economía capitalista. El capitalismo se desarrolla en un pueblo semifeudal como el nuestro, en instantes en que, llegado a la etapa de los monopolios y del imperialismo, toda la ideología liberal, correspondiente a la etapa de la libre concurrencia, ha cesado de ser válida. El imperialismo no consiente a ninguno de estos pueblos semicoloniales, que explota como mercado de su capital y sus mercaderías y como depósito de materias primas, un programa económico de nacionalización e industrialismo. Los obliga a la especialización, a la monocultura (petróleo, cobre, azúcar, algodón, en el Perú). Crisis que se derivan de esta rígida determinación de la producción nacional por factores del mercado mundial capitalista.
4. El capitalismo se encuentra en su estadio imperialista. Es el capitalismo de los monopolios, del capital financiero, de las guerras imperialistas por el acaparamiento de los mercados y de las fuentes de materias brutas. La praxis del socialismo marxista en este período es la del marxismo-leninismo. El marxismo-leninismo es el método revolucionario de la etapa del imperialismo y de los monopolios. El Partido Socialista del Perú, lo adopta como su método de lucha,
5. La economía precapitalista del Perú republicano que, por la ausencia de una clase burguesa vigorosa y por las condiciones nacionales e internacionales que han determinado el lento avance del país en la vía capitalista, no puede liberarse bajo el régimen burgués, enfeudado a los intereses imperialistas, coludido con la feudalidad gamonalista y clerical, de las taras y rezagos de la feudalidad colonial.
El destino colonial del país reanuda su proceso. La emancipación de la economía del país es posible únicamente por la acción de las masas proletarias, solidarias con la lucha antimperialista mundial. Sólo la acción proletaria puede estimular primero y realizar después las tareas de la revolución democrático-burguesa, que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir.
6. El socialismo encuentra lo mismo en la subsistencia de las comunidades que en las grandes empresas agrícolas, los elementos de una

solución socialista de la cuestión agraria, solución que tolerará en parte la explotación de la tierra por los pequeños agricultores ahí donde el yanaconazgo o la pequeña propiedad recomiendan dejar a la gestión individual, en tanto que se avanza en la gestión colectiva de la agricultura, las zonas donde ese género de explotación prevalece. Pero esto, lo mismo que el estímulo que se preste al libre resurgimiento del pueblo indígena, a la manifestación creadora de sus fuerzas y espíritus nativos, no significa en lo absoluto una romántica y antihistórica tendencia de reconstrucción o resurrección del socialismo incaico, que correspondió a condiciones históricas completamente superadas, y del cual sólo quedan, como factor aprovechable dentro de una técnica de producción perfectamente científica, los hábitos de cooperación y socialismo de los campesinos indígenas. El socialismo presupone la técnica, la ciencia, la etapa capitalistas, y no puede importar el menor retroceso en la adquisición de las conquistas de la civilización moderna, sino por el contrario la máxima y metódica aceleración de la incorporación de estas conquistas en la vida nacional.

7. Sólo el socialismo puede resolver el problema de una educación efectivamente democrática e igualitaria, en virtud de la cual cada miembro de la sociedad reciba toda la instrucción a que su capacidad le dé derecho. El régimen educacional socialista es el único que puede aplicar plena y sistemáticamente los principios de la escuela única, de la escuela del trabajo, de las comunidades escolares, y en general de todos los ideales de la pedagogía revolucionaria contemporánea, incompatible con los privilegios de la escuela capitalista, que condena a las clases pobres a la inferioridad cultural y hace de la instrucción superior el monopolio de la riqueza.
8. Cumplida su etapa democrático-burguesa, la revolución deviene en sus objetivos y en su doctrina de revolución proletaria. El partido del proletariado, capacitado por la lucha para el ejercicio del poder y el desarrollo de su propio programa, realiza en esta etapa las tareas de la organización y defensa del orden socialista.
9. El Partido Socialista del Perú es la vanguardia del proletariado, la fuerza política que asume la tarea de su orientación y dirección en la lucha por la realización de sus ideales de clase.

Reivindicaciones inmediatas

Reconocimiento amplio de la libertad de asociación, reunión y prensa obreras.

Reconocimiento del derecho de huelga para todos los trabajadores.

Abolición de la conscripción vial.

Sustitución de la Ley de la Vagancia por los artículos que consideraban específicamente la cuestión de la vagancia en el anteproyecto del Código Penal puesto en vigor por el Estado, con la sola excepción de esos artículos, incompatibles con el espíritu y el criterio penal de la ley especial.

Establecimiento de los Seguros Sociales y de la Asistencia Social del Estado

Cumplimiento de las Leyes de Accidentes del Trabajo, de Protección del Trabajo de las Mujeres y Menores, de la Jornada de Ocho Horas en las faenas de la agricultura

Asimilación del paludismo en los valles de la costa a la condición de enfermedad profesional con las consiguientes responsabilidades de asistencia para el hacendado.

Establecimiento de la jornada de siete horas en las minas y en los trabajos insalubres, peligrosos y nocivos para la salud de los trabajadores.

Obligación de las empresas mineras y petroleras de reconocer a sus trabajadores, de modo permanente y efectivo, todos los derechos que garantizan las leyes del país.

Aumento de los salarios en la industria, la agricultura, las minas, los transportes marítimos y terrestres y las islas guaneras, en proporción con el costo de la vida y con el derecho de los trabajadores a un tenor de vida más elevado.

Abolición efectiva de todo trabajo forzado o gratuito; y abolición o punición del régimen semiesclavista en la montaña.

Dotación a las comunidades de tierras de latifundios para la distribución entre sus miembros en proporción suficiente a sus necesidades.

Expropiación sin indemnización a favor de las comunidades, de todos los fundos de conventos y congregaciones religiosas.

Derecho de los yanaconas, arrendatarios, etc., que trabajen un terreno más de tres años consecutivos, a obtener la adjudicación

definitiva del uso de sus parcelas, mediante anualidades no superiores al 60 por ciento del canon actual de arrendamiento.

Rebaja al menos en un 50 por ciento de este canon, para todos los que continúen en su condición de aparceros o arrendatarios.

Adjudicación a las cooperativas y a los campesinos pobres de las tierras ganadas al cultivo por las obras agrícolas de irrigación.

Mantenimiento en todas partes de los derechos reconocidos a los empleados por la ley respectiva. Reglamentación por una comisión paritaria, de los derechos de jubilación, en forma que no implique el menor menoscabo de los establecidos en la ley.

Implantación del salario y sueldo mínimo.

Ratificación de la libertad de cultos y enseñanza religiosa, al menos en los términos del artículo constitucional y consiguiente derogatoria del último decreto contra las escuelas no católicas.

Gratuidad de la enseñanza en todos sus grados.

Éstas son las principales reivindicaciones por las cuales el Partido Socialista luchará de inmediato. Todas ellas corresponden a perentorias exigencias de la emancipación material e intelectual de las masas. Todas ellas tienen que ser activamente sostenidas por el proletariado y por los elementos conscientes de la clase media. La libertad del partido para actuar pública y legalmente, al amparo de la Constitución y de las garantías que ésta acuerda a sus ciudadanos, para crear y difundir sin restricciones su prensa, para realizar sus congresos y debates, es un derecho reivindicado por el acto mismo de fundación pública de esta agrupación. Los grupos estrechamente ligados que se dirigen hoy al pueblo, por medio de este manifiesto asumen resueltamente, con la conciencia de un deber y una responsabilidad histórica, la misión de defender y propagar sus principios y mantener y acrecentar su organización, a costa de cualquier sacrificio. Y las masas trabajadoras de la ciudad, el campo y las minas y el campesinado indígena, cuyos intereses y aspiraciones representamos en la lucha política, sabrán apropiarse de estas reivindicaciones y de esta doctrina, combatir perseverante y esforzadamente por ellas y encontrar, a través de cada lucha, la vía que conduce a la victoria final del socialismo.

LA NUEVA CRUZADA PRO INDÍGENA⁷⁸

Acaba de nacer en el Cuzco una asociación de trabajadores intelectuales y manuales –profesores, escritores, artistas, profesionales, obreros, campesinos– que se propone realizar una gran cruzada por el indio. Se llama Grupo Resurgimiento. Figuran en el elenco de sus fundadores los hombres representativos del indigenismo cuzqueño: Luis E. Valcárcel, J. Uriel García, Luis F. Paredes, Casiano Rado, Roberto la Torre, etc. Y en las primeras sesiones del grupo han quedado incorporados otros autores del renacimiento indígena: Francisco Choquehuanca Ayulo, Dora Mayer de

78 Publicado en “El proceso del gamonalismo”, “Boletín de defensa indígena” de *Amauta* Nº 5, Lima, enero de 1927. Con “La nueva cruzada pro indígena” dio comienzo J. C. M. al Nº 1 de este Boletín (Incorporado después a la revista como sección eventual de “Panorama móvil”), con esta nota de presentación que dice así: A partir de este número, *Amauta* publicará mensualmente un boletín de protesta indígena, destinado a denunciar los crímenes y abusos del gamonalismo y de sus agentes. Nuestro boletín se propone únicamente la acusación documentada de los desmanes contra los indios, con el doble propósito de iluminar la conciencia pública sobre la tragedia indígena y de aportar una nueva serie de testimonios al juicio, al proceso del gamonalismo.

Los indígenas que individual o colectivamente sufren un vejamen o una expliación, pueden hacerla conocer por medio de este boletín que facilitándoles un instrumento de denuncia pública, les permitirá conseguir, al menos, una sanción moral para sus expliadores. Todas las denuncias deben venir garantizadas por las firmas de los interesados, legalizados notarialmente en los casos en que esto sea posible. La publicación será gratuita.

No nos encargamos absolutamente de gestiones ante las oficinas públicas. Nuestro objeto es documentar concretamente el proceso contra los gamonales. Para esta labor contamos con el concurso entusiasta de nuestra estimada colaboradora Dora Mayer de Zulen y de los buenos supérstites de la extinta Asociación Pro Indígena.

Zulen, Manuel Quiroga, Julio C. Tello, Rebeca Carrión, Francisco Mostajo y nuestro gran pintor José Sabogal. Faltan aún varios más, entre otros César Vallejo, Antenor Orrego, Enrique López Albújar, Víctor R. Haya de la Torre, Julián Palacios, Gamaliel Churata, Alejandro Peralta, Jorge Basadre, J. Eulogio Garrido. Pero lo que ha quedado formado es sólo el núcleo inicial que, poco a poco, reforzará sus rangos con las demás personas que, en el actual período histórico, representan la causa del indio en sus diversos aspectos. Yo me siento particularmente honrado por mi incorporación.

El Grupo Resurgimiento no aparece intempestivamente. Su constitución tiene su origen inmediato en la protesta provocada en el Cuzco por recientes denuncias de desmanes y crueidades del gamonalismo. Pero ésta es únicamente la causa episódica, accidental. El proceso de gestación del Grupo viene de más lejos. Se confunde con el del movimiento espiritual e ideológico suscitado por los quienes, partiendo de afines principios o comunes sentimientos piensan, como ya una vez he dicho, que "el progreso del Perú será ficticio, o por lo menos no será peruano, mientras no constituya la obra y no represente el bienestar de la masa peruana, que en sus cuatro quintas partes es indígena y campesina".

Este movimiento anuncia y prepara una profunda transformación nacional. Quienes lo consideran una artificial corriente literaria, que se agotará en una declamación pasajera, no perciben lo hondo de sus raíces ni lo universal de su savia. La literatura y la ideología, el arte y el pensamiento nuevos, tienen en el Perú, dentro de la natural y conveniente variedad de temperamentos y personalidades, el mismo íntimo acento sentimental. Se cumple un complejo fenómeno espiritual, que expresan distinta pero coherentemente la pintura de Sabogal y la poesía de Vallejo, la interpretación histórica de Valcárcel y la especulación filosófica de Orrego, en todos los cuales se advierte un espíritu purgado de colonialismo intelectual y estético. Por los cuadros de Sabogal y Camilo Blas y los poemas de Vallejo y Peralta, circula la misma sangre. En los apóstrofes de Valcárcel, de Haya de la Torre y de Gamaliel Churata se encuentra idéntico sentimiento. Los identifica hasta cierta entonación mesiánica.

Y el fenómeno nacional no se diferencia ni se desconecta en su espíritu, del fenómeno mundial. Por el contrario, de él recibe su fermento y su impulso. La levadura de las nuevas reivindicaciones indigenistas es la

idea socialista, no como la hemos heredado instintivamente del extinto inkario sino como la hemos aprendido de la civilización occidental, en cuya ciencia y en cuya técnica sólo romanticismos utopistas pueden dejar de ver adquisiciones irrenunciables y magníficas del hombre moderno.

De la presencia de un espíritu renovador palingenésico, que se nutre a la vez de sentimiento autóctono y de pensamiento universal, tenemos presentemente muchas señales. Más o menos simultáneamente, han aparecido las revistas *Amauta* y *La Sierra* en Lima, *La Puna* en Ayaviri, *Pacha* en Arequipa (todas no traen el mismo verbo, pero todas quieren expresar la misma verdad); nos ha mostrado Alejandro Peralta su libro *Ande*, que lo señala como el poeta occidental moderno de los Andes "orientales" primitivos, hieráticos; y se ha fundado en el Cuzco el Grupo Resurgimiento que motiva este comentario.

Hace tres semanas –justamente cuando se constituía este Grupo– escribía yo en *Mundial* que, terminado y liquidado el experimento de la Asociación Pro Indígena, cuyo balance ha hecho con tanta lealtad su generosa animadora Dora Mayer de Zulen, las reivindicaciones de la raza habían entrado en una nueva fase y habían adquirido más amplio alcance, de modo que el antiguo método "pro indígena", de fondo humanitario y filantrópico no era ya, absolutamente, válido.

Conforme a esta convicción, me parece evidente que el Grupo Resurgimiento, que llega a su debido tiempo, inicia una nueva experiencia, propia de la nueva situación histórica. Hasta en el hecho de que la voz reivindicativa parta esta vez del Cuzco creo ver un símbolo. La sede lógica de la Asociación Pro Indígena era Lima. La sede natural del Grupo Resurgimiento es el Cuzco.

Este grupo, con muy buen acuerdo en su estatuto, que por lo demás hay que considerar sólo como un boceto o un esquema, incompleto todavía, no nos presenta un cuerpo de proposiciones definitivas sobre el problema indígena. Se limita a declarar su solidaridad espiritual y práctica con el indio. Y declara que "mientras se concrete y defina la ideología del nuevo indio, que debe operar su transformación espiritual, enunciando y resolviendo el problema del resurgimiento indígena", se ocupará en la realización de fines inmediatos de defensa, educación y confraternidad.

EL PROLETARIADO CONTRA LA GUERRA

La 15^a conmemoración de la declaratoria de guerra de 1914⁷⁹

La vanguardia obrera no ha querido que la conmemoración de la declaratoria de guerra de 1914 se redujese este año a las sólitas paradas del pacifismo internacional, a las inocuas efusiones de lágrimas y palabras de los retóricos de la fraternidad humana sobre la tumba de Jean Jaurés. Las amenazas de guerra se han mostrado, en el último año, demasiado próximas para que el realismo de una vanguardia operante, que mira de frente a los hechos, sin temor de llamarlos por sus nombres, se acomode a la fácil repetición de esas vaguísima declaraciones pacifistas. El proletariado mundial ha sentido el deber de hacer esta vez de la conmemoración de la trágica fecha, una unánime, disciplinada, multitudinaria demostración contra la guerra.

Y la represión que el franco anuncio del carácter que este año tendría la movilización del proletariado contra la guerra ha suscitado en diversos países, es la prueba más terminante de la respuesta que las burguesías se proponen dar, en caso de inminencia bélica, a la protesta obrera. Dirigir un llamamiento a las mesas trabajadoras para que vigilen alertas contra la insidiosa imperialista, contra el armamentismo, contra la explotación de las querellas entre los pueblos, significa para la burguesía internacional complotar contra el orden, incitar a la rebelión. ¿Qué mejor confesión podían hacer los Estados burgueses de lo que verdaderamente

79 Del boletín de *Labor*, Lima, 1º de agosto de 1929.

representan sus pactos y palabras de paz y de la solidaridad entre una política armamentista y belicosa, apenas disimulada por uno que otro postizo, y los intereses y los propósitos del capitalismo imperialista?

El proletariado mundial sabe que los votos platónicos de paz, que las condenaciones genéricas de la guerra de nada sirven. Innumerables había pronunciado la Segunda Internacional en sus congresos y manifiestos antes de 1914. Ninguna estorbó la deserción de los jefes reformistas, la traición a los solemnes pactos a que hasta la víspera de la declaratoria de guerra se había adherido. Los partidos socialistas y las agrupaciones sindicales no pudieron hacer nada contra la gran masacre.

Por eso hoy se trata de organizar la resistencia a la guerra, a base de la experiencia aleccionadora de 1914-1918, advirtiendo a las masas respecto a todos y cada uno de los peligros de guerra, denunciando la impotencia y la ficción de los tratados y convenios imperialistas de desarme y de no agresión, oponiendo a la práctica armamentista –que desmiente tan inmediatamente la bella teoría antibélica o pacifista– la más vigorosa y metódica crítica, acrecentando los lazos de fraternidad y solidaridad entre los pueblos, defendiendo contra todas las acechanzas y maquinaciones al primer estado socialista, la primera unión de repúblicas obreras y campesinas.

Nada más contagioso que la tendencia a eludir la seria y objetiva estimación de los peligros bélicos. La experiencia de 1914, a este respecto parece haber sido completamente inútil. Son muchos los que se imaginan que por el solo hecho de ser demasiado destructora y horrible y estar reprobada por una nueva conciencia moral, entre cuyos signos habría que contar el pacto Kellog y el espíritu de Locarno, la guerra no puede desencadenarse más en el mundo.

Pero el examen de la economía y de la política mundiales condena inapelablemente esta pasiva confianza en vagas o ficticias fuerzas morales. La lucha entre los imperialismos rivales mantiene viva la amenaza bélica en el mundo. Y el odio a la URSS hará que se olviden todas las protestas pacifistas apenas recién llegado el instante de atacarla militarmente.

Acabamos de asistir, con ocasión de la ruptura entre la Rusia revolucionaria y la China militarista y feudal –ruptura preparada por el

imperialismo capitalista– a la espontánea caída de las máscaras del legalismo, del pacifismo y del “patriotismo” burgueses. Las potencias que, en respuesta a las violencias de los *boxers*, de las que no podía ser responsable el Estado y menos aún el pueblo chino, enviaron a la China la expedición punitiva del general Waldersee y le impusieron enseguida la oprobiosa obligación de pagar el costo de esta guerra criminal, han hecho esta vez todo lo que han podido para excusar la violación de un tratado internacional, el desconocimiento de la inmunidad consular, la apropiación violenta de un ferrocarril, la prisión y la expulsión en masa de funcionarios y huéspedes de una nación amiga. El grueso, fácil, barato pretexto de la propaganda comunista ha servido una vez más para justificar algo que, si hubiese estado dirigido contra alguno de los grandes Estados capitalistas de Europa no se habría dejado de calificar como un acto de lesa civilización, como una muestra de la barbarie china. Y los oficiales rusos “blancos”, que se han declarado dispuestos a combatir al lado de los chinos contra Rusia, han descubierto lo que vale la palabra “patriotismo” para estos miserables deshechos de la guardia zarista. La Santa Rusia era para ellos el Zar y su vergonzoso régimen; no es la patria el pueblo ruso que, liquidando una autocracia degenerada, vencida en 1904 por el Japón, y en 1917 por los austro-alemanes, se ha dado el Gobierno más conforme con sus intereses y sus ideales y ha realizado con su revolución, el esfuerzo más grandioso de la historia contemporánea.

El año transcurrido después de la última conmemoración de la guerra, ha sido un año de evidente y clamoroso recrudecimiento de la amenaza guerrera. La guerra ha estado a punto de estallar en Sudamérica, entre Bolivia y el Paraguay. Y ahora, con el conflicto ruso-chino, fomentado por los intereses imperialistas, reaparece el peligro bélico en Oriente. El proletariado, por tanto, hace bien en velar para que la guerra reaccionaria, la guerra imperialista, no sorprenda a los pueblos, inertes e ilusionados con un 1914.

MOTIVOS POLÉMICOS

La Federación Americana del Trabajo y la América Latina⁸⁰

Cuando los sindicatos de espíritu y tradición clasista de Europa o de la América Latina califican a la Federación Americana del Trabajo como el más obediente instrumento del capitalismo norteamericano, no faltan quienes temen que se exagere. Los poderosos medios de propaganda de que dispone la Federación Panamericana del Trabajo le consienten, si no conquistar, neutralizar al menos algunos sectores de la opinión popular.

Pero la propia Federación Americana del Trabajo se encarga con sus actos de destruir toda duda acerca de su rol. Últimamente el cable, ha registrado rápidamente la noticia de que la central de los sindicatos reformistas de EUA ha tomado netamente posición contra la inmigración latinoamericana a su país. El panamericanismo de los obreros de la Federación no se diferencia mínimamente del de los banqueros de Wall Street. La solidaridad de clase es algo que, pese a la retórica de la Confederación Panamericana del Trabajo, ignora radicalmente su política. Los sucesores de Gompers no tienen inconveniente en estrechar periódicamente las manos rudas y oscuras de los delegados de los obreros del Sur en una cita panamericana; pero rehúsan absolutamente admitir su competencia en sus propios mercados de trabajo. Los tratan, en esto, como a los demás inmigrantes. No quieren obreros latinoamericanos en su país. Les basta con convocarlos en Washington o La Habana, para

80 Publicado en *Mundial*, en Lima. En la sección “Lo que el cable no dice”. Lima, 25 de octubre de 1929.

afirmar su hegemonía sobre ellos. Las conferencias panamericanas del trabajo no son sino un aspecto de la diplomacia imperialista.

Eso lo saben en la América Latina todos los sindicatos obreros dignos de este nombre. Y lo prueba el hecho de que para las paradas de la Confederación Panamericana del Trabajo, los líderes del reformismo yanqui no cuenten sino con amorfos o ficticios agregados fácilmente manejables. La única central importante de la América Latina que participaba en las conferencias panamericanas del trabajo era la CROM y la CROM obedecía en esto a razones de estrategia nacional que Luis Araquistain ha enfocado nítidamente. La CROM creía ganar, por este medio, el apoyo de la Federación Americana del Trabajo en la política yanqui para la Revolución mexicana. Hoy no sólo los factores de la política mexicana han cambiado: la CROM, que alcanzara con el gobierno de Calles su más alto grado de apogeo, está casi deshecha. Primero, la ofensiva de las fuerzas que enarbolaron, muerto Obregón, la bandera del obrerismo; enseguida, la agrupación de las masas obreras y campesinas en una nueva central, —la que representó al proletariado mexicano en el congreso sindical de Montevideo—, han anulado el antiguo valor de la CROM Morones viaja por Europa, en momentos en que se discute y vota en el parlamento del país el Código del Trabajo del Licenciado Portes Gil. La CROM asistirá a la próxima conferencia panamericana del trabajo, con sus efectivos enormemente reducidos, con su autoridad completamente disminuida.

Y habrá que averiguar lo que piensan los obreros de México del panamericanismo que actúan las uniones amarillas de EUA., al votar por el cierre de las fronteras yanquis a las inmigraciones del sur.

PRENSA DE DOCTRINA Y PRENSA DE INFORMACIÓN⁸¹

Con su gran hebdomadario *Monde*, Henri Barbusse reanuda, en cierto modo, el experimento de *Clarté* primera época. El comité director de *Monde* está compuesto por Einstein, Gorki, Upton Sinclair, Manuel Ugarte, Unamuno, León Bazalgette, M. Morhardt y León Werth. No es pues, un comité de partido. Pero tampoco es un comité heterogéneo. Todos los grandes escritores que lo constituyen, tienen ante los problemas de hoy un gesto más o menos semejante o análogo, dentro de sus diferencias de temperamento y disciplina. Todos son hombres de izquierda, en la acepción general de esta clasificación, quizás un poco abstracta.

Monde no habría sido posible sin la serie de ensayos que significó la existencia de *Clarté*, desde su aparición como órgano de una Internacional del Pensamiento, hasta su transformación en una revista doctrinal de extrema izquierda: *La Lutte de Classes*. El experimento *Clarté*, como el de la frustrada Internacional de la Inteligencia, ha probado la imposibilidad de obtener de la cooperación de un sector muy amplio, y por tanto fuertemente matizado de intelectuales de izquierda, una acción doctrinal bien concertada. Unamuno no podría suscribir, en muchos puntos, el pensamiento de Barbusse, militante del comunismo, del mismo modo que a Morhardt no sería sensato exigirle una adhesión rigurosa a las ideas de Upton Sinclair en *El libro de la Revolución*. Pero Morhardt, que ha aportado al proceso de las responsabilidades de la gran guerra

81 Publicado en *Labor*, N° 2, Año 1, pág. 2. Lima, 21 de noviembre de 1928.

un testimonio documentado y vigoroso, tiene por este lado un estrecho contacto con sus colegas del comité director, parecidamente al sabio Einstein que si, consagrado a otras disciplinas intelectuales, no milita en los rangos del marxismo, colabora en cambio abiertamente con los revolucionarios en la lucha contra el imperialismo. La línea doctrinal es función de partido. Los intelectuales, en cuanto intelectuales, no pueden asociarse para establecerla. Su misión, a este respecto, debe contentarse con la aportación de elementos de crítica, investigación y debate.

Mas, si se ha demostrado imposible, sobre estas bases demasiado extensas, una revista de doctrina, no está en el mismo caso una revista de información. Y este es el carácter de *Monde*, que se presenta como hebdomadario de información literaria, artística, científica, económica y social. Periódico de combate, periódico con filiación, porque lucha contra todas las fuerzas y tendencias reaccionarias; pero no de partido, porque representa la cooperación de muchos escritores y artistas, solidarios sólo en la oposición a las corrientes regresivas y, con menor intensidad y eficacia, en la adhesión a los esfuerzos por crear un orden nuevo.

El periódico de partido tiene una limitación inevitable: la de un público y un elenco propios. Para los lectores extraños a su política, no tiene generalmente sino un interés polémico. Este hecho favorece a una prensa industrial que mientras se titula prensa de información y, por ende, neutral, en realidad es la más eficaz e insidiosa propagandista de las ideas y hechos conservadores y la más irresponsable misticadora de las ideas y hechos revolucionarios.

Hace absoluta falta, por esto, dar vida a periódicos de información, dirigidos a un público muy vasto, que asuman la defensa de la civильdad y del orden nuevo, que denuncien implacablemente la reacción y sus métodos y que agrupen, en una labor metódica, al mayor número de escritores y artistas avanzados. Estos periódicos son susceptibles de adaptación progresiva al tipo industrial, si el criterio administrativo se impone al criterio docente, y de desviación reformista, si los absorbe gradualmente la corriente democrática, con sus resquemores y prejuicios antirrevolucionarios. Pero, de toda suerte, constituyen una empresa que es necesario acometer, sin preocuparse excesivamente de sus riesgos.

La presencia de Henri Barbusse, revolucionario honrado, de gran corazón e inteligencia en la dirección de *Monde*, es una garantía de que esta revista, no obstante la liberalidad que se permite en la elección de sus colaboradores, sabrá mantenerse en su línea inicial. Barbusse encuentra, por sus antecedentes, por su talento, por su obra, un largo crédito de confianza en todos los sectores revolucionarios. La extrema izquierda de sus compañeros de *Clarté* –bajo cuya dirección y responsabilidad se cumplió la segunda etapa de este experimento– le reprocha su insuficiente marxismo. Pero es ésta una cuestión juzgada ya con incontestable competencia por la crítica rusa. La formación intelectual de Barbusse aumenta el valor de su adhesión a la causa revolucionaria, acrecienta el alcance de su ruptura con el vicio orden social.

La encuesta que *Monde* ha abierto sobre la literatura proletaria, suscitando un extenso debate internacional⁸², debe la amplitud que desde el primer momento ha alcanzado, al carácter no sectario, no partidista de este periódico. En esta encuesta participa una gama intelectual que va de André Breton y la revolución *surrealiste* a Paul Souday, crítico del *Temps*. *Monde* no admite que la literatura proletaria sea una palabra vana. Tiene sus puntos de vista propios. Pero esto no le impide desear y provocar un debate exhaustivo, consultando las más variadas opiniones. Sólo así es dable a un periódico interesar a grandes sectores de público.

Hispanoamérica tiene una representación autorizada y prestigiosa en el comité de *Monde*. Así, el nombre de Manuel Ugarte como el del gran don Miguel de Unamuno, que da tan edificante y magnífico ejemplo de fidelidad a los deberes de la inteligencia, no encuentren sino simpatías y respeto en los pueblos de idioma español, *Monde* está destinado a conseguir un eco fecundo en la conciencia del continente hispánico.

Las anteriores consideraciones son pertinentes para la explicación de nuestro experimento de *Amauta* y *Labor*.

Entre nosotros, *Amauta* se orienta cada vez hacia el tipo de revista de doctrina. *Labor*, que de una parte es una extensión de la labor de *Amauta*, de otra parte tiende al tipo de periódico de información. Su función no es

82 Véase, en el N° 1 de *Labor* Las opiniones de André Breton, Luc Durtain, León Werth, Waldo Frank, Franco André, Vandervelde y Unamuno. (N. de Mariátegui).

la misma. Como la información, especialmente en nuestro caso, no puede ser entendida en el estrecho sentido de crónica de sucesos, sino sobre todo como crónica de ideas, *Labor* tiene respecto a su público, que desea lo más amplio posible —nuestro periódico, quincenario por el momento, semanario apenas su difusión lo consienta, está dirigido a todos los trabajadores manuales e intelectuales—, obligaciones de ilustración integral de las cuestiones y movimientos contemporáneos que una revista doctrinal desconoce. Así se explica perfectamente el que, sin adherir a la corriente que Romain Rolland acaudilla con tan eminente autoridad moral e intelectual, hayamos publicado en el primer número de este periódico el último capítulo de Romain Rolland sobre Tolstoy y su obra; y el que en nuestros números sucesivos, cumpliendo honradamente nuestro deber de vulgarización e información, acentuemos acaso esta liberalidad, especialmente cuando se trate de opiniones y temas que no encuentran fácil acogida en la gran prensa, a pesar de su derecho a la atención pública.

NUESTRA REIVINDICACIÓN PRIMARIA: LIBERTAD DE ASOCIACIÓN SINDICAL⁸³

Desde mi primer contacto hace ya más de cinco años con los sindicatos obreros de Lima, he sostenido que la más urgente y primordial de las reivindicaciones de clase era la del derecho y la libertad de asociación obrera. Los sindicatos obreros que existen en Lima, son en su mayoría sindicatos de fábrica surgidos de la espontánea necesidad de los trabajadores de un centro de trabajo más o menos importante de asociarse para su defensa, y que en esta necesidad, al mismo tiempo que en un grado creciente de conciencia clasista, en la lenta formación de "élites" obreras, encuentra los elementos de su desarrollo. Pero estas garantías naturales, estos factores dinámicos del derecho de asociación, en su forma más elemental e inevitable, no son inherentes sino a la industria, y por razones de emancipación de la conciencia proletaria y de importancia numérica del proletariado industrial, se puede decir que sólo a la industria de la capital y su contorno. Sobre la agricultura y la minería sigue pesando un régimen feudal, casi esclavista. En las haciendas, en las minas, el derecho de asociación es prácticamente ignorado. La iniciativa de asociar a los obreros con fines sindicales es ahí una idea subversiva, delictuosa.

El derecho de asociación, en caso de conservar alguna apariencia, está reducido a la tolerancia –y, en algunas partes, ¿por qué no?, al patrocinio por parte de los empleadores– de inocuos casinos, centros sociales,

83 Publicado en *Labor* N° 6, año 1, pág. 2, Lima, 2 de febrero de 1929.

clubs deportivos. Los patronos en las haciendas y en las mitas, han reglamentado a su modo, arbitraria y anticonstitucionalmente, el derecho de asociación hasta anularlo prácticamente o convertirlo en un instrumento más de tutela y dominio de los trabajadores. En muchas haciendas, según mis datos, hasta el establecimiento de una caja mutual está prohibido. Se ve en él la amenaza, el germen de una forma más avanzada y orgánica de asociación y solidaridad obreras. El patrón controla los alimentos, las opiniones, la instrucción, –no ¡la ignorancia!–, de sus braceros. La fatiga, –sabido es que se burla escandalosamente la jornada legal de ocho horas, pues los patronos de minas y haciendas viven fuera de la legalidad–, la incultura, el alcoholismo, aseguran la sujeción de las miserables masas trabajadoras. La asociación las despertaría, las redimiría. Va, absolutamente contra el interés patronal. Y por consiguiente, no se le tolera.

Y este mismo desprecio por el derecho de asociación, se extiende a la industria de provincias, donde el amo, asistido por cierto número de servidores domesticados e incondicionales, somete a sus trabajadores a un despotismo primitivo, ante el cual el más tímido intento de asociación autónoma se presentaría como una rebelión.

En la propia industria de la capital, la libertad sindical está sujeta a las restricciones que todos sabemos; y hasta no hace mucho el sindicato ha sido tenido como sinónimo de club terrorista. Los obreros de una fábrica pueden reunirse y deliberar; pero desde que la organización se extiende a una industria entera, desde que asciende a un plano mayor, deviene sospechosa.

La libertad de organización, el derecho de asociación que la ley sanciona: he ahí la reivindicación primaria de nuestras clases trabajadoras. Hay que conquistar, a todo trance, esta libertad; hay que afirmar, en todo instante, este derecho.

PRESENTACIÓN AL MOVIMIENTO OBRERO EN 1919⁸⁴

Con este documentado y sencillo estudio sobre la huelga general de mayo de 1919, Ricardo Martínez de la Torre pone la primera piedra de una obra, a cuya ejecución deben contribuir todos los estudiosos de la cuestión social en el Perú. El movimiento proletario del Perú no ha sido reseñado ni estudiado todavía. Los conquistadores, los virreyes, los caudillos, los generales, los literatos, las revoluciones de este país, encuentran fácilmente abundantes, aunque no siempre estimables, biógrafos. La crónica de la lucha obrera está por escribirse.

La faena no es en verdad fácil. Los documentos de las reivindicaciones proletarias andan dispersos en hojas sueltas o eventuales y en papeles inéditos, que nadie se ha cuidado de colecciónar. En la prensa diaria, cerrada ordinariamente al clamor de los obreros revolucionarios, es raro hallar otra cosa que una sistemática justificación de las peores represiones. Por consiguiente, para reconstruir la crónica de una huelga, de una jornada sindical, hay que interrogar a testigos generalmente imprecisos en sus versiones, expurgar la información confusa y hostil –simple comunicado policial en la mayoría de los casos– de los diarios, buscar entre los militantes quienes conserven ejemplares de los volantes y periódicos proletarios. Martínez de la Torre ha empezado su trabajo con el “paro de las subsistencias”, no sólo por tratarse de la más considerable batalla del proletariado de Lima y El Callao,

84 Presentación del folleto *El movimiento obrero en 1919* de Ricardo Martínez de la Torre, Ediciones Amauta, 1928.

sino por la versión casi completa que de este suceso y de sus antecedentes y consecuencias, encuentra en *La Razón*, el diario que durante poco más de tres meses dirigimos y sostuvimos en 1919 César Falcón y yo, y que, iniciado ya nuestro orientamiento hacia el socialismo, combatió al flanco del proletariado, con ánimo de "simpatizante" en esa vigorosa movilización de masas.

Esta circunstancia, y la de haber instado yo muchas veces a algunos compañeros a ocuparse en la tarea a la cual se entrega hoy Martínez de la Torre con una voluntad y un ardimiento muy suyos, me autorizan a escribir estas breves palabras preliminares para su trabajo, que inaugura una serie especial en las ediciones de *Amauta*.

La información documental de Martínez de la Torre, en este trabajo, es bastante completa. El proceso del "paro de las subsistencias", cuya experiencia condujo al proletariado a su primera tentativa de organización sindical nacional, bajo el principio de la lucha de clases, está aquí explicado en sus principales factores y aspectos.

Los juicios del autor sobre el confusionismo y desorientación de que fatalmente se resentía la acción obrera en esa jornada y sus preliminares, me parecen demasiado sumarios. Martínez de la Torre no tiene a veces en cuenta el tono incipiente, balbuceante, instintivo de la acción clasista de 1919. Después de su victoriosa lucha por la jornada de ocho horas, es esa la primera gran agitación del proletariado de Lima y El Callao de carácter clasista. La dirección del movimiento, no puede presentar la línea severamente sindical, revolucionaria, que Martínez de la Torre echa de menos en ella. Por su juventud, Martínez de la Torre no aporta un testimonio personal de la lucha del 19. Juzga los hechos a la distancia, sin relacionarlos suficientemente con el ambiente histórico dentro del cual se produjeron. Prefiero hallarlo intransigente, exigente, impetuoso, a hallarlo criollamente oportunista y equívoco. Pero a condición de no omitir este reclamo a la objetividad en mi comentario, obligado a establecer que el mérito de este trabajo no está en su parte crítica presurosamente esbozada.

Los escritores que concurrimos a la propaganda y la crítica socialistas en el Perú, tenemos el deber de reivindicar, como historiógrafos, las grandes jornadas del proletariado nacional. La de mayo de 1919 es una de ellas. Nuestro joven y estimado compañero debuta con acierto al elegirla para su primer ensayo de historiografía de la lucha de clases en el Perú.

PREFACIO A *El Amauta Atusparia*⁸⁵

El rasgo más nuevo y significativo de la historiografía peruana contemporánea es, ciertamente, el interés por los acontecimientos antes ignorados o desdeñados de nuestra historia social. La historia del Perú republicano ha sido escrita ordinaria y casi invariablemente como historia política, en la acepción más restrictiva y criolla de este término. Su concepción y su factura sufren la limitación de un sentimiento de "Corte", de un espíritu burocrático y capitalino, que convierte la historia política del país en la crónica de sus cambios de gobierno, de su administración pública y de las crisis y sucesos que más directa y visiblemente determinan una y otros. Se comienza a escribir nuestra historia social al impulso de fuerzas ajenas y superiores –así ocurre siempre– a las del propio desarrollo de la historiografía como disciplina científica. Y no es extraño, por esto, que la tarea no esté reservada exclusivamente a los historiógrafos profesionales.

Ernesto Reyna, autor de esta crónica de la sublevación indígena de 1885, no es un historiógrafo sino un narrador, un periodista. *El Amauta Atusparia* tiene de relato y de reportaje más que de ensayo historiográfico. Me consta que Reyna, trabajador alacre y hombre fervoroso, se ha documentado escrupulosamente. Los datos acopiados para este folleto constituyen un prolífico trabajo de información. Pero antes de revisar en

85 Presentación de *El Amauta Atusparia*, por Ernesto Reyes. Ediciones Amauta, Lima. 1930.

la Biblioteca Nacional colecciones de periódicos, Reyna había interro-gado a los sobrevivientes de la sublevación, a los supérstites del terror indígena y del terror reaccionario; había recorrido buscando sus huellas borradas y oscuras, el camino de la insurrección, hasta armar su esce-nario y entender su difícil lenguaje; había sentido, en fin, con profunda simpatía, su tema. Lo dice en las breves líneas de epílogo de la narra-ción, en las que, como otros nos exponen el método de su trabajo, Reyna nos ofrece su explicación vital. La solidaridad con los indios que en 1925 protestaban en Huaráz contra la conscripción vial, –esa “mita” repu-blicana que echa sobre las espaldas de la población indígena, afligidas por una nueva explotación no menos odiosa que el “tributo personal”, el peso de una política de vialidad desprovista de perspicacia econó-mica y técnica– consintió a Reyna situarse histórica y sentimentalmente. Como estos indios se agitaban y quejaban en 1885 contra los “trabajos de la República” y el “tributo personal” los que la violencia de un prefecto iglesista provocó y empujó a la revuelta. Martín Miranda, flagelado en 1925 por incitar a la masa indígena a la protesta, acercó a Reyna al prota-gonista, azotado y befado de la insurrección de 1885. “Los azotes dados al compañero Martín, los sentí en carne viva”. ¡Qué brotada de lo más hondo y humano, me parece esta frase!

Debemos a la identificación sentimental de Reyna con su tema, –más quizás que a sus dotes de narrador descubiertos no al azar por este trabajo, más todavía que a su gusto de idealizar un poco románti-camente el episodio y los personajes–, la vida y la emoción que circulan por el relato. En una época en que prospera en la literatura europea, la biografía novelada, sin ninguna preocupación literaria ni historiográ-fica, Reyna no ha encontrado modo más certero de revivir la subleva-ción de Atusparia que la crónica novelada. Los centinelas celosos de los fueros de la erudición y el dato, regañarán por esta intervención de la fantasía en los dominios de la historia; pero la historia misma en este caso, se anotará una ganancia. Se lee además esta crónica como si se leyera una novela, antes que por su estilo, por la novedad del asunto y sus *dramatis personae* en nuestro esquema mental de la historia del Perú. ¿Atusparia? ¿Ushcu Pedro? ¡Qué insólitos y novelescos nos parecen, por la distancia, por la niebla que nos separaba de su escenario! El coronel

Callirgos, el abogado Mosquera, "El Sol de los Incas", nos son indispensables como mediadores, como puntos de referencia para asegurarnos de la historicidad del drama.

Reyna ha hecho, repito, la crónica novelada de la insurrección de Atusparia. Tal vez, en la estación en que se encuentra nuestra historiografía social, no es posible reconstruir diversamente el acontecimiento. Vendrá después el estudio mítico-histórico que nos explicará la significación de esta revuelta en la lucha de la población indígena del Perú contra sus opresores.

El indio, tan fácilmente tachado de sumisión y cobardía, no ha cesado de rebelarse ante el régimen semifeudal que lo opprime bajo la República como bajo la Colonia. La historia social del Perú registra muchos acontecimientos como el de 1885; la raza indígena ha tenido muchos Atusparia, muchos Ushcu Pedro. Oficialmente, no se recuerda sino a Tupac Amaru, a título de precursor de la Revolución de la Independencia, que fue la obra de otra clase y la victoria de otras reivindicaciones. Ya se escribirá la crónica de esta lucha de siglos. Se están descubriendo y ordenando sus materiales.

La derrota de Atusparia y Ushcu Pedro es una de las muchas derrotas sufridas por la raza indígena. Los indios de Ancash se levantaron contra los blancos, protestando contra los "trabajos de la República", contra el tributo personal. La insurrección tuvo una clara motivación económico-social. Y no es el menor mérito de Reyna el haberla hecho resaltar, en primer término, al comienzo de su relato. Pero, cuando la revuelta aspiró a transformarse en una revolución, se sintió impotente por falta de fusiles, de programa y de doctrina. La imaginación del periodista Montestruque, criollo romántico y mimetista, pretendió remediar esta carencia con la utopía de un retorno: la restauración del Imperio de los incas. El oportunismo del abogado Mosquera, cacerista, alcohólico y jaranero, quería incorporar la sublevación de Huaráz en el proceso de la revuelta de Cáceres. La dirección del movimiento osciló entre la desatada fantasía tropical de Montestruque y el pragmatismo rabulesco y prefectural de Mosquera. Con un ideólogo como Montestruque y un tinterillo como Mosquera, la insurrección indígena de 1885 no podía tener mejor suerte. El retorno romántico al Imperio incaico no era como plan más anacrónico que la honda y el rejón como armas para vencer a la República. El

programa del movimiento era tan viejo e impotente como su parque bélico. La insurrección de Huaráz, sin el programa de "El Sol de los Incas", habría sido una de las muchas sublevaciones indígenas determinadas por un rebasamiento del límite de resignación y paciencia de un grupo de parcialidades. La captura de Huaráz, su propagación en un vasto sector del territorio, no bastarían para diferenciarla de otros levantamientos instintivos y desesperados, Ushcu Pedro, terrible guerrillero, sería más que Atusparia, su personaje representativo. El caudillaje de Atusparia y la misión histórica que Montestruque le asignó, ubican el movimiento en la serie de tentativas de filiación aristocrática y racista en que se destaca, próxima la Independencia, el movimiento de Tupac Amaru. Insurrecciones encabezadas por curacas, por descendientes de la antigua nobleza indígena, por caudillos incapaces de dar a un movimiento de masas otro programa que una extemporánea o imposible restauración. Supérstites de una clase disuelta y vencida, los herederos de la antigua aristocracia india no podían acometer con éxito la empresa de una revolución.

Las reivindicaciones campesinas no triunfaron contra la feudalidad en Europa, mientras no se expresaron sino en las *jacqueries*⁸⁶. Triunfaron con la revolución liberal burguesa, que las transformó en un programa. En nuestra América española, semifeudal aún, la burguesía no ha sabido ni querido cumplir las tareas de la liquidación de la feudalidad. Descendiente próxima de los colonizadores españoles, le ha sido imposible apropiarse de las reivindicaciones de las masas campesinas. Toca al socialismo esta empresa. La doctrina socialista es la única que puede dar un sentido moderno, constructivo, a la causa indígena, que, situada en su verdadero terreno social y económico, y elevada al plano de una política creadora y realista, cuenta para la realización de esta empresa con la voluntad y la disciplina de una clase que hace hoy su aparición en nuestro proceso histórico: el proletariado.

86 Jaquería, insurrección campesina que tuvo lugar en Francia, durante el primer período de la Guerra de los Cien Años (1358).

LA ORGANIZACIÓN DE LOS EMPLEADOS⁸⁷

La fundación de la Confederación de Empleados de Lima y Callao, a pesar de todas las reservas que imponen la estructura y la orientación anticuadas de casi todas las sociedades que la componen, merece ser señalada como un importante signo de concentración y actividad de la clase media.

No es, sin duda, a través de sociedades de antiguo tipo mutualista, con pretensiones de casino social, cómo la organización de los empleados alcanzará sus objetivos ni llenará sus funciones de clase. La asociación de los empleados necesita, para ser orgánica, ajustarse al principio sindical, que conduce a la agrupación por categorías, articulando masas homogéneas en vez de asambleas compósitas. La Federación de Empleados Bancarios, que, como lo anuncia el espíritu combativo y renovador de su quincenario y lo confirma su gestión de iniciadora de la confederación, constituye la vanguardia de los empleados, presenta, entre nosotros, el tipo más o menos preciso de sindicato de categoría. Por razón de una mayor pluralidad de rangos y por la falta de grandes concentraciones, la asociación gremial de los empleados es mucho más completa y difícil que la de los obreros. Pero, por esto mismo, no puede sustraerse a un criterio de organicidad, so pena de no funcionar nunca con unidad y congruencia.

87 Publicado en *Mundial*, Lima, 21 de octubre de 1927.

La flamante confederación adolece, desde este punto de vista, de un defecto congénito, a quienes no se les podía exigir la faena previa de sindicar o asociar por categorías a una masa tan fluctuante e informe. Era forzoso llegar a su relativa unificación por medio de las antiguas sociedades que, aunque en desacuerdo con un criterio funcional, representan siempre un principio de asociación y de solidaridad.

El hecho de que la federación surja en respuesta a la creciente amenaza de una ofensiva reaccionaria contra la Ley del Empleado, la define como una actitud esencialmente corporativa y clasista. La defensa de esta ley – que, por muchas que sean sus deficiencias y oscuridades, propicias sobre todo las últimas a las celadas de la resistencia patronal, significa una conquista de la clase media– puede y debe ser el punto de partida de una amplia acción gremial de los empleados: esto es lo importante.

Sería prematuro y excesivo reclamarles desde ahora a los empleados una más vasta perspectiva ideológica. Al descubrir que ninguna victoria de clase es perdurable sino para los que se mantienen en constante aptitud de ganarla de nuevo, nuestra mesocracia arranca a la Ley del Empleado su más trascendente lección y su más recóndito secreto. La defensa de la ley acechada por el despierto interés capitalista, tiene, sobre todo, el valor de un impulso a la acción. En el curso de ésta, los empleados ensancharán su sentimiento clasista, todavía confuso y rudimentario, y esclarecerán la verdadera naturaleza de sus problemas. La lucha dilatará, inevitablemente, su horizonte teórico y práctico.

Los empleados no son toda la clase media, a la cual pertenecen también, con sensible influencia en su anarquía, pequeños comerciantes, funcionarios y profesionales, movidos por impulsos centrífugos e individualistas; pero los empleados componen su núcleo principal y activo. El derecho de representarla les viene además, no sólo del factor cuantitativo del número como de la capacidad esencial de reconocer y precisar sus intereses de clase.

Política y socialmente, la clase media, la pequeña burguesía, han jugado siempre un papel muy subsidiario y desorientado en el Perú. El proletario manual, que por nuestro escaso industrialismo tenía que desprenderse penosa y lentamente de la tradición degenerada del artesano, empezó a afirmar su sentimiento y su autonomía de clase en

una época en que la mesocracia carecía del menor atisbo ideológico. Las jornadas obreras por las ocho horas de trabajo, por ejemplo, acusaban ya una conciencia proletaria formada en las fábricas, donde encontraban un terreno favorable de aplicación las primeras nociones de socialismo y sindicalismo. Como una de las causas de nuestro escaso avance democrático, se ha señalado la debilidad de la clase media, particularmente sensible en las provincias, en las cuales un estado semifeudal la ha sofocado inexorablemente. Se había hecho, sin embargo, un lugar común de nuestro medio desde que se acentuaron las reivindicaciones obreras, la aserción de que el verdadero proletario era el hombre de la clase media, o más exactamente, el empleado. Fingida compasión patronal o burguesa que no decidía a los empleados a rebelarse contra su condición económica. Herederos de rancios prejuicios españoles, escondían pudorosamente su miseria. No se sentían capaces, sino de la reivindicación de su decencia.

Con todo, resulta indudable el rol sustantivo de la clase media en el movimiento político de 1919. Y por esto aparece perfectamente lógica la conquista alcanzada por la mesocracia con la dación de la Ley del Empleado, bajo el Gobierno nacido de ese movimiento plebiscitario, más bien que electoral.

Pero, sólo algún tiempo después ha comenzado la clase media a orientarse parcialmente hacia la asociación gremial. Los primeros signos de renovación ideológica son también muy recientes.

Y éste no es un fenómeno exclusivo de la clase media peruana. En las naciones de más avanzada evolución política, la clase media, condenada por el irreductible conflicto entre el capitalismo y el socialismo a renunciar a toda excesiva ambición de originalidad y de autonomía, se ha caracterizado por su desorientación y confusionismo que, muchas veces la ha convertido en el principal instrumento de la reacción burguesa.

Más bien en nuestros países, colocados bajo la presión del capitalismo extranjero, la clase media parece destinada a asumir, a medida que progresen su organización y su orientamiento, una actitud nacionalista revolucionaria.

EL PORVENIR DE LAS COOPERATIVAS⁸⁸

Cuando se discurre entre nosotros sobre la necesidad de fomentar el establecimiento de cooperativas de consumo, se prescinde con frecuencia de los principios económicos que rigen universalmente el desarrollo de la cooperación. Se suele considerar a las cooperativas como empresas privadas que pueden surgir del esfuerzo personal, aunque no esté articulado con una masa organizada de consumidores y se desenvuelva dentro de un medio individualista e inorgánico. La cooperación es, sin embargo, un método económico que hasta por la palabra que lo designa, no debería prestarse a confusiones. Es evidente que sin cooperadores no hay cooperación. Y a estos cooperadores no es posible asociarlos con el exclusivo objeto de constituir una cooperativa, sin algún vínculo previo de comunidad. La cooperativa nace generalmente del sindicato. No necesita, como la empresa privada, que afronta los riesgos de la libre concurrencia, adquirir poco a poco una clientela de consumidores. Su seguridad comercial reposa precisamente en la masa de sus asociados. Las utilidades que garantizan el consumo de éstos, le bastan para subsistir.

La ciencia económica tiene esclarecidas, desde hace ya tiempo, las leyes de la cooperación. En nuestras universidades y colegios, se estudia economía conforme con los textos de Charles Gide, quien justamente se

88 Publicado en *Mundial*, Lima, 16 de marzo de 1928. Reproducido en *Amauta*, N° 13, Año III, marzo de 1928, en la sección “La vida económica”, págs. 38 y 39, con el título “Cooperativas”.

caracteriza por su recalcitrante cooperativismo. Y los experimentos de cooperación que han prosperado entre nosotros, confirman objetiva y concretamente el principio de que la cooperativa de consumo encuentra las condiciones propias de su desarrollo únicamente en las masas o conjuntos de trabajadores o empleados susceptibles de asociación.

No hay razón para engañarse respecto a las causas por las cuales no se ha extendido ni acreditado más la cooperación en nuestro país. Un cooperativismo incipiente está en estricta correspondencia con un sindicalismo embrionario. El sindicato precede regularmente a la cooperativa, porque una categoría o un grupo de trabajadores se asocia para la defensa de sus más elementales intereses económicos, antes que para su abastecimiento de comestibles, ropa y vajilla. El cooperativismo es, típicamente, una de las creaciones de la economía capitalista, aunque en la generalidad de los casos aparezca inspirado en una orientación socialista, o más exactamente, prepare los elementos de una socialización.

El movimiento guildista –culminación del cooperativismo– no habría sido posible en la Gran Bretaña sin las bases que espontáneamente le ofrecía el movimiento *trade-unionista*. Y lo mismo se puede decir de todos los países donde el cooperativismo ha alcanzado un grado notable de prosperidad. En todos esos países, ha sido la asociación gremial, y no ningún sedicente comité “laborista” el motor de la cooperación. “Los actuales sindicatos obreros –escribe un autorizado guildista– constituyen las bases naturales de las guildas”. La guilda supera a la cooperativa tanto por estar concebida sobre un plan nacional, en vez de un plan local, como por mirar a la socialización de una industria entera; pero, por esto mismo, permite apreciar con la mayor exactitud posible el grado de solidaridad entre cooperativismo y sindicalismo.

En la medida en que en un país se estorba el avance del sindicalismo, entra también en el progreso de la cooperación. Lo que no significa que –como suponen los cooperativistas a ultranza–, la cooperativa conduzca espontáneamente al socialismo con la misma o mayor certidumbre que el sindicato. La cooperativa, dentro de un régimen de libre concurrencia y aun con cierto favor del Estado, no es contraria, sino por el contrario útil a las empresas capitalistas. George Sorel las considera “excelentes auxiliares del capitalismo, puesto que consienten a éste comerciar

directamente con la clientela y poder aprovechar de todo el aumento de consumo que corresponde normalmente a una reducción de precios". (El gran maestro del sindicalismo revolucionario no subestima por esto la función de las cooperativas. Reconoce ampliamente que son campos de experiencia muy interesantes y que "nos enseñan cuales son los servicios de aprovisionamiento que es posible socializar con provecho y cómo puede ser operada esta socialización"). El sindicato mismo tiene su origen en la lucha de clases; pero no funciona ordinariamente como un órgano de conciliación y compromiso. Henri de Man está en lo cierto cuando en su reciente libro, –tan vulnerable bajo otros aspectos– observa que el sindicato mantiene en el obrero sentimientos que le hacen aceptar el taller y el trabajo en condiciones que, sin los estímulos morales de la asociación, acabarían por parecerle intolerables.

Este movimiento sindical –escribe De Man– al que los patronos acusan de fomentar la repugnancia al trabajo, y que es, en gran parte, la consecuencia de esta enfermedad, contribuye eficazmente a sostener o crear las condiciones que pueden favorecer el placer al trabajo. Tal es la labor que realizan los sindicatos, luchando por el aumento del salario y la reducción de la jornada. De este modo protegen al obrero contra la miseria y la fatiga y le permiten ver en el trabajo otra cosa que una servidumbre abominable. Le dan la conciencia de su humana dignidad sin la cual todo trabajo no es más que esclavitud.

En el Perú, el desarrollo de las cooperativas no puede dejar de estar subordinado, conforme a las enseñanzas de la teoría y la práctica económicas, ni al desenvolvimiento de la acción sindical, ni a los factores generales de nuestro proceso económico. Pero, con todo, es el Perú uno de los países de la América Latina donde la cooperación encuentra elementos más espontáneos y peculiares de arraigo. Las comunidades indígenas reúnen la mayor cantidad posible de aptitudes morales y materiales para transformarse en cooperativas de producción y de consumo. Castro Pozo ha estudiado con acierto, esta capacidad de las "comunidades", en las cuales reside, indudablemente, contra el interesado escepticismo de algunos, un elemento activo y vital de realizaciones socialistas.

Mientras en ciudades, lo mismo que en los centros agrícolas del país, falta aún la base sindical o *trade-unionista* sobre la cual puedan reposar las cooperativas de consumo, en los centros indígenas campesinos, las tradiciones comunitarias ofrecen los elementos de un cooperativismo integral.

VERDADEROS ALCANCES DE LA PROPAGANDA MUTUALISTA⁸⁹

La conciencia de clase de los trabajadores debe estar alerta contra un peligro que, disfrazado capciosamente, se insinúa en las filas obreras. En una época en que en el mundo entero las mutualidades son consideradas como un sistema primitivo de asociación profesional, al cual el progreso de los seguros sociales por una parte y de los sindicatos de oficio por otra, ha privado de toda importancia y utilidad, en el Perú se inicia una activa propaganda mutualista. ¿Qué se propone esta propaganda? ¿Cuáles son sus verdaderos objetivos? No es difícil descubrirlo.

Si en algún país hay razón para que el mutualismo esté desacreditado, es en el nuestro, como en todos aquellos donde debido a un artesano retrógrado, que no ha sabido emanciparse del servilismo y de los hábitos de inferioridad y lacayismo contraídos en una sociedad feudal, el mutualismo ha vegetado miserablemente, sin aptitud para elevarse sobre sus rudimentarios orígenes, pronto siempre a suministrar aduladores y cortesanos a todos los poderosos. Las sociedades de auxilios mutuos de tipo criollo han conservado una fisonomía funeraria, desde el punto de vista de sus servicios, y una tendencia a la librea, desde el punto de vista de su papel social y espiritual. El Estado mayor de las asambleas pseudoobreras y mercenarias que han prostituido siempre el nombre de la clase trabajadora, ¿dónde ha reclutado invariablemente sus miembros? Y toda esa gente ignorante y conservadora, ¿cuándo ha

89 Publicado en *Labor*, N° 5, pág. 2. Lima, enero de 1929.

tenido siquiera conciencia de lo que era la mutualidad en otros países y de las posibilidades de desenvolverla y mejorarla?

Se explicaría, sin duda, el que las sociedades mutualistas se esforzaran por presidir e impulsar un movimiento de organización de cajas de ahorro, cooperativas, etc., si en el terreno de la mutualidad hubiesen sabido ponerse a tono con el progreso de esta institución social en Europa, si tuviesen un órgano que acusase preparación intelectual y técnica para semejante empresa, si en alguna forma representasen un conjunto respetable y prestigioso de asociaciones dignas, a las cuales no hubiese que echar en cara su retraso y su servilismo.

Pero, en ausencia de todos estos factores, no hay nada que autorice la propaganda mutualista en el Perú como actividad progresista y espontánea de un sector de la clase trabajadora. Y resulta claro que de lo que se trata es de aprovechar un instante de temporal crisis de la organización sindical para apartar a los obreros de su propia vía, enrolándolos en idílicas asociaciones mutualistas donde, mediante algunos subsidios interesados, ciertos patrones y algunos incautos conjurarán con himnos melifluos a la mutualidad el demonio del sindicalismo.

Porque no se hace sólo propaganda de la mutualidad, con prescindencia de otros aspectos de la organización obrera. Si así fuera, la campaña mutualista no nos preocuparía y nada tendríamos que decir sobre sus móviles. Lo que se persigue es convertir a la mutualidad en la única meta del obrero, asegurándole que no existe medio más eficaz y práctico de organización. Y es esto lo que hay que denunciar, para que obreros de verdad no caigan en una trampa, buena para cierto género de artesanos y pequeño burgueses, asequibles a todas estas y a peores prédicas.

El señor Tizón y Bueno, mentor de este movimiento, con intención manifiesta ha dicho: "Hay que luchar enarbolando en alto tan sólo la bandera del mutualismo". Estas palabras confirman el sentido general de su propaganda, dirigida a adormecer al proletariado industrial, como vanguardia de su clase, desviándolo de los sindicatos, de la acción efectivamente clasista.

Este movimiento, sin duda alguna fracasará, porque en la práctica más elemental de la vida de las fábricas, los obreros descubren por sí mismos que necesitan un órgano de cohesión y defensa y que éste no

puede ser otro que el sindicato, al cual deben estar subordinadas todas las otras actividades corporativas. Pero la propaganda mutualista, por disponer de medios económicos, de páginas periodísticas y mil otros elementos que revelan el interés de la clase patronal en sostenerla, puede causar, con todo, mucha confusión y prestar vida, aunque sea aparente, a organismos como la Asociación para el Fomento de la Mutualidad en el Perú, instalada el 6 de enero último, con gran lujo de declaraciones y actos anticlasistas.

El obrero que secunda esta propaganda, es, según su conocimiento o ignorancia de lo que verdaderamente representa, un traidor consciente o inconsciente de su clase. El capitalismo actúa detrás de todas estas maniobras al parecer inocentes, pero claramente encaminadas a corromper a los sectores fáciles o retrasados del proletariado, a minar y estorbar la organización sindical, a relajar el sentimiento clasista de los trabajadores, a colocar a éstos bajo la influencia interesada de elementos políticos que, por mucho que hagan protestas sobre el carácter apolítico de su labor, no pueden disimular el espíritu real de ésta, ni sus vinculaciones con los elementos más conservadores y reaccionarios de la política nacional.

El sindicato es, —contra todo lo que digan los interesados en desmoralizar a la organización sindical, para así más fácilmente aplastarla—, la forma de organización natural y racional de los obreros, la única que puede defender sus derechos, la sola apta para representar sus intereses frente al capital. Las cajas mutuales, de ahorro, de asistencia, pueden y deben estar anexas a la organización sindical, mientras no existan en el Perú los seguros sociales.

Pues, aunque los directores de la propaganda mutualista lo oculten, los seguros sociales son la institución que reemplaza en los Estados mirados como modelos, las viejísimas y desacreditadas sociedades de auxilios mutuos. Donde las mutualidades subsisten es porque han logrado ascender por sí mismas a las funciones y estructura de esa nueva institución. Es anacrónico hablar, en un país por organizar aún, de mutualismo.

La propaganda mutualista abusa en éste como en otros aspectos, del modo más inverosímil de la ingenuidad de sus oyentes o lectores. Así, por ejemplo, cuando el emprendedor ingeniero mentor de estas campañas dice que “uno de los secretos del éxito relativo que han alcanzado hasta

hoy las sociedades mutualistas ha sido su apartamiento de la política activa". ¿Se refiere el señor Tizón y Bueno a las sociedades mutualistas del Perú? ¿Pero quién ignora que en su mayor parte, han obedecido a camarillas que han actuado siempre como clubs de capituleros? ¿Qué otra cosa, si no, han querido decir esas interminables listas de socios patronos y honorarios que constituyen la característica de estas instituciones? ¿Cuándo el presidente y los vicepresidentes honorarios no han sido políticos? ¿Esta misma Asociación para el Fomento de la Mutualidad en el Perú no ha comenzado por aclamar socios fundadores a varios políticos? Ahora, puede ser que la frase del señor gerente de "La Victoria" tenga otra intención y que por eso haya hablado de "política activa". Las sociedades mutualistas no habrían hecho política activa, –demasiado honor sin duda– sino política pasiva, esto es política de adulación, de abyección, de servidumbre, de vasallaje.

¡Alerta, obreros conscientes! ¡Alerta al peligro! Hay que vigilar más que nunca contra todas las infiltraciones peligrosas. "La emancipación de la clase trabajadora será obra de los trabajadores mismos". Este debe ser hoy como siempre vuestro lema.

LA PROPAGANDA MUTUALISTA⁹⁰

El señor Ricardo Tizón y Bueno, secretario general de la Asociación para el Fomento de la Mutualidad en el Perú, instalada el 6 de enero último, considera susceptibles de rectificación, o al menos de réplica, en nuestras propias columnas, las apreciaciones que hicimos en el número anterior de *Labor* sobre los verdaderos alcances de la maniobra mutualista.

En la discusión a que el señor Tizón y Bueno nos invita, ni él ni nosotros corremos el riesgo de aceptar conclusiones opuestas a las que, respectivamente, sustentamos. Nuestra oposición no es contingente ni depende de una mala inteligencia sobre hechos o métodos. Representamos a intereses y teorías inconciliables: el señor Tizón y Bueno trabaja por la burguesía; nosotros por el socialismo. Nosotros tenemos la ventaja de una posición definida y franca, mientras el señor Tizón, consecuente con la política tradicional de la burguesía; tiende al equívoco, presentando su acción como inspirada en el interés público, en el progreso social, en cualquiera de los mitos usados por los predicadores de la armonía o la conciliación de las clases. Pero al mismo señor Tizón el conflicto entre nuestros puntos de vista tiene que mostrarse irreductible.

La declaración más importante que, en cuanto concierne a los hechos, contiene la carta del señor Tizón y Bueno es la de que la propaganda mutualista que él preside no objeta ni discute la independencia ni

90 Réplica de *Labor*, N° 6, pág. 7, febrero de 1929, a la carta del señor Ricardo Tizón y Bueno, en la que pretende rectificar las apreciaciones contenidas en el artículo "Verdaderos alcances de la propaganda mutualista".

la primacía de la organización sindical. El señor Tizón invoca el caso de la fábrica de "La Victoria", de la cual es gerente, donde la caja mutual se ha constituido anexa al sindicato. Los sindicatos, los obreros en general, tomarán sin duda nota de esta declaración que hasta ahora no había sido incluida en las plataformas de la novísima Asociación, cuyo esfuerzo, según palabras del señor Tizón que citamos en nuestro número anterior, tomándolas de la página de propaganda de la Sociedad Nacional de Industrias, parecía dirigido en un sentido implícitamente excluyente de la acción autónoma, clasista, del proletariado.

No obstante, insistimos en que en las miras de la propaganda mutualista entra, inevitablemente, la de desviar a los obreros de su propia vía, económica y política, para prolongar sobre su organización, deliberadamente detenida en una fase embrionaria y en un tipo compósito, la tutela de la clase patronal. De otro modo, a pesar de los testimonios que aparentemente sufragan las protestas del señor Tizón, no se comprende el empeño en propagar un tipo de organización que, como el mismo secretario y líder de la Asociación para el Fomento de la Mutualidad en el Perú lo reconoce, no corresponde al avance ni a la técnica institucional de la época, y que dentro de su mediocrísimamente aptitud para prosperar espontáneamente en nuestro país, ha dado ya todos sus frutos. Si la mutualidad no aspira sino a desarrollarse anexa a los sindicatos, y si el proletariado de las fábricas, por elemental necesidad defensiva, se orienta hacia la organización sindical; no hay sino que reconocer a esta organización las garantías a que tiene derecho. La clase obrera, —en la medida en que se respete el derecho de asociación que la Constitución establece, y que como no ignora probablemente el señor Tizón y Bueno es prácticamente nulo en las grandes negociaciones agrícolas y mineras—, encontrará por sí misma los medios de constituir sus cajas mutuales, sus cooperativas, sus bibliotecas, etc.

El señor Tizón y Bueno no nos puede acompañar en nuestras apreciaciones sobre el carácter de las sociedades mutuales en el Perú, aunque no responde tampoco, a las afirmaciones precisas que hemos hecho, y en que nos ratificamos, sobre el servilismo con que las camarillas representativas de esas sociedades, sin el consenso expreso en la mayoría de los casos de sus representados, han rebajado el nombre y la función política de la clase obrera, presentándola lacayescamente como la "claque" de

todos los partidos y todos los gobiernos. Éste es, sin embargo, un aspecto del cual no se puede prescindir, al considerar desde puntos de vista clasistas, la tendencia de ese mutualismo amarillo y cortesano. Sobre todo cuando, de otro lado, como no tiene inconveniente en admitirlo el señor Tizón, desde el punto de vista de la organización técnica, moderna, de la mutualidad, la acción de esas instituciones ha sido nula.

Que la mutualidad haya sido en los países avanzados la institución que ha antecedido a los seguros sociales, no es un motivo para que se considere inevitable y necesario recorrer íntegramente esa etapa antes de llegar a la institución moderna y práctica de los seguros. La prueba del mutualismo en el Perú, por otra parte, está ya hecha, como está hecha la prueba de la pseudo democracia liberal. Y ya hemos visto todo lo que podía dar de sí normalmente.

Las buenas intenciones, el idealismo del señor Tizón y Bueno no viene a cuento. Como buenas intenciones, como idealismos burgueses, no tenemos ningún reparo que hacerles. Pero, históricamente, las reivindicaciones económicas y políticas del socialismo van contra los ideales e intereses capitalistas, aunque reservándose, en servicio del progreso y la civilización, el derecho de aprovechar sus adquisiciones técnicas y materiales.

Esta es una cosa de que el señor Tizón y Bueno con su sagacidad dobrada para el caso de bonhomía, no puede dejar de darse cuenta.

LA ANÉCDOTA LABORISTA⁹¹

Como en el Perú no deben faltar nunca las caricaturas y las parodias, –sobre todo cuando se hacen protestas de rabioso nacionalismo–, la flora política nacional exhibe desde hace poco un sedicente Partido Laborista. Este partido, que ambiciona nada menos que a representar políticamente a la clase obrera, tiene su origen en elementos de pequeña burguesía, de tipo burocrático y constitucional, y muestra en sus confusos documentos unas veces la más extravagante concepción y, otras veces, la más criolla ignorancia del socialismo, aún modestamente atenuado aquello que es posible designar con la palabra “laborismo”. El Partido Laborista o del Trabajo, que en Inglaterra y otros países ha surgido como un natural movimiento político de los gremios o sindicatos obreros, en el Perú pretende brotar artificialmente de una tertulia de empleados cesantes o jubilados, que como todos los pequeños burgueses del mundo se sienten portadores de alguna buena e infalible receta social y política.

Desde su organización hasta su lenguaje, el presunto Partido Laborista del Perú –absolutamente extraño a las masas obreras que aspiran a representar– acusa resabios de cacerismo y burocracia. Tiene un jefe nato, en vez de un presidente o un secretario general, como cualquier partido democrático, aunque no es la consecuencia de un fenómeno de caudillaje, sino algo mucho menos serio (pero no menos criollo).

91 Publicado en *Labor*, N° 3, pág. 2. Lima, 8 de diciembre de 1928.

La doctrina política y económica del novísimo "partido" es una colección de curiosas chirigotas, cuando no se reduce a un rosario de inocuos y gastados lugares comunes. Así, ante los conflictos entre el capital y el trabajo no se manifiesta entusiasta por el arbitraje, porque la taumatúrgica acción de este partido se propone suprimir esos conflictos. ¿Cómo? ¿Se trata, acaso, de un partido revolucionario, que mira a la abolición de las clases? Absolutamente no. El Partido Laborista denuncia como perniciosas, disolventes y diabólicas las ideas revolucionarias. Pero se imagina suprimir los conflictos entre capital y el trabajo, con patriarcales y razonables aunque asmáticos, consejos a obreros y patrones. Algunos manifiestos redactados en estilo de recurso o petición a alguno de los poderes públicos, —capaces de entusiasmar sin embargo a una asamblea de "indefinidos" o "cesantes", y a algunos comparsas reclutados en el artesanado mutualista—, bastan para resolver alegremente la cuestión social. Discretos y medidos subsidios de la burguesía y un poco de música de "cachimbos", harían el resto.

Para que nada falte a la salsa criolla de este suceso político, sucede que son dos los grupos que se disputan el derecho a llamarse "Partido Laborista". De un lado, están el jefe nato y sus adeptos; de otro lado los "laboristas" de todos los tiempos; el electo de la Confederación de Artisanos y de otros centros representativos del mismo género.

El asunto, por fortuna, pertenece a la crónica: no a la historia, y desde el punto de vista folklórico está por debajo de cualquier tondero o "resbalosa".

SOBRE UN TÓPICO SUPERADO⁹²

Hemos recibido una extensa carta del nuevo secretario general de la Sección del APRA en París, Luis E. Heysen, que pretende rectificar la comunicación publicada en el N° 25 de *Amauta*⁹³ sobre la disolución

92 Publicado en *Amauta*, N° 28, pág. 97, Lima, enero de 1930 en la sección “Memorandum” de “Panorama móvil”.

93 La comunicación mencionada se publicó en la sección “Documentos” de “Panorama móvil”, del N° 25 de *Amauta*. Con el título “Nuevo curso” se inserta una nota de “APRA, Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales de América Latina-Célula de París. Centro de Estudios Antiimperialistas” cuyo texto es el siguiente:
Estimado camarada:
Nos es grato poner en su conocimiento la siguiente resolución votada por la célula del APRA y el Centro de Estudios Antiimperialistas de París, y aprobada por unanimidad de votos:
Los miembros de la Célula del APRA y el Centro de Estudios Antiimperialistas de París, en vista de la situación objetiva de los demás grupos similares de la América Latina, cuya descomposición orgánica es evidente y cuya existencia es en la actualidad más formal que efectiva; constatando que existe un profundo desacuerdo entre sus miembros sobre la orientación y la praxis del movimiento, sin que haya podido obtenerse, desde la fundación del APRA, hasta el presente, ni una táctica más o menos precisa de la lucha antiimperialista, ni una ideología más o menos definida, ni ningún movimiento de masas, aun de mediocre importancia, ni una disciplina política entre sus componentes, y, finalmente, ante la imposibilidad de llegar a una entente que esclarezca la posición, las tendencias y las finalidades de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, resuelven: Disolver la célula del APRA y el Centro de Estudios Antiimperialistas de París”. (Moción aprobada por unanimidad de votos).

Los miembros de la célula del APRA y del Centro de Estudios Antiimperialistas de París, antiimperialistas revolucionarios, que se reclaman de ideología socialista concordes con la moción anterior, y en vista de que todos los elementos que han venido propiciando la idea del APRA son peruanos, acuerdan:

de ese grupo y del anexo centro de estudios antiimperialistas y la adhesión de la mayoría que votó este acuerdo al plan del Partido Socialista del Perú. La inserción de esta carta en *La Sierra*, a cuya redacción ha sido sin duda enviada al mismo tiempo que a nosotros, podría relevarnos de la obligación de publicarla. Pero preferimos concederle la acogida que solicita en las páginas de *Amauta* para su más amplia divulgación entre nuestros lectores.

La extensión del escrito nos impide, sin embargo, realizar en este número una inserción que ha perdido su urgencia. No tenemos inconveniente en registrar la noticia de la reconstitución de una célula "aprista" en París. Pero nos parece excesivo e imprudente, por decir lo menos, presentar como una "depuración", el abandono del APRA y sus quimeras por los miembros más solventes intelectual y doctrinariamente de ese grupo. Insistiendo en un reclame desacreditado, y respecto al cual todos saben a qué atenerse, Heysen trata de definir el APRA calificándolo de "partido de frente único, nacional latinoamericano, antiimperialista". Y la verdad demasiado notoria es que el APRA no pasó nunca de ser un plan, un proyecto, una idea, por cuya organización, que jamás llegó a ser efectiva como "alianza" o "frente único", trabajaban infructuosamente algunos grupos de estudiantes peruanos. El 2º Congreso Antiimperialista Mundial la ha descartado, en términos definitivos, después de un estricto examen de los hechos. Es extemporáneo, por tanto, todo intento de especular sobre la credulidad latinoamericana con membretes más o menos pomposos.

1º- Invitar a los camaradas conscientes de los demás grupos del APRA a afiliarse a las Ligas Antiimperialistas, o a los partidos revolucionarios proletarios, incorporándose así al movimiento antiimperialista mundial.

2º- Exhortarlos a constituir en el exterior células del Partido Revolucionario Peruano, cuyas actividades inmediatas deben tender a reforzar el movimiento de organización del Block Obrero y Campesino del Perú (Moción aprobada por mayoría de votos).

Lo que nos es grato poner en conocimiento de Uds. suplicándoles quieran aceptar las seguridades de nuestra consideración personal.

Armando Bazán

Secretario de la Comisión de Propaganda de la Célula del APRA en París

En el número siguiente de *Amauta* (Nº 29), se transcribe la carta de Luis E. Heysen, en la misma sección y con el mismo título (“Sobre un tópico superado” pág. 95), precedida por el siguiente comentario:

Transcribimos la carta dirigida por el Sr. Luis Heysen, quien la firma con el título de Secretario General de la sedicente sección del APRA en París, carta que no publicamos en nuestro número anterior por falta de espacio.

Nada podríamos agregar a lo que expusiéramos anteriormente: la vanguardia del proletariado y los trabajadores conscientes, fieles a su acción dentro del terreno de la lucha de clases, repudian toda tendencia que signifique fusión con las fuerzas u organismos políticos de las otras clases. Condenamos como oportunista toda política que plantea la renuncia momentánea del proletariado a su independencia de programa y acción, la que en todo momento debe mantener íntegramente. Por esto repudiamos la tendencia del APRA. El APRA, objetivamente, no existe. Ha sido un plan, un proyecto, algunas tentativas individuales, pero jamás se ha condensado en una doctrina, ni en una organización, ni menos aún en un partido. Existe, sí, como tendencia confusionista y demagógica, frente a la cual es preciso esclarecer la posición proletaria.

Al publicar el confuso documento que sigue, damos por terminada toda inserción de nuevas notas emanadas de estudiantes y jóvenes apristas. *Amauta* no es empresaria de propaganda de ninguna vedette prosopopéyica.

EL SEGUNDO CONGRESO MUNDIAL DE LA LIGA CONTRA EL IMPERIALISMO⁹⁴

En Bruselas se reunió hace tres años, el Primer Congreso Antiimperialista Mundial. Las principales fuerzas antiimperialistas estuvieron representadas en esa asamblea, que saludó con esperanza las banderas del Kuo Ming Tang, en lucha contra la feudalidad china, aliada de los imperialismos que oprimen a su patria. De entonces a hoy la Liga contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional ha crecido en fuerza y ha ganado en experiencia y organización. Pero la esperanza en el Kuo Ming Tang se ha desvanecido completamente. El gobierno nacionalista de Nanking no es hoy sino un instrumento del imperialismo. Los representantes más genuinos e ilustres del antiguo Kuo Ming Tang –la viuda de Sun Yat Sen y el ex canciller Eugenio Chen–, están en el destierro. Ellos han representado, en el Segundo Congreso Antiimperialista Mundial, celebrado en Frankfurt hace cinco semanas, a la China revolucionaria.

Las agencias cablegráficas norteamericanas, tan pródigas en detalles de cualquier peripecia de Lindbergh, tan atentas al más leve romadizo de Clemenceau, no han trasmitido casi absolutamente nada del desarrollo de este Congreso. El antiimperialismo no puede aspirar a los favores del cable. El Segundo Congreso Antiimperialista Mundial, ha sido sin embargo un acontecimiento seguido con interés y ansiedad por las masas de los cinco continentes.

94 Publicado en *Mundial*, Lima, 13 de septiembre de 1929, en la sección “Lo que el cable no dice”.

Mr. Kellogg estaría dispuesto a calificarlo en un discurso como una maquinación de Moscú. Su sucesor, si se ofrece, no se abstendrá de usar el mismo lenguaje. Pero quien pase los ojos por el elenco de las organizaciones y personalidades internacionales que han asistido a este Congreso, se dará cuenta de que ninguna afirmación sería tan falsa y arbitraria, como ésta. Entre los ponentes del Congreso, han figurado James Maxton, presidente del Independant Labour Party, y A. G. Cook, secretario general de la Federación de Mineros Ingleses, a quien no han ahorrado ataques los portavoces de la Tercera Internacional. Todos los grandes movimientos antiimperialistas de masas, han estado representados en el Congreso de Frankfurt. El Congreso Nacional Panhindú, la Confederación Sindical Panhindú, el Partido Obrero y Campesino Panhindú, el Partido Socialista Persa, el Congreso Nacional Africano, la Confederación Sindical Sudafricana, el Sindicato de Trabajadores de los Estados Unidos, la Liga Antiimperialista de las Américas, la Liga Nacional Campesina y todas las principales federaciones obreras de México, la Confederación de Sindicatos Rusos y otras grandes organizaciones, dan autoridad incontestable a los acuerdos del Congreso. Entre las personalidades adherentes hay que citar, además de Maxton y Cook, de la viuda de Sun Yat Sen y de Eugenio Chen, a Henri Barbusse y León Vernochet, a Saklatvala y Roger Badwin, a Diego Rivera y Sen Katayama, al profesor Alfonso Goldschmidt y la doctora Helena Stoecker, a Ernest Toller y Alfonso Paquet.

Empiezan a llegar por correo, las informaciones sobre los trabajos de esta gran asamblea mundial, destinada a ejercer decisiva influencia en el proceso de la lucha de emancipación de los pueblos coloniales, de las minorías oprimidas y en general de los países explotados por el imperialismo. Ninguna gran organización antiimperialista ha estado ausente de esta conferencia.

INDIGENISMO Y SOCIALISMO⁹⁵

Intermezzo polémico⁹⁶

No me tocaría responder a la crítica de Luis Alberto Sánchez –que en el último número de *Mundial* arremete contra el indigenismo de los costeños– si en uno de sus acápitones no me mencionara y –refiriéndose sin duda a lo que he dicho a veces en *Mundial*– no me atribuyera la diversión teorética de oponer, como gallos o boxeadores, colonialismo e indigenismo. Y si además, no citara la revista de doctrina y polémica que dirijo. Porque en verdad, no me siento responsable de las contradicciones y ambigüedades que Sánchez denuncia, ni he asumido, en general, la actitud que mi colega condena, uniformando inexactamente en ella a todos los escritores costeños, sin excluirse él mismo, acaso porque de otro modo su artículo no habría podido empezar con la palabra “nosotros”.

95 Bajo el epígrafe “Indigenismo y socialismo”, reunió, José Carlos Mariátegui en *Amauta*, las dos notas polémicas con Luis Alberto Sánchez (“*Intermezzo polémico*” y “Réplica a Luis Alberto Sánchez”) reproducidas en *Mundial*, como se indica en el lugar correspondiente de esta compilación. Agregó, además, una breve respuesta al señor José A. Escalante. “Polémica finita”, nota que da fin al diálogo polémico con Sánchez, apareció en el mismo número de *Amauta*, en la primera parte de la revista. Los artículos de Luis Alberto Sánchez a que se refieren los comentarios de Mariátegui son los siguientes: “Batiburrillo indigenista...”, “Respuesta a José Carlos Mariátegui”, “Ismos contra ismos”, “Punto final con José Carlos Mariátegui” y “Más sobre lo mismo”, publicados en *Mundial* el 18 de febrero, y el 4, 11, 18 y 25 de marzo de 1927.

96 Publicado en *Mundial*, Lima, 25 de febrero de 1927 y en *Amauta*, N° 7, págs. 37-38 (Boletín “El Proceso del gamonalismo”), Lima, marzo de 1927.

Con la impaciencia y nerviosidad peculiares a “nosotros los costeños”, Sánchez reclama absoluta coherencia y rigurosa unidad –tal vez si hasta unanimidad– en algo que no es todavía un programa sino apenas un debate, en el cual caben voces e ideas diversas, que se reconozca animadas del mismo espíritu de renovación. La crítica de Sánchez mezcla y confunde todas las expresiones positivas y negativas del movimiento indigenista, sin distinguir al menos las expresiones teóricas de las estéticas y de las prácticas, exige una perfecta congruencia entre especulaciones críticas, afirmaciones doctrinales e imágenes poéticas, de todo lo cual hace previamente una ensalada, para enfadarse luego de encontrar juntas tantas cosas. Mi estimado colega, me permitirá que le diga que la confusión está más en el sujeto que en el objeto.

Los indigenistas o pseudoindigenistas, a su juicio, adoptan simultáneamente los puntos de vista de Valcárcel y López Albújar. Pero éste es un error de su visión. Que se contraste, que se confronte dos puntos de vista, no quiere decir que se les adopte. La crítica, el examen de una idea o un hecho, requieren precisamente esa confrontación, sin la cual ningún seguro criterio puede elaborarse. Las tendencias o los grupos renovadores no tienen todavía un programa cabalmente formulado ni uniformemente aceptado. Como he escrito, polemizando con Falcón, mi esfuerzo no tiende a imponer un criterio, sino a contribuir a su formación. Y, a riesgo de resultar demasiado lapalissiano, debo recordar a Sánchez que un programa no es anterior a un debate sino posterior a él.

El conflicto entre la tesis de Valcárcel y López Albújar, por otra parte, no está esclarecido. No es cierto, como Sánchez pretende, que del estudio de López Albújar “surja la necesidad de ir a la raza indígena, pero para exterminarla”. No, querido Sánchez. Seguramente, López Albújar, –cuya aptitud para opinar sobre las consecuencias de su propio estudio es inobjetable–, no piensa de este modo.

Sánchez llega a una conclusión precipitada, simplista, dogmática, como las que reprocha a los indigenistas de la hora undécima. Si releee, “con la calma y la hondura precisas”, el estudio de López Albújar encontrará que el novelista piurano hace preceder sus observaciones sobre la “psicología del indio huanueño” por una prudente advertencia.

El indio –escribe– es una esfinge de dos caras: con la una mira al pasado y con la otra al presente, sin cuidarse del porvenir. La primera le sirve para

vivir entre los suyos; la segunda para tratar con los extraños. Ante los primeros se manifiesta como es; ante los segundos, como no querría ser. Esta dualidad –agrega– es la que norma su vida, la que lo exhibe bajo esta doble personalidad, que unas veces desorienta e induce al error y otras hace renunciar a la observación por creerlo impenetrable. Una cosa es pues el indio en su ayllu, en su comunidad, en su vida íntima y otra en la urbe del misti, en sus relaciones con él, como criado suyo o como hombre libre.

La mayor parte de las observaciones de López Albújar corresponde a la actitud del indio ante el blanco, ante el misti. Retratan la cara que López Albújar, desde su posición, pudo enfocar mejor.

La llamada hipocresía del indio, según Valcárcel, es una actitud defensiva. Esto, López Albújar no lo ha contradicho en ninguna parte. El autor de *Cuentos andinos* se ha limitado a registrar las manifestaciones de esa actitud defensiva. En cambio, su cuento “Ushanan Jampi” es una confirmación de la tesis de Valcárcel sobre la nostalgia andina.

De otro lado, el trabajo de Valcárcel es de índole distinta del trabajo de López Albújar. Valcárcel hace síntesis; López Albújar, análisis. Valcárcel es lírico; López Albújar, crítico. Hay en Valcárcel el misticismo, el mesianismo de la generación postbética, hay en López Albújar el naturalismo, el criticismo, tal vez hasta el escepticismo, de la generación anterior. Los planos en que ambos actúan son, en fin, diversos. No trataré, por mi parte, de conciliarlos. Pero niego a su diferencia –más que oposición– el alcance que Sánchez le supone.

El “indigenismo” de los vanguardistas no le parece sincero a Luis Alberto Sánchez. No tengo por qué convertirme en fiador de la sinceridad de ninguno. Es a Sánchez, además, a quien le toca precisar su acusación, especificando los casos en que se apoya. Lo que afirmo, por mi cuenta, es que de la confluencia o aleación de “indigenismo” y socialismo, nadie que mire al contenido y a la esencia de las cosas puede sorprenderse. El socialismo ordena y define las reivindicaciones de las masas, de la clase trabajadora. Y en el Perú las masas, –la clase trabajadora– son, en sus cuatro quintas partes, indígenas. Nuestro socialismo no sería, pues, peruano, –ni sería siquiera socialismo– si no se solidarizase, primeramente, con las reivindicaciones indígenas. En esta actitud no se esconde nada de oportunismo. Ni se

descubre nada de artificio, si se reflexiona dos minutos en lo que es socialismo. Esta actitud no es postiza, ni fingida, ni astuta. No es más que socialista.

Y en este “indigenismo” vanguardista, que tantas aprensiones le produce a Luis Alberto Sánchez, no existe absolutamente ningún calco de “nacionalismos exóticos”; no existe, en todo caso, sino la creación de un “nacionalismo peruano”.

Pero, para ahorrarse todo equívoco –que no es lo mismo que equivocación como pretende alguien–, en lo que me concierne, no me llame Luis Alberto Sánchez “nacionalista”, ni “indigenista”, ni “pseudoindigenista”, pues para clasificarme no hacen falta estos términos. Llámeme, simplemente, socialista. Toda la clave de mis actitudes –y, por ende, toda su coherencia, esa coherencia que lo preocupa a usted tanto, querido Alberto Sánchez– está en esta sencilla y explícita palabra. Confieso haber llegado a la comprensión, al entendimiento del valor y el sentido de lo indígena, en nuestro tiempo, no por el camino de la erudición libresca, ni de la intuición estética, ni siquiera de la especulación teórica, sino por el camino, –a la vez intelectual, sentimental y práctico– del socialismo.

“El indigenismo”, contra el cual reaccionan belicosamente el espíritu de Sánchez, no aparece, exclusiva, ni aún principalmente, como una elaboración de la inteligencia o el sentimiento costeños. Su mensaje viene, sobre todo, de la sierra. No somos “nosotros los costeños” los que agitamos presentemente la bandera de las reivindicaciones indígenas. Son los serranos; son particularmente, los cuzqueños. Son los serranos más auténticos. Y, además, los más insospechables. El Grupo Resurgimiento no ha sido inventado en Lima. Ha nacido espontáneamente en el Cuzco. Y es él, con su primer manifiesto, el que se ha encargado de responder al señor José Ángel Escalante.

No hay en mí dogmatismo alguno. Lo que sí hay es convicción, pasión, fervor. Esto creo que el propio Luis Alberto Sánchez lo ha dicho generosamente, más de una vez. Mi espíritu no es dogmático; pero sí afirmativo. Creo que espíritus constructivos son los que se apoyan en una afirmación, sin temor exagerado a su responsabilidad y a sus consecuencias. Mi posición ideológica está esclarecida. La que está aún por esclarecer es, en todo caso, la de Luis Alberto. Si nos atenemos a su último artículo, tendremos que considerarlo, en este debate, un “espectador”. Yo soy un combatiente, un agonista. Seguramente, es ante todo por esto que no coincidimos.

RÉPLICA A LUIS ALBERTO SÁNCHEZ⁹⁷

Luis Alberto Sánchez se declara encantado de verme entrar en polémica, entre otras razones porque “mi monólogo iba tornándose un poco insípido”. Pero si mi monólogo es lo que yo vengo escribiendo desde hace más de dos años en esta revista y otras, tendremos que llamarlo, para ser exactos, monólogo polémico. Pues el trabajo de propugnar ideas nuevas trae aparejado el de confrontarlas y oponerlas a las viejas, vale decir de polemizar con ellas para proclamar su caducidad y su falencia. Cuando estudio, o ensayo estudiar una cuestión o un tema nacional, polemizo necesariamente con el ideario o el fraseario de las pasadas generaciones. No por el gusto de polemizar sino porque considero, como es lógico, cada cuestión y cada tema conforme a distintos principios, lo que me conduce por fuerza a conclusiones diferentes, evitándome el riesgo de consultar en el debate de mi tiempo, renovador por la etiqueta y conservador por el contenido. Mi actitud sólita es la actitud polémica, aunque polémica poco con los individuos y mucho con las ideas.

Ratifica enseguida Luis Alberto su condición de espectador. Pero, por fortuna, de sus propias palabras se desprende que acepta esta condición mal de su grado. No le queda, dice, más remedio “mientras en el tinglado Maese Pedro mueva sus fantoches”. Para cuando desaparezcan éstos, promete Sánchez “volver a hacer sus pininos de combatiente, de

97 Publicado en *Mundial*, Lima, 11 de marzo de 1927 y en *Amauta*, N° 7, págs. 38-39 (Boletín “El proceso del gamonalismo”). Lima, marzo de 1927.

agonista”, quizá sí bajo mis banderas, esto es, bajo las del socialismo peruano. Tengo pues que entender los dardos que hoy se me disparan desde las trincheras de Luis Alberto, que hasta ayer yo creía con derecho amigo, como un efecto de su mal humor de espectador obligado. La represión constante de sus ganas de combate contra los que están a la derecha, lo colocan en el caso de gastarlas contra los que estamos a la izquierda, que es, por supuesto, de quienes Sánchez se siente más cercano.

No seguiré a mi colega por el camino de la anécdota biográfica que, saliendo de la polémica doctrinal, toma en la primera parte de su artículo. Creo que no es tiempo todavía de que al público le interesen estas dos “vidas paralelas” que Sánchez bosqueja con el objeto de demostrar que, mientras yo he andado otras veces por rutas exóticas y europeizantes, él no se ha separado de la senda peruana y nacionalista. Éstas, le parecen minucias al mismo Luis Alberto, cuando, más adelante, dice que “no valdría la pena haber suscitado un diálogo para ventilar cuestiones más o menos personales”.

Tampoco confutaré aquí su juicio sobre *Amauta* porque –no obstante la hospitalidad que dispensa *Mundial* a mis escritos– pienso que el lugar de ese retrueque está en la propia revista que dirijo y que Luis Alberto ocasional y sumariamente enjuicia. Solo rectificaré, de paso, por el equívoco que pudiese engendrar, el concepto de que lo más mío está en *Amauta*. Siento igualmente mío lo que escribo en esta revista, y en cualquiera otra, y ninguna dualidad me es más antipática que la de escribir para el público o para mí mismo. No traigo, como es mi deber, a esta revista, tópicos extraños a la sección en que el propio director de *Mundial* ha querido situar mis estudios o apuntes sobre temas nacionales y menos aún traigo arengas de agitador ni sermones de catequista; pero esto no quiere decir que aquí disimule mi pensamiento, sino que respeto los límites de la generosa hospitalidad que *Mundial* me concede y de la cual mi discreción no me permitiría nunca abusar.

No es culpa mía que, –mientras de mis escritos se saca en limpio mi filiación socialista–, de los de Luis Alberto Sánchez no se deduzca con igual facilidad su filiación ideológica. Es el propio Sánchez quien se ha definido terminantemente como un “espectador”. Los méritos de su labor de estudioso de temas nacionales –que no están en discusión– no bastan

para darle una posición en el contraste de las doctrinas y los intereses. Ser “nacionalista” por el género de los estudios, no exige serlo también por la actitud política, en el sentido limitado o particular que nacionalismos extranjeros han asignado a ese término. Sánchez como yo, repudia precisamente este nacionalismo que encubre o disfraza un simple conservantismo, decorándolo con los ornamentos de la tradición nacional.

Y, llegado a este punto, quiero precisar otro aspecto del nexo que Luis Alberto no había descubierto entre mi socialismo de varios años –todos los de mi juventud, que no tiene por qué sentirse responsable de los episodios literarios de mi adolescencia– y mi “nacionalismo recientísimo”. El nacionalismo de las naciones europeas –donde nacionalismo y conservantismo se identifican y consustancian– se propone fines imperialistas. Es reaccionario y antisocialista. Pero el nacionalismo de los pueblos coloniales –sí, coloniales económicamente, aunque se vanaglorien de su autonomía política– tiene un origen y un impulso totalmente diversos. En estos pueblos, el nacionalismo es revolucionario y, por ende, concluye con el socialismo. En estos pueblos la idea de la nación no ha cumplido aún su trayectoria ni ha agotado su misión histórica. Y esto no es teoría. Si de la teoría desconfía Luis Alberto Sánchez, no desconfiará de la experiencia. Menos aún si la experiencia está bajo sus ojos escrutadores de estudioso. Yo me contentaré con aconsejarle que dirija la mirada a la China, donde el movimiento nacionalista del Kuo Min Tang recibe del socialismo chino su más vigoroso impulso.

Me pregunta Luis Alberto al final de su artículo, –en el discurso del cual su pensamiento merodea por los bordes del asunto de este diálogo, sin ir al fondo– cómo nos proponemos resolver el problema indígena los que militamos bajo estas banderas de renovación. Le responderé ante todo con mi filiación. El socialismo es un método y una doctrina, un ideario y una praxis. Invito a Sánchez a estudiarlos seriamente, y no sólo en los libros y en los hechos sino en el espíritu que los anima y engendra.

El cuestionario que Sánchez me pone delante es –permítame que se lo diga– bastante ingenuo. ¿Cómo puede preguntarme Sánchez si yo reduzco todo el problema peruano a la oposición entre costa y sierra? He constatado la dualidad nacida de la conquista para afirmar la necesidad histórica de resolverla. No es mi ideal el Perú colonial ni el Perú incaico sino un Perú

integral. Aquí estamos, he escrito al fundar una revista de doctrina y polémica, los que queremos crear un Perú nuevo en el mundo nuevo. ¿Y cómo puede preguntarme Sánchez si no involucro en el movimiento al cholo? ¿Y si éste no podrá ser un movimiento de reivindicación total y no exclusivista? Tengo el derecho de creer que Sánchez no sólo no toma en consideración mi socialismo sino que me juzga y contradice sin haberme leído.

La reivindicación que sostenemos es la del trabajo. Es la de las clases trabajadoras, sin distinción de costa ni de sierra, de indio ni de cholo. Si en el debate –esto es en la teoría– diferenciamos el problema del indio, es porque en la práctica, en el hecho, también se diferencia. El obrero urbano es un proletario; el indio campesino es todavía un siervo. Las reivindicaciones del primero, –por las cuales en Europa no se ha acabado de combatir– representan la lucha contra la burguesía; las del segundo representan aún la lucha contra la feudalidad. El primer problema que hay que resolver aquí es, por consiguiente, el de la liquidación de la feudalidad, cuyas expresiones solidarias son dos: latifundio y servidumbre. Si no reconociésemos la prioridad de este problema, habría derecho, entonces sí, para acusarnos de prescindir de la realidad peruana. Estas son, teóricamente, cosas demasiado elementales. No tengo yo la culpa de que en el Perú –y en pleno debate ideológico– sea necesario todavía explicarlas.

Y ahora, punto final a este *intermezzo* polémico. Continuaré polemizando pero como antes, más con las ideas que con las personas. La polémica es útil cuando se propone verdaderamente, esclarecer las teorías y los hechos. Y cuando no se trae a ella sino ideas y móviles claros.

RESPUESTA AL SEÑOR ESCALANTE⁹⁸

Al señor Escalante –escrita la réplica a Sánchez–, tengo poco que decirle. El señor Escalante sabe que no es posible trasladar esta discusión del plano doctrinal al plano político militante. Ni posible ni deseable. Porque de lo que se trata, hasta hoy, es de plantear el problema, no de resolverlo. La solución, a mi ver, pertenece al porvenir. Si el señor Escalante puede adelantarla, tanto mejor para el Perú y para el indio.

El señor Escalante, por otra parte, no me somete a un interrogatorio. Comprende que nuestros principios son distintos. Y no tiene inconveniente para declararlo. Su posición es neta; la mía también. Político avisado, el señor Escalante advierte, por ejemplo, que sólo debo hablar de acuerdo y a la medida de las necesidades de mi doctrina. Él dice “propaganda” en vez de doctrina. Pero esto es lo de menos.

Mi respuesta al diputado y publicista cuzqueño, puede limitarse por esto, a dos rectificaciones: 1º - Que yo no he señalado el primer manifiesto del Grupo Resurgimiento del Cuzco, precisa y específicamente como una “refutación o un desmentido contundente” al artículo “Nosotros los indios...”. Me he limitado a considerarlo una respuesta, no en el sentido exclusivo que el señor Escalante supone sino en el sentido mucho más amplio de las pruebas que allega respecto a la imposibilidad práctica de resolver el problema del indio, sin destruir el gamonalismo latifundista.

98 Publicado en *Mundial*, Lima, 11 de marzo de 1927 y en *Amauta*, N° 7, pág. 39 (Boletín “El proceso del gamonalismo”), Lima, marzo de 1927.

2º- Que el manifiesto se ha publicado y ha circulado en el Cuzco desde enero en pequeños folletos. Remito uno al señor Escalante para persuadirlo de la exactitud de mi aserción.

POLÉMICA FINITA⁹⁹

Luis Alberto Sánchez, en un diálogo polémico que ha sostenido conmigo en *Mundial* –mis dos artículos de esta polémica aparecen en otro lugar de este número– pretende que *Amauta* no ha respondido a su programa ni a sus ideas porque yo, según él, he “dado cabida a artículos de la más variada índole, a escritores de los más encontrados matices, perfectamente distantes de mi ideología” y hasta he “hecho tribuna académica de mi revista”. El colega Sánchez no cita esos artículos ni esos escritores, aunque probablemente no le habrían faltado ganas de citarse él mismo, disidente y heterodoxo por excelencia. Su aserción, tiene que parecerle apasionada y arbitraria hasta a los lectores más indiferentes a la cuestión en debate. Llamar académica a *Amauta*, que ha sido unánimemente calificada en América y España como una revista de “vanguardia” –y no precisamente por el tono de su presentación, porque el primer número, agotado en pocos días, no ha circulado en el extranjero–, es una demasía y un capricho verbales, tan subjetivos, tan exclusivos de Sánchez, que no vale la pena controvertirlos. Esta revista “académica” según Sánchez, tiene ya algunos millares de lectores, hecho que basta para desmentir su opinión.

La otra afirmación, la de que *Amauta* no ha cumplido su programa porque ha acogido escritores diversos, tampoco es más fundada. El público a este respecto muestra también más instinto que el crítico.

99 Publicado en *Amauta* N° 7, págs. 6 y 23, Lima, marzo de 1927.

Desde el primer número ha reconocido en *Amauta* una ideología, un espíritu. Y no sólo el público. Comentaristas de otro campo, pero que prácticamente resultan más objetivos que Sánchez a este respecto como Jiménez Borja, extremán el diagnóstico, acentúan la definición hasta el punto de no ver en *Amauta* sino una tribuna de mi ideología y mi espíritu. Otra vez tengo que decirle pues, a Sánchez, que la confusión no está en el objeto sino en el sujeto.

Amauta ha publicado artículos de índole diversa porque no es sólo una revista de doctrina –social, económica, política, etc.– sino también una revista de arte y literatura. La filiación o la posición doctrinal no nos preocupan fundamentalmente, sino en el terreno doctrinal. En el terreno puramente artístico, literario y científico, aceptamos la colaboración de artistas, literatos, técnicos, considerando sólo su mérito respectivo, si no tienen una posición militante en otro campo ideológico. Pero preferimos y distinguimos, por supuesto, la de los artistas y escritores que están integralmente en nuestra misma dirección. La presencia subsidiaria, o sólo episódica de un intelectual sin posición combatiente, en esta revista no representa una prueba contra su espíritu, porque para afirmar y definir éste existen pruebas mucho más numerosas y fehacientes. Podemos usarla, por ejemplo, como reactivo. *Amauta* tiene demasiada personalidad para inquietarse por la fortuita presencia de una idea o un sentimiento heterodoxos en sus páginas. Es una revista de definición ideológica, de concentración izquierdista, que asimila o elimina, seguramente, sin daño para su salud, cualquier elemento errante. Tiene el carácter de un campo de gravitación y polarización. Los que arriban transitoriamente a este campo, pueden escaparnos, pero sin restarnos sustancia ni energía. Los que damos a *Amauta* tonalidad, fisonomía y orientación, somos los que tenemos una filiación y una fe, no quienes no las tienen y que admitimos, sin peligro para nuestra integridad y nuestra homogeneidad, como accidentales compañeros de viaje. Somos los vanguardistas, los revolucionarios, los que tenemos una meta, los que sabemos a dónde vamos. En el camino no nos alarma discutir con quienes no andan aún definitivamente orientados. Estamos dispuestos todos los días a confrontar nuestros puntos de vista con los afines o próximos.

Que *Amauta* rechace todo lo contrario a su ideología no significa que lo excluya sistemáticamente de sus páginas, imponiendo a sus colaboradores una ortodoxia rigurosa. Este principio, que reafirmamos, nos obliga sólo a denunciar y controvertir las ideas discrepantes peligrosas.

Amauta, por otra parte, en cuanto concierne a los problemas peruanos, ha venido para inaugurar y organizar un debate; no para clausurarlo. Es un comienzo y no un fin. Yo, personalmente, traigo a este debate mis proposiciones. Trabajaré, por supuesto, porque prevalezcan; pero me conformaré con que influyan –en la acción, en los hechos, prácticamente–, en la medida de su coincidencia con el sentimiento de mi generación y con el ritmo de la historia.

Esto es muy claro y muy simple; pero, por lo visto, hay que repetirlo aunque no sea sino para confutar los reparos, no siempre benévolos, de quienes se imaginan que una revista de doctrina y polémica debe expurgar su material –que constituye los elementos de un debate– debate de izquierda clara está –y no sus conclusiones– con un terror supersticioso e inquisitorial a toda idea más o menos alógena. No; nuestra ideología, nuestro espíritu, tiene que aceptar precisamente un trabajo de contrastación constante. Éste es el único medio de concentrar y polarizar fuerzas, y nosotros –no lo ocultamos– nos proponemos precisamente este resultado. Tenemos confianza en nuestra obra, –no por lo iluminado o taumatúrgico o personal de su inspiración– sino por su carácter de interpretación y coordinación de un sentimiento colectivo y de un ideal histórico.

Una obra finalmente se juzga por sus elementos positivos, creadores, esenciales, afirmativos. Éste es siempre el juicio de la historia y de la opinión. Pertenece al espíritu pequeño burgués de los críticos orgánicamente individualistas, secesionistas y centrífugos, el juicio –muy criollo y limeño tal vez–, de juzgar una obra por sus elementos pasivos, subsidiarios, formales o episódicos.

NOTA POLÉMICA A “EL CONFLICTO MINERO” POR CÉSAR FALCÓN¹⁰⁰

No necesito casi declarar mi desacuerdo con la tesis que saca César Falcón de este balance del conflicto minero. Pero debo, de toda suerte, contestar enseguida sus proposiciones. Por muchos títulos, el pensamiento de Falcón tiene tribuna propia en esta revista. No recordaré el que nace de nuestra antigua y fraterna amistad. Falcón y yo somos, casi desde las primeras jornadas de nuestra experiencia periodística, combatientes de la misma batalla histórica. Además, su sinceridad absoluta, su fina y sagaz inteligencia, y sobre todo, su autonomía de todo interés de clan o de casta, le dan derecho a ser oído por los hombres de espíritu renovador, hasta cuando el criticismo, que lo caracteriza un poco como intelectual, lo conduce a las más bizarras y audaces especulaciones teóricas. No he fundado *Amauta* para imponer un programa ni un criterio sino para elaborarlos, con el aporte de todos los hombres dignos de participar en esta empresa. Ésta es una revista de debate doctrinal y de definición ideológica que se propone allegar y ordenar los elementos de un ideario más bien que de un programa. Traigo mis puntos de vista –ya bastante notorios, pues no disimulo ni escamoteo mi posición– pero quiero confrontarlos con los puntos de vista afines o próximos.

100 Publicado en *Amauta* N° 6, febrero de 1927, pág. 29. En los Nros. 5 y 6 de *Amauta* (enero y febrero de 1927), Cesar Falcón publicó el artículo “Experiencias sociales: El Conflicto Minero” al que José Carlos Mariátegui agregó la “Nota Polémica” que transcribimos.

El cuadro que Falcón nos ofrece del conflicto minero es un cuadro objetivo. Pero no lo son sus conclusiones. Falcón, después de encontrar insuficientemente demostrada por los obreros la capacidad del Estado para administrar las minas, acaba proclamando la necesidad de nacionalizarlas. La economía de Inglaterra reposa principalmente en la industria carbonera. El Estado no puede abandonar en manos de los particulares su gestión, desde el momento en que resultan incapaces de asegurar su funcionamiento eficiente. Falcón registra este hecho sin atenuaciones, apreciando cabal y precisamente su trascendencia. Mas no quiere que se hable de nacionalización sino respecto del problema específico de las minas. El error de los obreros está, a su juicio, en su empeño de proponer la nacionalización en el nombre de la doctrina socialista, en vez de sostenerla en nombre del interés concreto y tangible de la economía inglesa.

No mira Falcón a un hecho que le explicaría claramente por qué la idea de la nacionalización aparece natural y espontáneamente en el programa socialista y no en otro programa. Este hecho es, sencillamente, la imposibilidad nacional o social de que subsista la gestión privada de la industria carbonera. Desde el instante en que la gestión privada, –esto es, capitalista– de la industria carbonera, ha empezado a mostrarse importante para manejarla de acuerdo con el interés colectivo, se ha constatado en Inglaterra no una crisis específica y exclusiva de las empresas mineras sino una crisis general del sistema capitalista y de la economía liberal.

La fórmula de la nacionalización no ha sido encontrada por un técnico agnóstico, de esos que Falcón, con una concepción abstracta del Estado, incompatible con el realismo de un hombre que viene de la escuela socialista, quisiera en el Gobierno. La preconizan los obreros porque son los únicos que pueden preconizarla. Y los argumentos que emplean para esto son, justamente, los que deben emplear.

Falcón olvida que el Estado demo-liberal es el órgano de la clase capitalista. Su revisionismo lo mueve a prescindir de la existencia o la realidad de las clases y más aún de su conflicto. El afán de considerar y examinar, particular y concretamente, el conflicto minero, lo lleva a separarlo y distinguirlo del conflicto entre capitalismo y socialismo. Tanto se ha hablado de “clases” y de “lucha de clases”, que Falcón, por reacción contra la jerga marxista, parece eludir sus términos y hasta los

hechos que designan. El propio Falcón, sin embargo, reconoce que “el Estado también tiene sus principios y estos principios, ninguno de los cuales le predispone a incautarse de las minas, son el primer obstáculo para la nacionalización” y agrega que: “los técnicos del Estado, y con ellos es indispensable contar, no encuentran todavía entre sus ideas la de la nacionalización de las minas”.

El Estado pues, no es neutro –como Falcón necesitaría que fuese, para que su tesis se apoyara en la realidad–; el Estado se atiene a sus principios y no a los hechos; el Estado representa un sistema y una doctrina que no aceptan sino por fuerza un concepto o mejor, un procedimiento que les sea extraño. Falcón quiere la socialización de un gobierno capitalista –expresión histórica de una economía liberal y una filosofía individualista cuyo postulado cardinal es la libre concurrencia– más bien que de un gobierno socialista, porque en este último caso le parecería sospechosa de sectarismo y principismo. La especulación teórica lo lleva, sin que se dé cuenta, *a fare i conti senza l'oste*, como se dice en italiano. El *oste* es aquí el Estado capitalista.

El problema está, nos dice, en convencer al país de la conveniencia pública de nacionalizar las minas. Bien. Pero en convencer al país de esto, no tienen interés alguno los capitalistas. Los únicos que, por razones de ideal, de interés, etc., se esfuerzan por lograrlo son los laboristas. Sólo con ellos –o sea con el socialismo–, llegaría al Gobierno una fuerza convencida y decidida a actuar la nacionalización. Falcón apela a la opinión, al país. Pero la opinión, el país, se organizan y manifiestan en partidos, vale decir en programas y teorías. Las últimas elecciones dieron la mayoría al Partido Conservador que, como es evidente, no tiene ninguna intención de socializar las minas porque –Falcón lo confirma– “ninguno de sus principios lo predispone” a este acto.

VOTO EN CONTRA¹⁰¹

Tenemos una vez más a la Universidad de Lima bajo el rectorado “civilista”¹⁰². Registramos el hecho sin sorpresa. La universidad sigue siendo el latifundio intelectual del “civilismo”, esto es, de la plutocracia conservadora y tradicional. La dictadura ideológica de esta casta se halla en quiebra. Hoy se puede pensar en el Perú, con vasta influencia en la opinión, contra y a pesar de sus desvaídos jefes. El *index* civilista ya no proscribe ni sofoca a nadie. La gente, fatigada de una mediocre retórica y una ramplona erudición, se aleja de las tribunas oficiales de la inteligencia para acercarse a las tribunas libres. Pero en la universidad mantiene todavía sus posiciones la maltrecha clientela intelectual del “civilismo”.

En una época en que contra esta dictadura ideológica hoy en falencia no se levantaba sino la protesta solitaria de uno que otro gran rebelde, la elección del doctor J. Matías Manzanilla como Rector de la Universidad de

101 Publicado en *Amauta*, N° 7, Año II, pág. 1, Lima, marzo de 1927

102 El civilismo fue una corriente política peruana que representó, durante un largo período de la historia republicana, los intereses de la alianza entre la naciente y débil burguesía y el poder latifundista feudal. Se organizó en el Partido Civil, a mediados del siglo XIX luego del período del caudillaje militar que siguió a la Independencia. En su seno se desarrolló la polémica entre Liberales y Conservadores pero en la práctica dicha polémica no afectó de manera real las estructuras económicas y sociales del país (ver de esta misma biblioteca el Tomo II: 7 *ensayos de interpretación de la realidad peruana*). Hacia inicios del siglo XX, con la modernización capitalista del país y habiendo entrado en la escena política de manera autónoma, las organizaciones populares obreras y campesinas, el Partido Civil y el civilismo entran en franca decadencia hasta desaparecer hacia la década de los años 30. (N.de los E.).

Lima habría aparecido ratificada por la unanimidad más uno de la prensa y la opinión. Ahora es otra cosa. Desde esta tribuna libre, somos muchos los intelectuales que dejamos constancia explícita de nuestro voto en contra. No tachamos, personalmente, al doctor Manzanilla por ser el doctor Manzanilla. En el estado mayor de la “inteligencia” civilista, el doctor Manzanilla es uno de los hombres más destacados y más conspicuos. Tachamos la mentalidad, el espíritu, la oligarquía que representa, –quizá si un poco mal de su grado–, por no haberse decidido nunca a repudiarlas.

El doctor Manzanilla puede tener muchos méritos como jurisconsulto y gentilhombre. No se los regateamos ni objetamos, porque lo único que nos importa es su posición ideológica y su actitud magistral. La primera no puede ser atenuada ni salvada por la obra de legislación del trabajo efectuada por el doctor Manzanilla como parlamentario, ni por sus vagas coqueterías con un socialismo indefinido y gaseoso. La segunda lo priva, más categóricamente aún, del derecho al voto de la nueva generación. En la Universidad Mayor de San Marcos, el doctor Manzanilla no ha sido nunca un maestro; no ha sido sino un profesor. Y, como profesor, como catedrático de Economía Política, tiene la grave responsabilidad de no habernos dado hasta ahora un estudio sobre la economía peruana con algún valor de interpretación económica de nuestra historia. Es un profesor y un político que ha gastado casi todo su ingenio no en formular su pensamiento sino en escamotearlo.

Tiempos de sedante apogeo civilista no habrían negado nada a su apoteosis universitaria. Hoy un grupo de intelectuales revolucionarios le disputamos y le contestamos el voto de la juventud.

SOBRE AMAUTA

PRESENTACIÓN DE *Amauta*¹⁰³

Esta revista, en el campo intelectual, no representa un grupo. Representa más bien, un movimiento, un espíritu. En el Perú se siente desde hace algún tiempo una corriente, cada día más vigorosa y definida de renovación. A los autores de esta renovación se les llama vanguardistas, socialistas, revolucionarios, etc. La historia no los ha bautizado definitivamente todavía. Existen entre ellos algunas discrepancias formales, algunas diferencias psicológicas. Pero por encima de lo que los diferencia, todos estos espíritus ponen lo que los aproxima y mancomuna: su voluntad de crear un Perú nuevo dentro del mundo nuevo. La inteligencia, la coordinación de los más volitivos de estos elementos, progresan gradualmente. El movimiento –intelectual y espiritual– adquiere poco a poco organicidad. Con la aparición de *Amauta* entra en una fase de definición.

Amauta ha tenido un proceso normal de gestación. No nace de súbito por determinación exclusivamente mía. Yo vine de Europa con el propósito de fundar una revista. Dolorosas vicisitudes personales no me permitieron cumplirlo. Pero este tiempo no ha trascurrido en balde. Mi esfuerzo se ha articulado con el de otros intelectuales y artistas que piensan y sienten parecidamente a mí. Hace dos años, esta revista habría sido una voz un tanto personal. Ahora es la voz de un movimiento y de una generación.

103 Editorial de *Amauta*, N° 1, Año I Lima, septiembre de 1926.

El primer resultado que los escritores de *Amauta* nos proponemos obtener es el de acordarnos y conocernos mejor nosotros mismos. El trabajo de la revista nos solidarizará más. Al mismo tiempo que atraerá a otros buenos elementos, alejará a algunos fluctuantes y desganados que por ahora coquetean con el vanguardismo, pero que apenas éste les demande un sacrificio, se apresurarán a dejarlo. *Amauta* cribará a los hombres de la vanguardia –militantes y simpatizantes– hasta separar la paja del grano. Producirá o precipitará un fenómeno de polarización y concentración.

No hace falta declarar expresamente que *Amauta* no es una tribuna libre, abierta a todos los vientos del espíritu. Los que fundamos esta revista no concebimos una cultura y un arte agnósticos. Nos sentimos una fuerza beligerante, polémica. No le hacemos ninguna concesión al criterio generalmente falaz de la tolerancia de las ideas. Para nosotros hay ideas buenas e ideas malas. En el prólogo de mi libro *La escena contemporánea*, escribí que soy un hombre con una filiación y una fe. Lo mismo puedo decir de esta revista, que rechaza todo lo que es contrario a su ideología así como todo lo que no traduce ideología alguna.

Para presentar *Amauta*, están de más las palabras solemnes. Quiero proscribir de esta revista la retórica. Me parecen absolutamente inútiles los programas. El Perú es un país de rótulos y de etiquetas. Hagamos al fin alguna cosa con contenido, vale decir con espíritu. *Amauta* por otra parte no tiene necesidad de un programa; tiene necesidad tan sólo de un destino, de un objeto.

El título preocupará probablemente a algunos. Esto se deberá a la importancia excesiva, fundamental, que tiene entre nosotros el rótulo. No se mire en este caso a la acepción estricta de la palabra. El título no traduce sino nuestra adhesión a la raza, no refleja sino nuestro homenaje al incaísmo. Pero específicamente la palabra “Amauta” adquiere con esta revista una nueva acepción. La vamos a crear otra vez.

El objeto de esta revista es el de plantear, esclarecer y conocer los problemas peruanos desde puntos de vista doctrinarios y científicos. Pero consideraremos siempre al Perú dentro del panorama del mundo. Estudiaremos todos los grandes movimientos de renovación políticos, filosóficos, artísticos, literarios, científicos. Todo lo humano es nuestro.

Esta revista vinculará a los hombres nuevos del Perú, primero con los de los otros pueblos de América, en seguida con los de los otros pueblos del mundo.

Nada más agregaré. Habrá que ser muy poco perspicaz para no darse cuenta de que al Perú le nace en este momento una revista histórica.

SEGUNDO ACTO¹⁰⁴

Todos los lectores de *Amauta* están enterados de las razones por las cuales nuestra revista ha dejado de publicarse desde junio hasta hoy¹⁰⁵. No nos detendremos en la consideraciones de un incidente que en pocos meses se ha quedado ya atrás en nuestra ruta. Un hecho nuevo nos reclama íntegramente: la reaparición de *Amauta*. Nos interesa la meta más que el camino y queremos suprimir las palabras inútiles. La temporal clausura de *Amauta* pertenece a su biografía más propiamente que a su vida. El trabajo intelectual, cuando no es metafísico sino dialéctico, vale decir histórico, tiene sus riesgos. ¿Para quién no es evidente, en el mundo contemporáneo, un nuevo género de accidente del trabajo?

La vida de las clásicas “oposiciones” criollas era sólo una serie de dramáticas protestas. La protesta, primero por abuso, enseguida por desuso, está hoy en el Perú desacreditada. Escondía, en el fondo, cierta insolvencia ideológica que necesitaba, como la insolvencia artística del teatro malo, disimularse con la bravata, la intriga y el “latiguillo”. Donde antes se ponía declamación, hay que poner ahora pensamiento. Después de todo, es una ganancia. La palabra se contentaba con un servicio anecdótico: requiere ahora calidad histórica. Ganaremos en ideas-gérmenes, en ideas-valores, lo que perdamos en artículos de fondo y en frases lapidarias. Si esto, en nuestro caso, pudiese ser pérdida.

104 Editorial de *Amauta*, N° 10, Lima, diciembre de 1927.

105 Ver el Anexo al presente capítulo.

No es ésta una resurrección. *Amauta* no podía morir. Habría siempre resucitado al tercer día. No ha vivido nunca tanto, dentro y fuera del Perú, como en estos meses de silencio. La hemos sentido defendida por los mejores espíritus de Hispanoamérica.

Desde las páginas del periódico que Eugenio D'Ors ha llamado "una institución del Espíritu", he agradecido los magníficos testimonios de solidaridad de los intelectuales argentinos y uruguayos, del grupo mino-ritario cubano, de García Monge y su *Repertorio americano*¹⁰⁶, etc. Y, en su oportunidad, desmentí, en una carta a la prensa de Lima y otra a la prensa latinoamericana, las acusaciones lanzadas contra *Amauta* y sus redactores.

No tengo casi otra cosa que decir en esta nota de reaparición o continuación, sino que reitero mi reconocimiento a los que, en el Perú y en América, han alentado mi fe y sostenido mi esperanza. Lo demás, lo saben los lectores. Suprimamos, repito, las palabras inútiles.

106 *Repertorio Americano* fue una revista cultural editada entre 1919 y 1958 por Joaquín García Monge. Su nombre hace referencia al *Repertorio* fundado en Londres por Andrés Bello, hacia 1826. De orientación americanista, constituyó un espacio de encuentro y discusión internacional de gran relevancia (N. de los E.).

ANIVERSARIO Y BALANCE¹⁰⁷

Amauta llega con este número a su segundo cumpleaños. Estuvo a punto de naufragar al noveno número, antes del primer aniversario. La admonición de Unamuno –“revista que envejece, degenera”– habría sido el epitafio de una obra resonante pero efímera. Pero *Amauta* no había nacido para quedarse en episodio, sino para ser historia y para hacerla. Si la historia es creación de los hombres y las ideas podemos encarar con esperanza el porvenir. De hombres y de ideas, es nuestra fuerza.

La primera obligación de toda obra del género de la que *Amauta* se ha impuesto es ésta: durar. La historia es duración. No vale el grito aislado, por muy largo que sea su eco; vale la prédica constante, continua, persistente. No vale la idea perfecta, absoluta, abstracta, indiferente a los hechos, a la realidad cambiante y móvil; vale la idea germinal, concreta, dialéctica, operante, rica en potencia y capaz de movimiento. *Amauta* no es una diversión ni un juego de intelectuales puros: profesa una idea histórica, confiesa una fe activa y multitudinaria, obedece a un movimiento social contemporáneo. En la lucha entre dos sistemas, entre dos ideas, no se nos ocurre sentirnos espectadores ni inventar un tercer término. La originalidad a ultranza, es una preocupación literaria y anárquica. En nuestra bandera, inscribimos esta sola, sencilla y grande palabra: Socialismo. (Con este lema afirmamos nuestra absoluta independencia frente a la idea de un Partido Nacionalista, pequeño burgués y demagógico).

107 Editorial de *Amauta*, N° 17, año II, Lima, septiembre de 1928.

Hemos querido que *Amauta* tuviese un desarrollo orgánico, autónomo, individual, nacional. Por esto, empezamos por buscar su título en la tradición peruana. *Amauta* no debía ser un plagio, ni una traducción. Tomábamos una palabra inkaica para crearla de nuevo. Para que el Perú indio, la América indígena, sintieran que esta revista era suya. Y presentamos a *Amauta* como la voz de un movimiento y de una generación. *Amauta* ha sido en estos dos años, una revista de definición ideológica, que ha recogido en sus páginas las proposiciones de cuantos, con título de sinceridad y competencia, han querido hablar a nombre de esta generación y de este movimiento.

El trabajo de definición ideológica nos parece cumplido. En todo caso, hemos oído ya las opiniones categóricas y solícitas en expresarse. Todo debate se abre para los que opinan, no para los que callan. La primera jornada de *Amauta* ha concluido. En la segunda jornada, no necesita ya llamarse revista de la "nueva generación", de la "vanguardia", de las "izquierdas". Para ser fiel a la Revolución, le basta ser una revista socialista.

"Nueva generación", "nuevo espíritu", "nueva sensibilidad"; todos estos términos han envejecido. Lo mismo hay que decir de estos otros rótulos: "vanguardia", "izquierda", "renovación". Fueron nuevos y buenos en su hora. Nos hemos servido de ellos para establecer demarcaciones provisionales, por razones contingentes de topografía y orientación. Hoy resultan ya demasiado genéricos y anfibiológicos. Bajo estos rótulos, empiezan a pasar gruesos contrabandos. La nueva generación no será efectivamente nueva sino en la medida en que sepa ser, en fin, adulta, creadora.

La misma palabra Revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituirlle su sentido estricto y cabal. La revolución latinoamericana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente, la revolución socialista. A esta palabra, agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: "antiimperialista", "agrarista", "nacionalista-revolucionaria". El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos.

A Norteamérica capitalista, plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América Latina o ibera, socialista. La época de la libre concurrencia en la economía capitalista, ha terminado en todos los

campos y todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retraso a la competencia capitalista. Los primeros puestos están ya definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es de simples colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritus, no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona materialista y una América Latina idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos estos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya –no ha obrado nunca– útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulacros de ideologías y hagamos las cuentas, seria y francamente, con la realidad.

El socialismo no es, ciertamente, una doctrina indoamericana. Pero ninguna doctrina, ningún sistema contemporáneo lo es ni puede serlo. Y el socialismo, aunque haya nacido en Europa, como el capitalismo, no es tampoco específico ni particularmente europeo. Es un movimiento mundial, al cual no se sustraen ninguno de los países que se mueven dentro de la órbita de la civilización occidental. Esta civilización conduce, con una fuerza y unos medios de que ninguna civilización dispuso, a la universalidad. Indoamérica, en este orden mundial puede y debe tener individualidad y estilo; pero no una cultura ni un sino particulares. Hace cien años, debimos nuestra Independencia como naciones al ritmo de la historia de Occidente, que desde la colonización nos impuso ineluctablemente su compás. Libertad, Democracia, Parlamento, Soberanía del Pueblo, todas las grandes palabras que pronunciaron nuestros hombres de entonces, procedían del repertorio europeo. La historia, sin embargo, no mide la grandeza de esos hombres por la originalidad de estas ideas, sino por la eficacia y genio con que las sirvieron. Y los pueblos que más adelante marchan en el continente son aquellos donde arraigaron mejor y más pronto. La interdependencia, la solidaridad, de los pueblos y de los continentes, eran sin embargo, en aquel tiempo, mucho menores que en éste. El socialismo, en fin, está en la tradición americana. La más avanzada organización comunista, primitiva que registra la historia, es la inkaica.

No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra

propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva.

En Europa, la degeneración parlamentaria y reformista del socialismo ha impuesto, después de la guerra, designaciones específicas. En los pueblos donde ese fenómeno no se ha producido, porque el socialismo aparece recién en su proceso histórico, la vieja y grande palabra conserva intacta su grandeza. La guardará también en la historia, mañana, cuando las necesidades contingentes y convencionales de demarcación que hoy distinguen prácticas y métodos, hayan desaparecido.

Capitalismo o socialismo. Este es el problema de nuestra época. No nos anticipamos a las síntesis, a las transacciones que sólo pueden operarse en la historia. Pensamos y sentimos como Gobetti que la historia es un reformismo mas a condición de que los revolucionarios operen como tales. Marx, Sorel, Lenin, he ahí los hombres que hacen la historia.

Es posible que muchos artistas e intelectuales apunten que acatamos absolutamente la autoridad de maestros irremisiblemente comprendidos en el proceso por *la trahison des clercs*. Confesamos sin escrúpulo, que nos sentimos en los dominios de lo temporal, de lo histórico, y que no tenemos ninguna intención de abandonarlos. Dejemos con sus cuitas estériles y sus lacrimosas metafísicas, a los espíritus incapaces de aceptar y comprender su época. El materialismo socialista encierra todas las posibilidades de ascensión espiritual, ética y filosófica. Y nunca nos sentimos más rabiosa y eficaz y religiosamente idealistas que al asentar bien la idea y los pies en la materia.

ANEXO

Nota de los editores del volumen *Ideología y política* N° 13 de las *Obras completas*

Sobre el “complot” comunista de junio de 1927 que ocasionó, entre otros atropellos, la clausura de *Amauta*, –cuya reaparición comenta este editorial–, reproducimos del Tomo II de la obra de Ricardo Martínez de la Torre la crónica del suceso y el texto de las cartas escritas por José Carlos Mariátegui:

En los primeros días de junio de ese año apareció el N° 9 de *Amauta*, dedicado a la acción contra el imperialismo. Como todos los artículos estaban dentro de una línea de enjuiciamiento de la penetración yanqui en nuestro país y en el resto de América, la embajada de los Estados Unidos presionó al gobierno de Leguía, para que suspendiera la revista y persiguiera a sus redactores y colaboradores.

Para poder “legalizar” este atropello, Leguía y sus polizontes inventaron un “complot” comunista. La policía allanó el local de la Federación Gráfica en la que funcionaba la comisión de la Imprenta Obrera “Claridad” y con una cuantas cartas de desterrados fabricó la conspiración.

El viernes 8 de junio de 1927 los órganos de prensa daban cuenta del “complot”, reproduciendo las cartas y documentos suministrados desde el Ministerio de Gobierno. Fue en esta ocasión que se habló en el Perú,

por primera vez, de “comunistas criollos”. “Comunistas criollos” fue, pues, clasificación de las derechas, desde 1927, contra Mariátegui y contra el movimiento obrero revolucionario peruano.

La invención del “complot” permitió al gobierno de Leguía intensificar la persecución de los elementos más o menos revolucionarios que quedaban. Le permitió también clausurar *Amauta*, satisfaciendo así las exigencias de la embajada de los Estados Unidos. Mariátegui fue reducido a prisión y confinado, en vista de su mal estado de salud, al Hospital Militar de San Bartolomé. Desde allí, con fecha con 10, dirigió una carta al diario *La Prensa*, en que señalaba la falsedad de la acusación:

No es, absolutamente, mi intención polemizar con las autoridades de policía respecto del llamado “complot comunista” que aseveran haber descubierto pero sí quiero rectificar sin tardanza las afirmaciones que me conciernen de la versión policial acogida por el diario que Ud. dirige. En respuesta a los cargos que tan imprecisamente se me hacen, me limitaré a las siguientes, concretas y precisas declaraciones:

*1º-Acepto íntegramente la responsabilidad de mis ideas expresadas claramente en mis artículos de las revistas nacionales o extranjeras en que colaboro o de la revista *Amauta*, fundada por mí en septiembre último, con fines categóricamente declarados en su presentación; pero rechazo en modo absoluto las acusaciones que me atribuyen participación en un plan o complot folletinesco de subversión.*

2º- Remito a mis acusadores a mis propios escritos públicos o privados, de ninguno de los cuales resulta que yo, marxista convicto y confeso, –y como tal, lejano de utopismos en la teoría y en la práctica– me entreteenga en confabulaciones absurdas, como aquella que la policía pretende haber sorprendido y que tampoco aparece probada por ninguno de los documentos publicados.

3º- Desmiento terminantemente mi supuesta conexión con la central comunista de Rusia (o cualquiera otra de Europa o América); y afirmo que no existe documento auténtico alguno que pruebe esta conexión. (Recordaré a propósito que cuando se dio cuenta de los resultados del registro de la oficina rusa en Londres, se anunció que no se había encontrado, entre las direcciones o datos de corresponsales de América, ninguno relativo al Perú).

4º- La revista Amauta –revista de definición ideológica de la nueva generación– ha recibido mensajes de solidaridad y aplauso de intelectuales como Gabriela Mistral, Alfredo Palacios, Eduardo Dieste, José Vasconcelos, Manuel Ugarte, Emilio Frugoni, Herwarth Walden, F. T. Marinetti, Joaquín García Monge, Waldo Frank, Enrique Molina, Miguel de Unamuno y otros de renombre mundial o hispánico que no militan en el comunismo.

5º- Tengo segura noticia de que la reunión sorprendida por la policía en el local de la Federación Gráfica, ha sido una reunión de la Editorial Obrera Claridad que nada tenía de ilícita ni clandestina. Las citaciones respectivas se publicaban en los diarios.

No rehúyo ni atenuo mi responsabilidad. Las de mis opiniones las acepto con orgullo. Pero creo que las opiniones no están, conforme a la ley, sujetas al contralor y menos a la función de la policía ni de los tribunales.

Dos méritos me han sido siempre generalmente reconocidos: un poco de inteligencia y sinceridad en mis convicciones. La Prensa, comentando mi libro La escena contemporánea, reconoció generosamente en este libro, que señala mi posición ideológica, una y otra cosa. Tengo, pues, algún derecho a que se me escuche y crea una afirmación que está en rigurosa coherencia con mi actitud y mi doctrina: la de que soy extraño a todo género de complots criollos de los que aquí puede producir todavía la vieja tradición de las “conspiraciones”. La palabra revolución tiene otra acepción y otro sentido.

Espero de su lealtad periodística la publicación de esta carta y me suscribo de usted muy atto. S.S.

Las afirmaciones de Mariátegui eran, en esos momentos, exactas. Aún no se había organizado el movimiento peruano. Se ingresaba en los comienzos de la campaña de esclarecimiento ideológico. El debate con Haya de la Torre estaba en sus comienzos. Desde luego, la carta de Mariátegui, al ser publicada desinfló todo lo que con tanto cuidado había preparado el ministro de Gobierno; queriéndolo hacer tragar al público, pretendiendo justificar la clausura de *Amauta*, de conformidad con la orden recibida del embajador americano.

En *La Correspondencia Sudamericana*, (Nº 29, del 15 de agosto de 1927, Buenos Aires), Mariátegui publicó una carta destinada a desmentir la noticia propagada por las agencias cablegráficas yanquis:

Estimado compañero:

Tengo el deber de protestar ante la opinión latinoamericana contra las falsas acusaciones lanzadas por la policía de Lima contra los intelectuales y obreros de vanguardia del Perú, para explicar su persecución. Estas acusaciones, recogidas sin ninguna crítica por la mayoría de los correspondentes, han sido propagadas por la gran prensa. En el Perú ha circulado sin más réplica que una carta mía, por encontrarse, como es notorio, toda la prensa, bajo el contralor o la censura del Gobierno. En esta ocasión, además, el ministro de Gobierno, llamó a su despacho a los periodistas para comunicarles dramáticamente el peligro que había corrido el Estado, la sociedad, etc., de ser intempestivamente barridos por una súbita, marejada comunista. Y el decano de la prensa de Lima El Comercio, órgano de la clase conservadora, que pasa por silencioso adversario del gobierno, coreó con estúpida gravedad la versión policial del "descubrimiento de un complot".

Aunque no es probable que la parte más avisada y consciente del público latinoamericano haya concedido el menor crédito a esta mentira, conviene, por la difusión que le han dado las agencias y los diarios –generalmente sin ninguna juiciosa reserva– oponerles el más categórico desmentido.

En el Perú no se ha descubierto ninguna conspiración comunista. La policía no ha podido apoyar sus enfáticas aseveraciones en ninguna prueba seria. Los documentos publicados consisten en cartas cambiadas entre, estudiantes desterrados y obreros de Lima, que no contienen más que la reafirmación de ideas fervorosamente profesadas y la enunciación de propósitos de propaganda. La reunión sorprendida por la policía fue una sesión ordinaria de la Editorial Obrera Claridad, para la cual se había citado por la prensa. En esta sesión, en la que se arrestó a cuatro estudiantes y a algunos obreros, en su mayor parte gráficos, se trataba sobre la adquisición de una pequeña imprenta. La policía extrajo violentamente de sus domicilios, la misma noche, a los más conocidos organizadores obreros, tanto para paralizar una segura protesta como para

dar mayor volumen a su pesquisa. La versión oficial presentaba a todos los presos como concurrentes a una reunión clandestina. Entre ellos se contaban, sin embargo, personas que no trabajaban absolutamente en la Editorial Claridad como el escritor Jorge Basadre, responsable sólo de un estudio sobre la penetración económica de los Estados Unidos en Centro y Sudamérica, y particularmente, en el Perú.

El balance de la represión es el siguiente: reclusión en la isla San Lorenzo de cuarenta ciudadanos, entre escritores, intelectuales y obreros; clausura de la revista Amauta, órgano de los intelectuales y artistas de vanguardia; deportación de los poetas Magda Portal y Serafín Delmar a La Habana; acusaciones y vejámenes a la poetisa uruguaya Blanca Luz Brum, viuda del gran poeta peruano Juan Parra del Riego; cierre por una semana de los talleres y oficinas de la Editorial Minerva; prisión mía en el Hospital Militar donde permanecí seis días, al cabo de los cuales se me devolvió a mi domicilio con la notificación de que quedaba bajo la vigilancia de la policía.

El pretexto del “complot comunista” –no obstante la unánime aceptación que ha merecido de la prensa limeña, incondicionalmente a órdenes del ministro de Gobierno– a la mayor parte del público le parece aquí grotesco. La batida policial ha estado exclusivamente dirigida contra la organización obrera, contra la campaña antiimperialista, contra el movimiento del APRA y contra la revista Amauta, cada día más propagada en el Perú. Se denuncia al APRA como una organización comunista, cuando se sabe bien que es una organización antiimperialista latinoamericana, cuyo programa se condensa en estos tres puntos: “Contra el imperialismo yanqui, por la unidad política de América Latina, para la realización de la justicia social”.

Usted, estimado compañero, conoce a Amauta. Apelo a su testimonio para rechazar y condenar las acusaciones con que se pretende justificar la clausura de esta revista, que representa un movimiento ideológico no sólo peruano sino continental. Invoco el juicio de los intelectuales honrados. De muchos he recibido ya generosamente demostraciones de solidaridad que me honran y alientan.

Ruego a usted, estimado compañero, la publicación de estas líneas y me suscribo de usted muy devotamente.

El lado positivo de este *bluff* fue el que despertó en las masas obreras un verdadero interés por el comunismo.

En diciembre del mismo año reapareció *Amauta*. Leguía lo permitió ante la decisión de Mariátegui y Martínez de la Torre, quien en su calidad de gerente la editaba, de trasladarse a Buenos Aires para continuar allí su publicación.

(*Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú*, Tomo II, Capítulo Sexto: "De la Reforma Universitaria al Partido Socialista", págs. 273 a 276).

SOBRE LABOR

PRESENTACIÓN DE *Labor*¹⁰⁸

El grupo redactor de este periódico adhiere a la moderna tendencia periodística el ahorro y la modestia en las palabras de presentación. *Labor*, además, no necesita un programa especial. Es una extensión de la obra de *Amauta* y sus ediciones. Aspira a ser un periódico de gran difusión.

Su publicación obedece a instancias de muchos de nuestros amigos de Lima y provincias que quieren que nuestra obra cultural penetre en capas más extensas del público. Para satisfacer este anhelo no basta la revista. Damos, por esto, vida a un periódico.

Por ahora, *Labor* constará sólo de 8 páginas. Pero, tan luego como su tiraje y publicidad lo consientan, daremos 12 páginas.

108 *Labor*, “quincenario de información e ideas” apareció por primera vez el 10 de noviembre de 1928, con esta breve presentación. Definido como órgano periodístico de clase, fue un intento serio de dotar al proletariado peruano de un medio de prensa informativo y de combate, del que hasta entonces carecía. Las dificultades de su economía y las resistencias derivadas de su beligerancia política y sindical, conspiraron contra su existencia. Apareció regularmente de noviembre de 1928 a febrero de 1929 (del N° 1 al 7). Reapareció el N° 8 el 1º de mayo de 1929; el 1º de agosto apareció en forma de Boletín, y se reanudó su edición a partir del N° 9, el 18 de agosto de ese año. El N° 10, del 7 de septiembre de 1929, fue el último en publicarse y distribuirse. Estando ya preparado el N° 11, organizada sobre bases más firmes su economía, la acción represiva del gobierno de entonces determinó su interdicción.

Labor¹⁰⁹

Labor reaparece hoy, 1º de mayo, después de dos meses de activas gestiones por reorganizar su economía sobre bases sólidas. Esas gestiones no están concluidas: no hemos asegurado todavía a *Labor*, por medio de sus agencias en la República, los recursos puntuales que necesita obtener de su circulación para publicarse regularmente. Pero no hemos querido resignarnos a su ausencia este 1º de mayo. Su reaparición, en esta fecha, es un augurio y un programa.

Que *Labor* continúe publicándose quincenalmente, que con su periodicidad responda mejor a su carácter de órgano de información e ideas, depende exclusivamente del celo de nuestros amigos y simpatizantes de la capital, El Callao y provincias. La vida de este periódico de los trabajadores manuales e intelectuales ha sufrido una interrupción, por la poca solicitud de buena parte de sus agentes en el envío de sus remesas. Esperamos que estos agentes, al recibo del presente número, nos giren sin tardanza su deuda hasta el N° 7. Este será el mejor modo de acreditarnos su deseo de que *Labor* siga saliendo.

Invitamos a las federaciones, sindicatos y grupos de fábrica a suscribirse a cantidades fijas de cada número. *Labor*, quiere y debe ser el órgano de sus reclamaciones, de sus intereses, al mismo tiempo que de sus ideales. Ponemos a disposición de nuestros amigos, colecciones de los números 1 a 7.

109 Nota de presentación al N° 8 de *Labor*, Lima, 1º de mayo de 1929.

***Labor* CONTINÚA¹¹⁰**

Conforme lo anunciamos en nuestro boletín del 1º de agosto, *Labor* reanuda con este número su publicación regular como quincenario. Los ocho números de este periódico aparecidos hasta el 1º de mayo, han servido para vincularlo fuertemente con las masas obreras. Del esfuerzo que este público activamente simpatizante realice a favor de nuestro quincenario, depende absolutamente su existencia y su desarrollo. *Labor* se transformará en un semanario apenas su economía se lo consienta. Para esto no necesitamos sino que todos nuestros agentes sean solícitos y exactos en el envío de sus remesas, que todas las organizaciones obreras se suscriban a una cantidad fija de ejemplares y que todos nuestros lectores nos ayuden en la difusión del periódico, reclutándonos subscriptores, pidiéndolo en los puestos, haciéndolo conocer por sus amigos. Necesitamos alcanzar un tiraje estable de 6.000 ejemplares, íntegramente absorbidos en la República e inmediatamente pagados. Cuando nuestra circulación alcance esta cifra, estaremos en condición de considerar una de estas dos medidas: reducir el precio del periódico a 5 centavos conservando su formato y número de páginas o aumentar éste y mejorar su presentación y contenido. El público de *Labor* será el que decida cuál de estas medidas debe ser preferida. Desde ahora abrimos, al respecto, una encuesta entre nuestros amigos y simpatizantes.

110 Publicado en *Labor*, N° 9, pág. 1, Lima, 18 de agosto de 1929.

Labor representa los intereses y las aspiraciones de toda la clase productora: obreros de la industria y los transportes, trabajadores agrícolas, mineros, comunidades indígenas, maestros, empleados, etc. No es un órgano de categoría o de grupo, sino un órgano de clase. Los intelectuales y estudiantes, adheridos sin prejuicios ni reservas al proletariado, tienen aquí su tribuna. El movimiento de los trabajadores de la enseñanza por la renovación de la escuela, cuenta con esta hoja para sus reivindicaciones. La defensa de la ley del empleado, de los derechos e intereses de esta categoría de trabajadores, dispone igualmente de las columnas de *Labor*. Un periódico dirigido a un público tan extenso y seguro, descansa sobre bases sólidas. No habría excusa para el fracaso de *Labor*. Si este periódico no se desarrolla, si asegurada su publicación como quincenario no se convierte a breve plazo en semanario, si no llega en cantidad suficiente a todos los centros de trabajo, tiene que ser por defectos de organización administrativa, de confección y orientación periodísticas, o de solidaridad y concurso de los llamados a sostenerlo. En lo que concierne a nuestras propias faltas, a nuestras propias omisiones, nada nos preocupará tanto como rectificarlas. Para esto, es indispensable que nuestros lectores nos escriban. *Labor* debe estar en constante comunicación con su público, conocer lo que piensa, de la forma como absuelve, en cada caso, su misión.

No habíamos pensado, al principio, en servicio de suscripciones. Razones de simplificación del trabajo administrativo, nos aconsejaban organizar la circulación de *Labor* sobre la base exclusiva de la venta de números sueltos. Pero, algunos amigos entusiastas se ofrecen a ayudarnos en la atención de este servicio. Las suscripciones representan no sólo una base estable de difusión, sino también un adelanto de los lectores para que la administración del periódico pueda atender a los gastos de los primeros números, en tanto que se regularizan las remesas de agentes y paqueteros. Abrimos, desde este número, un servicio de suscripciones, haciendo un llamamiento a todos nuestros lectores asiduos para que se suscriban y hagan suscribirse a sus amigos. El precio de la suscripción anual es de S/. 2,20 y el de la suscripción semestral de S/. 1,20. Solicítense las suscripciones, adjuntando su importe, a la

administración de *Labor*, departamento de suscripciones. Washington izquierda, 544-970, casilla 2107.

Labor INTERDICTA¹¹¹

Pronto ya para su impresión el N° 11 de nuestro quincenario *Labor*, cuya aparición regular habíamos reanudado a mediados de agosto con el N° 9, saludado con vivísima simpatía por las clases trabajadoras, recibimos la inesperada notificación de que su publicación quedaba terminantemente prohibida por el Gobierno. Nuestro director José Carlos Mariátegui, reclamó contra esta medida al ministro de Gobierno y presidente del Consejo doctor Huamán de los Heros por medio de la carta que reproducimos y que no ha tenido hasta hoy respuesta escrita. El Presidente de la Asociación Nacional de Periodistas, en atención a una carta nuestra, que también transcribimos, se entrevistó con el doctor Huamán de los Heros, quien le declaró que no le era posible acceder a su gestión. Conocemos por esta vía la resolución del Jefe del Ministerio.¹¹²

Pero insistimos en suponerla momentánea, determinada por consideraciones contingentes. *Labor* había dejado, poco a poco, de ser un periódico de la Sociedad Editora Amauta para convertirse en un órgano del proletariado y de las comunidades campesinas. Y bien, los sindicatos obreros y las comunidades indígenas amparan nuestra demanda. Muchos de ellos se han dirigido ya al Ministerio de Gobierno solicitando la reconsideración de la orden dictada contra *Labor*.

111 Publicado en *Amauta*, N° 26, págs. 92-94, en la sección “Notas” de “Panorama móvil”. Lima, septiembre de 1929.

112 Ver el Anexo al presente capítulo.

Del mismo modo que, suprimida *Amauta* en junio de 1927, no renunciamos a seguirla publicando, nos negamos a aceptar que una medida de policía cause la desaparición definitiva de *Labor*. Reivindicamos absolutamente nuestro derecho a mantener esta tribuna de defensa de los derechos de las clases trabajadoras.

Es absurdo buscar alguna relación entre los intereses de clase a que las campañas de *Labor* obedecen y los complots que puede haber descubierto la policía: La más elemental investigación tiene que establecer plenamente lo artifioso y arbitrario de semejante suposición. Estamos seguros de que sólo puede creerse en ella como pretexto para suprimir un órgano del proletariado.

Pero una de las voces de orden del proletariado sindical en su nueva etapa es, conforme al reciente manifiesto de la Confederación General de Trabajadores del Perú, la defensa de la libertad de prensa, de asociación y de reunión para los obreros. Otros grupos o facciones, pueden abdicar estos derechos. El proletariado, con conciencia clasista, no. *Labor* está amparada y justificada por la solidaridad de las organizaciones obreras y campesinas.

Con nuestra protesta por la clausura de *Labor*, queremos que conste nuestra protesta por la prisión de uno de sus colaboradores, Juan Jacinto Paiva, confinado en la isla de San Lorenzo desde principios de septiembre. A Paiva no se le puede acusar de nada que no sea su adhesión incondicional a la causa del proletariado. Procede del grupo de intelectuales peruanos que en París, liquidando el experimento aprista y sus nebulosos vaniloquios pequeño burgueses, se ha constituido como centro marxista. Después de cuatro años de estudios en París, había regresado al Perú y, con ejemplar humildad no había vacilado, no obstante su preparación y condiciones intelectuales, en aceptar para ganarse el pan las más modestas faenas. La prisión es, en su historia de militante del socialismo, un accidente que sólo podrá fortalecerlo y afirmarlo en sus convicciones sociales y en su decisión de servirlas a costa de cualquier sacrificio.

ANEXO

Nota de los editores del volumen *Ideología y política* N° 13 de las *Obras completas*.

Insertamos a continuación las cartas que José Carlos Mariátegui envió al ministro de Gobierno y presidente del Consejo de Ministros Dr. Huamán de los Heros y al Presidente de la Asociación Nacional de Periodistas, a que se refiere en el artículo “*Labor* interdicta”.

1.

Lima, 18 de septiembre de 1929.

Señor doctor Benjamín Huamán de los Heros, presidente del Consejo de Ministros y ministro de Gobierno.

Ciudad.

S. M.:

He sido notificado, como director de *Labor*, por el Inspector General de Investigaciones, de que la publicación de este quincenario de información e ideas queda terminantemente prohibida; y, al mismo tiempo, me llega noticia de que algunos vendedores han sido molestados y amenazados por los agentes de policía por exhibir *Labor* en sus puestos y de que a algunos les han sido quitados los ejemplares que expendían, como lo comprueba el vale adjunto del agente Carbonel, por cuatro ejemplares.

Me resisto a creer que esta orden de supresión de un periódico, al que nadie podrá confundir con una vulgar hoja de agitación, emane de su superior despacho; y, en caso de equivocarme, quiero suponer que ha sido dictada sin cabal conocimiento de lo que es y significa *Labor* siendo, por consiguiente, susceptible de reconsideración.

Labor es un periódico doctrinario e informativo, absolutamente extraño a los intereses políticos actualmente en juego, que al mismo tiempo que un propósito de educación ideológica de las clases trabajadoras, –obreras y campesinas– sirve a la defensa de los intereses y derechos de éstas. Es posible que la existencia de este periódico resulte incómoda a las grandes empresas mineras que infringen las leyes del país en daño de sus obreros; es posible que tampoco sea grata al gamonalismo latifundista, que se apropiá de las tierras de las comunidades, celosamente amparadas por *Labor* en su sección “El ayllu”. Pero ni uno ni otro hecho me parece justificar la clausura de este periódico por razones de orden público. Le adjunto una colección completa de *Labor* para que Ud. aprecie el fundamento de mi reclamación.

Personalmente, en fin, no quiero creer que Ud., S. M., asocie su nombre a la supresión de un periódico de ideas que se publica bajo la dirección y la responsabilidad de un escritor que obedece en toda su obra a la más respetable ideología.

Esperando merecer su respuesta, me suscribo de Ud. S. M., muy atentamente.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

2.

Lima, 23 de septiembre de 1929.

Compañero Presidente de la Asociación Nacional de Periodistas.

Pte.

Compañero Presidente:

Notificado hace seis días de la prohibición policial contra la que reclamo al señor ministro de Gobierno en la carta que acompaña en copia a la presente y a la que no he tenido aún respuesta, creo que no debe transcurrir más tiempo sin que ponga en conocimiento de la

Asociación Nacional de Periodistas, –citada a sesión para hoy, según leo en los diarios de la mañana–, la medida dictada contra el periódico *Labor* que desde la segunda quincena de agosto había reanudado su publicación, editado por la Sociedad Editora Amauta y bajo mi dirección y responsabilidad.

No puedo pensar que la libertad de prensa en el Perú sea indiferente a la Asociación Nacional de Periodistas, fundada para defender todos los derechos y fueros del periodista. Si las noticias e ideas, que se consiente divulgar a los periódicos están subordinadas al criterio policial, la prensa se convierte en un comunicado de policía. En esas condiciones, la dignidad de la fruición periodística se muestra atacada y rebajada. Entre la censura irresponsable y vergonzante y la censura pública, el periodista, en todo caso, debe exigir que se implante francamente esta última.

Como miembro activo de la Asociación, someto a su debate esta cuestión. Solicito, al mismo tiempo, que la Asociación acuerde prestar su apoyo a la reclamación que he presentado al señor ministro de Gobierno, contra una orden que todavía quiero suponer de inspiración y responsabilidad subalternas.

Con los más devotos sentimientos, me suscribo de Ud. muy atentamente:

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

ENCUESTAS

RESPUESTA AL CUESTIONARIO N° 4 DEL S. DE C. P.¹¹³

—Mi respuesta a algunas de estas preguntas¹¹⁴ está en *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Y trato las cuestiones netamente políticas en un libro, en el cual trabajo en la actualidad y que aparecerá, dentro de pocos meses, en las ediciones de “Historia Nueva” de Madrid. Creo que las encuestas de seminario no son realmente útiles sino cuando se propone investigaciones concretas precisas de datos hechos. Los temas generales no pueden ser abordados eficazmente en unas pocas cuartillas, por grande que sea el poder de síntesis del estudio. Me voy a limitar, a algunas proposiciones esquemáticas, cuya ilustración encontrará el “Seminario de Cultura Peruana” en los estudios indicados.

113 Estas respuestas de José Carlos Mariátegui al Cuestionario N° 4 del Seminario de Cultura Peruana aparecieron en el N° 29 de la revista *La Sierra* que dirigiera entre los años 1927 a 1930, con un total de 34 números, el señor J. Guillermo Guevara. Al final de las respuestas, antes del texto del cuestionario, como observará el lector, se ha puesto una nota, firmada por el S. de C. P. en la que se da cuenta que las respuestas “sobre la sierra, montaña y orientación política de la encuesta se publicará en el número siguiente”. Hemos revisado cuidadosamente los números 30 al 34, que es el último que llegó publicarse, de esta revista y no hemos hallado las anunciadas respuestas a estos temas. Esto nos hace pensar en dos posibilidades: La primera, que J.C.M. envió las respuestas completas, abarcando todo el cuestionario y que la Dirección del Seminario de Cultura Peruana o de *La Sierra* decidió publicarla en dos partes, sin lograr cumplir este propósito. La segunda, que J.C.M. contestó la primera parte del cuestionario, ofreciendo enviar para su publicación en números posteriores, las siguientes respuestas de la encuesta. En este segundo caso no encontramos congruente la redacción de la nota. En el primero habría que lamentar la irreparable pérdida de este original.

114 Transcribimos el cuestionario en los Anexos al presente capítulo. (N. de los E.).

—La supervivencia de la feudalidad no debe ser buscada, ciertamente, en la subsistencia de instituciones y formas políticas o jurídicas del orden feudal. Formalmente, el Perú es un Estado republicano y demo-burgués. La feudalidad o semifeudalidad supervive en la estructura de nuestra economía agraria. Y, por ser el Perú un país principalmente agrícola, las condiciones de su economía agraria, en las que aún es visible la herencia colonial, se reflejan de modo decisivo en su práctica e instituciones políticas. No ocurriría, por cierto, lo mismo, si la industria, el comercio, la urbe fueran más fuertes que la agricultura. El latifundismo no es la sola prueba de la feudalidad o semifeudalidad agraria. En la sierra, tenemos la prueba concluyente de su típica expresión económica la servidumbre. En las relaciones de la producción y el trabajo, el salariado señala el tránsito al capitalismo. No hay régimen capitalista propiamente dicho allí donde no hay, en el trabajo, régimen de salario. La concentración capitalista crea también, con la absorción de la pequeña propiedad por las grandes empresas, su latifundismo. Pero en el latifundio capitalista, explotado conforme a un principio de productividad y no de rentabilidad, rige el salariado, hecho que lo diferencia fundamentalmente del latifundio feudal. El estudio y la clasificación de las formas, de las variaciones de servidumbre; he ahí, el tema de una encuesta posible y práctica. El valor de la hacienda de la sierra no depende de nada tanto como de su población, de sus fuerzas de trabajo propias. El latifundista dispone de las masas campesinas porque dispone de la tierra. El instrumento capital es ínfimo. El bracero que recibe un magro pedazo de tierra, con la obligación de trabajar en las tierras del señor, sin otra paga, no es otra cosa que un siervo. ¿Y no subsiste acaso la servidumbre en la cruda y característica forma del "pongazgo"? Ninguna ley autoriza, ciertamente, la servidumbre. Pero la servidumbre está ahí evidente, viva, casi intacta. Se ha abolido muchas veces los servicios gratuitos; pero los servicios gratuitos subsisten, porque no se ha abolido, económicamente, la feudalidad. El señor Luis Carranza, propugnaba una medida capitalista que, estrictamente aplicada, habría arruinado el gamonalismo feudal: la fijación de un salario mínimo de un sol para las haciendas de la sierra. El latifundista no habría podido aceptar esta medida. Si el Estado se la hubiese impuesto, el latifundista se habría rebelado reivindicando

su derecho absoluto de propietario. Los indios sin tierras se habrían visto conminados por la amenaza del hambre, a ocupar por la fuerza los latifundios. Habríamos tenido nuestra revolución agraria. Todo esto en el plano de la hipótesis, porque, en el de la historia, ¿cuál de los gobiernos que se han sucedido en este siglo de República, se habría sentido bastante fuerte para atacar tan resueltamente al gamonalismo?

En las haciendas de la costa, rige el salariado. Por la técnica de la producción y por el régimen de trabajo, nuestras haciendas de azúcar y algodón son empresas capitalistas. Pero el hacendado no se siente menos absoluto en su dominio. Dentro de su feudo cobra arbitrios controla y regula el comercio, gobierna la vida colectiva. La población del latifundio carece de derechos civiles. No compone socialmente un pueblo, una comunidad, sino la peonada de la hacienda. La obediencia a las leyes y autoridades del Estado está subordinada totalmente a la voluntad del hacendado. Los trabajadores no tienen el derecho de organizarse como ciudadanos en comunas o municipios; menos aún tienen el derecho de organizarse como proletarios en sindicatos de empresa o de valle. La autoridad estatal llega apenas al latifundio. El latifundista conserva el espíritu del “encomendero” preservando a sus masas campesinas de toda contaminación de doctrinas y reivindicaciones proletarias, cuida a su modo de la salud de las almas; traficando con su abastecimiento por medio de tambos y contratistas, cuida a su modo de la salud de los cuerpos. El “yanaconazgo” y el “enganche” conservan también, en las haciendas de la costa, cierto carácter de rezagos feudales.

—Un formal capitalismo está ya establecido. Aunque no se ha logrado aún la liquidación de la feudalidad y nuestra incipiente y mediocre burguesía se muestra incapaz de realizarla, el Perú está en un período de crecimiento capitalista.

El Perú era, al emanciparse políticamente de España, un país de economía agraria feudal. Su minería, a la que debía su prestigio de riqueza fabulosa, se encontraba en crisis. Los españoles habían dedicado su mayor esfuerzo a la explotación de las minas; pero incapaces de organizarla técnica y financieramente en forma que asegurara su desarrollo, dejaron extinguirse los centros productores que, por razones geográficas, cesaban de ser los más fácil y ventajosamente explotables.

La enorme distancia que separaba al Perú de los mercados europeos dificultaba la exportación de otros productos peruanos al viejo continente. Inglaterra, sin embargo, había tomado ya en el Perú sus primeras posiciones comerciales y financieras. En Londres había colocado la República sus primeros empréstitos. Los comienzos de la República transcurrieron en medio de la estrechez fiscal. La explotación de los yacimientos de guano y salitre del litoral sur, abrieron de pronto, a mediados del siglo, una era de abundancia. El Estado empezó a disponer de cuantiosos recursos, pero no supo administrar su hacienda con prudencia: se sintió rico, comprometió su crédito, recurrió sin medida a dos empréstitos, vivió en el desorden y el derroche. La explotación del guano y del salitre enriquecía, en tanto, a un número de especuladores y contratistas, salidos en parte de la antigua casta colonial. Ésta se transformaba, por la agregación de no pocos nuevos ricos, en burguesía capitalista. La guerra del Pacífico, en la que el Perú perdió los territorios del salitre, codiciados por Chile, sorprendió al país cuando, abrumada por el servicio de su deuda pública, que había intentado regularizar el contrato con Dreyfus entregando a una firma francesa la exportación de dichos preciados productos, la hacienda pública se encontraba en aguda crisis.

Con la guerra, la economía del Perú cayó en profunda postración. Los recursos fiscales quedaron reducidos al escaso rendimiento de las aduanas y de los impuestos al consumo. El servicio de la deuda pública, no podía ser atendido en lo absoluto; el crédito del Estado estaba anulado por las consecuencias de esta bancarrota. La deuda extranjera se encontraba en su mayor parte en poder de tenedores ingleses que entraron en negociaciones con el Gobierno, a fin de obtener un arreglo. Se llegó, después de estas negociaciones, al contrato Grace, que entregaba a una compañía constituida por los tenedores de la deuda peruana, la Peruvian Corporation, la explotación de los ferrocarriles del Estado y del guano de las islas. El fisco se comprometía así mismo a iniciar el servicio anual de la deuda en armadas que fueron fijadas en un arreglo posterior en 80.000 libras esterlinas.

En este período comenzó a adquirir importancia la producción de azúcar en los valles cálidos de la costa, que desde antes de la guerra habíase mostrado susceptible de desenvolvimiento. El Perú tenía en

Chile y Bolivia seguros mercados de su producción azucarera; y encontraba para el sobrante colocación ventajosa en Inglaterra.

La Peruvian Corporation, en cumplimiento de su contrato, concluyó las líneas del centro primero y del sur después, favoreciendo la primera la explotación de las minas del departamento de Junín. La minería cobró de nuevo importancia. Se estableció en el Cerro de Pasco y Morococha, (los dos principales centros mineros del departamento de Junín) una compañía americana, la Cerro de Pasco Mining Company, convertida más tarde en Cerro de Pasco Copper Corporation. Con el establecimiento de esta compañía y el de la compañía petrolera, dependiente de la Standard, propietaria de los yacimientos de Negritos en el norte, se inicia la penetración en gran escala del capitalismo yanqui, estrechamente vinculado en sus primeras etapas, a la actividad del capitalismo inglés, dominante en la economía del Perú, a través de la Peruvian Corporation y de las principales casas de exportación e importación.

En los primeros lustros del siglo actual, se clasifican como los principales productos de exportación del Perú: el azúcar, el algodón, (cuyo cultivo se extiende al estímulo de los buenos precios en las haciendas de la costa), el cobre y otros minerales, el petróleo, las lanas. El caucho tuvo su período de prosperidad a principios del siglo, antes de que los ingleses desarrollaran en sus colonias el cultivo de este árbol; pero, extraído de regiones boscosas difícilmente accesibles, el caucho peruano se vio pronto en la imposibilidad de competir con el caucho de las plantaciones coloniales inglesas. El petróleo, en cambio, siguió una línea ascendente. La International Petroleum Company, principal productora, filial de la Standard, tuvo un conflicto con el Estado, a consecuencia de la contribución pagada por los yacimientos de La Brea y Pariñas, irregularmente inscritos, desde remoto tiempo, con un número de "pertenencias" muy inferior al real. Esta empresa debía haber pagado al fisco una suma enormemente mayor a la que, gracias a esta irregularidad, satisfacía; pero, con la amenaza de suspender el trabajo y con la colaboración de gobernantes y legisladores, realizó una transacción favorable a sus intereses.

La guerra europea hizo pasar al capitalismo peruano de la moratoria y la emisión de billetes bancarios, recibida con alguna resistencia por el recuerdo poco grato del billete fiscal, la capitalización y

las sobreutilidades. Pero la burguesía nacional que, constituida a base de una aristocracia inclinada al ocio y dominada por los prejuicios, ha carecido siempre de un verdadero espíritu capitalista, desperdició esta oportunidad de emplear inesperados recursos en asegurarse, frente a los prestamistas y habilitadores extranjeros, una situación más independiente, y frente a las eventuales depresiones de los precios de los productos de exportación, una posición más segura y estable. Se imaginó que las sobreutilidades no se acabarían y que los precios del algodón y del azúcar se mantendrían indefinidamente altos. Las tierras de cultivo de la costa se cotizaban a altos precios; los hacendados extendían sin previsión sus cultivos; el lujo y el dispendio consumían una parte de las sobreutilidades. Cuando los precios del algodón y el azúcar, después de la guerra, cayeron bruscamente, los hacendados de la costa se vieron en la imposibilidad de hacer frente a los créditos que habían contraído ensanchando incontroladamente sus cultivos y cuadruplicando sus gastos. Un gran número de ellos quedó desde entonces en manos de sus acreedores: las casas exportadoras que financian nuestra agricultura costeña y que le imprimen, regulando su producción según las necesidades de los mercados europeos y norteamericanos, una fisonomía característicamente colonial. Muchas haciendas de la costa han pasado a ser propiedad de las grandes firmas exportadoras: Grace, Duncan, Fox, etc.; no pocos latifundistas han quedado reducidos a la condición de administradores o fiduciario de éstas. En el valle de Chicama se ha producido un proceso de absorción de las negociaciones nacionales agrícolas –y aún del comercio de la ciudad de Trujillo– por la poderosa empresa azucarrera alemana, propietaria de las tierras y central de “Casa Grande”. Esta empresa dispone de un puerto propio, Puerto Chicama, donde cargan y descargan los barcos destinados a sus importaciones y exportaciones.

La explotación de las minas de cobre y plata y otros minerales y de los yacimientos petrolíferos ha crecido enormemente. El petróleo se ha convertido en el principal producto de exportación del Perú. Se anuncia el establecimiento en el departamento de Junín de una nueva gran empresa norteamericana. La Cerro de Pasco Copper Corporation, propietaria de la central de La Oraya de las minas de Cerro de Pasco, Morococha y Goyllarisquisga, se encuentra en condición tan próspera

por el alto precio del cobre, que ha acordado últimamente a sus obreros y empleados un 10% de aumento de sus salarios y sueldos, que durará mientras el cobre se mantenga en el mercado de Nueva York en su actual cotización. Pero las utilidades del cobre y el petróleo enriquecen a compañías extranjeras, no dejándose en el país sino la parte correspondiente a los impuestos fiscales. En Talara, la International Petroleum Company, dueña de puerto y barcos propios, importa de Norteamérica lo necesario para el consumo de la población que trabaja en la región petrolera, sin exceptuar comestibles. Toda la vida económica de la región se encuentra en manos de la empresa y no impulsa, por tanto, el desenvolvimiento de las regiones agrícolas vecinas.

La industria es todavía muy pequeña en el Perú. Sus posibilidades de desarrollo están limitadas por la situación, estructura y carácter de la economía nacional; pero las limita más aún la dependencia de la vida económica a los intereses del capitalismo extranjero. Las firmas importadoras son, en muchos casos, las propietarias o accionistas de las fábricas nacionales. Lógicamente, no les interesa sino la existencia de aquella industria que razones de arancel, materias primas o mano de obra aconsejan; tienden, en general, a conservar al Perú como mercado consumidor de la manufactura extranjera y productor de materias brutas.

La política de empréstitos, permite al Estado atenuar los efectos de esta situación en la economía general. Los empréstitos se aplican a la ejecución de algunos trabajos públicos, que evitan un estado de sensible desocupación; al sostenimiento de una numerosa burocracia; al balanceamiento de presupuestos. Los contratos de obras públicas, enriquecen a una numerosa categoría de especuladores, que compensan a la burguesía nacional de la baja de los latifundistas algodoneros y azucareros. El eje de nuestro capitalismo comienza a ser, en virtud de este proceso, la burguesía mercantil. La aristocracia latifundista sufre un visible desplazamiento.

La Peruvian Corporation obtuvo últimamente del Gobierno un contrato que le entrega definitivamente los ferrocarriles que tenía en administración. El fisco ha quedado, en cambio, exonerado de las armadas de 80.000 libras anuales que aún le falta cubrir, y ha recuperado el guano, (recibiendo además una pequeña indemnización por la

diferencia); pero ha cedido la propiedad de los ferrocarriles apreciada en 18.000.000 de libras. Esta ha sido una concesión importante al capitalismo inglés, en una época de crecientes relaciones y compromisos con el capitalismo norteamericano.

—En la medida en que es capitalista, la economía de la costa crea las condiciones de la producción socialista. Los latifundios azucareros y algodoneros no podrían ser parcelados para dar paso a la pequeña propiedad —solución liberal y capitalista del problema agrario— sin perjuicio de su rendimiento y de su mecanismo de empresas orgánicas, basadas en la industrialización de la agricultura. La gestión colectiva o estatal de esas empresas es, en cambio, perfectamente posible. No se objetará que se trata de una agricultura que prospera vigorosamente bajo la iniciativa y la administración privadas. Ha debido su efímera prosperidad a las vacas gordas de la guerra. La industria azucarera se confiesa casi en quiebra. No cree poder afrontar su crisis sin los subsidios del Estado. Hoy mismo, con caracteres de actualidad urgente y concreta se plantea así la cuestión de la nacionalización o socialización de esta rama de la agricultura. Los azucareros peruanos han fracasado lamentablemente en la gestión privada de la industria azucarera peruana. Las más grandes compañías azucareras no son ya nacionales.

—Estos problemas no se resuelven, en la teoría sino en la práctica. ¿Qué posible etapa liberal prevé la pregunta? Si como etapa liberal se entiende la etapa capitalista, estamos asistiendo ya a su desarrollo. No espera el acuerdo de los investigadores. Política capitalista es la política de irrigación, hasta por su conflicto con los intereses de los grandes terratenientes azucareros y civilistas. Sutton representa el avance capitalista, con su demagogia y sus arrestos. Es probable que en la historia del Perú, su significación llegue a ser análoga a la de Meigs. Si como política liberal se entiende una que asegurase la legalidad en las relaciones entre el capital y el trabajo y la autoridad del Estado en la campiña hoy feudalizada, garantizando a las masas trabajadoras sus derechos de asociación y cultura, es evidente que esa política conduciría, por vías normales, a la formación de un proletariado con orientación clasista. La formación de este proletariado se producirá aún sin un capitalismo que importe, administrativa y políticamente, liberalismo. El proletariado urbano

e industrial, el de los transportes, etc., no puede dejar de darse cuenta de sus deberes de solidaridad con el campesinado de las haciendas. La propaganda clasista penetrará en las haciendas, a pesar de todas las murallas, como ha penetrado hasta ahora. Más fácilmente de como ha penetrado hasta ahora, desde que el tráfico automovilista abre una vía al contacto entre la hacienda y la ciudad. ¿Y acaso el proletariado de las haciendas no ha luchado muchas veces por sus reivindicaciones económicas? Basta recordar las huelgas de Chicama, que se cuentan entre las más importantes manifestaciones de la lucha clasista en el Perú, para convencerte de que el proletariado campesino, si no organización y orientación clasista, tiene antecedentes de combate.

—Las preguntas 5 y 6 están contestadas o descartadas por la anterior respuesta.

—El advenimiento político del socialismo no presupone el cumplimiento perfecto y exacto de la etapa económica liberal, según un itinerario universal. Ya he dicho en otra parte que es muy posible que el destino del socialismo en el Perú sea en parte el de realizar, según el ritmo histórico a que se acompañe, ciertas tareas teóricamente capitalistas.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

NOTA.-La respuesta sobre la sierra, montaña y orientación política, de la encuesta se publicará en el número siguiente. - *S. de C. P.*

EL PROBLEMA AGRARIO¹¹⁵

Esta cuestión no puede ser considerada en todos sus aspectos, rápidamente, en unas pocas carillas de respuesta a una *enquette*, requiere un libro entero. No seguiré, pues, el cuestionario de *La Sierra*¹¹⁶. Formularé mis puntos de vista esenciales sobre la cuestión en su conjunto.

El problema agrario se presenta, ante todo, como el problema de la liquidación de la feudalidad en el Perú. Esta liquidación debía haber sido realizada ya por el régimen demo-burgués formalmente establecido por la Revolución de la Independencia. Pero en el Perú no hemos tenido en cien años de República, una verdadera clase capitalista. La antigua clase feudal, camuflada de burguesía republicana, ha mantenido su predominio. La política de desamortización de la propiedad agraria iniciada por la Revolución de la Independencia, como una consecuencia lógica de su ideología, no produjo el desenvolvimiento de la pequeña propiedad. Porque la supervivencia de un régimen de latifundistas sirvió prácticamente al mantenimiento del latifundio. La desamortización atacó más bien a la comunidad. Durante un siglo de República, la gran propiedad agraria se ha reforzado y engrandecido, a despecho del libe-

115 Publicado en la revista *La Sierra*, Año, I, N°. 2, página 12, correspondiente al mes de febrero de 1927. Aquí J.C.M. da respuesta, en forma global, a la segunda parte del cuestionario propuesto en el N° 1 de enero de 1927, que reproducimos íntegramente.

116 Transcribimos el cuestionario en los Anexos al presente capítulo. (N. de los E.).

ralismo teórico de nuestra Constitución y de las necesidades prácticas del desarrollo de nuestra economía capitalista.

Las expresiones de esta feudalidad sobreviviente son dos: latifundio y servidumbre. No se puede liquidar la servidumbre —que pesa sobre la raza indígena, esto es sobre las cuatro quintas partes de la población del Perú—, sin liquidar el latifundio.

Aquí aparece la solidaridad del problema de la tierra, con el problema del indio. Aquí se descubre la impotencia absoluta de los que se proponen resolver este último problema, sólo con escuelas y pedagogos, sin tocar el primero.

No se trata, pues, de un problema técnico-agrícola del dominio de los agrónomos, sino de un problema económico-social —y por tanto político— del dominio de los hombres de Estado.

La solución liberal de este problema, habría sido, conforme a la ideología individualista, para crear la pequeña propiedad individual.

Pero la hora de ensayar este método ha pasado ya. Hay que contar con un factor concreto que le da al problema agrario peruano un carácter peculiar: la supervivencia de la comunidad y de elementos de socialismo práctico en la agricultura y la vida indígena. Para el socialismo peruano este factor tiene que ser fundamental.

La influencia de la región, y por ende de su agricultura característica, en el carácter específico del problema en la sierra y la costa, lo diferencia regionalmente. Pero esto no impide considerarlo y enfocarlo con la misma eficacia desde los puntos de vista de una política colectivista.

En la sierra el latifundio no tiene siquiera la explicación de la necesidad técnica de concentrar los cultivos en manos de empresas de capitales eficientes, ni de la dificultad práctica, sensible en la costa mientras no se resuelva el problema de la irrigación, de subdividir las aguas de regadío entre innumerables regantes en perpetua lucha entre ellos. En la sierra, los cultivos son casi los mismos en las tierras del latifundista que en las tierras de la comunidad. El agua que las fecunda es también la misma.

No me parece el caso de formular un programa cabal sobre el problema agrario. Por mi parte, creo que dentro de los límites de una encuesta, sólo cabe formular puntos de vista generales. Yo me obligo

a precisar y explicar mejor los míos en próximos estudios. Lo que dejo dicho basta para definir mi posición ante este problema. Estoy por una solución social, nacional, revolucionaria, como la que en México ha planteado la revolución agrarista.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

UNA ENCUESTA A JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI¹¹⁷

—*¿Cómo cambiaron sus rumbos y aspiraciones literarias y se definieron en la forma que hoy se han definido?*

—Soy poco autobiográfico. En el fondo, yo no estoy muy seguro de haber cambiado. ¿Era yo, en mi adolescencia literaria, el que los demás creían, el que yo mismo creía? Pienso que sus expresiones, sus gestos primeros no definen a un hombre en formación. Si en mi adolescencia mi actitud fue más literaria y estética que religiosa y política, no hay de qué sorprenderse. Esta es una cuestión de trayectoria y una cuestión de época. He madurado más que cambiado. Lo que existe en mí ahora, existía embrionaria y larvadamente cuando yo tenía veinte años y escribía disparates de los cuales no sé por qué la gente se acuerda todavía. En mi camino, he encontrado una fe. He ahí todo. Pero la he encontrado porque

117 Publicado en *Mundial*, (Lima, 23 de Julio de 1926) por Ángela Ramos, quien antepuso al texto de la encuesta, la siguiente nota:

Cuando un hombre joven llega a conquistar el afecto y la consideración de sus amigos, la simpatía de los extraños y el respeto de los que no piensan como él, es porque, incuestionablemente, ese hombre vale mucho. Tal es el caso de José Carlos Mariátegui, mozo de talento y de cultura indiscutibles, único escritor de vanguardia entre nosotros, quien tiene hoy un puesto destacado en el periodismo peruano.

José Carlos Mariátegui se entregó desde muy joven al periodismo, en la época en que según él escribía disparates y, según nosotros, cosas apreciables que, andando los tiempos, (el tiempo es evolución) le han convertido en el escritor que hoy tenemos en él. Los que como yo hayan seguido la vida y la obra de Mariátegui, no pueden menos de sentir por él una intensa, noble admiración. Y es que la vida de Mariátegui es una vida heroica, de santo y de luchador, y su obra el resultado de su vida. ¿Cómo ha conseguido este hombre admirable esta serena armonía entre su vida y

mi alma había partido desde muy temprano en busca de Dios. Soy un alma agónica como diría Unamuno. (Agonía, como Unamuno, con tanta razón lo remarca, no es muerte sino lucha. Agoniza el que combate). Hace algunos años yo habría escrito que no ambicionaba sino realizar mi personalidad. Ahora, prefiero decir que no ambiciono sino cumplir mi destino. En verdad, es decir la misma cosa. Lo que siempre me habría aterrado es traicionarme a mí mismo. Mi sinceridad es la única cosa a la que no he renunciado nunca. A todo lo demás he renunciado y renunciaré siempre sin arrepentirme. ¿Es por esto por lo que se dice que mis rumbos y aspiraciones han cambiado?

—*¿Cómo hace usted para vivir al corriente de la actualidad internacional y referírnosla sin engañarse y sin engañarnos?*

—Trabajar, estudiar, meditar. Alguien me ha atribuido la lectura de revistas checoeslavas y yugoeslavas. Puede usted creerme si le afirmo que mis fuentes de información son menos exóticas y que no conozco lenguas eslavas. Recibo libros, revistas, periódicos de muchas partes, no tantos como quisiera. Pero el dato no es sino dato. Yo no me fío demasiado del dato. Lo empleo como material. Me esfuerzo por llegar a la interpretación.

su obra? Él mismo nos lo dice más adelante que por la fe, y si la fe opera grandes milagros en seres mediocres qué no haría en espíritus de selección?

Yo quisiera ser amiga de Mariátegui para hablar aquí con mayor verdad de este hombre para mí extraordinario; pero por desgracia sólo puedo decir en su elogio lo que mi admiración hacia él ha podido intuir. Sólo sé que un día, siendo casi un muchacho, partió para Europa llevando su gran fe de iluminado; que regresó feliz trayendo una sublime compañera (hermana, amiga, amante, esposa) y un hijo que era la realización de todos sus ideales. Y cuando había realizado lo mejor de sus sueños, la vida que a veces es cruel, le hirió brutalmente. Le hirió dejándole postrado en un sillón de inválido. A partir de ese día la actividad de Mariátegui se desenvuelve en su hogar, en ese hogar que su noble y abnegada esposa ha convertido en un santuario y al que sus amigos van cada día ávidos de aprender una lección de energía y de rodearle con su afecto. A ese hogar he llegado también yo deseosa de que los lectores de Mundial sepan un poco más de lo que saben de uno de sus más asiduos colaboradores; deseosa de que este hombre puro y grande sea mejor conocido de lo que ha sido hasta hoy. Si Mariátegui viviera en otra parte, en que se sabe premiar mejor el talento y la virtud, tendría una renta oficial y su vida se daría a conocer como ejemplo. Menos mal que él labora para satisfacción propia y se conforma con saberse entendido por los hombres de bien.

Van ahora las interesantes respuestas que Mariátegui ha dado al cuestionario que le formulamos y que serán leídas con el interés con que saben acoger todo lo suyo los lectores de Mundial.

—¿Tiene usted comunicación directa con centros, periódicos o personas empeñadas en la labor de justicia social que preocupa a la Humanidad en la hora presente?

—Soy perezoso para la correspondencia. Escribo muy pocas cartas. Pero naturalmente vivo en espontánea relación con algunas gentes del extranjero. Con núcleos y revistas de Hispanoamérica sobre todo. También con algunas gentes de Estados Unidos y Europa. Los últimos correos me han traído algunas cartas interesantes. Waldo Frank, el gran norteamericano, agradece en un artículo mío publicado en el Boletín Bibliográfico de la Universidad de Lima, un saludo de Sudamérica. Henri Barbusse me escribe:

Más que nunca nos ocupamos de agrupar las fuerzas intelectuales internacionales. Buscamos la fórmula amplia y humana que nos permitirá apoyarnos los unos en los otros y suscitar, entre los trabajadores del espíritu, defensores del porvenir. Para esto me pondré sin duda algún día en relación con usted, pues yo pienso que usted representa en su país los elementos osados y lúcidos que hay que llegar a unir en bloque.

Manuel Ugarte, comentando mi libro, me recuerda que él ha sido siempre un hombre de extrema izquierda y que “si los acontecimientos nos ponen en el trance de elegir entre Roma y Moscú”, él se pronunciará resueltamente a favor de Moscú.

—¿Cree usted que el nuevo estado de espíritu a que alude Ingenieros se deja sentir entre nosotros?

—Ciertamente. Hay muchas señales de renovación espiritual e ideológica. Yo mismo no soy sino un síntoma. En Lima, en el Cuzco, en Trujillo, en la ciudad y en la aldea, existen hombres que trabajan con la mirada puesta en el porvenir. En el porvenir que será de los que sepan serle fieles. La nueva generación no es una mera frase. Y la calumnian quienes la suponen poseída por un espíritu exclusivamente destructor, iconoclasta, negativo. Al contrario, yo no puedo concebirla sino como una generación eminentemente constructiva. Y muy idealista y muy realista al mismo tiempo. Nada de fórmulas utópicas. Nada de abstracciones brumosas.

—*¿Cuál es, en su concepto, el movimiento revolucionario-idealista de mayor trascendencia en los últimos tiempos?*

—La Revolución rusa, incontestablemente. Lo que no quiere decir que yo no admita y estime el movimiento gandhiano¹¹⁸ aunque políticamente lo vea fracasado.

—*¿Qué libro publicado después de la guerra es el que, a su ver, tiene mayor dosis de humanidad?*

—Es difícil responder. Ortega y Gasset nos habla de la deshumanización del arte. Su tesis aparece fundada si se tiene en cuenta sólo algunas corrientes, algunas expresiones de decadencia o de desequilibrio. El más nuevo y más interesante movimiento de la literatura occidental —el suprarrealismo— no se conforma con la tesis de la deshumanización del arte. Me parece, más bien, un intento de rehumanización. Hay, por otra parte, mucha humanidad en la obra de Romain Rolland, de Henri Barbusse, de Pierre Hamp, de George Duhamel, por no citar sino especímenes ilustres de la literatura francesa, la más conocida aquí después de la española. ¿Y Leonhard Frank, Waldo Frank, Israel Zangwill, Panait Istrati y el propio Bernard Shaw? Al mismo Pirandello —producto típico de una decadencia— yo no lo encuentro tan antihumano o inhumano como se pretende. Pero, en fin, si usted me pide títulos, citaré al azar: *Der Mensch ist gut*¹¹⁹ de Leonhard Frank, el *Juan Cristóbal* y *L'Ame Enchantée*¹²⁰ de Romain Rolland, *Lelin* y toda la serie de la *peine des hommes*¹²¹ de Pierre Hamp, *Les Enchainements*¹²² de Henri Barbusse.

118 Ver la interpretación del autor sobre el movimiento de Gandhi en *La escena contemporánea*.

119 *El hombre es bueno*. Véase el juicio que sobre esa novela publicó José Carlos Mariátegui en *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*.

120 *El alma encantada*.

121 *La pena de los hombres*.

122 *Los encadenamientos*.

—¿Qué libros de esta índole cree usted que deberían ser divulgados entre nosotros?

—Todos los que enciernen una verdad honda; todos los que traduzcan una fe apasionada y creadora; todos los que no sean puro diletantismo o snobismo.

—¿Por sus conocimientos y vinculaciones puede usted decirme si hay una verdadera organización obrera en el Perú?

—Todavía no. No hay sino embriones, gérmenes de organización. En Lima la organización sindical ha hecho muchos progresos porque aquí hay numeroso proletariado industrial. En las pequeñas ciudades no es posible aún la organización.

—¿Cómo luchar contra el analfabetismo, una de nuestras mayores desgracias?

—No soy de los que piensan que la solución del problema indígena es una simple cuestión de alfabeto. Es, más bien, una cuestión de justicia. No la resolverá, sólo, un ministro de Instrucción Pública. El indio alfabeto no es más feliz ni más libre ni más útil que el indio analfabeto. El ejemplo de México me parece, a este respecto, el más próximo.

—Cree usted que hace falta un diario de orientación obrera en el Perú?

—Tan lo creo que inicié hace dos años la fundación de la Editorial Obrera Claridad.

—¿Cree usted que existe entre nosotros el feminismo en el verdadero sentido de esta palabra?

—Existen algunas feministas. Pero feminismo —entendido como movimiento orgánico y definido, de espíritu revolucionario— no existe aún.

ANEXOS

1.

Cuestionario n° 4 del Seminario de Cultura Peruana

Costa

- I.-¿Cuáles son las manifestaciones de la supervivencia de la feudalidad?
- II.-Históricamente, ¿no es posible el establecimiento de un formal capitalismo?
- III.-¿Permite la economía de la costa el establecimiento de formas económicas socialistas?
- IV.-No permitiendo la estructura económica de la costa la formación de un proletariado con orientación clasista, ¿no es posible el resurgimiento de una etapa económica liberal?
- V.-¿Sobre qué bases y con qué elementos sociales debería implantarse el régimen capitalista?
- VI.-¿Qué características distinguirían el movimiento capitalista?
- VII.-Cumplida, históricamente, la etapa económica liberal, ¿no adviene fatalmente el socialismo?

Sierra

- I.-¿Cuáles son las manifestaciones de la supervivencia de la feudalidad?

II.-¿Qué factores pueden contribuir, o están contribuyendo, a la destrucción de la feudalidad?

III.-¿Advierte Ud. algunas manifestaciones precapitalistas?

IV.-¿Ha desaparecido históricamente la posibilidad de una etapa capitalista?

V.-En caso negativo, ¿cuál será el porvenir económico-social de la comunidad indígena?

VI.-¿Pueden coexistir los regímenes económicos feudal ("hacienda etc.) comunario (comunidades indígenas) y liberal (iniciación de la democratización de las tierras: "pequeña propiedad indígena")?

VII.-Aplicación a la sierra peruana de las preguntas Nos. III, V, VI y VII del cuestionario relativo a la costa.

Región de los bosques

I.-¿Cuál es la contribución de esta región en la economía el Perú?

II.-¿Cuál es el porvenir económico de la región de los bosques?

Orientaciones generales

I.-Cumplida la misión de la clase feudal, ¿no debe la clase media asumir la dirección y manejo de los medios de producción del Perú?

II.-Cumplida la misión de la "clase media" y de acuerdo con la lógica de la Historia, ¿no asumirá el proletariado la dirección de los medios de producción del Perú?

III.-¿Debe marchar el Perú hacia el liberalismo o hacia el socialismo?

2.

Cuestionarios de la revista *La Sierra*

Publicamos a continuación los cuestionarios que, sobre los problemas indígena y agrario, promueve *La Sierra* entre sus colaboradores y los que se interesan por la pronta solución de tan graves y complejos problemas. El número de preguntas puede ser ampliado según el criterio del opinante. No dudamos, que temas de tan honda trascendencia, suscitarán el entusiasmo de los estudiosos de las cuestiones

sociales y de quienes se preocupan por la justa repartición de la tierra y de la humanización del indio aborigen.

La Sierra está a disposición de los que quieran expresar su opinión con seriedad y altura de miras.

J. G. G.

El problema indígena

- 1) ¿Qué clase de problemas es el de los indios del Perú?
- 2) ¿Cuántos problemas quedan comprendidos bajo ese enunciado?
- 3) ¿Cómo se debe resolver cada uno de ellos?
- 4) ¿Cuál la acción que deben tener el Estado y las Municipalidades de su solución?
- 5) ¿Cuál la acción de la clase pensante, la estudiantil y la obrera?
- 6) ¿Cuál el género de instrucción y educación que debe emplearse?
- 7) ¿Cómo debe fomentarse el cruzamiento?
- 8) ¿Convendrían los "mitimaes" o transplantaciones?
- 9) ¿Cuál la influencia de la vitalidad en el problema indígena?
- 10) ¿Tiene similitudes con el ruso u otros?
- 11) ?

El problema agrario

- 1) ¿Cuáles son los fundamentos que dan preeminencia razonable a la industria agrícola en el Perú?
- 2) ¿Cuál es el carácter general actual de la agricultura en la costa?
- 3) ¿Cuál es el carácter general actual de esa industria en la sierra?
- 4) ¿Cuál en la montaña?
- 5) ¿Qué régimen agrario convendría adoptar en cada una de esas regiones?
- 6) ¿Qué medios deben emplearse para la transición al nuevo régimen aconsejado?
- 7) ¿Sobre qué bases debe fraccionarse y pulverizarse el latifundio?

8) ¿Cuál debe ser la situación jurídica y la labor del Estado, de las Municipalidades y de los Consejos Administrativos, en la solución del problema agrario?

9) ?

NOTAS¹²³

123 Estas Notas de José Carlos Mariátegui aparecieron sin firma en la sección “Panorama móvil” de la Revista *Amauta*. Aparecen como Séptima Parte de *Ideología y política* desde 1994. (N. de los E.).

LAS RESPONSABILIDADES POR LA CATÁSTROFE DE MOROCOCHA¹²⁴

Tenemos la obligación de hacer llegar a la población obrera de Morococha la expresión de la solidaridad de los grupos de trabajadores manuales e intelectuales que representa *Amauta*.

Solidaridad que no se detiene en la apropiación fraternal de los obreros de Morococha por la muerte de algunas decenas de compañeros, sino comprende la mancomunidad en la exigencia de que la empresa minera no eluda ninguna de sus responsabilidades.

Estas líneas siguen a las primeras noticias de la catástrofe. Carecemos al escribirlas de los elementos o datos indispensables para un juicio sumario de las responsabilidades de la empresa por omisión o negligencia. Nos parece evidente, sin embargo, que estas responsabilidades existen. Los técnicos de la empresa debían haber advertido el peligro de trabajar bajo la laguna, en un terreno deleznable, sin suficientes obras de defensa. La invasión de las galerías por una avalancha de lodo y agua, no es asimilable como accidente a un terremoto o a un huracán. Para algo el trabajo minero se realiza conforme a una técnica científica, por una compañía poderosa, con recursos suficientes. Hablar de las responsabilidades de la empresa no es, por tanto, prejuzgar sobre

124 *Amauta*, N° 19, pp. 94-95, "Notas", noviembre-diciembre de 1928. Reproducido en *Labor*, N° 4, 29 de diciembre de 1929. (N. de los E.).

hechos que aún no son bien conocidos; es, simplemente, enunciar una cuestión de mero sentido común.

La empresa está obligada a indemnizar conforme a la ley a las familias de las víctimas y a mantener en el trabajo a los obreros que ocupaba en las minas que, a consecuencia del accidente, quedan cegadas. Ni un solo obrero puede ser despedido por esta causa.

Pero esto no basta. Es necesario que una comisión técnica, compuesta por profesionales insobornables, se encargue de establecer las responsabilidades por omisión o negligencia; y que ante esta comisión tengan representación y personería los obreros, quienes deben ser ampliamente oídos, dentro de un ambiente que excluya toda coacción. Se trata, para los obreros, del más elemental de sus derechos: del derecho a exigir garantías para su vida.

El capital extranjero que explota las riquezas mineras del país, paga al Perú en salarios y tributos una suma muy modesta, en proporción a sus utilidades. El asunto de los humos de La Oroya es un dato cercano del caso que hace la Cerro de Pasco Cooper Corporation de los intereses de las poblaciones, en medio de las cuales se instala. Antes, la Asociación Pro Indígena había tenido ya constante motivo de intervención en el tratamiento y “enganche” de los obreros de las minas. Frente a toda prepotencia de esta empresa, habituada a tratar con insolente desprecio los derechos de sus trabajadores indígenas, debe mantenerse vigilante y solidaria la clase trabajadora. *Amauta* es su tribuna doctrinaria, pronto siempre a la acusación, alerta siempre a la defensa.

LA FIESTA DE LA PLANTA EN VITARTE¹²⁵

Como en años anteriores, el proletariado industrial de la región se congregó el 23 de febrero último en la reunión anual que viene realizando en Vitarte, registrándose, esta vez, además de un grado mayor de orientación y conciencia de clase, el ingreso a las filas del trabajador organizado de nuevas fuerzas, con el proletariado minero a la cabeza.

Todas las delegaciones portadoras de la palabra de sus sindicatos, reafirmaron la voluntad del trabajador en estos momentos. La autocrítica más rigurosa fue el rasgo saltante como reflejo de la necesidad imperiosa del proletariado nacional de conocer toda la gravedad de sus problemas para encarar su solución a que la crisis actual del capitalismo lo conmina. El franco rechazo que mereció el confusionismo ácrata o reformista traduce, asimismo, la situación del proletariado peruano que despojándose de su tradición pequeño productora –del corporativismo artesanal mercenario o de la simple protesta del paria– entra a su mayor edad, a su etapa de clase productora no poseyente, engendrada por la gran industria y apta no sólo a regatear su explotación sino a abolirla y superarla.

125 El 12 de febrero de 1928, José Carlos Mariátegui en la Fiesta de la Planta en Vitarte, lanzaría el grito de: “¡Viva el socialismo! ¡Viva Vitarte! ¡Viva la Revolución Socialista!”. Esta expresión fue recogida en la revista *Amauta*, N° 12, p. 20. La presente Nota fue publicada en *Amauta*, N° 29, febrero y marzo de 1930. La localidad de Vitarte en Lima fue en donde se inició el movimiento sindical peruano. La Ley 3010 del 16 de diciembre de 1918, en donde se suprimía el trabajo doméstico y la Ley del 15 de enero de 1919 en donde se fija la jornada laboral de las 8 horas, fueron gestadas por los pobladores de Vitarte. (N. de los E.).

El carácter dado a la parte deportiva de la Fiesta de la Planta, ha marcado, además, el comienzo del deporte obrero. Mientras las capas pauperizadas e inconscientes a quienes seduce el poderío de las otras clases, y a cuyo servicio se ponen hasta con los clubs deportivos, el proletariado organizado, con las espartaquistas proletarias, discute a la burguesía incluso que se entronice en las masas a título de honoraria o a cambio de su beneficencia.

ADALBERTO FONKÉN¹²⁶

Las tristes y dramáticas circunstancias que han rodeado su muerte, no cancelan el recuerdo de Adalberto Fonkén en el proletariado y los intelectuales revolucionarios. Ninguna reserva farisea puede excusarnos de una justiciera apreciación de su hoja de servicio de combatiente de la lucha por la emancipación obrera.

Adalberto Fonkén, tuvo una actuación honrada y valiente en las primeras acciones clasistas del proletariado de Lima. Con Barba y Gutarra, fue uno de los líderes de la agitación obrera que culminó en las jornadas del “paro de las subsistencias” de mayo de 1919. Con Barba y Gutarra, sufrió entonces dos meses de prisión; y, puesto en libertad después de la destitución del presidente Pardo, intervino con el entusiasmo y tesón en los trabajos de la vanguardia proletaria por organizar la Federación Obrera Regional Peruana. Anarco-sindicalista, tuvo siempre en su actuación de militante, la virtud de ser un espíritu organizador, afirmativo y concreto, diametralmente opuesto a ese barato y frecuente tipo de agitador de ocasión y de efemérides, de revolucionario de cenáculo, de protestatario negativo y egocéntrico, que opera prácticamente como disolvente de su propia clase, mucho más que como adversario de la clase burguesa. Fracasada la tentativa de la Federación Obrera Regional, Fonkén persistió eficazmente en la lucha. Llenó una función importante en el 1º Congreso Obrero, y luego, en los primeros

126 *Amauta*, N° 23, p. 99. “Necrología”, mayo de 1929. (N. de los E.).

combates de la Federación Obrera Local, surgida de las deliberaciones de dicho congreso. En su carácter de líder de la Federación Obrera Local, decidió y dirigió la acción de la clase trabajadora en las jornadas del 23 de mayo de 1923. Después del paro de octubre del mismo año, su energía y su fe disminuyeron. La responsabilidad del líder que sobre él pesaba, le pareció tal vez excesiva para sus fuerzas. La crítica mezquina, incomprendiosa, de algunos elementos, le determinaron alejarse de la causa a la que hasta entonces había servido con tanta devoción y firmeza.

Fonkén ignoraba que abandonando la lucha revolucionaria, iba a faltarle en su lucha individual, en la primera honda crisis, esa razón superior que asegura el equilibrio y la disciplina moral del revolucionario. Lejos de evitar el análisis de su caso, hay por esto que ahondarlo. ¡Que el drama de este hombre, que hasta 1923 ocupó con decisión y coraje su puesto en la lucha obrera, sea para todos los combatientes de la misma lucha motivo de meditación detenida! Fonkén no ha sido tristemente vencido por una tormenta pasional: estaba vencido ya antes.

EL PROBLEMA DE LO NACIONAL

PASADISMO Y FUTURISMO¹²⁷

Luis Alberto Sánchez y yo hemos constatado recientemente que uno de los ingredientes, tanto espirituales como formales, de nuestra literatura y nuestra vida es la melancolía. Bien. Pero otro, menos negligible tal vez, es el pasadismo. Estos elementos no coinciden arbitraria o casualmente. Coincidén porque son solidarios, porque son consustanciales, porque son consanguíneos. Son dos aspectos congruentes de un solo fenómeno, dos expresiones mancomunadas de un mismo estado de ánimo. Un hombre aburrido, hipocondríaco, gris, tiende no sólo a renegar el presente y a desesperar del porvenir sino también a volverse hacia el pasado. Ninguna ánima, ni aún la más nihilista, se contenta ni se nutre únicamente de negaciones. La nostalgia del pasado es la afirmación de los que repudian el presente. Ser retrospectivos es una de las consecuencias naturales de ser negativos. Podría decirse, pues, que la gente peruana es melancólica porque es pasadista y es pasadista porque es melancólica.

Las preocupaciones de otros pueblos son más o menos futuristas. Las del nuestro resultan casi siempre tácita o explícitamente pasadistas. El futuro ha tenido en esta tierra muy mala suerte y ha recibido muy injusto trato. Un partido de carne, mentalidad y traje conservadores fue apodado partido futurista. El diablo se llevó en hora buena a esa facción estéril, gazmoña, impotente. Más la palabra “futurista” quedó desde

127 Publicado en *Mundial*, Lima, 28 de noviembre de 1924.

entonces irremediablemente desacreditada. Por eso no hablamos ya de futurismo sino, aunque suene menos bien, de porvenirismo. Al futuro lo hemos difamado temerariamente atribuyéndole relaciones y concomitancias con la actitud política de la más pasadista de nuestras generaciones.

El pasadismo que tanto ha oprimido y deprimido el corazón de los peruanos es, por otra parte, un pasadismo de mala ley. El período de nuestra historia que más nos ha atraído no ha sido nunca el período incaico. Esa edad es demasiado autóctona, demasiado nacional, demasiado indígena para emocionar a los lánguidos criollos de la República. Estos criollos no se sienten, no se han podido sentir, herederos y descendientes de lo incásico. El respeto a lo incásico no es aquí espontáneo sino en algunos artistas y arqueólogos. En los demás es, más bien, un reflejo del interés y de la curiosidad que lo incásico despierta en la cultura europea. El Virreinato, en cambio, está más próximo a nosotros. El amor al Virreinato le parece a nuestra gente un sentimiento distinguido, aristocrático, elegante. Los balcones moriscos, las escalas de sedas, las "tapadas", y otras tonterías, adquieren ante sus ojos un encanto, un prestigio, una seducción exquisitas. Una literatura decadente, artificiosa, se ha complacido de añorar, con inefable y huachafa ternura, ese pasado postizo y mediocre. Al gracejo, a la coquetería de algunos episodios y algunos personajes de la Colonia, que no deberían ser sino un amable motivo de murmuración, les han sido conferidos por esa literatura un valor estético, una jerarquía espiritual, exorbitantes, artificiales, caprichosos. Los temas y los *dramatis personae* del Virreinato no han sido abandonados a los humoristas a quienes pertenecían, por antonomasia, sus motivos cómicos y sus motivos galantes y casanovescos; don Ricardo Palma hizo de ellos un uso adecuado e inteligente, contándonos con su malicia y su donaire limeños, las travesuras de los virreyes y de su clientela. La Calesa de la Perricholi, que Antonio Garland ha traducido con fino esmero y gusto gentil es otra pieza que se mantiene dentro de los mismos límites discretos. Toda esa literatura estaba y está muy bien. La que está mal es esa otra literatura nostálgica que evoca con unción y gravedad las aventuras y los chismes de una época sin grandeza. El fausto, la pompa colonial son una mentira. Una época fastuosa, magnífica, no

se improvisa, no nace del azar. Menos aún desaparece sin dejar huellas. Creemos en la elegancia de la época *rococó* porque tenemos de ella, en los cuadros de Watteau y Fragonard, y en otras cosas más plásticas y tangibles, preciosos testimonios físicos de su existencia. Pero la Colonia no nos ha legado sino una calesa, un caserón, unas cuantas celosías y varias supersticiones. Sus vestigios son insignificantes. Y no se diga que la historia del Virreinato fue demasiado fugaz ni Lima demasiado chica.

Pequeñas ciudades italianas guardan, como vestigio de trescientos o doscientos años de historia medieval, un conjunto maravilloso de monumentos y de recuerdos. Y es natural. Cada una de esas ciudades era un gran foco de arte y de cultura.

Adorar, divinizar, cantar el Virreinato es, pues, una actitud de mal gusto. Los literatos e intelectuales que, movidos por un aristocratismo y un estetismo ramplones, han ido a abastecerse de materiales y de musas en los caserones y guardarropías de la Colonia, han cometido una cursilería lamentable. La época *rococó* fue de una aristocracia auténtica. Francia, sin embargo, no siente ninguna necesidad espiritual de restaurarla. Y las escenas de la revolución jacobina, la música demagógica de *La Marsellesa*, pesan mucho más en la vida de Francia que los melindres y los pecados de Madame Pompadour. Aquí, debemos convencernos sensatamente de que cualquiera de los modernos y prosaicos *buildings* de la ciudad, vale estética y prácticamente, más que todos los solares y todas las celosías coloniales. La "Lima que se va" no tiene ningún valor serio, ningún perfume poético, aunque Gálvez se esfuerce por demostrarlos, elocuentemente, lo contrario. Lo lamentable no es que esa Lima se vaya, sino que no se haya ido más de prisa.

El doctor Mackay, en una conferencia, se refirió discretamente al pasadismo dominante en nuestra intelectualidad. Pero empleó, tal vez por cortesía, un término inexacto. No habló de "pasadismo" sino de "historicismo". El historicismo es otra cosa. Se llama historicismo una notoria corriente de filosofía de la historia. Y si por historicismo, se entiende la aptitud para el estudio histórico, aquí no hay ni ha habido historicismo. La capacidad de comprender el pasado es solidaria de la capacidad de sentir el presente y de inquietarse por el porvenir. El hombre moderno

no es sólo el que más ha avanzado en la reconstrucción de lo que fue, sino también el que más ha avanzado en la previsión de lo que será.

El espíritu de nuestra gente es, pues, pasadista; pero no es histórico. Tenemos algunos trabajos parciales de exploración histórica mas no tenemos todavía ningún gran trabajo de síntesis. Nuestros estudios históricos son, casi en su totalidad, inertes o falsos, fríos o retóricos.

El culto romántico del pasado es una morbosidad de la cual necesitamos curarnos. Oscar Wilde, con esa modernidad admirable que late en su pensamiento y en sus libros, decía: "El pasado es lo que los hombres no habrían debido ser; el presente es lo que no deberían ser". Un pueblo fuerte, una gran generación robusta no son nunca plañideramente nostálgicos, no son nunca retrospectivos. Sienten plenamente, fecundamente, las emociones de su época. "Quien se entretenga en idealismos provincianos —escribe Oswald Spengler, el hombre de mayor perspectiva histórica de nuestro tiempo— y busque para la vida estilos de tiempos pretéritos, que renuncie a comprender la historia, a vivir la historia, a crear la historia".

Una de las actitudes de la juventud, de la poesía, del arte y del pensamiento peruanos que conviene alentar es la actitud un poco iconoclasta que, gradualmente, van adquiriendo. No se puede afirmar hechos e ideas nuevas si no se rompe definitivamente con los hechos e ideas viejas. Mientras algún cordón umbilical nos une a las generaciones que nos han precedido, nuestra generación seguirá alimentándose de prejuicios y de supersticiones. Lo que este país tiene de vital son sus hombres jóvenes, no sus mestizas antigüallas. El pasado y sus pobres residuos son, en nuestro caso, un patrimonio demasiado exiguo. El pasado, sobre todo, dispersa, aísla, separa, diferencia demasiado los elementos de la nacionalidad tan mal combinados, tal mal concertados todavía. El pasado nos enemista. Al porvenir le toca darnos unidad.

LO NACIONAL Y LO EXÓTICO¹²⁸

Frecuentemente se oyen voces de alerta contra la asimilación de ideas extranjeras. Estas voces denuncian el peligro de que se difunda en el país una ideología inadecuada a la realidad nacional. Y no son una protesta de las supersticiones y de los prejuicios del difamado vulgo. En muchos casos, estas voces parten del estrato intelectual.

Podrían acusar una mera tendencia proteccionista, dirigida a defender los productos de la inteligencia nacional de la concurrencia extranjera. Pero los adversarios de la ideología exótica sólo rechazan las importaciones contrarias al interés conservador. Las importaciones útiles a ese interés no les parecen nunca malas, cualquiera que sea su procedencia. Se trata, pues, de una simple actitud reaccionaria, disfrazada de nacionalismo.

La tesis en cuestión se apoya en algunos frágiles lugares comunes. Más que una tesis es un dogma. Sus sostenedores demuestran, en verdad, muy poca imaginación. Demuestran además, muy exiguo conocimiento de la realidad nacional. Quieren que se legisle para el Perú, que se piense y se escriba para los peruanos y que se resuelva nacionalmente los problemas de la peruanidad, anhelos que suponen amenazados por las filtraciones del pensamiento europeo. Pero todas estas afirmaciones son demasiado vagas y genéricas. No demarcan el límite de lo nacional

128 Publicado en *Mundial*, Lima, 9 de diciembre de 1924.

y lo exótico. Invocan abstractamente una peruanidad que no intentan antes definir.

Esa peruanidad, profusamente insinuada, es un mito, es una ficción. La realidad nacional está menos desconectada, es menos independiente de Europa de lo que suponen nuestros nacionalistas. El Perú contemporáneo se mueve dentro de la órbita de la civilización occidental. La mystificada realidad nacional no es sino un segmento, una parcela de la vasta realidad mundial. Todo lo que el Perú contemporáneo estima lo ha recibido de esa civilización que no sé si los nacionalistas a ultranza calificarán también de exótica. ¿Existe hoy una ciencia, una filosofía, una democracia, un arte, existen máquinas, instituciones, leyes, genuina y característicamente peruanos? ¿El idioma que hablamos y que escribimos, el idioma siquiera, es acaso un producto de la gente peruana?

El Perú es todavía una nacionalidad en formación. Lo están constituyendo sobre los inertes estratos indígenas, los aluviones de la civilización occidental. La conquista española aniquiló la cultura incaica. Destruyó el Perú autóctono. Frustró la única peruanidad que ha existido. Los españoles extirparon del suelo y de la raza todos los elementos vivos de la cultura indígena. Reemplazaron la religión incásica con la religión católica romana. De la cultura incásica no dejaron sino vestigios muertos. Los descendientes de los conquistadores constituyeron el cimiento del Perú actual. La Independencia fue realizada por esta población criolla. La idea de la libertad no brotó espontáneamente de nuestro suelo; su germen nos vino de fuera. Un acontecimiento europeo, la Revolución francesa, engendró la Independencia americana. Las raíces de la gesta libertadora se alimentaron de la ideología de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Un artificio histórico clasifica a Tupac Amaru como un precursor de la independencia peruana. La Revolución de la Independencia la hicieron los indígenas; la Revolución de la Independencia la hicieron los criollos. Entre ambos acontecimientos no hubo consanguinidad espiritual ni ideológica. A Europa, de otro lado, no le debemos sólo la doctrina de nuestra revolución, sino también la posibilidad de actuarla. Conflagrada y sacudida, España no pudo, primero, oponerse válidamente a la libertad de sus colonias. No pudo, más tarde, intentar su reconquista. Los Estados Unidos declararon su solidaridad

con la libertad de la América española. Acontecimientos extranjeros en suma, siguieron influyendo en los destinos hispanoamericanos. Antes y después de la revolución emancipadora, no faltó gente que creía que el Perú no estaba preparado para la Independencia. Sin duda, encontraban exóticas la libertad y democracia. Pero la historia no le da razón a esa gente negativa y escéptica, sino a la gente afirmativa, romántica, heroica, que pensó que son aptos para la libertad todos los pueblos que saben adquirirla.

La Independencia aceleró la asimilación de la cultura europea. El desarrollo del país ha dependido directamente de este proceso de asimilación. El industrialismo, el maquinismo, todos los resortes materiales del progreso nos han llegado de fuera. Hemos tomado de Europa y Estados Unidos todo lo que hemos podido. Cuando se ha debilitado nuestro contacto con el extranjero, la vida nacional se ha deprimido. El Perú ha quedado así insertado dentro del organismo de la civilización occidental.

Una rápida excursión por la historia peruana nos entera de todos los elementos extranjeros que se mezclan y combinan en nuestra formación nacional. Contrastándolos, identificándolos, no es posible insistir en aserciones arbitrarias sobre la peruanidad. No es dable hablar de ideas políticas nacionales.

Tenemos el deber de no ignorar la realidad nacional; pero tenemos también el deber de no ignorar la realidad mundial. El Perú es un fragmento de un mundo que sigue una trayectoria solidaria. Los pueblos con más aptitud para el progreso son siempre aquellos con más aptitud para aceptar las consecuencias de su civilización y de su época. ¿Qué se pensaría de un hombre que rechace, en el nombre de la peruanidad, el aeroplano, el radium, el linotipo, considerándolos exóticos? Lo mismo se debe pensar del hombre que asume esa actitud ante las nuevas ideas y los nuevos hechos humanos.

Los viejos pueblos orientales a pesar de las raíces milenarias de sus instituciones, no se clausuran, no se aíslan. No se sienten independientes de la historia europea. Turquía, por ejemplo, no ha buscado su renovación en sus tradiciones islámicas, sino en las corrientes de la ideología occidental. Mustafá Kemal ha agredido las tradiciones. Ha

despedido de Turquía al kalifa y a sus mujeres. Ha creado una República de tipo europeo. Este orientamiento revolucionario e iconoclasta no marca, naturalmente, un período de decadencia, sino un período de renacimiento nacional. La nueva Turquía, la herética Turquía de Kemal ha sabido imponerse, con las armas y el espíritu, el respeto de Europa. La ortodoxa Turquía, la tradicionalista Turquía de los sultanes sufría, en cambio, casi sin protesta, todos los vejámenes y todas las explicaciones de los occidentales. Presentemente, Turquía no repudia la teoría ni la técnica de Europa; pero repele los ataques de los europeos a su libertad. Su tendencia a occidentalizarse no es una capitulación de su nacionalismo.

Así se comportan antiguas naciones poseedoras de formas políticas, sociales y religiosas propias y fisonómicas. ¿Cómo podrá, por consiguiente el Perú, que no ha cumplido aún su proceso de formación nacional, aislarse de las ideas y las emociones europeas?

Un pueblo con voluntad de renovación y de crecimiento no puede clausurarse. Las relaciones internacionales de la inteligencia tienen que ser, por fuerza, librecambistas. Ninguna idea que fructifica, ninguna idea que se aclimata, es una idea exótica. La propagación de una idea no es culpa ni es mérito de sus asertores; es culpa o es mérito de la historia. No es romántico pretender adaptar al Perú a una realidad nueva. Más romántico es querer negar esa realidad extranjera. Un sociólogo ilustre dijo una vez que en estos pueblos sudamericanos falta "atmósfera de ideas". Sería insensato enrarecer más esa atmósfera con la persecución de las ideas que, actualmente, están fecundando la historia humana. Y si místicamente, gandhianamente, deseamos separarnos y desvincularnos de la "satánica civilización europea", como Gandhi la llama, debemos clausurar nuestros confines no sólo a sus teorías sino también a sus máquinas para volver a las costumbres y a los ritos incásicos. Ningún nacionalista criollo aceptaría, seguramente, esta extrema consecuencia de su jingoísmo. Porque aquí el nacionalismo no brota de la tierra, no brota de la raza efectivamente exótica y forastera que aquí se propugna. Y que, por forastera y exótica, tiene muy poca chance de difundirse en el conglomerado nacional.

HETERODOXIA DE LA TRADICIÓN¹²⁹

He escrito al final de mi artículo “La reivindicación de Jorge Manrique”¹³⁰:

Con su poesía tiene que ver la tradición, pero no los tradicionalistas. Porque la tradición es, contra lo que desean los tradicionalistas, viva y móvil. La crean los que la niegan para renovarla y enriquecerla. La matan los que la quieren muerta y fija, prolongación de un pasado en un presente sin fuerza, para incorporar en ella su espíritu y para meter en ella, su sangre.

Estas palabras merecen ser solícitamente recalcadas y explicadas. Desde que las he escrito, me siento convidado a estrenar una tesis revolucionaria de la tradición. Hablo, claro está, de la tradición entendida como patrimonio y continuidad histórica.

¿Es cierto que los revolucionarios la reniegan y la repudian en bloque? Esto es lo que pretenden quienes se contentan con la gratuita fórmula: revolucionarios iconoclastas. Pero, ¿no son más que iconoclastas los revolucionarios? Cuando Marinetti invitaba a Italia a vender sus museos y sus monumentos, quería sólo afirmar la potencia creadora

129 Publicado en *Mundial*, Lima, 25 de noviembre de 1927.

130 Compilado en *El artista y la época*, pág. 126, Tomo VI de la Primera Colección Popular (N. de los E.).

de su patria, demasiado oprimida por el peso de un pasado abrumadoramente glorioso. Habría sido absurdo tomar al pie de la letra su veemente extremismo. Toda doctrina revolucionaria actúa sobre la realidad por medio de negaciones intransigentes que no es posible comprender sino interpretándolas en su papel dialéctico.

Los verdaderos revolucionarios, no proceden nunca como si la historia empezara con ellos. Saben que representan fuerzas históricas, cuya realidad no les permite complacerse con la ultraísta ilusión verbal de inaugurar todas las cosas. Marx extrajo del estudio completo de la economía burguesa, sus principios de política socialista. Toda la experiencia industrial y financiera del capitalismo, está en su doctrina anti-capitalista. Proudhon, de quien todos conocen la frase iconoclasta, mas no la obra prolja, cimentó sus ideales en un arduo análisis de las instituciones y costumbres sociales, examinando desde sus raíces hasta el suelo y el aire de que se nutrieron. Y Sorel, en quien Marx y Proudhon se reconcilian, se mostró profundamente preocupado no sólo de la formación de la conciencia jurídica del proletariado, sino de la influencia de la organización familiar y de sus estímulos morales, así en el mecanismo de la producción como en el entero equilibrio social.

No hay que identificar a la tradición con los tradicionalistas. El tradicionismo —no me refiero a la doctrina filosófica sino a una actitud política o sentimental que se resuelve invariablemente en mero conservantismo— es, es verdad, el mayor enemigo de la tradición. Porque se obstina interesadamente en definirla como un conjunto de reliquias inertes y símbolos extintos. Y en compendiarla en una receta escueta y única.

La tradición, en tanto, se caracteriza precisamente por su resistencia a dejarse aprehender en una fórmula hermética. Como resultado de una serie de experiencias, —esto es de sucesivas transformaciones de la realidad bajo la acción de un ideal que la supera consultándola y la modela obedeciéndola—, la tradición es heterogénea y contradictoria en sus componentes. Para reducirla a un concepto único, es preciso contenerse con su esencia, renunciando a sus diversas cristalizaciones.

Los monarquistas franceses construyen toda su doctrina, sobre la creencia de que la tradición de Francia, es fundamentalmente aristocrática y monárquica, idea concebible únicamente por gentes enteramente

hipnotizadas por la imagen de la Francia de Carlomagno. René Johannet, reaccionario también, pero de otra estirpe, sostiene que la tradición de Francia es absolutamente burguesa y que la nobleza, en la que depositan su recalcitrante esperanza Maurras¹³¹ y sus amigos, está descartada como clase dirigente desde que, para subsistir, ha tenido que aburguesarse. Pero el cimiento social de Francia son sus familias campesinas, su artesanado laborioso. Está averiguado el papel de los descamisados en el período culminante de la revolución burguesa. De manera que si en la praxis del socialismo francés entrara la declamación nacionalista, el proletariado de Francia podría también descubrirle a su país, sin demasiada fatiga, una cuantiosa tradición obrera.

Lo que esto nos revela es que la tradición aparece particularmente invocada, y aun ficticiamente acaparada por los menos aptos para recrearla. De lo cual nadie debe asombrarse. El pasadista tiene siempre el paradójico destino de entender el pasado muy inferiormente al futurista. La facultad de pensar la historia y la facultad de hacerla o crearla, se identifican. El revolucionario, tiene del pasado una imagen un poco subjetiva acaso, pero animada y viviente, mientras que el pasadista es incapaz de representárselo en su inquietud y su fluencia. Quien no puede imaginar el futuro, tampoco puede por lo general, imaginar el pasado.

No existe, pues, un conflicto real entre el revolucionario y la tradición, sino para los que conciben la tradición como un museo o una momia. El conflicto es efectivo sólo con el tradicionalismo. Los revolucionarios encarnan la voluntad de la sociedad de no petrificarse en un estadio, de no inmovilizarse en una actitud. A veces la sociedad pierde esta voluntad creadora, paralizada por una sensación de acabamiento o desencanto. Pero entonces se constata, inexorablemente, su envejecimiento y su decadencia.

La tradición de esta época, la están haciendo los que parecen a veces negar, iconoclastas, toda tradición. De ellos es, por lo menos, la parte

131 Charles Maurras (Francia, 1868-1952), fue un político y escritor francés, ideólogo y responsable de la organización del movimiento *L'Action Française*, quienes propusieron el "nacionalismo integral", caracterizado por un férreo monarquismo, un marcado ultranacionalismo y un fuerte antisemitismo que, durante la commoción social que produjo en la sociedad francesa el caso Dreyfus, se alineó decididamente con la derecha ultraconservadora y antisemita. (N. de los E.)

activa. Sin ellos, la sociedad acusaría el abandono o la abdicación de la voluntad de vivir renovándose y superándose incesantemente.

Maurice Barrés legó a sus discípulos una definición algo fúnebre de la Patria. “La Patria es la tierra y los muertos”. Barrés mismo era un hombre de aire fúnebre y mortuorio, que según Valle Inclán, semejaba físicamente un cuervo mojado. Pero las generaciones postbélicas están frente al dilema de enterrar con los despojos de Barrés su pensamiento de *paysan* solitario dominado por el culto excesivo del vuelo y de sus difuntos o de resignarse a ser enterrada ella misma después de haber sobrevivido sin un pensamiento propio nutrido de su sangre y de su esperanza. Idéntica es su situación ante el tradicionalismo.

LA TRADICIÓN NACIONAL¹³²

Para nuestros tradicionalistas, la tradición del Perú es fundamentalmente colonial y limeña. Su conservantismo, pretende imponernos así una tradición más bien española que nacional. Ya he apuntado en mi anterior artículo que siempre el tradicionalista mutila y fracciona la tradición en el Perú y el interés clasista y político de nuestra casta feudal.

Mientras ha dominado en el país la mentalidad colonialista, hemos sido un pueblo que se reconocía surgido de la conquista. La conciencia nacional criolla obedecía indolentemente al prejuicio de la filiación española. La historia del Perú empezaba con la empresa de Pizarro, fundador de Lima. El Imperio incaico no era sentido sino como prehistoria. Lo autóctono estaba fuera de nuestra historia y por ende, fuera de nuestra tradición.

Este tradicionalismo empequeñecía a la nación, reduciéndola a la población criolla o mestiza. Pero, impotente para remediar la anterioridad numérica de ésta, no podía durar mucho.

Se puede decir del Perú lo que Waldo Frank dice de Norteamérica: que es todavía un concepto por crear. Mas ya sabemos definitivamente, en cuanto al Perú, que este concepto no se creará sin el indio. El pasado incaico ha entrado en nuestra historia, reivindicado no por los tradicionalistas sino por los revolucionarios. En esto consiste la derrota del colonialismo, sobreviviente aún, en parte, como estado social —feudalidad,

132 Publicado en *Mundial*, Lima, 2 de diciembre de 1927.

gamonalismo—, pero batido para siempre como espíritu. La Revolución ha reivindicado nuestra más antigua tradición.

Y esto no tiene nada de insólito, y ni siquiera nacional no como un utópico ideal de restauración romántica, sino como una reintegración espiritual de la historia y la patria peruanas. Reintegración profundamente revolucionaria en su intención y su trascendencia.

A una crítica familiarizada con las conciliaciones de la Revolución y la tradición, el indigenismo de los vanguardistas peruanos no les parece arbitrario. Comentando el primer número de la revista *Amauta*, *La Fiera Letteraria* se complacía que su vanguardismo se armonizase con la más anciana tradición nacional.

Este criterio, por otra parte, no asoma en la crítica sólo ahora. La filosofía posthegeliana de la historia, tiende espontánea y naturalmente, a la misma conciliación. Hace ya algunos años, Mario Missiroli la formuló en términos absolutos:

La Revolución está ya contenida en la tradición. Fuera de la tradición, no está sino la utopía. He aquí por qué Marx injertando su teoría en el gran tronco del pensamiento moderno concebirá al proletariado como salida del regazo de la burguesía, y, liquidando toda la democracia anterior, afirmará que la lucha de clases en vez de asesinar a la burguesía capitalista acelera su desarrollo; y George Sorel perfeccionando la doctrina del filósofo de Tréveris propugnará la misma solución catástrofica.

La tradición nacional se ha ensanchado con la reincorporación del incaísmo, pero esta reincorporación no anula, a su turno, otros factores o valores definitivamente ingresados también en nuestra existencia y nuestra personalidad como nación. Con la Conquista, España, su idioma y su religión entraron perdurablemente en la historia peruana comunicándola y articulándola con la civilización occidental. El Evangelio, como verdad o concepción religiosa, valía ciertamente más que la mitología indígena. Y, más tarde, con la Revolución de la Independencia, la República entró también para siempre en nuestra tradición.

El tradicionalismo, el colonialismo, no han perdonado nunca a la República su origen y su alcance revolucionarios. Hoy éste es ya un tópico completamente superado. Las responsabilidades de la República no son responsabilidades del régimen republicano sino del régimen colonial, que su práctica —y no su doctrina— dejó subsistente. La República, contra lo que pretenden, artificiosa y reaccionariamente sus retardados críticos, no fue un acto romántico. La justifican no sólo cien años de experiencia nacional, sino, sobre todo, la uniformidad con que impuso a toda América esa forma política, el movimiento solidario de la Independencia, que es absurdo enjuiciar separadamente del vasto y complejo movimiento liberal y capitalista del cual recibió rumbo e impulso. La monarquía constitucional, representó en Europa una fórmula de transacción y equilibrio entre la tradición aristocrática y la revolución burguesa. Pero en Europa la tradición aristocrática y en América, desde la Conquista, que condenó al ostracismo lo autóctono, esa tradición no era indígena sino extranjera.

Nada es tan estéril como el proceso a la historia, así cuando se inspira en un intransigente racionalismo, como cuando reposa en un tradicionalismo, estático. *Indietro non si torna.*

Cuando se nos habla de tradición nacional, necesitamos establecer previamente de qué tradición se trata, porque tenemos una tradición triple. Y porque la tradición tiene siempre un aspecto ideal —que es el fecundo como fermento o impulso de progreso o superación— y un aspecto empírico, que la refleja sin contenerla esencialmente.

Y porque la tradición está siempre en crecimiento bajo nuestros ojos, que tan frecuentemente se empeñan en quererla inmóvil y acabada.

SOBRE LAS UNIVERSIDADES POPULARES

LAS UNIVERSIDADES POPULARES¹³³

Las universidades populares no son institutos de agnóstica e incolora extensión universitaria. No son escuelas nocturnas para obreros. Son escuelas de cultura revolucionaria. Son escuelas de clase. Son escuelas de renovación. No viven adosadas a las academias oficiales ni alimentadas de limosnas del Estado. Viven del calor y de la savia populares. No existen para la simple digestión rudimentaria de la cultura burguesa. Existen para la elaboración y la creación de la cultura proletaria.

En la Escuela Marxista de París, se divulga y se comenta el contenido ideológico y el sentido histórico de la obra de Marx, de Lasalle, de Guesde, de Jaurés. En las escuelas del Independent Labour Party, Bertrand Russell, el gran catedrático de la Universidad de Cambridge y otros intelectuales de vanguardia, estudian y debaten los grandes problemas económicos y políticos de Inglaterra y del mundo. En la Universidad Popular de Milán, he escuchado la palabra de Enrique Ferri y del literato Mario Marini, *leader* del grupo Claridad de la “capital moral” de Italia. En Varsovia, varias personalidades del socialismo y del mundo científico y literario, acaban de inaugurar una universidad obrera que, conforme a su vasto programa, se propone: organizar series metódicas de conferencias, cursos profesionales y de enseñanza general, salas de

133 Artículo publicado en *Bohemia Azul*, N° 3, en Lima, el 27 de octubre de 1923 con el epígrafe de “Voces del tiempo”.

lectura, bibliotecas, museos, laboratorios y exposiciones, reuniones y excursiones científicas y artísticas; publicar ediciones populares científicas y artísticas, manuales de estudio, etc.; sostener salas de cinema y de teatro, clubs, hoteles, etc.; y dar su apoyo a las asociaciones que se ocupen de la protección y de la instrucción de la infancia y a todas las actividades que converjan con la "suya". En México, bajo el auspicio de Vasconcelos, se ha fundado una Liga Social Pro Cultura destinada a la iluminación cultural de los trabajadores.

La obra de las universidades populares es, actualmente, una obra universal. Brota espontáneamente del estado social contemporáneo. Satisface una necesidad espiritual de esta época inquieta y gráfida.

El proletariado emprende, afanoso, la conquista de la cultura. Las últimas experiencias históricas le han enseñado el valor social y político de la ciencia y de sus creaciones. La burguesía es fuerte y opresora, no sólo porque detenta el capital sino también porque detenta la cultura. La cultura es uno de sus principales, uno de sus sustantivos instrumentos de dominio. El capital es expropiable violentamente. La cultura, no. Y, en manos de la burguesía, la cultura es un arma contrarrevolucionaria. La cultura es el mejor gendarme del viejo régimen.

Todos los intelectuales y artistas de vanguardia, todos los intelectuales y artistas de afiliación ideológica avanzada dirigen y conducen este asalto a la ciencia cautiva. Barbusse, en su llamamiento a los intelectuales, dice que "latente o realizada, la Revolución no ha sido ni será jamás sino el grito y la potencia del pensamiento". El deber de la inteligencia es un deber revolucionario. Los únicos intelectuales inservibles a este deber son los "intelectuales de panteón" que exhiben su ramplona bisutería ideológica en los escaparates de las librerías de lujo. Los intelectuales decadentes, intoxicados de una literatura morbosa y palúdica y enamorados de la torre de marfil y de otras quimeras astrales y estúpidas. Los intelectuales retrospectivos y cortesanos que adulan la aristocracia postiza de los nuevos ricos con sus nostálgicas rapsodias del pasado.

Pero la defeción o la ausencia de estos clientes de la tradición y de la burguesía no consterna ni preocupa a la intelectualidad nueva. Surge actualmente una generación intelectual libre, investigadora, atrevida.

Y esta generación forjará los instrumentos morales e ideológicos de la civilización proletaria.

EN EL SEXTO ANIVERSARIO DE LA UNIVERSIDAD POPULAR¹³⁴

Siento como un deber mi presencia en el Boletín que conmemora la fundación de la Universidad Popular González Prada, no a título de “intelectual avanzado” sino de miembro de este centro de cultura proletaria. Del título de “intelectual de avanzada”, que no tengo en demasiado aprecio hago barato obsequio a los que por ahí puedan apetecerlo. Y me califico miembro o militante de la Universidad Popular, y no profesor, porque también de ese título, rezago del espíritu universitario, fui siempre poco amigo en nuestras asambleas. En la Universidad Popular no he querido encontrar, en todo instante, sino estudiantes, venidos unos del taller y otros de la biblioteca o del aula. De estudios superiores unos e incipientes otros, pero estudiantes y obreros todos del heroico trabajo de formar una cultura revolucionaria, exenta de maneras académicas y membretes burgueses.

La invalidez física que me impide ocupar mi puesto en vuestras reuniones y clases, no me aparta ni me excluye de la Universidad Popular, pues, concibiendo su misión y entendiendo su esfuerzo como la misión y el esfuerzo de crear una cultura revolucionaria, sé que he dado a esa obra, íntegramente mi energía y capacidad en estos dos años y medio. Algunos

134 Nota de adhesión de José Carlos Mariátegui en el sexto aniversario de la Universidad Popular, publicado en el *Boletín de las universidades populares González Prada*, en Lima, en el mes de enero de 1927. Mariátegui no se desvinculó de la institución al finalizar sus conferencias sobre la Historia de la Crisis Mundial ni al concluir la revista *Claridad*. Por esa relación palpable fue que envió una carta de adhesión al homenaje al insigne maestro Manuel González Prada, organizado por la universidad en 1925.

centenares de artículos, en todos los cuales he tratado de contemplar y definir los hechos y las cosas con criterios socialistas, representan mi aporte de este tiempo en que no he hablado, pero he escrito, y en que tengo la satisfacción de haber escrito como habría hablado.

Todos conocéis ya en la Universidad Popular, lo conocen también muchos de los que están fuera de ella, mi desconfianza invencible respecto a los sedicentes intelectuales neutros. Para mí, esta categoría no existe. En el conflicto entre explotadores y explotados, en la lucha entre socialistas y capitalistas la neutralidad intelectual es imposible. Constituyen una ilusión vana en todo aquello en quienes no es una argucia jesuítica.

En el Perú la inteligencia ha estado enfeudada a los intereses y sentimientos de la casta feudal heredera bajo la República de los privilegios del Virreinato. La fundación de la Universidad Popular ha significado uno de los episodios de la revolución intelectual que actualmente se cumple. Con ese acto la juventud ha afirmado su voluntad de socializar la cultura, libertándola de los vínculos que antes la subordinaban al “civilismo”, como se llama a nuestra plutocracia. Los profesores del “civilismo” llenos de suficiencia y horror de espíritu, se sentían los mantenedores y conservadores de algo que era patrimonio de las “clases altas”. Los trabajadores intelectuales de la Universidad Popular y de la vanguardia se saben los forjadores de algo que es y debe ser patrimonio de la sociedad.

Esta batalla tiene ya sus héroes. Tiene ya sus glorias y sus triunfos. Pero el recuento de los unos y la conmemoración de los otros, no basta como testimonio de que será debidamente continuada. En el sexto aniversario de su fundación, la Universidad Popular está obligada a hacer balance de su propia labor, con un criterio riguroso y, hasta donde sea posible, objetivo. Creo que los fines de su primera etapa están ya superados y hay que perseguir objetivos ciertamente más difíciles, pero esenciales. Hace año y medio propuse la organización de una especie de seminario de estudios económicos y sociológicos que se propongan, en primer término, la aplicación del método marxista al conocimiento y definición de los problemas del Perú. Hoy renuevo mi proposición. Os recomiendo que viváis apercibidos contra el peligro de que un simple trabajo de clases nocturnas se convierta en un ejercicio de extensión universitaria. Afortunadamente os creo vigilantes y alertas.

Por esto, mis palabras de solidaridad y saludo en el sexto aniversario de nuestra UP quieren ser de franco y leal optimismo en el espíritu y en la capacidad de los elementos de vanguardia que continúan la labor iniciada hace seis años por Haya de la Torre, nuestro querido ausente.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

Lima, enero 22 de 1927

HACIA UN CAMINO PROPIO¹³⁵ (LA INICIACIÓN DE LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA)

135 Alberto Tauro del Pino (1914-1994), en su extraordinario estudio sobre los *Escritos Juveniles* de José Carlos Mariátegui, publicados en ocho tomos en 1991 y desde 1994 integrados a las obras completas del amauta en la colección denominada *Mariátegui total*, nombra a la selección de artículos del amauta publicados en la revista *Nuestra Época* y el periódico *La Razón*, así como a una nota difundida por el diario *El Tiempo* –doce escritos en total–, de esta forma: “Hacia un camino propio”, frase que además es extraída de la presentación de *Nuestra Época*, en donde Mariátegui dice: “Y esta repulsa continua nos ha hecho sentir la necesidad de buscarnos *un camino propio* para afirmarla y para salvarnos de toda apariencia de solidaridad con el pecado, el delito y la ineptitud contemporáneos”. De esta sección seleccionamos tan sólo siete de los doce textos por considerarlos complementarios a la formación política de Mariátegui, ya que los artículos aquí editados dan cuenta de sus iniciales posiciones políticas desde la defensa del proletariado antes inclusive de su viaje a Europa en donde se hará marxista. Por ello le hemos colocado el subtítulo de “La iniciación de la política revolucionaria”. (N. de los E.).

EXPOSICIÓN¹³⁶

Presentación de la revista *Nuestra Época*

Éste no es un periódico más que viene a servir intereses determinados. No nos lo consentiría nuestro orgullo de escritores nuevos no contaminados con ninguna vergüenza ni con ninguna responsabilidad. Éste es un periódico totalmente nuestro. No lo sacamos por cuenta de ninguna facción política.

Nos parece indispensable decirle para que no se nos achaque ni se nos busque vinculación o afinidad con algunos de los ramplones y estolidos partidos que, alternándose al poder, se alternan también en el desprecio popular.

Sale *Nuestra Época* en una hora de órganos electorales y de abigarrados pasquines, grotescos y mercenarios todos, para encender una luz

136 Presentación de la revista *Nuestra Época* en su N° 1, en Lima, el 22 de junio de 1918. Esta revista de muy poca duración (el segundo y último número saldría el 6 de julio de 1918), fue fundada en junio de 1918. Presentaba una aún débil orientación hacia el socialismo. En este mismo número José Carlos Mariátegui –aún no marxista– renuncia públicamente a su seudónimo “Juan Croniqueur” con lo que da por terminada su posteriormente denominada “Edad de Piedra”. El anuncio decía así: “Nuestro compañero José Carlos Mariátegui ha renunciado totalmente a su seudónimo de Juan Croniqueur, bajo el cual es conocido, y ha resuelto pedir perdón a Dios y al público por los muchos pecados que escribiendo con ese seudónimo ha cometido”. (N. de los E.).

limpia y firme en medio de tanta tenebrosidad y de tanta sordidez¹³⁷. Nos proponemos quemar, acaso inútilmente, el organismo político del país, tan corrompido ya que tan sólo la acción material del fuego puede purificarlo.

No vamos a hacer un periódico de procacidad y grosería. Nuestras plumas que tan buena y cariñosa hospitalidad reciben en los hogares de la prensa metropolitana, no son capaces de encanallarse ni de renunciar a los atributos de su dignidad y de su decencia.

Sacamos este periódico y le ponemos de nombre *Nuestra Época* porque creemos que comienza con nosotros una época de renovación que exige que las energías de la juventud se pongan al servicio del interés público. Y, en plena juventud, comprendemos nuestro deber de concurrir a esta reacción nacional con toda nuestra honradez y con toda nuestra sinceridad, ardorosas y robustas.

Aportamos a esta obra el conocimiento de la realidad nacional que hemos adquirido durante nuestra labor en la prensa. Situados en el diarismo casi desde la niñez, han sido los periódicos para nosotros magníficos puntos de apreciación del siniestro panorama peruano. Nuestros hombres figurativos suelen inspirarnos, por haberlos mirado de cerca, un poco de desdén y otro poco de asco. Y esta repulsa continua nos ha hecho sentir la necesidad de buscarnos un camino propio para afirmarla y para salvarnos de toda apariencia de solidaridad con el pecado, el delito y la ineptitud contemporáneos.

No crea el lector que *Nuestra Época* aparece para perfilar dogmas. Es un periódico doctrinario. Pero no es un periódico que aspira a actuar presuntuosamente como maestro ni como catedrático. Se equivocará

137 Por aquella época Mariátegui es uno de los fundadores del Comité de Propaganda y Organización Socialista. Resultó elegido miembro de su Junta Directiva, junto a Luis Ulloa, Carlos del Barzo, César Falcón, Arturo Valdez, Augusto Alvarez Rastelli. Luego sería elegido Secretario General Alberto Secada; quien renunciaría más tarde, siendo reemplazado por don Luis Ulloa. Mariátegui y Falcón se alejarán de éste rápidamente por discrepancias internas, las cuales radicaban en la idea de los jóvenes periodistas de acercarse más íntimamente al movimiento obrero que por aquellos días luchaba por la Ley de las Ocho Horas y en no constituirse aún como partido sin este previo trabajo; propuesta que era rechazada por un sector caudillista y mesiánico que tenía aspiraciones electorales sin ningún trabajo de masas previo. Esto no les impedirá participar activamente en la formación de los obreros. (N. de los E.).

muchas veces seguramente. Sólo que, cuando se equivoque, por lo menos no le habrá pagado nadie su error.

El programa político de *Nuestra Época* es bien sencillo. Dos palabras podrían definirlo: decir la verdad. Esto nos parece que sobra para exhibirnos emancipados de la tutela de los intereses creados y de las gentes incapaces que, amparados por esos apellidos sociales y esas reputaciones falsas que decoran este teatro criollo y estúpido de la política nacional, medrarán a su gusto hasta que la patria deje de ser una especie de casa de la tolerancia con beneficios prácticos para unos cuantos a costa de la prostitución de los demás.

Nuestra Época es también un periódico literario. Representará no sólo la capacidad estudiosa y el esfuerzo reformador de la juventud intelectual a que pertenecemos. Representará asimismo la aptitud artística. Ya la representará con la misma pureza. Aparecerán en estas páginas prosas y versos selectos de los jóvenes consagrados ya por el aplauso público.

Queda así apuntada rápidamente, lo más rápidamente posible, la significación de *Nuestra Época*. Únicamente nos resta una advertencia final y tranquilizadora. La de que, aunque somos literatos, no haremos literatura en la política, ni haremos política en la literatura.

MALAS TENDENCIAS¹³⁸

El deber del Ejército y el deber del Estado

Hasta ahora dura el eco del discurso del coronel Ballesteros. El que al principio no parecía sino un ardoroso brindis de sobremesa, de sonoro patriotismo y retórica huachafa, se está convirtiendo en una bandera militarista. Una bandera de papel de cometa izada en uno de los sables del 4 de febrero. Pero una bandera de toda suerte.

Acaso a esta fecha el propio coronel Ballesteros se ha asustado de su obra. Probablemente jamás se le ocurrió que su estribillo de los cañones llegase a conmover la República y a darle a él –profesional estudiioso y sosegado– trazas de caudillo y síntomas de héroe.

Y quiera Dios que así sea. Porque si el coronel Ballesteros, en vez de un hombre modesto e ingenuo, como nosotros lo suponemos, es un hombre calculador y redomado, tendremos en el retablo de la política criolla a la más peligrosa figura que podría aparecer en él. Tanto que un buen optimismo nuestro consiste en creer que el coronel Ballesteros no

138 Artículo publicado en la revista limeña *Nuestra Época*, en su N° 1, del 22 de junio de 1918. Este artículo era una respuesta a un comentario sobre un discurso realizado por el coronel Enrique Ballesteros (1872-1970); la tesis vertida en éste, sobre que el gasto en armamentos debía dedicarse al gasto en producción y en educación, ocasionó que el joven Mariátegui fuera agredido por un grupo de militares, dirigidos por el teniente José Vásquez Benavides, en la redacción del diario *El Tiempo*. Es golpeado una y otra vez con un látigo hasta caer al piso. La indignación nacional se coloca de lado del periodista, renunciando el ministro de Guerra. (N. de los E.).

ha medido ni valorizado previamente la trascendencia de sus palabras sino que las ha dicho como se las ha dictado el corazón. Pues en esto reside lo indispensable para la tranquilidad y bienandanza nacionales. En que el discurso del coronel Ballesteros haya sido cosa del corazón y no de la cabeza.

El papel del Ejército

No exageramos. Muy grave, muy grave, sería que el ejército del Perú quisiera señalarles a los poderes públicos una orientación de su gusto. El grado de militarización que al país conviene no ser indicado de ninguna manera por el Ejército. Es imprescindible que los poderes públicos elijan libremente la dirección primaria de la política gubernamental.

Un jefe militar que se pone de pie, delante de un auditorio militar también, para manifestar que hay que recomendarle al Congreso que haga esto y que hay que quejarse de que no haya hecho aquello es, por eso, un jefe a quien se tiene que mirar como una amenaza.

¿Persigue popularidad? ¿Quiere granjearse unos cuantos aplausos? ¿Busca tales o cuales felicitaciones? Entonces es un jefe que no se conforma con la normalidad de su existencia profesional. Es un jefe que ambiciona mayores órbitas de figuración. ¿Pretende únicamente que los poderes públicos sepan lo que el Ejército apetece y anhela? Entonces es un jefe que enamorado de una convicción, acertada o no, aspira a imponerla al Estado. Siempre es, pues, un jefe cuya conducta no se encarrila dentro del rol austero del Ejército.

Habrá quienes se pregunten: ¿Luego un militar carece del mismo derecho que cualquier otro ciudadano para emitir públicamente sus ideas? Les responderemos, naturalmente que sí. En todo el país el militar no puede obrar como cualquier ciudadano. Es un ciudadano inhabilitado por su función para el amplio ejercicio de sus derechos políticos. Los militares no pueden celebrar mitines, no pueden pedir aumento de sueldo, no pueden demandar la guerra ni oponerse a ella, no pueden votar, no pueden afiliarse a ningún partido político. Su libertad individual está cohibida y su libertad colectiva anulada. No por capricho su misión es llamada misión de sacrificio y su carrera es llamada carrera de abnegación.

El fundamento de esta condición particular de los militares está universalmente sancionado. Luis Araquistain lo definía brillantemente, no hace mucho, a propósito de las juntas de defensa constituidas por los oficiales y los sargentos españoles. Araquistain les negaba a los militares la capacidad para sindicarse que les otorgaba a todos los funcionarios del Estado. Y se basaba en que la fuerza de los militares debe ser, al mismo tiempo, su debilidad. El Estado, efectivamente, al darles esa fuerza les prohíbe que usen de ella en su favor. Y los militares deben abstenerse de toda actitud de alcance político porque cualquier actitud suya, por tranquila que sea, entraña siempre una coacción en virtud de la fuerza que la respalda. Esto es lo que hace censurable el discurso del coronel Balles-teros y lo que haría consternador que ese discurso obtuviese muestras de apoyo y de simpatía del Ejército.

Los partidos, los grupos, los bandos políticos, que luchan por el predominio de sus sistemas y de sus conceptos, deben ser los que estudien y resuelvan si el Perú adopta o no una orientación militarista. Los militares, si tienen una noción sana de su verdadero papel, no deben intervenir en ese debate. No puede tolerarse que opinen sobre algo de tanta importancia en la marcha de la nación. Absolutamente no. Podría tolerarse tal vez que opinasen acerca de la ubicación del palacio arzobispal. Su concurrencia al debate público en este caso no sería tampoco cuerda, pero sería siquiera inofensiva. Daría risa; pero no daría miedo. Sería una bobada. Pero no sería un peligro.

Además el militarismo es aquí un error

Ahora bien. No es sólo que el Ejército no deba insinuar ni marcar la dirección sustantiva del Estado. Es mucho más aún. Es también esa orientación militarista.

Resulta, por consiguiente, que la presión militar para que el país se militarizase no sería mala únicamente por ser presión militar. Sería mala, además, por tender a que el país se militarizase. Nos colocaría delante de un medio malo y de una finalidad peor. Y así, ni aun podríamos tener el consuelo de que, hablando como de costumbre un lenguaje de refranes y aforismos, nos dijésemos una vez más que “el fin justifica los medios”.

El país tiene que cuidar de su defensa armada. Pero debe hacerlo dentro de la proporción de sus recursos económicos. No sería sensato que el Estado abrumase al pueblo con un presupuesto de guerra exagerado o que adquiriese deudas comprometedoras de su crédito para repletar los parques militares de esos cañones, fusiles y balas que han obsesionado al coronel Ballesteros.

Ningún Estado debe mostrarse en verdad, más parco y discreto que el Estado peruano en esfuerzos militares. Todo le niega aptitud de Estado militar y nada le indica conveniencia de serlo.

Un motivo no más podríamos tener para acentuar intensa y denodadamente nuestra militarización: el anhelo de la revancha contra Chile. Únicamente este romántico sentimiento de reivindicación podría conducirnos a armarnos y pertrecharnos a cualquier costo. Y ya andamos casi unánimemente convencidos de la ineeficacia de todo revanchismo.

Chile tendrá siempre, mientras nos dure el ardimiento revanchista, un poder bélico superior al nuestro. Cuando nosotros, mediante un sacrificio compremos un barco, Chile, sin sacrificio alguno, podrá comprar tres. Y es que Chile no sólo es un país más rico que el Perú. Es, al mismo tiempo, un país que se preocupa más que el Perú de mejorar su riqueza. Y es más fuerte que el Perú porque es más rico.

Luego, ni aun el revanchismo puede inducirnos a adoptar una orientación militarista. Claramente miramos que la riqueza y no las armas nos dará algún día la codiciada superioridad sobre Chile.

Política de trabajo y no política de apertrechamiento es, pues, la que aquí nos hace falta. Política de trabajo y también política de educación. Que se explote nuestro territorio y que se acabe con nuestro analfabetismo y tendremos entonces dinero y soldados para la defensa del territorio peruano.

Pobres, descamisados y hambrientos, ¿cómo va a ser posible que pensemos en una gran escuadra ni en un buen ejército? Nos pareceríamos como nación a un hombre que gastase en armas del dinero que debía gastar en pan y que invirtiese en ejercitarse en la esgrima el tiempo que debía invertir en ganar dinero.

No podemos tener Ejército aún

Hay mucho más todavía. Carecemos de espíritu militar. Nuestro pueblo no es un pueblo militar. Y a nadie se le ocurrirá aconsejarnos que improvismos el espíritu militar que nos falta.

La gran mayoría de los peruanos, los tres millones de indios embrutecidos y esclavizados y de las sierras, no posee noción de la patria. Y sin embargo, de esa masa aborigen inconsciente, habremos de extraer en un caso de guerra el ejército que nos defienda.

Contemplemos ahora mismo nuestro ejército y digámonos si es realmente un ejército. Analizándolo rápidamente notaremos que la tropa es compuesta por los indios coercitivamente enrolados. Esos indios no aman ni estiman su condición de soldados. La aborrecen. Se hallan siempre en el umbral de la deserción.

La oficialidad está compuesta, en un noventa por ciento, por gente llevada a la escuela militar unas veces por la miseria del medio y otras veces por el fracaso personal. La vocación militar apenas si se asoma de raro en raro. Para comprobarlo basta con reparar en que, mientras en otros países la aristocracia puebla los colegios militares, entre nosotros, los jóvenes "decentes" burlan la conscripción. Y en que hasta hace muy poco los severos padres de familia "metían" en la escuela militar al hijo más desalmado, jaranista y bribón. La escuela militar era para ellos una especie de escuela correccional donde "a punta de palo" eran enmendados los muchachos de mala índole y deshonestas travesuras.¹³⁹

No podemos tener, pues, un ejército verdadero. Los peruanos no quieren ser soldados. Si aumentamos nuestros efectivos no será, evidentemente, que hemos concentrado más soldados en nuestros cuarteles.

139 Es justicia decir que no pasa lo mismo en la Marina. A la escuela naval, más que a la escuela militar, se encaminan muchos jóvenes por vocación. La oficialidad de la escuadra es más selecta y culta que la del Ejército. Hay también razón para que así sea. La vida en los buques favorece y auspicia el estudio y se acomoda al gusto de los espíritus más finos y mejor cultivados. (Nota de José Carlos Mariátegui). Es imprescindible señalar que lo afirmado en la nota anterior por Mariátegui, en la actualidad ha quedado superado por el copamiento que realizó la CIA en las Fuerzas Armadas de América Latina, a través de la Escuela de las Américas y otros instrumentos. Durante décadas la oficialidad de la Marina ha sido la expresión más reaccionaria de las Fuerzas Armadas. Su participación a favor del imperialismo yanqui y sus afanes coloniales en el continente ha sido continuo. (N. de los E.).

Será que hemos concentrado más indios cogidos a lazo por subprefectos y gendarmes.

No debemos entonces engañarnos

No huyamos de la verdad por fea y amarga que sea. Antes bien busquémosla para dirigir nuestros pasos conforme a lo que ella nos diga. Busquémosla aunque nos diga que no somos un pueblo militar y queramos serlo. Aunque nos diga que no tenemos soldados y queramos acuartelarlos. Aunque nos diga que carecemos de ejército y queramos comprarle mil cañones. Aunque nos diga que nos hace falta desarrollo económico y queramos apertrechamiento bélico.

Desde hace un siglo aproximadamente consumimos nuestra energía en mantener nuestras milicias. Por el lujo de querer ser fuertes y marciales nos hemos olvidado de la necesidad de ser trabajadores y ricos. El pueblo, paupérrimo y miserable, ha vivido para alimentar a un ejército siquiera. Apenas si hemos formado una burocracia más o menos bien comida y más o menos mal encaminada.

No vayamos más allá.

Y en vez de pensar en acuartelar soldados pensemos en formarlos. Ya vendrá el día de que los acuartelemos. Si para nuestra felicidad es preciso que venga.

MARIÁTEGUI EXPLICA SU ARTÍCULO DE *Nuestra Época*¹⁴⁰

Un acendrado fervor doctrinario y un noble ardimiento patriótico me impulsaron a publicar, ayudado por escritores tan bien intencionados como yo, el periódico *Nuestra Época*. Y esos mismos sentimientos me inspiraron el artículo sobre el Ejército cuya resonancia estruendosa, consternadora y terrible conturba mi ánima en estos momentos de fiebre y de bullicio.

Mi artículo no fue un estudio del problema militar. Fue únicamente un sumario de mis ideas sobre ese problema. Fue un índice de mis observaciones. Fue, luego, muy poco.

Demasiado tiene que asombrarme, pues, que ese artículo que quiero que todos miren como un arranque de mi sinceridad más pura, haya producido acontecimientos tan graves y tan dolorosos. Porque jamás aguardar que algunas palabras más trastornaran la tranquilidad pública de tal manera honda y expresiva.

Y como, antes que escritor soy peruano y soy patriota, me apena tanto esta sucesión de sensibles escenas que estoy a punto de arrepentirme de haber escrito las cuatro cuartillas que así han conmovido a la República.

140 Nota publicada en el diario limeño *El Tiempo*, el 27 de junio de 1918. Mariátegui, en contraste con el ataque de ciertos militares y la crítica recibida por su artículo desde la pluma de su gran íntimo amigo César Falcón (1892-1970), quien sale en defensa del Ejército, recibe, como señala su biógrafo Guillermo Rouillón (1917-1978), “el elogio y la solidaridad proveniente de los trabajadores, estudiantes, correligionarios políticos y numerosos lectores de su columna ‘Voces’. Aún así decidirá explicar su artículo sobre el Ejército mediante este texto. (N. de los E.).

Me transformo en espectador, y contemplo primero el ataque a un hogar periodístico y a un escritor. Contemplo enseguida la solidaridad contra la censura arrancada a la superioridad por ese ataque. Contemplo, finalmente, una actitud que arredra e intimida al Gobierno.

Y naturalmente siento entonces la responsabilidad de estas commociones. Miro en ellas una secuela de mi artículo. Y me pregunto si valía la pena expresar una convicción a tan cuantioso precio.

No he sido yo el ofensor

Antes de pasar adelante he de aclarar el alcance de las palabras mías que han soliviantado a la oficialidad joven y susceptible. No lo he hecho ya porque se avenía con mi dignidad de escritor responder a un ataque con una explicación, por altiva que esta explicación fuese. Ahora tengo que hacerlo porque es mi responsabilidad quien me pide la explicación.

Dice el párrafo de mi artículo mal interpretado en el Ejército: que “la oficialidad está compuesta, en un noventa por ciento, por gente llevada a la escuela militar unas veces por la miseria del medio y otras veces por el fracaso personal”.

Y bien.

Ésta no es una ofensa al Ejército. No lo es por la intención. No lo es por los términos. No lo es por la idea. La miseria del medio nos aflige a todos. Desvía cruelmente las vocaciones de los hombres. En un país rico y activo la gente puede elegir libre y fácilmente el empleo de su capacidad. En un país pobre e inerte no ocurre lo mismo. La gente más apta suele ser vencida por la miseria del medio. La miseria del medio no es más fuerte que su aptitud. El fracaso personal no es, por ende, una culpa ni es, mucho menos, una vergüenza. Es una consecuencia frecuente y triste del estado económico del país.

Yo, pues, no le he reprobado ni le he inculpado nada a la oficialidad. Tan sólo le he discutido la vocación militar. Y no se la he discutido desde un punto de vista lesivo para su honor ni para su orgullo. Se la he discutido tan solo desde un punto de vista panorámico y general.

Creo oportuno un ejemplo. Y considero que el ejemplo que puedo presentar con más sinceridad es, sin duda alguna, el ejemplo mío. Si yo me gobernara, en vez de que me gobernara la miseria del medio, yo no

escribiría diariamente, fatigando y agotando mis aptitudes, artículos de periódico. Escribiría ensayos artísticos o científicos más de mi gusto. Pero escribiendo versos y novelas yo ganaría muy pocos centavos porque éste es un país pobre, no puede mantener poetas ni novelistas. Los literatos son un lujo de los países ricos. En los países como el nuestro los literatos que quieren ser literatos –o sea, comer de su literatura– se mueren de hambre. Por esto, si mi mala ventura me condena a pasarme la vida escribiendo artículos de periódico, automatizado dentro de un rotativo cualquiera, me habrá vencido la pobreza del medio. Seré un escritor condenado al diarismo por el fracaso personal.

Luego no se puede decir sensatamente que yo haya ofendido a la oficialidad. He hablado sin circunloquios y sin disfraces porque así es mi costumbre. Pero no he hablado con procacidad.

Sin embargo, llevo mi honradez hasta el extremo de investigar el origen probable de la equivocación de la oficialidad que me ha juzgado mal. Y me imagino encontrarlo. Mi artículo, como más arriba lo declaro, no fue sino un índice de mis opiniones. Cada opinión mía apareció en ese artículo sin comprobaciones por la sencilla razón de que las comprobaciones de cada opinión habrían ocupado un artículo entero. Ha sido tal vez por esto que no se me ha entendido bien. Una opinión cualquiera, extraída de ese índice, ha sido suficiente para causar tal cual alarma o tal cual aprensión en los ánimos tropicales y nerviosos que nos rodean.

Un voto que es una esperanza

Tanto gesto desmandado y agrio, tanta voz altisonante y dura y tanto comportamiento penoso y anormal podrían hacerme desesperar del Ejército de mi patria. Podrían hacerme caer en el pesimismo más acerbo. Podrían hacerme pensar que había llegado para las instituciones peruanas una hora de desquiciamiento sombrío. Podrían hacerme suponer que habíamos entrado en un período de pleno y absoluto señorío de la fuerza y de sus coacciones.

Pero quiero tener fe en los destinos del Perú. Para tenerla necesito olvidarme de que se me ha atacado por haber emitido mis ideas. Y bien. Me olvido de que se me ha atacado. Un arrebato, un estrépito me

parecen cosas muy propias de la psicología nacional. Y, sobre todo, creo indispensable razonar por encima de ellas.

Mi aspiración actual y vehemente es la aspiración de que el Ejército del Perú no se aparte de su deber. De que el Ejército no olvide que es tradicionalmente la institución donde se conciernen, guardan y cultivan las virtudes más caballerescas, pudentorosas y bizarras.

Y mi aspiración, por ser muy intensa y muy grande, es una esperanza.

LA REORGANIZACIÓN DE LOS GRUPOS POLÍTICOS¹⁴¹

Uno de nuestros parlamentarios de más relieve, el doctor José Matías Manzanilla, tan llevado y traído por las misceláneas humorísticas de la política en gracia a su donaire y a su facundia, ha declarado, contestando a la encuesta de un diario regionalista del sur, que “no necesitamos nuevos partidos políticos sino organizar bien los existentes y revisar sus programas para que respondan a las necesidades y aspiraciones del país”.

Es pues, un político de encumbrada jerarquía quien nos recomienda la reorganización de los partidos políticos existentes y quien, por ende, cree hacedera y provechosa esa reorganización. Y quien, al mismo tiempo, no considera oportuna la constitución de un partido de bandera netamente regionalista.

Las palabras vehementes y rotundas de ese político –“¡no, partidos nuevos no!”– vienen a encender más aún el debate sobre la crisis de los grupos políticos nacionales. Aquellos que –por ingenuidad, por conveniencia, o por conservadurismo– no quieren que se hable siquiera de

141 Artículo publicado en el N° 2 de *Nuestra Época* de Lima, el 06 de julio de 1918. La columna llevaba el título general de: “Tema del día”. En este texto el joven Mariátegui reflexiona sobre la génesis de los partidos políticos, mostrando sus germinales ideas sobre lo que debe ser un partido político. El tenor de este artículo continuará en otros siete que se publicarán en *La Razón*, entre el 14 de mayo y el 24 de julio de 1919. En ese lapso llegará a decir que “un partido de renovación nacional tendrá que ser un partido formado por hombres nuevos” (*Diez Años Después*, *La Razón* N° 25. Lima, 11 de junio de 1919). (N. de los E.).

otros partidos sino que se componga, aliñe y entone los partidos actuales, se sienten reforzados por una opinión autorizada e influyente. Y aque- llos que, como nosotros, estamos convencidos de que nuestros antiguos partidos no pueden sobrevivir más tiempo, miramos ponerse de pie una tesis que, mal sostenida por gente desganada y vacilante, suponíamos tundida y derrotada irremisiblemente.

¿Cuáles son esos partidos?

Cesar Ugarte, uno de los escritores más investigadores, capaces y cultos de la juventud peruana, estudiaba con mucha circunspección en el anterior numero de *Nuestra Época* el problema contemplado por el doctor Manzanilla. "No es precisamente –escribía Ugarte– la ruina de las viejas agrupaciones políticas lo que debemos lamentar, ni es en su artifi- cial reorganización en lo que debemos cifrar nuestras esperanzas".

El juicio de Ugarte es, sin duda alguna, muy exacto. Y por eso hemos querido recordarlo antes de dar paso a algunas de las observaciones que nos sugiere la aseveración del doctor Manzanilla.

Sostenemos no sólo que no habría utilidad en reorganizar los partidos existentes. Sostenemos que habría peligro en reorganizarlos si, por fortuna, reorganizarlos no fuera imposible. Sostenemos que los que aún no han muerto están agónicos. Sostenemos que una necesidad higiénica nos ordena que nos apartemos de ellos. Sostenemos que no es nuestro deber averiguar si podemos resucitarlos sino, perdiendo toda esperanza romántica de un milagro, inhumarlos sin tardanza y sin pena.

Los partidos no son eternos. Responden a una necesidad o una aspiración transitorias como todas las necesidades y aspiraciones. Una vez que desaparece el motivo de su existencia desaparece su fuerza. Sabido es que la tradicional división de conservadores y liberales ha perdido ya su sentido. La palabra conservador dice ahora muy poco. La palabra liberal dice menos todavía.

Si esta ley rige para todos los partidos del mundo tiene que regir con mayor motivo para los partidos peruanos. Los partidos peruanos han tenido su origen en necesidades o aspiraciones muy fugaces. Su nacimiento ha sido muy incidental. Un hombre popular ha bastado para construir un partido. Las agrupaciones políticas han nacido casi con la

misma facilidad que las sociedades de auxilios mutuos. Más que traza de partidos han tenido generalmente traza de clubes electorales con bandera transitoria y versátil.

¿Qué acierto puede haber entonces en reconstituir partidos tan convencionales, pálidos y ramplones? Ninguno. Sólo un conservadurismo criollo, fruto de la indolencia, la haronía y la abulia, puede aconsejarnos esa reconstitución. Y acaso también un negligente anhelo de economizarnos el trabajo de tener que aprender de memoria los títulos y las direcciones de nuevos partidos.

Para el doctor Manzanilla únicamente hay que revisar los programas de los partidos. No hay que hacerlos de nuevo. Hay que modernizarlos no más. Como se han gastado con el uso necesitan reparación y pintura. Enmendándoles y adornándoles la fachada tornarán a ser sugestivos y volverán a llamar la atención de la gente que pasa por la calle.

Olvida el doctor Manzanilla que todo está desacreditado en nuestros partidos, que todo es en ellos inservible, que todo en ellos se está viniendo abajo, que todo los presenta valetudinarios y decrepitos. La gente que puede declarar que no pertenece a ningún partido anda orgullosa y ufana y, como si pertenecer a un partido fuera vergonzoso y vituperable, cree tener en esto un título para llevar "la frente muy alta". Y en las clases populares el horror a los partidos es mayor aún. Los partidos son mirados con hostilidad sañuda. Un político puede adquirir proselitismo y despertar entusiasmo pero un partido no.

¿Será posible, por ejemplo, reorganizar el Partido Civil?

No somos de los que hablan con grima, como de una banda nefasta, del Partido Civil. No somos de los que culpan al civilismo de todos los desabrimientos, quebrantos y calamidades de la nación. No somos de los que, alucinados y nerviosos, ven en el civilismo una secta tenebrosa de hombres desalmados, arteros y falaces.

Consideramos huachafo atacar al civilismo con los pueriles argumentos de quienes desde hace luengos años vienen pintándolo como una hidra pavorosa y concupiscente, como un azote de la patria, como un vampiro rapaz y ávido, como una fuente de toda enfermedad y de todo vicio. Estas pinturas nos hacen pensar en las ingenuas pinturas

cristianas del demonio y de sus lóbregos dominios. Porque descrito con el verbo dramático y la entonación apocalípticas de nuestros retóricos baratos, el civilismo se asemeja, salvo algunas pequeñas diferencias exteriores, al ófrico y temerario demonio descrito por los catequizadores de nuestra Santa Madre Iglesia y retratado en las infantiles láminas del catecismo.

Son de otra estirpe y de mejor fisonomía las razones que pesan en nuestro ánimo para creer que el Partido Civil no debe ni puede sobrevivir por más tiempo. Para asegurar que serán baldíos los esfuerzos encaminados a darle la autoridad que ha perdido. Y que ningún interés colectivo pide que se le devuelva.

El Partido Civil surgió de una reacción contra el militarismo. Fue la obra de un hombre de sobrada voluntad y mucho talento que aprovechó un momento oportuno con sagacidad y perspicacia. Pero su mismo carácter original era el de un partido precario. Y lo era también su nombre. Partido Civil. Hoy el Partido Civil no es realmente un partido. Es una facción nominal destruida por los cismas. Cada uno de sus personajes conspicuos acaudilla un pequeño grupo. Estos grupos, más o menos enemistados entre sí, se turnan en la representación oficial del civilismo.

Anarquizado, acéfalo, envejecido, anémico, el Partido Civil carece de objeto y de influencia. Sin doctrina, sin orientación y sin prestigio, ¿qué matiz del sentimiento público puede personificar? El pueblo no lo quiere. La gente mercenaria que le sirve para sus escasos estruendos callejeros sólo sabe de él que es el que paga mejor. Y, para remate, poco a poco han ido disminuyendo en el partido civil los hombres, con contextura o afición siquiera de estadistas, que mantenían su brillo y dirigían su acción. Enrarecidos sus políticos –los últimos de los cuales no deben a su filiación civilista sino a sus meritos intelectuales su derecho a la estimación pública–, le quedan casi solamente sus capitalistas y sus negociantes de siempre. Y le quedan acosados y cohibidos por la malquerencia popular.

“Partido Civil”. ¿Qué quiere decir en la hora actual este nombre? ¿Qué significa, que vale, que expresa? “Partido Civil”. Hablando en verdad, estas palabras no son sino la razón social de una empresa de

negocios políticos en quiebra y liquidación. No habrá siquiera quien le traspase a esta empresa su giro comercial por un juanillo cualquiera.

¿Y el Partido Constitucional? ¿Y el Partido Demócrata? ¿Y el Partido Liberal?

Mucho menos puede subsistir el Partido Constitucional. Y es que es una agrupación que no renueva ni incrementa su proselitismo. Los constitucionales de hoy son los mismos constitucionales de ayer. Mejor dicho son los constitucionales que quedan de ayer. Son una sociedad de sobrevivientes de la Breña. Una escolta de honor del venerado general Cáceres.

Para fundar el Partido Constitucional se juntaron muchos buenos y pundonorosos soldados y paisanos que miraron en el general Cáceres un caudillo. La gloria de la Breña fue para ellos, al mismo tiempo, plinto, dosel, escudo y aureola. Más que un partido, organizaron en buena cuenta, un sindicato de militares y empleados públicos. Una especie de instintivas y empíricas juntas de defensa con estatuto político. Y por eso, su único ideal tuvo que consistir en el respeto de la Constitución del 60 y la custodia del orden público. Esa Constitución del 60 y ese orden público que tan huecamente suenan en los fastos con cadenetas y quitasueños de la historia patria.

La estructura del Partido Constitucional no es, pues, la estructura de un partido político. Es la estructura de una asociación de legionarios trasladados de la guerra a la política que llevaron a la administración y al parlamento conceptos de vivas y dianas de cuartel y que, valientes y denodados pero candorosos y sencillos, se dejaron domeñar por las zalamerías redomadas de civilistas y cívicos.

Otro partido que tampoco podrá ser restaurado es el Partido Demócrata. El Partido Demócrata no constituyó jamás una verdadera agrupación principista, pese a los deseos de su gran jefe. No era la “declaración de principios” lo que unía a los ciudadanos. Era la figura de Piérola. Por consiguiente había sólo pierolismo. No había Partido Demócrata.

Ahora mismo tenemos la prueba de este aserto. La débil eficacia de los trabajos de reorganización del Partido Demócrata se debe no al influjo del nombre de esta agrupación sino al influjo de la persona que

lo preside. Los demócratas siguen siendo pierolistas. El apellido Piérola es para ellos la única contraseña del Partido Demócrata. No se convencerían nunca de la autenticidad de un Partido Demócrata que no tuviera inscrito el apellido Piérola en su dirección.

El Partido Liberal, el menos viejo de los viejos partidos, no necesita reorganización. Pero no tiene vitalidad alguna. No la ha tenido tal vez en ningún momento. Sus elementos básicos fueron disidentes del pierolismo y dispersos del fracasado Partido Radical. Y sin vínculo doctrinario, un sonoro y curso jacobinismo. Las bizarriñas del doctor Durand, conspirador temerario, dieron popularidad al partido. Y el espontáneo poder de captación del nombre liberal, nombre de romántica resonancia en las provincias, alimentó esa popularidad ocasional.

Nada permite esperar que este partido se vigorice y desarrolle. Todo induce a creer que poco a poco, extinguidos sus arrestos juveniles y enfriados sus fervores principistas, irá perdiendo la fuerza provinciana que lo sustenta.

No prolonguemos, pues, artificialmente la existencia de estos grupos

Aunque la opinión del doctor Manzanilla, ilustre amigo nuestro, la ampare, no podemos avenirnos con la idea de reorganizar nuestros antiguos partidos políticos. El más breve y benévolο análisis de esos partidos nos afirma en el convencimiento de su ineptitud y su caducidad. Y de que su subsistencia es convencional y aparente.

No son partidos reales. Son simulaciones de partido. Suman unas cuantas mentiras trascendentales a las muchas mentiras de nuestra vida política. Usurpan los puestos correspondientes a los partidos políticos. Obstrynuyen el progreso democrático de la nación.

No necesitamos que se los restaure ficticiamente. Necesitamos que se les sepulte y sustituya. Nuevas agrupaciones capaces de adquirir efectiva fuerza popular deben reemplazar a estas agrupaciones figurativas y desacreditadas. Nuevas agrupaciones que aportan a la lucha política ideas y aspiraciones definidas. Nuevas agrupaciones que merezcan la adhesión de la gente joven, honorable y consciente que siente repulsa

por los viejos grupos políticos y que no inscribiría su nombre, por ningún motivo, en sus ralos padrones.

Todo empeño de inocular vida en organismos moribundos será desventurado y ocioso. Ahondará y extenderá el desconcierto y la incertidumbre de los pueblos. Mostrará una vez más nuestro insensato afán de atarnos al pasado. Y hará que en el Perú cada símbolo de acción política sea un mausoleo.

Nota.- Entre las agrupaciones mencionadas en este artículo no figura el Partido Nacional Democrático porque no es, sin duda alguna, un partido que perece sino un partido que nace. Es un partido sin pasado y sin presente; pero no es un partido sin porvenir. Más propiamente: es un intento de partido. Por ahora su calidad parece la de un club intelectual con correspondencia en provincias y con afición a la política¹⁴².

142 El Partido Nacional Democrático, que existió desde 1915 hasta 1921, fue integrado por jóvenes limeños, universitarios, cuyo líder José de la Riva Agüero (1885-1944) fue criticado por el joven José Carlos Mariátegui en 1916 respecto a sus afirmaciones literarias, que encubrían además visiones políticas, tildándolas de "vulgaridad pedestre y casi inverosímil". Años después Riva Agüero, derechista hasta la médula definiría a Mariátegui como un "simple vulgarizador alharaquiento de Marx, periodista reporteril indocumentado y sectario". Comentario pedestre totalmente alejado de la realidad. Éste era el líder del PND, partido denominado "futurista" por la generación del 900, en el que militaron además otros personajes de la oligarquía peruana tales como Amadeo de Piérola –hijo del controvertido Nicolás de Piérola– y Francisco García Calderón; así como intelectuales liberales como Julio C. Tello. (N. de los E.).

PALABRAS PRELIMINARES¹⁴³

Presentación del diario *La Razón*

Nuestra posición en la prensa

Este diario no sale para servir un transitorio interés electoral. Aspira a conquistar una posición permanente en la prensa peruana y a conservar dentro de ella personalidad propia. Su aparición en un agitado momento de elecciones políticas es un mero accidente, un ocasional sincronismo, una adjetiva coincidencia. *La Razón* no se halla vinculada a ninguno de los bandos en lucha. Posee absoluta independencia para contemplar el gravísimo problema político sin los pequeños apasionamientos de tal o cual partidarismo. Y como quienes lo escribimos no somos políticos profesionales, como no traemos a la acción periodística más adhesión que la adhesión a un ideal, como no tenemos puesta

143 Presentación del diario *La Razón*, en su N° 1, en Lima, el 14 de mayo de 1919, fue escrita en colaboración con César Falcón, pues ambos eran los directores del naciente periódico; un mes antes de que Mariátegui cumpliera los 25 años de edad. Este periódico tendría poco más de tres meses de circulación. Acompañaron a Mariátegui y a Falcón en la empresa: Humberto del Águila, Antenor Fernández Soler, Moisés Vergara Marzal, Fausto Posada, Luis Augusto Carranza y Estenio Meza. Según Guillermo Rouillón: "La aparición de *La Razón*, en cuyas páginas se publican artículos, informaciones y notas con el propósito de orientar a los trabajadores y estudiantes en defensa de sus reivindicaciones sociales, coincide con el ascenso de masas que conlleva a una sociedad multitudinaria, donde la prensa goza de una popularidad universal y constituye un elemento primordial para la orientación revolucionaria". El diario apoyó los movimientos por el Paro General y la Reforma Universitaria. (N. de los E.).

la mirada en ningún lucro burocrático, nos hallamos capacitados para opinar libremente sobre todos los aspectos de la conflagrada política actual. No obstruyen ni embarazan la expresión de nuestro pensamiento las coerciones de ninguna consigna, de ninguna expectativa, de ningún orientalismo.

Tampoco es *La Razón*¹⁴⁴ la manifestación de uno de esos diletantismos literarios que escogen el periodismo como órbita de sus aventuras. El público conoce a sus organizadores. Sabe que son dueños de una hoja de servicios desprovista de todo blasón brillante, pero timbrada por la más constante y honrada devoción al deber.

Una sólida comunidad de ideales patrióticos, un noble entusiasmo profesional, un solidario afán de lucha y un acendrado espíritu doctrinario nos han reunido y nos han mancomunado en la empresa de la fundación de este diario, que aparece a nuestro pesar, con los defectos y deficiencias inevitables casi siempre, en la jornada inicial de cualquier obra.

Es costumbre entre nosotros que los periódicos nuevos se presenten con un programa más o menos retórico y más o menos musical. Mas como nuestra vida en la prensa nos ha hecho apreciar el convencionalismo de estas declamaciones, hemos resuelto prescindir de ellas, convencidos de que, en esta hora de programas electorales, estamos más obligados que nunca a economizar al público la lectura de promesas falsas y frases redondas.

Nuestro propósito sustantivo consiste en contemplar todos los hechos y todas las situaciones con elevación de concepto y de palabra, en decir siempre la verdad, en emplear los caminos más reales para llegar

144 *La Razón* dejó de salir el 8 de agosto de 1919, cuando la Empresa Tipográfica del diario católico *La Tradición* se negó a continuar con la impresión por presión del gobierno de Leguía. *La Razón* se había proletarizado en su línea política llegando a publicar la declaración de principios de la Federación Obrera Regional del Perú. Mariátegui y Falcón, los directores en carta al diario *La Prensa* del 9 de agosto del mismo año, anuncian que el diario "reaparecerá muy pronto (...) para continuar su campaña doctrinaria". Esta campaña de difusión de las ideas socialistas, iniciada por Mariátegui y Falcón determinaría la presión del gobierno para obligarlos a un disimulado exilio. Los dos amigos conocidos como "La yunta brava", salen del país rumbo al destierro, como "Agentes de propaganda periodística"; Falcón a España y Mariátegui a Italia. Será en este viaje que el amauta se hará marxista. (N. de los E.).

hasta ella, en denunciar y combatir los vicios de nuestro régimen político y social, en trabajar por el advenimiento de esa era de democracia que tanto ansía nuestro pueblo, en defendernos de la influencia de los prejuicios que sirven habitualmente de punto de partida al criterio criollo y en difundir, sin olvido de la realidad nacional, las ideas y las doctrinas que commueven actualmente la conciencia del mundo y que preparan la edad futura de la humanidad.

Nos proponen efectuar esta labor con la mayor circunspección. Pero no queremos que nuestra circunspección sea una de esas circunspecciones cómicamente majestuosas y teatrales que aquí se estilan.

Nuestro concepto de la circunspección periodística es demasiado amplio e intelectual para que creamos, por ejemplo, que no se avenga con ella la nota humorística y recreativa que debe sembrar de amenidad y frescura y preservar la frialdad y pesadez las columnas de un periódico de esta naturaleza.

Esto es, en sustancia, todo lo que creemos preciso manifestarle al público en esta columna. La definición general de la índole, de la fisonomía, de la originalidad, del mérito del periódico es algo que no nos corresponde. Es algo que le pertenece totalmente al público. Y a él se la dejamos.

ANTE EL PROBLEMA POLÍTICO¹⁴⁵

Antecedentes, modalidades y perspectivas de la lucha

Preocupa actualmente al país con más intensidad que nunca el problema de la sucesión presidencial. Este problema se ha presentado en la presente oportunidad más complicado que en ninguna. El origen de tal cosa no hay que buscarlo solamente en la desorganización de las fuerzas políticas de la nación. Hay que buscarlo, principalmente, en la influencia de la hora de la renovación que atraviesa el mundo. Los pueblos sienten la necesidad de grandes transformaciones. Están poseídos por una honda inquietud, por un impreciso pero agudo anhelo. Y el pueblo peruano no puede sustraerse a los efectos del fenómeno mundial, por muy debilitadas que se hallen en su sensibilidad y su percepción.

Además todas las modalidades del proceso electoral son en este caso originales. Faltan escasos días para las elecciones y, sin embargo, no es posible afirmar que los resultados de esas elecciones sean la resolución del problema. Para algunas gentes es así. Pero para la mayoría de las gentes no. La mayoría de la gente cree que el proceso electoral principiara, en vez de terminar, con las elecciones de mayo. Se muestra convencida de que el verdadero proceso no es el actual. Presiente que los acontecimientos en curso no son los acontecimientos decisivos. Que en la historia del proceso tendrán el carácter de meros antecedentes. Esto

145 Artículo publicado en *La Razón*, N° 1. Lima, 14 de mayo de 1919. (N. de los E.).

no es únicamente lo que se conversa, lo que se asegura, lo que se prevé en los círculos más o menos informados de los políticos. Es lo que dice el instinto público. Es lo que se vislumbra en el difuso horizonte.

Los motivos del desconcierto

La primera causa del desconcierto reside en la falta de fuerzas políticas debidamente organizadas. La debilidad de las facciones ha originado el surgimiento de mil pequeños intereses. Estos pequeños intereses, que dentro de una situación definida, hubieran sacrificado sus expectativas en servicio de los intereses dirigentes, dentro de esta situación caótica se han exhibido irreductibles. Todos ellos, hasta los más íntimos, se han sentido con capacidad de adueñarse a última hora del triunfo. Ninguno se ha resignado a renunciar a sus esperanzas. Por esto ha sido impracticable un acuerdo entre los partidos. No creemos que los partidos representen en el Perú la opinión. Los partidos peruanos son en su mayor parte, simples estados mayores sin fuerza electoral. No son matices diversos de la opinión del pueblo. Son matices diversos de la opinión de las clases dirigentes.

En el Perú, generalmente, el problema presidencial no ha sido resuelto por el pueblo sino por las clases dirigentes. Pero para que las clases dirigentes llenen esta función es indispensable que se unifiquen o se suena entre ellas una corriente fuerte que prevalezca y se imponga sobre las corrientes débiles.

El problema presidencial nos ha sorprendido, por otra parte, no sólo en instantes de dispersión de las clases dirigentes. Nos ha sorprendido también en instantes de profunda inquietud popular haber tenido de un lado la anarquía de las facciones políticas y de otro lado la inesperada ansia popular de renovación, de mejora.

Cómo ha sido planteado

Veamos cómo nos plantean el problema los que quieren explotar en su beneficio las circunstancias que empujan al pueblo a la lucha. (Nos referimos, como se comprende, a los panegiristas de la candidatura del Sr. Leguía) ¿Qué nos afirman estas gentes? Nos afirman que la candidatura del señor Leguía representa la reacción contra los viejos métodos.

Nos afirman que la candidatura del Sr. Leguía representa la causa de la renovación nacional. Nos afirman que la candidatura del señor Leguía representa la lucha contra el civilismo. Y estas afirmaciones categóricas pronunciadas con todo énfasis, constituyen la fuerza motriz del movimiento leguiísta. Lanzadas en una coyuntura propicia, en un momento de hervor de aspiraciones democráticas, esas afirmaciones han servido para constituir una barata plataforma electoral. El señor Leguía, político que posee un fino sentido utilitario perfeccionado por la vida de los negocios, ha visto que al impulso de un ofuscado movimiento pasional de la opinión popular, podía volver a la presidencia de la República. Y ha acometido la aventura. "A río revuelto ganancia de pescadores", le ha aconsejado esa refranera filosofal nacional que tan bien se armoniza con su temperamento de criollo.

Pero analicemos esas afirmaciones a base de las cuales opera el leguiísmo. ¿Es cierto lo que esas afirmaciones sostienen? ¿Es cierto que la candidatura del señor Leguía representa la reacción contra los viejos métodos, la causa de la renovación nacional, la lucha contra el civilismo? Pues bien. No es cierto. No puede serlo. Puede serlo naturalmente para el pueblo que la siga; pero no puede serlo jamás para el señor Leguía, ni para los políticos que lo acompañen. No puede serlo porque el señor Leguía no es el tipo de estadista moderno que algunos de sus más cándidos partidarios suponen. No puede serlo, porque el señor Leguía es un político automatizado en los mismos viejos métodos que combaten los prosélitos de su candidatura. No puede serlo porque el señor Leguía es un civilista disidente, un civilista que grita contra el civilismo, pero que tiene la psicología, las tendencias y la historia de todos los civilistas.

¿Qué garantía de reforma puede ofrecer al pueblo el señor Leguía? Nos empeñamos en ser benévolos con el leguiísmo; pero no podemos encontrar ninguna. ¿Existen tales garantías en los antecedentes del Sr. Leguía? Ni los más fervorosos leguiístas son capaces de presentarlo. El gobierno del señor Leguía fue el gobierno de un político autoritario y antidemocrático. ¿Existen entonces tales garantías en el carácter, en el espíritu, en la ideología del señor Leguía? Tampoco. El señor Leguía no es profesionalmente un político, un estadista, un pensador. Profesionalmente el señor Leguía es un negociante. Su carácter, su espíritu y su

ideología han sido moldeadas por su vida de negociante. Es probable que, de vez en cuando, el señor Leguía sienta amor por la democracia, interés por el pueblo, devoción a la libertad; pero estos sentimientos intermitentes, que no pueden constituir en él más que fugaces y platónicos raptos de sentimentalismo no son, desgraciadamente, los destinados a decidir sus actos de gobernante. Para que un caudillo lleve al Gobierno los anhelos de su pueblo, se necesita que los comparta apasionadamente, que los comparta de veras, que no sienta otro ideal que el de servirlos. ¿Posee estas condiciones, que son condiciones de caudillo orgánico, el señor Leguía? Doblemos la hoja.

La popularidad del Sr. Leguía

Busquemos las causas del movimiento leguiísta. Al contemplar cómo se ha incrementado este movimiento comprenderemos su fragilidad.

En nuestro país, en la lucha entre las fuerzas conservadoras y las fuerzas renovadoras, el pueblo se puso siempre del lado de las últimas. El pueblo fue siempre enemigo de la oligarquía y partidario de la democracia. Hasta hace años las fuerzas populares estuvieron representadas por los partidos demócrata y liberal. Pero, después de la muerte del gran jefe demócrata las fuerzas populares se quedaron sin representación. El Partido Demócrata entró en un período de receso y acefalía. El Partido Liberal, por haber concurrido a formar el Gobierno, obedeciendo a su aversión al régimen militar, subió al poder. Y en esta situación el gobierno del señor Pardo comenzó a avivar con sus actos la ansiedad de una renovación.

Ha sido, en virtud de estas circunstancias precarias que la oposición activa, compuesta en su mayor parte por vulgares e insignificantes agitadores, ha logrado atraer hacia la candidatura del señor Leguía la consideración de la parte más inquieta del pueblo. La aureola de la candidatura del señor Leguía ha provenido de una desviación del sentimiento popular. Una desviación, como casi todas, transitoria.

Los que explotan esta desviación han querido servirse de ella como de trampolín para enseñorearse de un salto del Gobierno, pero no se han cuidado de dar el salto oportunamente.

Es por esto que la resurrección inesperada del Partido Demócrata que vuelve a levantar en sus manos una bandera, la bandera de la democracia, ha alarmado y congojado tanto a los empresarios y pilotos del leguismo, quienes ven que al reaparecer en la política nacional el Partido Demócrata debe recuperar su puesto en el corazón del pueblo.

Frente a la elección

Planteada así la situación –cuyos restantes aspectos iremos presentando sucesivamente uno a uno– considerada la irregularidad con que se ha desarrollado el proceso en muchas provincias, apreciado el temor con que se mira la inminencia de las elecciones en Lima, examinados los esfuerzos que se han desarrollado sigilosamente para que estas elecciones no se realicen y contemplada la posibilidad de que a última hora se renueven contundentemente estos esfuerzos, ¿existe razón eficiente para creer que nos encontramos en la hora decisiva y final del proceso? ¿O existe más bien razón para creer que el verdadero proceso no se ha iniciado todavía?

OPORTUNISMO POLÍTICO¹⁴⁶

Candidaturas de última hora

Estamos en presencia de una nueva manifestación del oportunismo político. De una manifestación más alta y trascendente. Ya el oportunismo no se circumscribe a la adherencia a última hora al candidato con más probabilidades de triunfo cuente. Ahora son más oportunistas los candidatos mismos.

Lima ha recibido con sorpresa la proclamación de ciertas candidaturas a la senaduría y diputaciones en las vísperas de las elecciones. No se esperaba esta irrupción de candidatos. No podía esperarse. Se comprende que todo candidato haga antes de las elecciones una labor seria y proficia de captación de los electores, que diga al pueblo cómo aprecia sus necesidades más urgentes y cómo se propone colaborar a remediarlas; que haga, en fin, su propaganda y exhiba su programa de acción política.

Pero no pueden esperarse jamás estas presentaciones de último momento. Estas candidaturas sin proceso, sin gestación, sin relieve y carácter definido. No nos referimos desde luego, en este comentario, a las candidaturas amparadas por la doctrina y la responsabilidad moral de un partido. Se les quiere justificar presentando rápidamente como título para elección, las cualidades personales y la actuación pretérita

146 Artículo publicado en el N° 4 del periódico *La Razón*. Lima, el 17 de mayo de 1919. (N. de los E.).

de los candidatos. Pero esto no basta. Toda candidatura es el fruto de un instante espiritual del pueblo. El sentimiento popular puede variar en pocos meses. Y entonces, el candidato que antayer pudo ser elegido ruidosamente por el pueblo, no pueda serlo hoy. O al contrario.

Por esto es indispensable para el pueblo conocer el pensamiento actual de los candidatos. Más indispensable todavía analizarlo, meditarlo, sentirlo, simpatizar con él. Y esto no puede conseguirse en horas. Es un proceso largo y sistemado, que han querido eludir los recientes aspirantes a la representación parlamentaria de Lima.

El oportunismo caracteriza nuevas candidaturas

Puede decirse que las nuevas candidaturas son candidaturas de asalto. Quieren aprovecharse de la confusión del instante. Obtener el triunfo por sorpresa. Es una táctica perfectamente criolla.

Otras veces ha sido ya ensayado el procedimiento. No faltan en el parlamento representantes por asalto. Por habilidad le llaman los politiqueros. Por desvergüenza les llaman los hombres honrados.

Se engañan los candidatos que juzgan más fácil el triunfo por estos medios. Tal vez una candidatura, aceptable en otras condiciones sólo por presentarse en esa forma es reprobada. El pueblo no se deja engañar. No acepta ni apoya vivezas. El pueblo quiere que los hombres que aspiran a los puestos públicos se den íntegramente a él. Que luchen a su lado y con el mismo peligro. Que luchen en la calle, pecho al frente y blindando la idea con la propia vida. El pueblo no quiere combativos de bufete ni declamadores de última hora. Quiere, ante todo, heroísmo.

Los elegidos de este modo pueden ser diputados, pero no representantes del pueblo

Pueden los candidatos oportunistas obtener un número tal de sufragios que los lleve al parlamento. Serán entonces diputados. Pero jamás serán representantes del pueblo. El pueblo en estos casos no elige. Se limita a mirar con indiferencia a los pretendientes.

Y esa es precisamente la finalidad inmediata y calculada de los oportunistas. La indiferencia popular favorece sus aspiraciones. También buscan la confusión. Si el pueblo se mantiene indiferente o está confuso,

ellos podrán conseguirse los votos suficientes para obtener las credenciales. Ya ha ocurrido esto otras veces.

Vamos, pues, en estos días a asistir a un juego interesante. Tal vez se presenten mañana nuevos candidatos. Pueden presentarse también el martes, esto no es sino un juego de viveza. Quien tenga más destreza manual para escamotear sufragios reclamará para sí el triunfo.

Y es cómico el espectáculo

Entre vivos anda el juego. Es un espectáculo de sainete. Una petipieza.

Los candidatos de la viveza criolla hacen reír hoy. Ellos no se ríen. Como todos los actores cómicos, desempeñan seriamente su papel.

Pero el espectáculo no puede ser eternamente cómico. La risa cansa pronto. Y cansa más cuando, como en el presente caso, atenta contra la salud. El organismo popular tiene que reaccionar. No será entonces para enaltecer y pasear un triunfo a los histriones. El espectáculo será más serio. Será trágico.

Entonces se anulará la eficacia de las vivezas criollas. La tan celebrada habilidad de los especuladores políticos no servirá sino de causa de proceso. Servirá para estigmatizar a los vivos. Para excluirlos definitivamente de la vida pública.

CARTAS Y DOCUMENTOS

CARTA AL GRUPO DE MÉXICO¹⁴⁷

Lima, 16 de abril de 1928.

Compañeros:

No había contestado hasta hoy la carta de la célula suscrita por Magda Portal, en espera de una carta de Haya de la Torre que me precisase mejor el sentido de la discrepancia: “alianza o partido”. La carta de la célula me supone simplemente influido por el Secretariado de Buenos Aires, la Ucsaya, etc., o, por lo menos, pretende que mis observaciones son, en esencia, las mismas. Hasta la reaparición de *Amauta* he permanecido sistemáticamente privado por la censura de mis canjes y correspondencia, de modo que no he conocido en su oportunidad ni el número de *La Correspondencia Sudamericana* en que –según he sabido después sin obtener el ejemplar– aparecieron las observaciones del Secretariado de

147 Carta enviada al grupo socialista en México, el 16 de abril de 1928, en pleno debate contra las tesis de Víctor Raúl Haya de la Torre (1895–1979), que planteaba un “Partido Frente”, es decir un partido pluriclassista, frente a los planteamientos de Mariátegui de un partido de clase que no conviviera con la burguesía. La Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) a la cual adhiriera Mariátegui había sido fundada como frente antiimperialista el 7 de mayo de 1924 en México; no obstante, Haya de la Torre planteó convertirla en partido para robustecer su candidatura presidencial cuando aún el trabajo de difusión socialista y de aglutinación de masas era incipiente. Finalmente el 20 de septiembre de 1930, a cinco meses de la muerte de Mariátegui, el APRA se constituyó en partido. El presente documento fue publicado en el Tomo II del libro *Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú* de Ricardo Martínez de la Torre y en el Tomo II de la *Correspondencia de José Carlos Mariátegui*, en 1984. También en *Mariátegui total*, de 1994, los dos últimos de la Empresa Editora Amauta S. A. (N. de los E.).

Buenos Aires, ni la tesis de la Ucsaya ni nada por el estilo. Sólo recientemente he vuelto a recibir *El Libertador*; desde que la censura ha comprobado que en mi casilla no intercepta sino correspondencia intelectual o administrativa, sin importancia para sus fines. Por otra parte, creo haber dado algunas pruebas de mi aptitud para pensar por cuenta propia. De suerte que no me preocuparé de defenderme del reproche de obedecer a sugerencias ajena. Este había sido también, un motivo para que no me apresurase a responder a la carta de la "célula".

Pero como no tengo hasta hoy ninguna aclaración de Haya, a quien escribí extensamente, planteándole cuestiones concretas –por la vía de Washington, en diciembre– y llegan, en cambio, noticias de que Uds. están entregados a una actividad con la cual me encuentro en abierto desacuerdo y para la cual ninguno de los elementos responsables de aquí ha sido consultado, quiero hacerles conocer sin tardanza mis puntos de vista sobre este nuevo aspecto de nuestra discrepancia.

La cuestión: el "APRA: alianza o partido", que Uds. declaran sumariamente resuelta y que en verdad no debiera existir siquiera, puesto que el APRA se titula alianza y se subtitula frente único, pasa a segundo término desde el instante en que aparece en escena el Partido Nacionalista Peruano, que Uds. han decidido fundar en México, sin el consenso de los elementos de vanguardia que trabajan en Lima y provincias. Recibo correspondencia constante de provincias, de intelectuales, profesionales, estudiantes, maestros, etc.; y jamás en ninguna carta he encontrado hasta ahora mención del propósito que Uds. dan por evidente e incontrastable. Si de lo que se trata, como sostiene Haya en su magnífica conferencia, es de descubrir la realidad y no de inventarla, me parece que Uds. están siguiendo un método totalmente distinto y contrario.

He leído un "Segundo Manifiesto del Comité Central del Partido Nacionalista Peruano, residente en Abancay". Y su lectura me ha contristado profundamente; 1º porque, como pieza política, pertenece a la más detestable literatura eleccionaria del viejo régimen; y 2º porque acusa la tendencia a cimentar un movimiento –cuya mayor fuerza era hasta ahora su verdad– en el *bluff* y la mentira. Si ese papel fuese atribuido a un grupo irresponsable, no me importaría su demagogia, porque sé que en toda campaña o un poco o un mucho de demagogia son inevitables

y aún necesarios. Pero al pie de ese documento está la firma de un comité central que no existe, pero que el pueblo ingenuo creerá existente y verdadero. ¿Y es en esos términos de grosera y ramplona demagogia criolla, como debemos dirigirnos al país? No hay ahí una sola vez la palabra socialismo. Toda es declamación estrepitosa y hueca de liberaloides de antiguo estilo. Como prosa y como idea está esa pieza por debajo de la literatura política posterior a Billinghurst.

Por mi parte, siento el deber urgente de declarar que no adheriré de ningún modo a este Partido Nacionalista Peruano que, a mi juicio, nace tan descalificado para asumir la obra histórica en cuya preparación hasta ayer hemos coincidido. Creo que nuestro movimiento no debe cifrar su éxito en engaños ni señauelos. La verdad es su fuerza, su única fuerza, su mejor fuerza. No creo con Uds. que para triunfar haya que valerse de "todos los medios criollos". La táctica, la praxis, en sí mismas son algo más que forma y sistema. Los medios, aún cuando se trata de movimientos bien adoctrinados, acaban por sustituir a los fines. He visto formarse al fascismo. ¿Quiénes eran al principio los fascistas? Casi todos elementos de la más vieja impregnación e historia revolucionaria que cualquiera de nosotros, socialistas de extrema izquierda, como Mussolini, actor de la semana roja de Bologna; sindicalistas, revolucionarios, de temple heroico, como Carridoni, formidable organizador obrero; anarquistas de gran vuelo intelectual y filosófico como Máximo Rocca; futuristas, de estridente ultraísmo como Marinetti, Settimelli, Bottai, etc. Toda esa gente era o se sentía revolucionaria, anticlerical, republicana, "más allá del comunismo" según la frase de Marinetti. Y Uds. saben cómo el curso mismo de su acción los convirtió en una fuerza diversa de la que a sí mismos se suponían. La táctica les exigía atacar la burocracia revolucionaria, romper al Partido Socialista, destrozar la organización obrera. Para esta empresa la burguesía los abasteció de hombres, camiones, armas y dinero. El socialismo, el proletariado, eran a pesar de todos sus lastres burocráticos, la revolución. El fascismo por fuerza tenía una función reaccionaria.

Me opongo a todo equívoco. Me opongo a que un movimiento ideológico, que por su justificación histórica, por la inteligencia y abnegación de sus militantes, por la altura y nobleza de su doctrina ganará, si nosotros

mismos no lo malogramos, la conciencia de la mejor parte del país, aborte miserablemente en una vulgarísima agitación electoral. En estos años de enfermedad, de sufrimiento, de lucha, he sacado fuerzas invariablemente de mi esperanza optimista en esa juventud que repudiaba la vieja política, entre otras cosas porque repudiaba los "métodos criollos", la declamación caudillesca, la retórica hueca y fanfarrona. Defiendo todas mis razones vitales al defender mis razones intelectuales. No me avengo a una decepción. La que he sufrido, me está enfermando y angustiando terriblemente. No quiero ser patético, pero no puedo callarles que les escribo con fiebre, con angustia, con desesperación.

Y no estoy solo en esta posición. La comparten todos los que tienen conocimiento de la propaganda de Uds. –propaganda que por otra parte no está justificada, al menos por su eficacia– porque fracasará inevitablemente. Hemos acordado una carta colectiva que muy pronto les enviaremos.

De aquí a entonces, espero recibir mejores noticias. Y en tanto los abrazo con cordial sentimiento.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

ACTA DE CONSTITUCIÓN DEL PARTIDO SOCIALISTA PERUANO¹⁴⁸

7 de octubre de 1928

Los suscritos declaran constituido un Comité que se propone trabajar en las masas obreras y campesinas conforme a los siguientes conceptos:

1. La organización de los obreros y campesinos con carácter netamente clasista constituye el objeto de nuestro esfuerzo y nuestra propaganda, y la base de la lucha contra el imperialismo extranjero y la burguesía nacional.

148 Este documento fue confeccionado por José Carlos Mariátegui, el 7 de octubre de 1928, como producto de consultas y conversaciones entre círculos marxistas del Perú, quienes llegaron al acuerdo de delegar a la célula de Lima, dirigida por José Carlos Mariátegui, la constitución de un partido clasista proletario. El 7 de octubre de 1928, reunidos en “una humilde vivienda de un corralón de la quinta cuadra de la Avenida Lima” –según el periodista Gonzalo Bulnes Mallea– hogar de Avelino Navarro, en Barranco, un balneario en las afueras de Lima, siete miembros del grupo de Lima, José Carlos Mariátegui, Julio Portocarrero, César Hinojosa, Fernando Borja, Ricardo Martínez de la Torre, Bernardo Regman y Avelino Navarro, fundaron el Partido Socialista Peruano, aprobando la presente Acta de Constitución. En la misma reunión se constituyó el Comité Central, con José Carlos Mariátegui como Secretario General (1928–1930), a quien se encargó la redacción de los Principios Programáticos del Partido, Ricardo Martínez de La Torre como Secretario de Propaganda, y Bernardo Regman como Tesorero. A Hinojosa y Navarro se les encargó coordinar el trabajo sindicalista. En marzo el PSP adhiere a la III Internacional. En mayo de 1930, luego del fallecimiento de Mariátegui, el partido tomó el nombre de Partido Comunista del Perú. (N. de los E.).

2. Para la defensa de los intereses de los trabajadores de la ciudad y el campo, el Comité impulsará activamente la formación de sindicatos de fábrica, de hacienda, etc.; la federación de estos en sindicatos de industrias y su confederación en una central nacional.
3. La lucha política exige la creación de un partido de clase, en cuya formación y orientación se esforzará tenazmente por hacer prevalecer sus puntos de vista revolucionarios clasistas. De acuerdo con las condiciones concretas actuales del Perú, el Comité concurrirá a la constitución de un Partido Socialista, basado en las masas obreras y campesinas organizadas.
4. Para precaverse de represiones y persecuciones desmoralizadoras, los sindicatos obreros y campesinos gestionarán su reconocimiento por la Sección del Trabajo. En su Estatuto, su declaración de principios se limitará a la afirmación de su carácter clasista y de su deber de contribuir a la fundación y mantenimiento de una confederación general del trabajo.
5. La organización sindical y el Partido Socialista, por cuya formación trabajaremos, aceptarán contingentemente una táctica de frente único o alianza con organizaciones o grupos de la pequeña burguesía, siempre que estos representen efectivamente un movimiento de masas y con objetivos y reivindicaciones concretamente determinados.
6. El Comité procederá a la formación de comités en toda la República y de células en todos los centros de trabajo, con relaciones estrictamente disciplinadas.

CARTA COLECTIVA DEL GRUPO DE LIMA¹⁴⁹

Junio de 1929

Compañeros:

Consideramos necesario informar a Uds. sumariamente sobre nuestros puntos de vista respecto de principios y métodos de acción adoptados por el grupo de deportados peruanos que trabajan en México y que, sin una explícita declaración nuestra, pasarían como positivamente aceptados por nosotros que constituimos el núcleo que tiene aquí la responsabilidad de nuestra obra.

Estamos seguros de que Uds. mismos se dan cuenta de la necesidad de que la acción del APRA en el Perú no sea resuelta por un comité establecido en México, sino amplia y maduramente deliberada con principal intervención de los elementos que actúan en el país. Cuantos se coloquen en el terreno marxista, saben que la acción debe corresponder directa y exactamente a la realidad. Sus normas, por consiguiente, no pueden ser determinadas por quienes no obran bajo su presión e inspiración.

La definición del carácter y táctica del APRA nos parece, de otro lado, fundamental para la existencia de una disciplina orgánica. Pensamos que, conforme a la idea que originalmente la inspiró, y que su propio

149 Carta de junio de 1929, redactada por Mariátegui junto al Grupo de Lima, que continúa con el tenor de la polémica de la "Carta al Grupo de México", respecto a lo que sostenía Haya de la Torre sobre el partido-frente y su método, nada fraternal, de trabajo político. Fue publicada en el Tomo II del libro *Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú*, de Ricardo Martínez de la Torre.

nombre expresa, el APRA debe ser, o es de hecho, una alianza, un frente único y no un partido. Un programa de acción común e inmediato no suprime las diferencias ni los matices de clase y de doctrina. Y quienes desde nuestra iniciación en el movimiento social e ideológico, del cual el APRA forma parte, nos reclamamos de ideas socialistas, tenemos la obligación de prevenir equívocos y confusiones futuras. Como socialistas, podemos colaborar dentro del APRA, o alianza o frente único, con elementos más o menos reformistas o social-democráticos —sin olvidar la vaguedad que estas designaciones tienen en nuestra América— con la izquierda burguesa y liberal, dispuesta de verdad a la lucha contra los rezagos de feudalidad y contra la penetración imperialista; pero no podemos, en virtud del sentido mismo de nuestra cooperación, entender el APRA como partido esto es, como una facción orgánica y doctrinariamente homogénea.

Profesamos abiertamente el concepto de que nos toca crear el socialismo indoamericano, de que nada es tan absurdo como copiar literalmente fórmulas europeas, de que nuestra praxis debe corresponder a la realidad que tenemos delante. Pero este principio no nos aconseja adoptar apresuradamente fórmulas que, por el momento, pueden tener absoluta precisión en la mente de quienes las conciben como medio táctico pero que mañana, bajo la presión de proselitismos más adoc-trinados, y al influjo de la mentalidad burguesa y pequeño burguesa incorporada fatalmente en el movimiento, pueden prestarse a confusio-nismos infinitos. La experiencia del Kuo Min Tang es preciosa para el movimiento antiimperialista de Indoamérica, a condición de que se le aproveche integralmente. El alejarnos de las formas europeas, no debe conducirnos a una estimación exagerada de las fórmulas asiáticas y de su posible eficacia en nuestro medio. No debemos olvidar que, en todo caso, las fórmulas europeas nos son más inteligibles, que nos llegan directamente a través de los idiomas y pueblos en que se expresan, mientras de las fórmulas chinas no tenemos sino la versión europea. Tampoco podemos olvidar el ascendiente y la función que en la ideología del movimiento nacionalista chino tienen las ideas occidentales. El Kuo Min Tang, finalmente, se encuentra en crisis, y en gran parte por no haber sido explícita y funcionalmente una alianza, un frente único. Sus rumbos

estaban subordinados al predominio de sus elementos de derecha, centro e izquierda, que correspondían al de sus respectivos sentimientos e intereses de clase. Las últimas deliberaciones del Kuo Min Tang, según *Internationale Presse Korrespondenz* y otras publicaciones recientes, entrañan una rectificación total de sus principales puntos de vista, en lo concerniente al proletariado y a las organizaciones de clase. El Kuo Min Tang fue Sun Yat Sen; pero es también Chang Kai Shek. El Kuo Min Tang, además, se desarrolló no continental sino nacionalmente, cosa en la que el APRA se diferencia necesariamente de aquel movimiento.

La colaboración de la burguesía, y aún de muchos elementos feudales, en la lucha antiimperialista china, se explica por razones de raza, de civilización nacional, que entre nosotros no existen. El chino noble o burgués se siente entrañablemente chino. Al desprecio del blanco por su cultura estratificada y decrepita, corresponde con el desprecio y el orgullo de su tradición milenaria. El antiimperialismo en la China puede, por tanto, descansar fundamentalmente en el sentimiento y en el factor nacionalista. En Indoamérica las circunstancias no son las mismas. La aristocracia y la burguesía criollas no se sienten solidarizadas con el pueblo por el lazo de una historia y de una cultura común. En el Perú, el aristócrata y el burgués blancos, desprecian lo popular, lo nacional. Se sienten, ante todo, blancos. El pequeño burgués mestizo imita este ejemplo. La burguesía limeña fraterniza con los capitalistas yanquis, y aun con sus simples empleados, en el *Country Club*, en el *Tennis* y en las calles. El yanqui desposa sin inconveniente de raza ni de religión a la señorita criolla, y ésta no tiene escrúpulo de nacionalidad ni de cultura en preferir el matrimonio con un individuo de la raza invasora. Tampoco tiene este escrúpulo la muchacha de la clase media. La huachafita que puede atrapar un yanqui empleado de Grace o de la Foundation, lo hace con la satisfacción de quien siente elevarse su condición social. El factor nacionalista por estas razones objetivas, que a ninguno de Uds. escapa seguramente, no es decisivo ni fundamental en la lucha antiimperialista en nuestro medio. Sólo en los países como la Argentina, donde existe una burguesía numerosa y rica, orgullosa del grado de riqueza y poder de su patria, y donde la personalidad nacional tiene por muchas razones contornos más claros y netos que en estos

países retardados, el antiimperialismo puede penetrar fácilmente en los elementos burgueses, pero por razones de expansión y crecimiento capitalista y no por razones de justicia social y de doctrina socialista como es nuestro caso.

Estas consideraciones nos mueven a someter a Uds. las siguientes conclusiones:

1. El APRA debe ser oficial y categóricamente definida y constituida como una alianza o frente único y no como partido;
2. Los elementos de izquierda que en el Perú concurrimos a su formación, constituimos de hecho —y organizaremos formalmente— un grupo o Partido Socialista, de filiación y orientación definidas que colaborando dentro del movimiento con elementos liberales o revolucionarios de la pequeña burguesía y aún de la burguesía, que acepten nuestros puntos de vista, trabaje por dirigir a las masas hacia las ideas socialistas.

Es evidente que estas conclusiones no nos permiten prestar nuestra cooperación a la creación del Partido Nacionalista que las comunicaciones de algunos compañeros, y aún de la célula oficialmente, anuncian como una decisión del grupo de México. Ese partido puede fundarse dentro del APRA; pero además de que nos parece que su biología natural exige que se decida su oportunidad y necesidad en el Perú y no desde México, su organización toca en todo caso a los elementos de pequeña burguesía que quieran dar vida a un partido propio; pero no a nosotros que leales a los principios que, sin duda alguna, constituyen nuestra mayor fuerza moral, no asumimos ni la responsabilidad ni el en cargo de organizarlo. Desaprobaron toda campaña que no descance en la verdad. El procedimiento del *bluff* sistemático llevará al descrédito nuestra causa. Rehusamos, por esto, emplearlo. Las noticias propaladas sobre la candidatura de Haya no producen el efecto, que Uds. suponen, en la opinión. La gente —distante de toda preocupación electoral— las recibe perpleja e irónica.

Recomendamos a la célula, en todo lo tocante a cuestiones de acción, la correspondencia oficial y centralizada. Las cartas particulares de los

compañeros no deben traer iniciativas ni instrucciones individuales. Por nuestra parte nos comprometemos al mismo procedimiento.

Con sentimientos de solidaridad y afecto, que ninguna discrepancia —momentánea esperamos— de criterio puede disminuir, los saludamos cordialmente.

TESIS DE AFILIACIÓN A LA TERCERA INTERNACIONAL¹⁵⁰

4 de marzo de 1930

El CC del partido se adhiere a la Tercera Internacional y acuerda trabajar por obtener esta misma adhesión de los grupos que integran el partido. La ideología que adoptamos es la del marxismo militante y revolucionario, doctrina que aceptamos en todos sus aspectos: filosófico, político y económico-social. Los métodos que propugnamos son los del socialismo revolucionario ortodoxo. No sólo que rechazamos, sino que combatimos en todas sus formas los métodos y las tendencias de la social democracia y de la II Internacional.

El partido es un partido de clase y, por consiguiente, repudia toda tendencia que signifique fusión con las fuerzas y organismos políticos de las otras clases. El partido reconoce, que dentro de las condiciones nacionales, la realidad nos impondrá la celebración de pactos o alianzas, generalmente con la pequeña burguesía revolucionaria. El partido podrá formar parte de estas alianzas de carácter revolucionario; pero, en todo caso, reivindicará para el proletariado la más amplia libertad de crítica, de acción, de prensa y de organización.

150 Con este documento el Partido Socialista del Perú se adhiere a la Tercera Internacional leninista. En él se aprecia el carácter de clase del partido y su vocación por la Revolución socialista, por el marxismo revolucionario y el internacionalismo proletario.

ÍNDICE

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN	11
PRÓLOGO	13
Confesión de parte, a manera de prólogo	15
Prólogo a la primera edición de <i>Ideología y política</i>	47
DEL AUTOR	53
TESIS IDEOLÓGICAS	57
Nota de la primera edición	59
El problema de las razas en la América Latina	63
Punto de vista antiimperialista	117
Antecedentes y desarrollo de la acción clasista	125
ESCRITOS POLÍTICOS Y SINDICALES	133
El 1º de Mayo y el Frente Único	135
Mensaje al Congreso Obrero	139
Admonición del 1º de Mayo	145
El Congreso Sindical Latinoamericano de Montevideo	147
Manifiesto a los trabajadores de la República lanzado por el Comité Pro 1º de Mayo	149
Hacia la Confederación General de Trabajadores del Perú	153
La Central Sindical del Proletariado Peruano	155
La Confederación General de Trabajadores del Perú	159
Manifiesto de la Confederación General de Trabajadores del Perú a la clase trabajadora del país	167
Estatutos y Reglamentos de la Oficina de Autoeducación Obrera	183
Principios programáticos del Partido Socialista	187
La nueva Cruzada Pro Indígena	193
El proletariado contra la guerra	197

MOTIVOS POLÉMICOS	201
La Federación Americana del Trabajo y la América Latina	203
Prensa de doctrina y prensa de información	205
Nuestra reivindicación primaria:	
libertad de asociación sindical	209
Presentación al movimiento obrero en 1919	211
Prefacio a <i>El Amauta Atusparia</i>	213
La organización de los empleados	217
El porvenir de las cooperativas	221
Verdaderos alcances de la propaganda mutualista	225
La propaganda mutualista	229
La anécdota laborista	233
Sobre un tópico superado	235
El Segundo Congreso Mundial de la Liga contra el Imperialismo	239
Indigenismo y Socialismo	241
Réplica a Luis Alberto Sánchez	245
Respuesta al señor Escalante	249
Polémica finita	251
Nota polémica a “El conflicto minero” por César Falcón	255
Voto en contra	259
 SOBRE <i>Amauta</i>	 261
Presentación de <i>Amauta</i>	263
Segundo acto	267
Aniversario y balance	269
Anexo	273
 SOBRE <i>Labor</i>	 279
Presentación de <i>Labor</i>	281
<i>Labor</i>	283
<i>Labor</i> continua	285
<i>Labor</i> interdicta	289
Anexo	291

ENCUESTAS	295
Respuestas al Cuestionario N° 4 del S. de C. P.	297
El problema agrario	307
Una encuesta a José Carlos Mariátegui	311
Anexos	317
NOTAS	321
Las responsabilidades por la catástrofe de Morococha	323
La Fiesta de la Planta en Vitarte	325
Adalberto Fonkén	327
EL PROBLEMA DE LO NACIONAL	329
Pasadismo y futurismo	331
Lo nacional y lo exótico	335
Heterodoxia de la tradición	339
La tradición nacional	343
SOBRE LAS UNIVERSIDADES POPULARES	347
Las universidades populares	349
En el sexto aniversario de la Universidad Popular	353
HACIA UN CAMINO PROPIO	
(LA INICIACIÓN DE LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA)	357
Exposición	359
Malas tendencias	363
Mariátegui explica su artículo de <i>Nuestra Época</i>	369
La reorganización de los grupos políticos	373
Palabras preliminares. Presentación del diario <i>La Razón</i>	381
Ante el problema político	385
Oportunismo político	391

CARTAS Y DOCUMENTOS	395
Carta al grupo de México	397
Acta de Constitución del Partido Socialista Peruano	401
Carta colectiva del Grupo de Lima	403
Tesis de afiliación a la Tercera Internacional	409

**Edición digital
Junio, 2017
Caracas – Venezuela.**



La biblioteca *Mariátegui: Política Revolucionaria. Contribución a la crítica socialista*, presenta los textos decisivos del revolucionario peruano y universal, en cinco tomos que contienen los títulos más representativos de la obra mariateguiana, como lo son *La escena contemporánea, 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana, El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy, Defensa del marxismo e Ideología y política*.

Considerados una continuación orgánica de los *7 ensayos*, los trabajos reunidos en *Ideología y política* perfilan líneas de pensamiento y acción, en el camino hacia la preparación y organización de las clases productivas –obreros, campesinos– no simplemente para el logro de reivindicaciones y espacios de poder, sino de un orden social verdaderamente justo. Mariátegui apunta a un pensamiento revolucionario que se propone mantenerse abierto, en movimiento constante hacia un objetivo claro: “No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica”. Así, la dialéctica revolucionaria ha de tener un carácter vivo, alejado de dogmatismos y modelos ajenos cultural e históricamente, pues se hace imprescindible un permanente ejercicio creativo popular, fundado en los factores culturales y espirituales de nuestros pueblos, tanto como en el atento examen de las condiciones materiales, en función de abrir caminos efectivos de cohesión entre las clases oprimidas, y posibilitar una verdadera acción revolucionaria.

Esta misma organicidad la encontramos en los escritos de quien es considerado el verdadero iniciador del marxismo en América Latina, un pensador cuya palabra está profundamente arraigada en la praxis, como lo demuestra la integración de su labor periodística y política. Fundador de la revista *Amauta* y del periódico *Labor*, órganos de lucha en la batalla de las ideas pero sobre todo en el terreno de la formación política, su clara postura ante la cuestión del imperialismo, su agudo análisis, tanto de la situación social de su momento, del problema racial en Nuestramérica, como de la necesidad de conformar un frente único que amalgame “socialistas, sindicalistas, comunistas y libertarios” en pos de un objetivo común basado en la “conciencia y sentimiento de clase”, nos da luces acerca del carácter de nuestros procesos políticos actuales y proporciona herramientas para acometer las luchas pendientes.



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

1817 - 2017
ZAMORA
UNIÓN CÍVICO MILITAR